

# MR. MONSTER



**DAN WELLS**

*de*

«A mi lado oscuro lo llamo Mr. Monster. Pienso en muchas cosas terribles y me es más fácil asumir esa faceta de mí si finjo que se trata de otra persona: no es John quien quiere cortar a su madre en pedacitos, ése es Mr. Monster. ¿Entiendes a qué me refiero?»

Una nueva amenaza acecha Clayton: algo o alguien está atacando otra vez a sus ciudadanos. Sólo John sabe que no puede ser el asesino del pasado, porque él mismo acabó con él. Y además el nuevo monstruo sabe cosas...



Dan Wells

# **Mr. Monster**

**John Wayne Cleaver 02**

**ePub r1.3**

**Piolin 2.5.2015**

Título original: *Mr. Monster*

Dan Wells, 2010

Traducción: Maia Figueroa Evans

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2



Para mi esposa, porque éste es su favorito.

¿Soy un hombre con suerte o qué?

*«Desde las horas de mi  
infancia,*

*Yo nunca fui como los otros;*

*No vi jamás como otros vieron.»*

*Poemas, «Solo».*

*EDGAR ALLAN POE* <sup>[1]</sup>

## Agradecimientos

Como siempre, este libro no existiría sin la formidable ayuda de Sara Crowe, mi agente, y Moshe Feder, mi editor. Parte del mérito de este libro se lo debo a Moshe porque fue él quien me sugirió que convirtiera *No soy un serial killer* en una saga y me ayudó a buscar ideas sobre cómo llevarlo a cabo. Estoy muy contento con el resultado y espero que te guste.

El manuscrito fue leído y mejorado considerablemente por mucha gente maravillosa. En primer lugar quiero dar las gracias a Las Ratas con Espadas: Karla Bennion, Drew Olds, Ben Olsen, Janci Patterson, Brandon Sanderson, Emily Sanderson, Isaac Stewart, Eric James Stone y Rachel Whitaker. Otros lectores incluyen a Dave Bird, Steve Diamond, Nick Dianatkah, Bryce Moore, mi hermano Rob y varios amigos y familiares. Tengo en especial consideración a mi amiga Janella, que pidió que la matara de forma horripilante, y a mi suegra, Martha, que llamó a mi mujer a escondidas para preguntarle si estaba tranquila cuando estaba a solas conmigo. Todos éstos son recuerdos que atesoraré.

Si contribuiste de algún modo a este libro y he olvidado mencionarte, te pido disculpas. Tenía que guardar espacio para Danielle Olsen, que no ha tenido absolutamente nada que ver con la creación de esta novela.

## Prólogo

Yo maté a un demonio. No sé si se trataba de verdad de un demonio en el sentido técnico —no soy exactamente lo que llamarías una persona religiosa—, pero sé que mi vecino de enfrente era algún tipo de monstruo con colmillos, garras y todo eso. Cambiaba de un estado a otro y mató a mucha gente, y de haberse enterado de que yo sabía quién era, también habría acabado conmigo. Así que, a falta de una palabra mejor, lo llamé demonio; y como nadie más podía matarlo, lo hice yo. Creo que fue lo correcto. Al menos los asesinatos dejaron de sucederse.

Bueno, durante un tiempo.

Verás, yo también soy un monstruo: no soy un demonio sobrenatural, sino un crío que está un poco desquiciado. He pasado toda la vida procurando mantener mi lado oscuro bien encerrado en un lugar donde no pudiera hacer daño a nadie; pero entonces apareció el demonio y la única manera de detenerlo era dar rienda suelta a esa parte de mí. Y ahora no sé cómo volver a enclaustrarlo.

A mi lado oscuro lo llamo Mr. Monster: el lado que sueña con cuchillos ensangrentados e imagina qué aspecto tendrías con la cabeza ensartada en un palo. No tengo personalidad múltiple ni oigo voces ni nada, simplemente... Es difícil de explicar. Pienso en muchas cosas terribles y me es más fácil asumir esa faceta de mí si finjo que se trata de otra persona: no es John quien quiere cortar a su madre en pedacitos, sino Mr. Monster. ¿Entiendes a qué me refiero? Ya me siento mejor.

Pero hay un problema: Mr. Monster está hambriento. Los asesinos en serie a menudo hablan de una necesidad, de un impulso que al principio son capaces de controlar pero que se acrecienta cada vez más hasta que es imposible de refrenar; entonces pierden el control y vuelven a matar. Antes no entendía qué querían decir con eso, pero creo que ahora sí. Ahora lo siento en lo más hondo de mis huesos, tan insistente e inevitable como la necesidad biológica de comer, cazar y aparearse.

Ya he matado una vez; que vuelva a hacerlo solamente es cuestión de tiempo.

# 1

Era la una de la mañana y yo tenía la mirada clavada en un gato.

Seguramente era un gato blanco, pero en la oscuridad no podía estar seguro; la poca luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas rotas convertía la estancia en una versión más antigua de sí misma, en una escena de una película en blanco y negro. Las paredes de cemento eran grises; los bidones abollados y los montones de tablones de madera, grises; las pilas de botes de pintura usados, grises también; y en mitad de todo eso, negándose a moverse, estaba el gato gris.

Jugué con el bidón de plástico que tenía en las manos, haciéndolo oscilar atrás y adelante, escuchando el ruido de la gasolina que golpeaba contra su interior... Tenía una carterita de cerillas en el bolsillo y un montón de trapos aceitosos a los pies. Allí había suficiente madera vieja y productos químicos para alimentar un fuego espectacular y yo estaba desesperado por prenderlo, pero no quería lastimar al gato. Ni siquiera me atrevía a espantarlo porque tenía miedo de perder el control.

Así que me quedé mirándolo fijamente, a la espera. En cuanto se marchase, aquel sitio iba a ser historia.

Era finales de abril y la primavera finalmente estaba ganando la batalla por transformar un condado de Clayton apagado y congelado en otro verde y alegre. Ni que decir tiene que gran parte de ello se debía a que el asesino de Clayton finalmente nos había dejado en paz: su maratón enfurecido de asesinatos duró prácticamente cinco meses, pero entonces se detuvo de forma repentina y nadie había vuelto a saber nada de él desde enero. A partir de entonces, el pueblo siguió un par de meses más comportándose como una masa aterrorizada; por las noches la gente cerraba puertas y ventanas con llave y se despertaba por las mañanas sin apenas atreverse a encender el televisor por si las noticias hablaban de otro cadáver hecho trizas. Sin embargo, no sucedía nada y poco a poco empezamos a creer que la pesadilla se había terminado de una vez por todas y que ya no tendríamos ningún resto humano más que limpiar. Salió el sol, se derritió la nieve y la gente volvió a sonreír. Habíamos capeado el temporal. Clayton llevaba casi un mes atreviéndose tímidamente a ser feliz.

De hecho, yo era la única persona que no estaba preocupada en absoluto. Sabía a ciencia cierta que el asesino de Clayton no existía desde el mes de enero. Al fin y al cabo, fui yo quien lo mató.

El gato se movió y dejó de prestarme atención para lamerse una pata. Me quedé totalmente inmóvil con la esperanza de que pasara de mí o me olvidase y saliera a cazar o algo parecido. Se supone que los gatos son depredadores nocturnos y aquél tenía que comer tarde o temprano. Saqué el reloj del bolsillo —uno barato de plástico al que le había arrancado la correa— y volví a mirar la hora: la una y cinco. El plan estaba saliendo bastante mal.

El almacén había sido edificado mucho, mucho tiempo atrás por una constructora que lo utilizaba como depósito de suministros, cuando acababan de abrir el gran aserradero del pueblo y la gente aún pensaba que Clayton podía llegar a ser algo. Nunca fue así y, aunque el aserradero seguía saliendo adelante, no sin cierta dificultad, la constructora decidió contener sus pérdidas y se marchó para casa. Durante los años que siguieron, no fui yo el único que utilizó el edificio abandonado: las paredes estaban cubiertas de pintadas y, tanto dentro como a su alrededor, había latas de cerveza y envoltorios vacíos desparramados por todas partes. Había encontrado incluso un colchón detrás de unos palés de madera; supongo que durante algún tiempo debió de ser el hogar temporal de un vagabundo. Me pregunté si el asesino de Clayton se lo había cargado también a él antes de que yo le parase los pies; en cualquier caso, el colchón estaba cubierto de moho por la falta de uso y supuse que nadie había estado allí en todo el invierno. En cuanto tuve la oportunidad, el colchón tuvo el honor de ser seleccionado para convertirse en el núcleo de una hoguera fabricada con mucho cuidado.

Sin embargo, aquella noche no había nada que hacer. Yo seguía unas normas y esas normas eran muy estrictas; la primera de ellas decía: «No herir animales». Y por culpa de ella era ya la cuarta vez que el gato me impedía quemar el almacén. Supongo que debería estar agradecido, pero... realmente necesitaba calcinar algo. Cualquier día iba a pillar al gato y... No. No iba a hacerle daño. No iba a herir a nadie más.

«Respira hondo».

Dejé el bidón de gasolina en el suelo; no tenía tiempo para esperar a que el gato se marchase, pero sí podía prender algo más pequeño. Cogí un palé y lo arrastré afuera; después volví a por la gasolina. El gato seguía allí, sentado en un cuadrado recortado de luz de luna, observándome.

—Un día de éstos... —dije. Me di media vuelta y salí.

Salpiqué el palé con algo de gasolina, lo suficiente para facilitar la labor, y dejé el bidón junto a la bicicleta, alejado del futuro fuego. La seguridad es lo primero. Las estrellas estaban apagadas y los árboles del bosque parecían estar imponentemente cerca, aunque el almacén estaba en un claro de gravilla y hierba seca. La autopista dejaba escuchar su rumor entre los árboles, cargada de camiones trasnochadores y algún que otro coche adormilado.

Me arrodillé junto al palé, respiré el penetrante olor a gasolina y saqué las cerillas. No me molesté en romper los tablones ni en construir una hoguera decente, simplemente encendí la cerilla, la dejé caer sobre la gasolina y miré cómo se encendía una llama

amarilla y brillante. Las llamas lamieron la gasolina y después, lentamente, se pusieron manos a la obra con la madera. Observé atentamente, escuchando los chasquidos y el crepitar a medida que el fuego daba con una bolsa de savia. Cuando se adueñó de la madera, cogí el palé por una esquina que parecía segura y lo levanté; las lenguas se extendieron y después lo giré para que pudieran estirarse hacia arriba, hacia el resto de tablones. Se movían como un ser vivo, sondeando la madera con un fino dedo amarillo, probando su sabor y, por último, tendiendo la mano con glotonería y consumiéndola a lengüetazos.

Prendió bien, mejor de lo que esperaba. Me pareció una pena desperdiciar el fuego con un único palé.

Arrastré otro desde el almacén y lo dejé caer sobre las llamas. La fogata era lo suficientemente grande para rugir y crepitar, y las llamas se abalanzaron sobre la madera nueva con evidente placer. Sonreí como el orgulloso dueño de un perro valiosísimo. El fuego era mi mascota, mi compañero y la única válvula de escape que me quedaba. Cuando Mr. Monster me pedía a gritos que rompiera las reglas y lastimara a alguien, siempre conseguía apaciguarlo con una buena hoguera. Observé las llamas destrozando el segundo palé y escuché el rumor apagado mientras absorbían oxígeno. Sonreí. Quería más madera, así que fui adentro a por dos palés más. Un poco más no le iba a hacer daño a nadie.



«Por favor, no me hagas daño».

Me encantaba cuando decía eso. Por algún motivo, siempre pensaba que iba a decir: «¿Vas a hacerme daño?», aunque ella era demasiado inteligente para eso. Estaba atada a la pared, en el sótano de mi casa, y yo tenía un cuchillo en la mano: por supuesto que iba a hacerle daño. Brooke no hacía preguntas estúpidas y ése era uno de los motivos por los que me gustaba tanto.

«Por favor, John, te lo suplico: no me hagas daño».

Podía escucharla durante horas. Me gustaba porque iba directa al grano: en aquella situación yo tenía todo el poder y ella lo sabía. Sabía que no importaba lo que ella quisiese, porque yo era el único que se lo podía dar. Solos en aquella habitación, con el cuchillo en la mano, yo era todo su mundo: sus esperanzas y sus miedos, todo a la vez.

Moví el cuchillo de manera prácticamente imperceptible y sentí un subidón de adrenalina al ver que lo seguía con la mirada. Primero hacia la izquierda, después hacia la derecha; arriba, abajo. Era una danza íntima, con nuestras mentes y nuestros cuerpos en perfecta sintonía.

Ya había sentido esto antes, cuando blandí un cuchillo ante mi madre en la cocina de casa, pero incluso entonces sabía que Brooke era la única que importaba. Era la persona con quien yo quería conectar.

Levanté el cuchillo y di un paso adelante. Como una pareja de baile, ella se movió al unísono y se apretó contra la pared con los ojos bien abiertos y la respiración acelerada. «Una conexión perfecta».

«Perfecta».

Todo era perfecto, tal y como lo había imaginado mil veces. Era una fantasía hecha realidad, una escena que me hacía sentir tan tremendamente completo que me sentía prácticamente fuera de mí. Sus grandes ojos se centraban únicamente en mí. Cuando tendí la mano hacia ella, su piel suave temblaba. Sentí una oleada de emociones que se arremolinaban en mi interior, se derramaban hacia el exterior y me provocaban ampollas en la piel.

«Esto no está bien. Es exactamente lo que siempre he querido y exactamente lo que siempre he querido evitar. Lo correcto y lo incorrecto al mismo tiempo. No sé distinguir los sueños de las pesadillas».

Aquello sólo podía terminar de una manera; siempre de la misma forma. Hundía el cuchillo en el pecho de Brooke, ella chillaba y yo me despertaba.

—Despierta —dijo una vez más mi madre y encendió la luz.

Me di media vuelta y me quejé. Detestaba despertarme pero odiaba dormir aún más: demasiado tiempo a solas con mi subconsciente. Hice una mueca y me obligué a incorporarme. «He conseguido pasar otra noche. Solamente veinte horas más antes de tener que hacerlo otra vez».

—Hoy es un gran día —dijo mi madre mientras levantaba las persianas de la habitación—. Después de clase tienes otra cita con Clark Forman. Venga, levanta.

Forcé la mirada para verla, con los ojos adormecidos.

—¿Otra cita con Forman?

—Te lo dije la semana pasada. Seguramente será para que hagas otra declaración.

—Bueno, lo que él diga.

Me levanté de la cama y fui hacia la ducha, pero mi madre me cortó el paso.

—Espera —dijo severamente—. ¿Qué decimos?

—Hoy tendré buenos pensamientos y sonreiré a todos los que vea.

Sonrió y me dio una palmadita en el hombro. Ojalá tuviera un despertador.

—¿Qué quieres hoy, Cornflakes o Cheerios?

—Ya puedo ponerme los cereales yo solito —dije y me abrí paso hacia el baño.

Mi madre y yo vivíamos encima de la funeraria, en un pequeño vecindario muy tranquilo a las afueras de Clayton. Técnicamente estábamos al otro lado de la frontera municipal, lo que nos ubicaba en el condado en lugar de en el pueblo; sin embargo, el sitio

era tan pequeño que a nadie le importaba dónde quedaban los límites. Vivíamos en Clayton y gracias a la funeraria éramos una de las pocas familias que no tenían al menos un miembro trabajando en el aserradero. Uno podría pensar que en un pueblo como éste no habría suficientes muertes para mantener una funeraria a flote y tendría razón: estuvimos en la cuerda floja la mayor parte del año anterior y pagamos las facturas no sin muchos esfuerzos. Mi padre pagaba una pensión alimenticia o, mejor dicho, el gobierno le daba un suplemento para que lo hiciera, y aun así no era suficiente. Pero entonces el otoño anterior apareció el asesino de Clayton y nos dio mucho que hacer. La mayor parte de mí pensaba que era triste que tuviera que morir tanta gente para que el negocio fuera solvente, pero Mr. Monster estaba encantado.

Naturalmente mi madre no sabía nada de Mr. Monster; conocía, sin embargo, que me habían diagnosticado un trastorno de la conducta, lo que en realidad es la manera más fina de decir que soy un sociópata. La terminología oficial es «trastorno antisocial de la personalidad», pero sólo se puede denominar así si el sujeto tiene dieciocho años o más. A mí me faltaba todavía un mes para los dieciséis, así que me había quedado con trastorno de la conducta.

Me encerré en el baño y miré el espejo: estaba cubierto de las notas y post-its que dejaba mi madre para que nos acordásemos de las cosas importantes. No asuntos de diario como una cita con el médico, sino palabras que debían servirnos de guía a largo plazo. A veces la oía recitándolas mientras se arreglaba por las mañanas; cosas como «Hoy será el mejor día de mi vida» y mierdas como ésa. La más grande era una nota que había escrito específicamente para mí en la que había recopilado una lista de normas escritas sobre papel rayado de color rosa y que había pegado a la esquina con un pedazo de celo. Eran las mismas normas que yo mismo había creado hacía años para mantener a Mr. Monster bien encerrado, y yo solito me las había arreglado muy bien hasta el año anterior, cuando tuve que dejarlo suelto. Mi madre había decidido que tenía que asegurarse de que las cumplía. Mientras me cepillaba los dientes, leí la lista:

## NORMAS

*No haré daño a los animales.*

*No prenderé fuego a las cosas.*

*Cuando tenga malos pensamientos sobre una persona, los alejaré de mi cabeza y le haré un cumplido.*

*No llamaré «eso» a las personas.*

*Si empiezo a seguir a alguien, debo ignorar a esa persona tanto como pueda durante toda una semana.*

*No amenazaré a las personas, ni siquiera de manera implícita.*

*Si alguien me amenaza, debo alejarme de la situación.*

Obviamente, la norma de quemar cosas ya la había descartado. Mr. Monster insistía

tanto y la supervisión de mi madre era tan sofocante que tenía que ceder en algo. Encender fuegos —pequeñas hogueras controladas que no iban a hacer daño a nadie— era como una válvula que dejaba salir toda la presión que se acumulaba en mi vida. Era una norma que tenía que infringir si pretendía tener la menor posibilidad de respetar el resto. Por supuesto, a mi madre no le había dicho lo que estaba haciendo; simplemente había dejado la norma en la lista y siempre la ignoraba.

La verdad es que apreciaba la ayuda que mi madre quería prestarme, pero... se me hacía muy difícil de soportar. Escupí el dentífrico, me enjuagué la boca y fui a vestirme.

Desayuné en el salón mientras veía las noticias de la mañana y mi madre acechaba desde el pasillo, estirando del cable del rizador de pelo hasta el límite.

—¿Te espera algo interesante hoy en el instituto? —preguntó.

—No —respondí.

En las noticias tampoco había nada interesante; al menos no había muerto nadie más en el pueblo, que generalmente era lo único que me llamaba la atención.

—¿Crees que Forman quiere verme para que haga otra declaración?

Mi madre se quedó callada durante un momento, de pie detrás de mí, y yo sabía qué estaba pensando: había ciertos detalles de lo sucedido aquella noche que todavía no habíamos contado a la policía. Una cosa es que un asesino en serie vaya a por ti, pero cuando éste resulta ser un demonio que se disuelve delante de tus ojos en una pila de cenizas y una sustancia viscosa, ¿cómo se supone que vas a explicar eso sin que te metan en un manicomio?

—Seguro que sólo quieren asegurarse de que tienen toda la información correcta —dijo—. Les hemos contado todo lo necesario.

—Menos lo del demonio que intentó...

—De eso no vamos a hablar —me cortó mi madre con seriedad.

—Pero no podemos seguir fingiendo que...

—No vamos a hablar de eso.

Mi madre odiaba hablar sobre el demonio y prácticamente nunca reconocía en voz alta que éste había existido. Yo estaba desesperado por comentar el tema con alguien, pero la única persona con quien podía hacerlo se negaba siquiera a pensar en ello.

—Ya le he explicado todo lo demás unas veintisiete veces —dije y cambié de canal—. O sospecha algo o es idiota.

El nuevo canal resultaba tan aburrido como el anterior.

Mi madre se quedó pensativa un instante.

—¿Estás teniendo malos pensamientos sobre él?

—Oh, mamá, ¡venga ya!

—¡Es importante!

—Puedo yo solo, mamá —dije y dejé el mando en el sofá—. Llevo haciéndolo solo mucho tiempo y no necesito que me lo estés recordando a cada momento.

—Y ahora estás teniendo malos pensamientos sobre mí, ¿no?

—Sí, empiezo a tenerlos.

—¿Y?

Entorné los ojos con impaciencia.

—Hoy estás muy guapa.

—Ni siquiera me has mirado desde que has encendido el televisor.

—No hace falta que sea sincero, basta con que diga algo agradable.

—Pero la sinceridad te ayudará...

—¿Sabes qué me ayuda? —la interrumpí al tiempo que me levantaba y llevaba el bol vacío a la cocina—. Que dejes de fastidiarme todo el rato. La mitad de las cosas malas que pienso se deben a que estás encima de mí cada segundo del día.

—Más vale que sea yo quien está encima de ti y no otra persona —dijo desde el pasillo sin inmutarse—. Sé que me quieres demasiado para hacer algo drástico.

—Mamá, soy un sociópata. No quiero a nadie por definición.

—¿Es eso una amenaza velada?

—¡Por Dios! No, no era una amenaza. Me marchó.

—¿Y?

Retrocedí un paso hacia el pasillo y la miré con frustración. Volvimos a recitar a dúo:

—Hoy tendré pensamientos positivos y sonreiré a todos con los que me cruce.

Cogí la mochila, abrí la puerta, me di media vuelta y la miré una última vez.

—De verdad, estás muy guapa.

—¿Por qué has dicho eso?

—No quieras saberlo...

## 2

Dejé a mi madre y bajé las escaleras hasta la puerta de entrada lateral, donde la vivienda del primer piso se encontraba con la funeraria de la planta baja. Allí había un pequeño espacio, un rellano entre las puertas y la escalera, y me detuve un momento para respirar hondo. Como todas las mañanas, me dije que mi madre sólo pretendía ayudar; que reconocía mis problemas y quería ayudarme a superarlos de la única manera que ella sabía.

Solía pensar que hablarle sobre mis normas me iba a ayudar a seguirlas a rajatabla, que de algún modo eso me obligaría a ser más responsable con ellas, pero el nivel de control al que me sometía era demasiado agobiante y no veía la manera de deshacerme de él. Me estaba volviendo loco.

Literalmente.

Las normas que seguía estaban diseñadas para proteger a la gente: para evitar hacer nada que estuviera mal y para mantenerme lejos de situaciones en las que pudiese lastimar a alguien. Desde luego, el potencial de hacerlo no me faltaba.

Tenía siete años cuando descubrí la gran pasión de mi vida: los asesinos en serie. Obviamente, no es que lo que hacían me gustara, porque sabía que no estaba bien, pero me fascinaba el qué, el cómo y el porqué. Lo que más me intrigaba no era lo diferentes que eran, sino lo mucho que se parecían: entre ellos y a mí. A medida que leía y aprendía más sobre asesinos, empecé a tachar en una lista mental las señales de alarma: enuresis nocturna crónica; piromanía; crueldad con los animales; alto coeficiente intelectual y notas bajas; una infancia solitaria con pocos amigos o ninguno; relación tensa entre los progenitores y un hogar disfuncional. Estos rasgos, junto con varias decenas más, son los que predicen el comportamiento de un asesino en serie; yo los tenía todos. Darse cuenta de que las únicas personas con quienes te sientes identificado son asesinos psicópatas supone todo un impacto.

Pero lo que tienen esos rasgos es que tampoco son pruebas irrefutables: la mayoría de los asesinos en serie los muestran durante la infancia, pero gran parte de los críos que los tienen no llegan jamás a convertirse en asesinos. Moverse entre un estado y otro no es más que un proceso en el que se avanza paso a paso, saltando de mala decisión en mala decisión, haciendo ése poquito más y yendo un poquito más allá, hasta que al final alguien te pillas con el sótano lleno de cadáveres y un altar hecho de calaveras en el salón. Cuando

mi padre se marchó de casa y yo me enfadé tanto que tuve ganas de matar a todo el mundo, supe que había llegado la hora de hacer algo al respecto. Creé las normas para que me ayudasen a ser todo lo normal, feliz y no violento que pudiese.

Muchas de ellas eran obvias: «No hacer daño a los animales», «No hacer daño a las personas», «No amenazar a animales o personas», «No golpear ni dar patadas a objetos». A medida que me hacía mayor y me comprendía a mí mismo un poco mejor, empecé a crear normas más específicas y a acompañarlas de castigos si era preciso: «Si quiero lastimar a alguien, tengo que hacerles un cumplido», «Si empiezo a obsesionarme con una persona en concreto, tengo que ignorarla durante una semana». Normas como éstas me ayudan a deshacerme de pensamientos peligrosos y a evitar situaciones de riesgo.

En cuanto aterricé en la adolescencia, mi mundo cambió, así que las normas también tuvieron que acomodarse: a las chicas del colegio les salieron caderas y pechos, y de pronto mis pesadillas se llenaron de mujeres jóvenes chillando, en lugar de hombres viejos chillando. Instauré una norma nueva, «No mirar los pechos de las chicas», pero en general me resulta más fácil no mirar a las chicas en general.

Lo que nos lleva hasta Brooke.

Brooke Watson era la chica más bonita del instituto; tenía mi edad, vivía dos casas más allá de la mía y yo era capaz de distinguir su olor entre una multitud enorme. Tenía el pelo largo y rubio, y aparatos en los dientes y una sonrisa tan amplia que yo me preguntaba por qué el resto de chicas se molestaba en sonreír. Conocía su horario de clases, su fecha de cumpleaños, la contraseña de su cuenta de Gmail y su número de la seguridad social, y nada de eso era de mi incumbencia. Tenía normas en contra de acosar a las personas que deberían haber evitado que averiguase todo eso o incluso que pensara en ella, pero... Brooke era un caso especial.

La cuestión era que las normas estaban pensadas para mantener a Mr. Monster oculto, pero tenían un brutal efecto secundario: también mantenían al resto de las personas alejadas de mí. Un tipo que en cuanto empieza a conocer a una persona se obliga a ignorarla completamente no es alguien que vaya a hacer muchos amigos. Al principio eso no solía importarme, pues me conformaba con ignorar el mundo y mantenerme alejado de toda tentación; pero mi madre pensaba lo contrario y, como había tomado un papel activo en mi sociopatía, me metía en situaciones que yo no estaba seguro de saber gestionar. Insistía en que la única manera de adquirir aptitudes sociales era mediante la práctica y además sabía que me gustaba Brooke, así que nos juntaba a la mínima oportunidad. Por aquel entonces yo tenía un permiso de conducir para aprendices, para sacarme el carnet, y su treta más reciente había sido prestarme un coche y decirle a los padres de Brooke que yo la podía llevar a clase todas las mañanas. Ellos pensaron que era una idea genial, en parte porque la parada de autobús más cercana estaba a ocho manzanas y en parte porque no tenían ni idea de cuántas veces a la semana yo soñaba con embalsamar a su hija.

Saqué las llaves, salí afuera y caminé hacia el coche. Mi madre me había comprado el más barato que había encontrado: un Chevy Impala de 1971, azul celeste, sin aire

acondicionado ni radio. Tenía el chasis de un tanque y era igual de manejable que un transatlántico; según mis cálculos, podría haberlo fundido para hacer al menos tres Honda Civic, pero tampoco me quejaba. Me conformaba con tener un coche.

Brooke salió a la calle antes de que me diese tiempo a arrancarlo. Yo siempre quería conducir hasta su casa y recogerla en su puerta —me parecía más educado—, pero todas las mañanas me oía encender el motor y nos encontrábamos a mitad de camino.

—Buenos días, John —dijo mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

Yo no la miré.

—Buenos días, Brooke. ¿Estás lista?

—Lista.

Me alejé de la acera y aceleré poco a poco sin apartar la vista de la carretera. No la miré hasta llegar al final de la manzana, cuando paré en la esquina y alcancé a verla brevemente mientras comprobaba el tráfico. Llevaba una camisa roja y la capa superior de su pelo atada en una coleta. Evité fijarme con más detalle en la ropa, pero por un destello de piel de su pierna me di cuenta de que llevaba pantalón corto. En aquella época del año ya hacía bastante calor, así que para el mediodía se estaría bien, aunque a esas horas de la mañana aún hacía bastante fresco, por lo que estiré la mano y encendí la calefacción antes de seguir calle abajo.

—¿Estás listo para la clase de ciencias sociales? —preguntó.

Era la única que compartíamos, así que era un tema de conversación frecuente.

—Creo que sí —dije—. No quería leer el capítulo sobre la presión entre compañeros, pero unos amigos me convencieron de hacerlo.

La oí soltar una carcajada, aunque no me giré para ver su sonrisa. Brooke era la gran anomalía en mi vida: el nudo retorcido que estropeaba mis normas y tiraba todos mis planes por tierra. Por supuesto, si se tratase de cualquier otra chica, ni siquiera le dirigiría la palabra; y si alguna vez soñara con cualquier otra, no me permitiría ni pensar en ella durante una semana. Eso era lo más seguro y llevaba años viviendo así.

Sin embargo, por culpa de esta situación tenía que ensanchar los límites de mis normas y dejar sitio para la forzada proximidad de Brooke. Tuve que instaurar una larga lista de excepciones que cubrieran todo lo que había entre «hacer como si no existiera» y «secuestrarla a punta de navaja». No podía pasar de ella y tampoco podía quedarme mirándola, así que desarrollé una serie de opciones aceptables.

Tenía permitido decir su nombre una vez al día: por las mañanas, cuando entraba en el coche. Podía hablar con ella mientras conducía, pero manteniendo la mirada fija en la carretera. En el instituto podía mirarla tres veces durante la clase y hablar con ella una vez durante la hora de la comida, pero ninguna más; debía evitarla entre las clases, incluso si eso significaba desviarme de mi camino. No podía seguirla, ni siquiera aunque nos dirigiéramos al mismo sitio y bajo ninguna circunstancia tenía permitido pensar en ella

durante el día. Si lo hacía, me obligaba a recitar mentalmente secuencias de números para ahogar los pensamientos: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34. Y la que seguramente fuese la más importante de todas: no podía tocarla a ella ni nada que le perteneciese, por ningún motivo.

Antes de ponerme esa última norma le había robado una cosa con el único fin de quedármela: un clip del pelo que, no sé cómo, había acabado en el suelo del coche. Lo guardé durante una semana como si fuera un talismán, pero convertía la norma de no pensar en ella en prácticamente imposible de respetar, así que lo volví a dejar en el suelo y a la mañana siguiente se lo señalé como si lo acabara de ver. Había llegado al punto de no tocar la puerta del copiloto —la suya— a menos que no tuviese más remedio.

—¿Piensas tú alguna vez en si podría volver? —Brooke interrumpió mis pensamientos con su pregunta.

—¿Quién?

—El asesino —dijo con voz pensativa y distante—. Actuamos como si ya no estuviera sólo porque lleva meses sin atacar a nadie, pero siguen sin encontrarlo. Todavía sigue por ahí y continúa siendo... malvado.

Normalmente, Brooke evitaba hablar del asesino, incluso aborrecía pensar en el tema. Si lo sacaba, es que algo debía de estar preocupándola.

—Puede que todavía esté por ahí —le respondí—. Algunos asesinos en serie son capaces de esperar años antes de volver a atacar, como el ATM, pero normalmente son un tipo diferente de asesino. El nuestro era...

Estuve a punto de mirarla, pero me di cuenta a tiempo de que iba a hacerlo y clavé la vista en el asfalto con fastidio. Debía tener mucho cuidado para no asustarla: en general la gente flipaba bastante cuando veían cuántas cosas sabía sobre los asesinos en serie. Incluso el agente Forman se sorprendió durante las primeras entrevistas; él era especialista en perfiles criminales y, aun así, yo había leído un documento sobre Edmund Kemper que él ni siquiera conocía.

—No lo sé —dije—. Cuesta pensarlo.

—Sí. A mí no me gusta pensarlo, pero estando la señora Crowley tan cerca es difícil olvidarlo. Debe de sentirse muy sola. —Comprobé el ángulo ciego y justo en ese momento vi que Brooke me miraba—. ¿Alguna vez tienes pesadillas sobre aquello?

—La verdad es que no —le contesté, aunque era mentira.

Soñaba con aquello prácticamente todas las noches y era el principal motivo por el que odiaba dormir. Podía estar a punto de caer rendido, esforzándome por llenarme la cabeza de pensamientos felices, y de pronto me veía de nuevo en casa del señor Crowley, golpeando a la señora Crowley con un reloj. Tenía pesadillas sobre el momento en que encontré a mi terapeuta, el doctor Neblin, muerto a la entrada de mi casa. Y soñaba también con el señor Crowley —el asesino de Clayton en persona—, transformado de

manera increíble en un demonio que rajaba y mataba un largo desfile de víctimas antes de venir a por mi madre y a por mí. Yo lo había matado, pero eso no había hecho sino empeorar las pesadillas: la mayoría de ellas eran sobre lo que había disfrutado matando y las ganas que tenía de volver a hacerlo. Eso daba mucho más miedo.

—No me puedo imaginar lo que debe de haber sido para ti encontrarte con aquel tipo —dijo Brooke—. Creo que yo no podría haber hecho lo que hiciste tú.

—¿Lo que yo hice? —¿Sabía que había matado al demonio? ¿Cómo?

—Intentar salvar a Neblin. Yo habría salido corriendo.

—Ah, ya.

Por supuesto, no era matar lo que ella tenía en mente, sino salvar. Brooke siempre veía el lado positivo de todas las cosas. No estoy seguro de tener un lado positivo, pero al menos cuando estaba con ella podía fingir que sí.

—No creas que fue para tanto —dije cuando entrábamos en el aparcamiento del instituto—. Seguro que tú habrías hecho lo mismo y probablemente mejor. Recuerda que ni siquiera pude salvarlo.

—Pero lo intentaste.

—Estoy seguro de que él aprecia el esfuerzo —dije y aparqué en la única plaza que quedaba lo suficientemente grande para mi enorme coche. Tenía gracia porque esa cosa seguramente pesaba más que el noventa y nueve por ciento de los automóviles que había allí, a pesar de que la mayoría de chavales conducían furgonetas—. Ya hemos llegado.

Brooke abrió la puerta y salió.

—Gracias por traerme —dijo—. Nos vemos en ciencias sociales.

Salió corriendo para encontrarse con una amiga. Me permití mirarla a placer mientras se alejaba a paso ligero para alcanzar a una amiga que iba hacia el edificio. Era preciosa.

Y le iba a ir mucho mejor en la vida si yo no formaba parte de ella.

—¡Calla ya! —dijo Max.

Max se había acercado y había tirado la mochila al suelo. Max Bowen era lo más parecido a un amigo que tenía, aunque más bien se trataba de un asunto de conveniencia que de una auténtica amistad. Los asesinos en serie suelen ser chicos muy retraídos que apenas hacen amigos, así que me dije a mí mismo que tener un mejor amigo —aunque fuese de pega— me ayudaría a ser normal. Max era el candidato perfecto: no tenía otros amigos y estaba tan absorto en sí mismo que no parecían importarle mis diversas excentricidades. Por otro lado, era bastante insoportable, como su nueva manía de empezar todas las conversaciones con: «¡Calla ya!».

—Últimamente tu presencia es toda una fuente de placer, ¿lo sabías? —dije.

—Habla el muerto viviente. Todos sabemos que eres un proyecto de gótico, ¿por qué

no te vistes de negro y acabas con la agonía de una vez?

—La ropa me la compra mi madre.

—Ya, la mía también hace lo mismo —dijo. Ya se había olvidado de la ristra de insultos y se había agachado para abrir la mochila—. Dentro de poco la ropa de mi padre me irá bien y entonces molaré mucho. Podré ponerme su uniforme de combate y todo.

Max adoraba a su padre, sobre todo después de que hubiera muerto. El asesino de Clayton lo había partido por la mitad justo después de las Navidades y desde entonces todo el pueblo estaba siendo súper amable con Max aunque yo creía que estaba bastante mejor sin él. Su padre era un gilipollas.

—Mira esto —dijo.

Se puso en pie y abrió una gruesa carpeta. Dentro había varios cómics escrupulosamente guardados en fundas de plástico. Cogió uno con mucho cuidado y me lo pasó.

—Es una edición limitada —dijo mientras me lo ponía en las manos con cuidado—. *Green Lantern*, número cero, edición exclusiva del Salón del Cómic. Tiene hasta un sello dorado en la esquina y todo, y está numerado.

—¿Por qué los traes al instituto? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

El único motivo por el que Max traía aquellos cómics tan caros era para fanfarronear; guardados en un cajón de su casita no le servían de nada porque así nadie sabría lo guay que era por tenerlos.

—¿Qué es eso? —preguntó Rob Anders cuando se detuvo junto a nosotros.

Suspiré. «Ya estamos». Esto ocurría prácticamente todos los días: Rob se burlaba de Max, yo me metía con Rob, él me amenazaba y todos nos íbamos a clase. Algunas veces me preguntaba si yo no le fastidiaba adrede para volver a sentir la emoción del peligro; para volver a saborear un poquito del terror que había sentido durante el invierno. Pero Rob no era un asesino, tampoco era un demonio, y sus amenazas eran flojas y vacías. Tenía dieciséis años, por amor de Dios. ¿Qué iba a hacerme?

—Buenos días, Rob —dije—. Siempre es un placer verte.

Mr. Monster anhelaba apuñalarlo.

—No hablaba contigo, friqui —dijo Rob—, sino con tu novio.

—Este cómic es más valioso que cualquier cosa que tú tengas —dijo Max, apartándolo de él con ademán protector. Siempre tenía a punto las palabras menos adecuadas.

—Déjame verlo —dijo Rob y agarró el cómic rápidamente. Al menos Max fue lo suficientemente listo para no oponer resistencia y lo soltó de inmediato.

—Sujétalo con cuidado —pidió Max—, no lo arrugues.

—*Green Lantern* —dijo Rob mientras lo sujetaba delante de la cara. Su voz sonaba

diferente, con más intención de lo normal y un poco más de dramatismo. La experiencia me había enseñado que esta clase de tono indicaba que el hablante se estaba burlando de algo—. ¿Es él con quien sueñas por las noches, Max? ¿Un Green Lantern fortachón y de ensueño que se mete en tu habitación?

—¿De verdad que sólo sabes hablar sobre homosexualidad? —le pregunté.

Sabía que no debía hacerle enfadar, pero Rob nunca me hacía nada: sólo fastidiaba a Max. Creo que, después del incidente de Halloween, todavía me tenía miedo.

—Sólo hablo de gays cuando estoy con mariquitas como tú —dijo y dobló el cómic y el soporte de cartón.

—No lo dobles, por favor —dijo Max.

—¿O qué? —preguntó Rob con una sonrisa—. ¿Tu papá del ejército me va a dar una paliza?

—Vaya —apunté—, ¿acabas de reírte de alguien fallecido?

—Cállate —dijo Rob.

—Así que te crees duro porque otra persona mató a su padre, ¿no? —continué—. Eso sí que es tener agallas, Rob.

—Y tú eres un maricón —dijo golpeándome con el cómic en el pecho.

—¿Te das cuenta de que cuanta más homofobia expresa un hombre, más probable es que sea gay?

Rob me miró con desdén.

—¿Y tú te das cuenta de que estás pidiendo a gritos que te parta la cara? Ahora mismo. Me acabas de entregar una petición firmada.

Chad Walker, uno de los amigos de Rob, se le acercó por detrás.

—Vaya, los friquis —dijo Chad—. ¿Qué tal estáis, par de engendros?

—Yo me siento maravillosamente, Chad —dije sin apartar la mirada de Rob—. Por cierto, me gusta mucho tu camisa.

Rob me miró fijamente un instante y después dejó el cómic en mis manos.

—Fíjate bien, Chad: la prueba viviente de lo mal que pueden salir los hijos que no tienen padre. Dos familias disfuncionales en acción.

—Es obvio que tener padre ha hecho maravillas contigo —dije.

Por fin saltó un fusible en la mente de Rob y me dio un empujón en el pecho.

—Eh, friqui, ¿quieres que hablemos de quién es el disfuncional? ¿Quieres que hablemos de rajar personas? Te hacen ir a la comisaría casi una vez a la semana, John, ¿cuándo se van a dar cuenta de que eres un psicópata y arrestarte?

Estaba gritando y otros chavales se habían parado a ver qué pasaba.

Aquello era nuevo: nunca lo había llevado a tales extremos.

—Muy observador —le dije. Me estaba costando mucho encontrar algo que decir que fuera un halago. No se me ocurría nada, pero Mr. Monster seguía susurrándome al oído y se me escapó algo antes de que pudiera evitarlo—: Pero piénsalo así, Rob: o bien te equivocas, en cuyo caso toda esta gente que te está mirando piensa que eres un idiota, o aciertas, lo que significa que estás amenazando a un peligroso asesino. En cualquiera de los casos, quedas como un tonto.

—¿Acaso me estás amenazando, friqui?

—Escúchame, Rob —dije—. No me das miedo. Otras veces lo he tenido: miedo de verdad, genuino. Y tú no estás ni mucho menos a la altura. ¿Por qué tenemos que pasar por esto todos los días?

—Tienes miedo de que te pillen —me respondió Rob.

—Tenemos que ir a clase —dijo Chad y tiró de su amigo.

Su mirada decía que estaba preocupado: Rob había ido demasiado lejos, o quizá hubiese sido yo. Rob retrocedió un paso, me hizo una peineta y se dirigió al edificio del instituto junto con Chad. Yo le di el cómic a Max y él lo estudió con atención para ver si había sufrido algún daño.

—Un día de éstos me estropeará uno y lo denunciaré por daños. Mi padre me dijo que éstos valen por lo menos unos cientos de dólares.

—Un día de éstos vas a dejar los cómics que valen cientos de dólares en casa, donde Rob no te los pueda estropear —repliqué.

Estaba enfadado con él por atraer la atención de Rob. No debería estar infringiendo mis normas, ni siquiera las más simples. Un año atrás ni siquiera habría provocado a Rob de aquella manera, lo que quería decir que Mr. Monster estaba haciéndose demasiado fuerte.

Max se guardó el cómic en la carpeta y ésta en la mochila.

—Nos vemos a la hora de comer —dije.

—Calla ya —respondió Max.

### 3

Tal como esperaba, el instituto me estaba resultando aburrido, así que pasé el rato pensando en el agente Forman. Era el investigador que el FBI había asignado al caso del asesino de Clayton y llevaba viviendo en el pueblo más o menos desde Acción de Gracias. Después de que el resto del equipo se marchase en marzo, él se quedó; nos habíamos convertido en su caso favorito: fue una de las primeras personas en llegar al escenario del crimen cuando llamamos para denunciar que habíamos encontrado el cadáver de Neblin y desde entonces me había interrogado al menos media docena de veces. Sin embargo, había pasado ya bastante tiempo desde la última y creía que el tema ya estaba zanjado. ¿Qué querría ahora?

Ya le había contado todo lo que le podía, todo a excepción de tres detalles de gran importancia. En primer lugar estaba el secreto del que mi madre y yo no hablábamos: que nos había atacado un demonio, que yo le había dado una puñalada y que se había fundido hasta convertirse en una masa viscosa en la parte trasera de nuestra casa. Supusimos que nadie en su sano juicio iba a creer algo así y tampoco queríamos ser «los raros que decían haber visto un monstruo», así que lo limpiamos todo y no contamos nada de aquello.

El segundo secreto era algo que ni siquiera mi madre sabía: que el demonio que nos había atacado era en realidad mi vecino, el señor Crowley, que estaba matando personas y robándoles partes del cuerpo para reponer su propio organismo, pues éste había empezado a fallarle. Yo llevaba semanas acechándole y buscando la forma de pararle los pies. Cuando por fin la encontré, llegué minutos tarde —puede que segundos— para salvar al doctor Neblin. Ser parcialmente responsable de la muerte de tu terapeuta es algo muy difícil de superar, sobre todo porque ya no tienes uno que te ayude a pasar el mal trago. A veces la ironía te propina ese tipo de patada en la boca.

El tercer secreto era el bueno de Mr. Monster. Era evidente que había tenido su utilidad a la hora de matar al demonio y también cuando tuve que amenazar a su esposa para obligarlo a volver a su casa, pero ¿cómo le explicas eso a la policía? «Conseguí que una fuerza sobrenatural —en la que no creéis y de la que no tengo pruebas— dejase de matar, y lo hice invocando el poder del asesino en serie que llevo dentro para que golpease a una anciana en la cabeza hasta que se desmayó. Ya me daréis las gracias más tarde». Puede que tenga graves problemas mentales, pero no estoy lo suficientemente loco para contarle esa historia a nadie.

Así que es cierto, estaba ocultando muchas cosas al agente Forman, pero la historia que le había contado tenía sentido sin necesidad de añadir los secretos que me había guardado; tampoco había ninguna prueba que me pudiera relacionar con ninguna otra cosa: no habían encontrado el cuerpo de Crowley, así que no podían probar que estaba muerto y mucho menos que lo hubiera matado yo. Por si acaso, había llegado incluso a destruir los móviles que las víctimas y yo utilizamos aquella noche. No tenía nada de qué preocuparme, ¿verdad?

Después de clase llevé a Brooke a casa —le lancé tres miradas furtivas a su rostro— y después fui solo hasta la comisaría, en el centro del pueblo, donde Forman se había montado una oficina que cada vez era menos temporal. La recepcionista, una chica rubia llamada Stephanie, me recibió con una sonrisa.

—Hola, John —me saludó al entrar.

Parecía tener la misma edad que mi hermana, veintipocos, aunque Lauren normalmente tenía un aspecto más sombrío y preocupado. Stephanie era como un sonriente arcoíris de felicidad.

—Hola —dije—. Me han dicho que Forman me quiere ver otra vez.

—Sí. —Miró la lista—. Llegas muy puntual. Firma el registro de visitas y mientras tanto le aviso de que ya estás aquí.

Me pasó una tablilla con una hoja de papel prácticamente vacía y yo escribí mi nombre y la hora en la primera casilla libre. La cadenilla de metal del bolígrafo estaba rota, así que lo enganché en la pinza y dejé la tablilla sobre el mostrador.

La comisaría del condado de Clayton era pequeña y estaba escasamente amueblada, pues estaba diseñada sólo para manejar los esporádicos casos de conductores borrachos o de violencia doméstica. Detrás de Stephanie estaba la gran ventana de cristal de la oficina del *sheriff* y al otro lado estaba el *sheriff* Meier —un hombre serio y cansado de bigote largo y gris— hablando por teléfono. El cristal estaba reforzado en el interior por una malla que parecía una valla de tela metálica, y en la esquina inferior derecha había un agujero de bala. Nunca conseguí que me explicaran de dónde había salido.

—Hola, John. Gracias por venir.

El agente Clark Forman era un hombre bajo que se estaba quedando calvo; llevaba gafas y un fino bigote. Me tendió la mano y yo se la estreché sin demasiado entusiasmo.

—¿De qué se trata esta vez? —pregunté mientras lo seguía hacia una sala lateral donde había instalado su oficina provisional.

Su «escritorio» era demasiado grande y grueso, por eso supuse que había sido una mesa de reuniones. Pero desde que lo ocupaba Forman había terminado cubierta de hojas sueltas, gruesas carpetas, montones de fotos y demás. De una de las paredes colgaba un mapa del condado y cada uno de los posibles escenarios del crimen del asesinato de Clayton estaban marcados con un alfiler. Siempre me satisfacía ver que no había ninguno en el

lago: ésa era una de las víctimas de Crowley que yo conocía pero cuyo cadáver no había sido encontrado. Evidentemente, no podía hablarles de ello sin incriminarme a mí mismo, y callándomelo tampoco estaba obstruyendo ninguna investigación de importancia. El asesino que buscaban ya estaba muerto.

—Siéntate —dijo Forman señalando una de las sillas de la mesa de reuniones, que estaba en un rincón. Sonrió mientras yo acercaba mi asiento y me acomodaba, y señaló la ventana—. Hoy hace bastante buen día. ¿Te espera tu madre fuera?

—He venido en coche.

—Es cierto —asintió—. Ya tienes un permiso de conducir para aprendices. Cumplirás los dieciséis... ¿dentro de dos meses?

—Un mes.

—Eso está a la vuelta de la esquina —dijo—. No te preocupes, dentro de poco tendrás un carnet de conducir de verdad y serás el terror de las carreteras.

Ahí estaba aquella expresión: «el terror de las carreteras». No la había oído en la vida hasta empezar las clases de la autoescuela y en el último mes ya la había oído cuatro veces. Era una de esas frases de relleno, como «la verdad es que sí», que no significaban nada y que simplemente se dicen cuando la gente no tiene tiempo de pensar. Me preguntaba qué porcentaje de aquella conversación iba a ser el resultado de auténticos pensamientos y cuántas frases de relleno íbamos a repetir como loritos.

—¿Para qué me necesita esta vez? —pregunté.

—Sólo es un seguimiento rutinario —dijo y se quedó parado un instante antes de alcanzar una carpeta y sacar una foto de dentro—. Pero primero, ya que estás aquí, me gustaría pedirte tu opinión sobre otro asunto. Va a salir en las noticias dentro de unas horas, así que no es información estrictamente confidencial.

Deslizó la foto hasta mi lado de la mesa y ya desde la distancia vi que se trataba del rostro de un cadáver. Tenía los ojos abiertos, pero estaban apagados y sin vida.

Otro cadáver: eso significaba que había otro asesino. Sentí una oleada de excitación en el pecho y me vino un ligero mareo. Otro asesino.

Miré a Forman.

—¿En Clayton?

—La chica no es de aquí, pero sí la hemos encontrado en Clayton. Esta mañana.

Me incliné sobre la foto para verla más de cerca y me fijé en la piel pálida, la mandíbula flácida y el pelo enmarañado. Tenía una mota de algo negro en la mejilla y otra en la frente. Quizá fueran pedazos de corteza.

—Ha estado en el agua —dije forzando la vista—, tiene sedimentos por todas partes. La han sacado del lago.

—Una acequia —puntualizó Forman.

—¿Sabe quién es?

—Todavía no. —Miró la foto y después a mí—. La verdad es que no sabemos mucho, sólo que el cuerpo está cubierto de pequeñas heridas: quemaduras, raspaduras, punciones, cosas así.

—¿Le falta algo? —pregunté.

El asesino de Clayton siempre se llevaba algo, un miembro o un órgano, de cada una de las víctimas. La policía pensaba que se trataba de un asesino en serie que guardaba recuerdos, pero en realidad el demonio se estaba muriendo y utilizaba las partes del cuerpo de otras personas para reemplazar las suyas propias. Se suponía que el señor Crowley estaba muerto —yo le había visto morir—, pero ¿era posible que hubiese regresado? ¿Que fuera capaz de regenerar su cuerpo mejor de lo que yo creía?

¿O puede que fuese otro demonio?

—No te lo creerás, pero también fue lo primero que buscamos. La víctima no se parece en nada a las del asesino de Clayton; el escenario es diferente, los métodos también, pero de todos modos... —Negó con la cabeza y me mostró otra foto de un pie ennegrecido—. La misma víctima. Creemos que ese cráter en la suela es una herida causada por electricidad y seguramente sea la causa de la muerte. Así que no, en realidad no hay ninguna similitud, pero... Creo que quizá queremos que sea él porque eso significaría que solamente tenemos un asesino del que ocuparnos. Pero en conclusión, no; no le faltaba nada. No hay ninguna prueba que relacione este asesinato con los del último invierno.

Estudié la foto mientras analizaba mentalmente la situación. Un momento después levanté la mirada.

—Ha dicho que quería mi opinión. Si este asesinato no guarda ninguna relación con los otros, ¿qué importa lo que yo pueda opinar?

—Supongo que me agarro a un clavo ardiendo —dijo mientras recogía la foto—. Eres el único testigo que vio al asesino de Clayton y sobrevivió. Ya has declarado que no viste ningún arma... pero, viendo este cadáver, me pregunto si recuerdas haber visto alguna herramienta o un cinturón portaherramientas.

—¿Qué tipo de herramientas?

—Bueno —dijo y volvió a dejar la foto sobre la mesa para señalar el hombro—, por ejemplo, creemos que esta herida la provocó un destornillador.

Me fijé mejor: la herida era pequeña, poco más que un punto en la piel, pero si sospechaban que era de un destornillador debía de ser una punzada profunda. Una imagen cruzó mi mente, más visceral que visual, y me imaginé apuñalando a alguien con uno, sintiendo cómo se hundía en la carne y topaba con el hueso. Mr. Monster sonrió pero yo mantuve una expresión neutra y aparté la idea de mi mente.

El agente Forman me estaba mirando, expectante.

—No recuerdo nada así —respondí. Sabía con certeza que no se trataba del mismo asesino, pero tenía que actuar con cuidado para no delatarme—. Desde luego, no llevaba nada parecido a uno de esos cinturones, pero como ya le he dicho hacía frío y vestía un abrigo grueso. Podría haber llevado cualquier cosa en los bolsillos.

—Haz memoria —dijo Forman observándome con atención—. Intenta recordarlo todo, incluso cosas que no suelen considerar armas: un cúter, unas tenazas, un mechero.

Respiré hondo. ¿De verdad aquel cuerpo tenía heridas provocadas por todos esos objetos? ¿Qué tipo de daño podían provocar y cómo las usaría? ¿Servirían como arma de ataque o habría que inmovilizar a la víctima primero?

Forman seguía observándome.

—No recuerdo haber visto nada así. Era un hombre que llevaba un abrigo; ni siquiera vi el cuchillo con el que mató al doctor Neblin.

—Entiendo —dijo él; cogió la foto y la volvió a meter en la carpeta—. Era un tiro al aire, pero como tenías que venir igualmente pensé que valía la pena preguntártelo.

Quería —necesitaba— ver el cuerpo de cerca. Y aunque Forman estaba siendo muy abierto sobre el tema, ni mucho menos me iba a dejar entrar a verlo. Sin embargo, cuando acabasen de hacer la autopsia forense, seguramente lo enviarían a la funeraria para que lo embalsamásemos. Y si lo hacían, naturalmente, tendría la oportunidad de echarle un vistazo.

¿Y si la autopsia decía que le faltaba un órgano? ¿Significaría eso que se trataba de un nuevo demonio? El señor Crowley mataba porque se estaba muriendo, y robar órganos lo ayudaba a mantenerse con vida, pero ¿y si el nuevo mataba por otros motivos? ¿Y si simplemente disfrutaba haciéndolo? Tuve un escalofrío en la piel sólo de pensarlo.

Pero entonces, si no mataba para seguir vivo, no tendría motivos para robar órganos; así que podía tratarse de un demonio aunque no faltase nada.

Aparté de mis pensamientos esta idea. Con un único cadáver ni siquiera se podía hablar de patrón y mucho menos de asesino en serie; y no digamos de demonio y asesino en serie. Seguramente no era más que un asesinato corriente: un robo chapucero o una pelea doméstica salida de madre. En el resto del mundo cosas por el estilo ocurrían con frecuencia, y hasta en un lugar pequeño como Clayton la gente tenía que morir tarde o temprano. Después de todo, si habíamos tenido un asesino en serie sobrenatural, podíamos tener cualquier cosa.

Miré al agente Forman y vi que me observaba tranquilamente, sentado.

—Siento haberte robado tanto tiempo —dijo—. ¿Te queda un minuto para el motivo por el cual estás realmente aquí?

Intenté centrarme en aquel instante y olvidar los pensamientos sobre demonios,

cadáveres y asesinos en serie. Ya tendría tiempo para eso más tarde.

—Sí, claro —respondí.

—Como te he dicho, sólo es un control rutinario. —Forman cogió una hoja de papel de otro montón y la miró—. Es un cuestionario estándar, aunque ha dado la casualidad de que tu entrevista de seguimiento estaba programada para un día que ha terminado siendo particularmente interesante. Has tenido suerte.

Sí, mucha suerte.

—¿Recuerdas algo más sobre la noche en que llamaste a la policía?

—No.

—¿Recuerdas algo más sobre el hombre que viste aquella noche y que crees que es el asesino de Clayton?

—No.

—¿Recuerdas algo más sobre el cuerpo que sacaste del coche, el doctor Benjamin Neblin?

—No.

Forman levantó la mirada.

—¿Estás absolutamente seguro? Evidentemente, hemos examinado el cadáver de forma muy minuciosa, pero tú lo viste antes de moverlo. ¿Estaba colocado de alguna manera concreta?, ¿tenía algo encima o dentro?

—No —contesté—. Estaba tirado en el asiento del copiloto, eso es todo. Tenía el rostro tapado, así que al principio no lo reconocí; pero eso ya se lo había explicado.

—Así es —asintió Forman—. Una pregunta más: ¿recuerdas algo más sobre lo que sentiste aquella noche? Por qué hiciste lo que hiciste, qué cosas se te pasaron por la cabeza, cosas así.

—Seguramente ahora lo recuerdo con menos claridad que entonces —dije.

—Entonces ya está. Mis disculpas por el anticlímax, pero realmente eso es todo por hoy. Si recuerdas cualquier otra cosa, ¿me llamarás?

—Por supuesto.

—Excelente —dijo y se puso en pie—. Bien, hasta entonces.

Me levanté y le estreché la mano mientras en mi cabeza se arremolinaban las posibilidades. ¿Guardaba el nuevo asesino alguna relación con Crowley y, a través de él, conmigo? ¿Se trataba del propio Crowley, que había vuelto de entre los muertos? ¿O era acaso algo completamente nuevo? Al mismo tiempo Mr. Monster estaba pensando, poniendo sus ideas en orden y urdiendo un plan. Allí donde yo veía peligro, Mr. Monster veía un rival. Yo había matado al último asesino que había venido a Clayton y Mr.

Monster se había quedado con ganas de más.

## 4

En mis sueños me perseguían no con pistolas ni cuchillos ni garras, sino con hojas de papel, finas e inmateriales, que pasaban de una persona a otra como un virus. El primero era el agente Forman, que blandía una hoja delante de la cara y yo sabía, gracias a la férrea lógica de los sueños, que era una orden de arresto contra mí, mi condena y mi sentencia de muerte, todo en uno. Me volvía para salir corriendo, pero ahí estaba el *sheriff* Meier, agitando el mismo papel, y a su lado estaban Rob Anders y Brooke con otros iguales. Volvía a huir y me encontraba a Max, a mi hermana, a mi tía e incluso a mi madre —y todo el pueblo tras ellas— avanzando lentamente hacia mí con sus hojas de papel intangibles pero invencibles. No estaban enfadados, ni tristes, sino... desilusionados, quizá. Traicionados.

Lo había hecho por ellos y ahora ellos me iban a matar.

No solía dormir mucho, pero después de la charla con Forman empecé a hacerlo incluso menos. Mi madre y yo veíamos las noticias y escuchábamos argumentos y especulaciones sobre el nuevo cadáver, pero nadie nos ofrecía verdadera información. Entonces ella se iba a dormir y yo me quedaba despierto para ver algún programa de entrevistas o una película de las que ponen tarde, y cuando en la tele ya no había nada tolerable, me iba a mi habitación y leía: libros, revistas, cualquier cosa que tuviese a mano y mantuviera mi mente activa. Porque en cuanto me quedaba dormido, perdía el control y algo dentro de mí cogía las riendas. Algo profundo y oscuro.

Porque cuando yo no utilizaba la mente, lo hacía Mr. Monster.

El pensamiento de Mr. Monster era una especie de molesto ruido de fondo de mis pensamientos. Cuando otras cosas lo sofocaban, no era más que un suave zumbido; sin embargo, cuando mis distracciones perdían intensidad, el ruido estático se hacía más alto, desagradable y caótico. El difuso ruido de fondo se convertía en formas y sonidos de pesadilla, cuerpos, miembros y chillidos que no me dejaban descansar jamás. A las tres o las cuatro de la mañana me rendía a ellos con la esperanza de descansar al menos un poco, aunque fuese de manera intermitente, antes de que mi madre me despertase a las seis y media para empezar un nuevo día. Durante esas pocas horas, Mr. Monster reinaba en mi cabeza y yo era el público cautivo de su horror descontrolado.

La policía no hizo ningún comentario sobre la investigación y no reveló prácticamente nada sobre los resultados de la autopsia. Si la ausencia de algún órgano relacionaba a esa

víctima con otro demonio, no lo llegué a saber. Estaba desesperado por conocer hechos, pero simplemente no había nada de lo que enterarse.

Pronto tendría que volver al almacén. Necesitaba de verdad quemar alguna cosa.



—Cálmate —dijo Margaret mientras cortaba lechuga en la cocina. Era la hermana gemela de mi madre, además de su socia en la funeraria—. Te estás comportando como si no la hubieses visto en años.

—Casi no lo he hecho —dijo mi madre antes de recolocar un tenedor sobre la mesa—. Al menos no fuera del trabajo; la funeraria no cuenta, allí prácticamente no hablamos.

Era el Día de la Madre y mi hermana venía a comer; era una gran ocasión porque nunca venía para nada. Incluso yo había hecho una tarta.

La cocina se había convertido en uno de los pasatiempos que practicaba con la intención de tener la mente ocupada y mantener a Mr. Monster bajo control. Mi madre era muy aficionada al canal de cocina Food Network y yo, un gran amante de la comida, así que un día que, soñando despierto con cadáveres, intentaba despejarme la cabeza, dio la casualidad de que estaban poniendo un especial sobre galletas de chocolate y decidí seguir la receta. A partir de ahí todo evolucionó muy deprisa y pronto empecé a hacer todo tipo de platos para cualquier clase de comida. Mi madre no era ninguna gran chef, así que no le importó demasiado.

La tarta estaba hecha y se enfriaba sobre la encimera, así que me puse a echarle un vistazo al periódico. Tomé nota con gran placer de que Karla Soder había sido ingresada en la unidad de cuidados paliativos; era una de las personas más viejas de Clayton y yo ya llevaba un tiempo esperando su muerte. No habíamos embalsamado a nadie desde hacía más de un mes.

—Lauren también vino en Navidad —dijo Margaret mientras colocaba unos platos en la encimera— y a nuestro cumpleaños.

—Llegó a la fiesta media hora tarde y se marchó pronto —replicó mi madre—. Claro que tú no estás nerviosa porque le caes bien. ¿Tienes idea de lo que es no llevarte bien con tu propia hija?

—No te pases de la raya —le cortó Margaret, y colocó la lechuga en los platos de ensalada—. No intentes ser su madre; sé su amiga y ya está. Empieza por ahí y ve progresando.

—A lo mejor necesita una madre —dijo mamá decorando cada hoja de lechuga con un trozo de tomate—. Ni siquiera sé qué hace después del trabajo.

Se oyó un golpe en la puerta y ambas mujeres se quedaron inmóviles. Yo me coloqué en el sofá para conseguir una visión mejor de la puerta.

—Entra —dijo mi madre—, está abierto.

La puerta se abrió y entró Lauren con la sonrisa más grande que le había visto en mucho tiempo. Mi madre se la devolvió con los ojos entrecerrados, como si estuviera convencida de que algo era maravilloso —aunque no supiese el qué— y no quisiera dejar de celebrarlo.

—¿A que no sabéis qué? —dijo Lauren prácticamente bailando.

Mi madre negó aturdida con la cabeza y Lauren señaló la puerta abierta. Noté que una persona esperaba fuera.

—He traído a alguien para que lo conozcáis. Por favor, saludad a mi novio. Se llama Curt.

Un hombre enorme irrumpió en el recibidor y levantó a Lauren por los aires con un abrazo de oso. La hizo girar en el aire mientras ella daba grititos y la posó en el suelo antes de ofrecer una sonrisa feroz a mi madre y a Margaret. Era alto y ancho como un jugador de fútbol americano y tenía el pelo corto y rojizo, además de la sombra rojiza de la barba de un día.

Al instante me pareció un tipo odioso.

—Lauren quería daros una sorpresa —dijo él—, así que pensé que por qué no hacer que fuese un poco emocionante. Me cago en la mar, sois gemelas de verdad. —Miró a Margaret y a mi madre de arriba a abajo y se echó a reír—. Me rindo, ¿cuál de las dos es mamá?

Mi madre dio un paso adelante sin saber cómo reaccionar y le tendió la mano.

—Ésa soy yo. Encantada de conocerte... —No acabó la frase porque no se acordaba su nombre.

—Curt —dijo éste—. Con C de Curtis, pero el primero que me llame así ¡se lleva una torta!

Se rio de nuevo, sociable y autoritario. Era un hombre acostumbrado a ser el centro de atención.

A mi madre se le quedó la cara como una máscara con la sonrisa rígida, cosa que significaba que estaba disgustada e intentaba ocultarlo. Miré a Lauren para ver si ella también se había dado cuenta, pero estaba demasiado ocupada sonriéndole a Curt. Volví a mirar a mi madre y vi que caminaba con rigidez hacia la mesa.

—Vaya sorpresa —dijo—. Tendremos que... poner otro servicio en la mesa. Margaret, ¿puedes traer otro plato, por favor?

Mientras ellas movían los cubiertos intentando encontrar el mejor sitio para colocar a una quinta persona, Lauren se dio cuenta por fin de que yo estaba allí.

—¡John! —dijo.

Agarró a Curt por el hombro y le hizo girarse en dirección al salón. Él se resistió y tardó lo suficiente en moverse para que quedase bien claro que lo hacía porque le daba la gana y no porque quisiera Lauren.

—Curt, éste es mi hermano pequeño, John. Ya te he hablado de él.

—Sólo me ha dicho cosas malas —dijo y me guiñó el ojo. Yo lo miré fijamente sin saber qué debía decir—. Vaya, un chico tímido —continuó, entre risas—. No te preocupes, colega: no muerdo... fuerte.

Se rio de nuevo y le dio a Lauren un codazo un poco más fuerte de lo estrictamente necesario. Mis reflejos actuaron y de pronto empecé a buscar un cumplido para él.

—Qué camisa tan bonita —dijo mi madre. Le lancé una mirada de asombro; ella me miró, se encogió de hombros y volvió a lo que estaba haciendo—. John, cielo, ¿puedes coger la silla plegable del ordenador?

La traje de su habitación mientras Curt proclamaba en voz muy alta las virtudes de su camisa.

Llevé la silla plegable a la cocina y la puse junto al sitio de Lauren; con los dos asientos, su lado de la mesa quedaba un poco apretado. De todos modos, Curt ni siquiera me miró y se sentó al otro lado de Lauren, en la cabecera de la mesa. Lo miré ceñudo y ocupé la silla plegable, que era dos o tres centímetros más baja que el resto y me hacía sentir pequeño e incómodo.

Todas mis normas parecían exigirme diferentes acciones —hacerle cumplidos, estrecharle la mano, mostrarle lo normal que era—, pero no me sentía capaz de nada. Había algo en él que me enfurecía, aunque no lograba dar con qué era exactamente. Curt era tosco, ruidoso y grosero, eso era innegable; pero ya conocía mucha gente así y podía hablar con ellos sin problema. ¿Qué tenía él de diferente? El comentario sobre que era demasiado tímido para hablar me daba vueltas en la cabeza a pesar de que no había protestado: si él pensaba que era tímido, quizá me dejara tranquilo y así yo podría dedicarme a no hacerle ni caso.

Curiosamente, ignorarle resultó ser bastante más difícil que hablar con él porque apenas estaba un instante callado.

—Ni yo mismo me creo que todavía vaya por ahí con ese pedazo de cacharro —dijo señalando con el pulgar en dirección a la acera y negando con la cabeza—. Cuando la compré era una buena furgoneta, pero ya está más que vieja. Me da vergüenza que me vean con ella.

—Sólo tiene cuatro años —señaló Lauren— y es muy bonita.

—Puede que esté bien para ti, pero no has visto las nuevas. Ya sé que es japonesa, pero el modelo que acaban de sacar deja a ésta a la altura del betún. Es como un coche de lujo: memoria de configuración del asiento del conductor para ajustar el asiento, los espejos y el volante de manera automática. Así no tendría que hacerlo yo mismo cada vez que la coge

esta enana.

Le hizo un gesto con la mano a Lauren y sonrió. Ella le rio el comentario y Margaret parecía estar escuchando con atención, pero mi madre seguía en la cocina intentando reorganizar cuidadosamente las cuatro ensaladas para servir las en cinco platos. Me fijé en cómo colocaba cada hoja de lechuga lentamente, con deliberación, sin estar mucho rato pero realmente procurando que cada una de ellas fuese lo mejor posible. En lugar de boca tenía una leve sonrisa congelada: estaba decidida a hacer que la comida saliese bien.

—Los asientos son todos de cuero y tienen calefacción incorporada —dijo Curt—, y el equipo de música tiene Bluetooth de serie, no es opcional.

—Los asientos que tienes ahora son de cuero —puntualizó Lauren.

—Pero no tienen calefacción. —Me miró—. No distinguiría un coche bueno de uno malo ni loca, ¿eh, colega?

Mi madre trajo a la mesa las ensaladas redistribuidas y las pasó a los comensales; después se sentó a mi lado, lo más lejos que pudo de Curt. Claro que también era el único sitio que quedaba libre, pero me di cuenta por la manera en que se sentó sutilmente de lado, centrándose en dirección a Lauren en lugar de hacia él, de que daba gracias por la distancia.

—Comed —dijo—. El pollo estará listo para servir en cuanto nos terminemos las ensaladas.

—No habrá cocinado Lauren, ¿verdad? —preguntó Curt con una sonrisa de oreja a oreja. Lauren sonrió y negó con la cabeza—. Es muy guapa, pero no puede cocinar ni borracha.

Mi madre posó el tenedor de forma brusca y miró a Curt fijamente.

—Así no se habla de una novia.

—Bueno, solamente digo lo que veo —dijo Curt mientras pinchaba un pedazo de lechuga y negaba con la cabeza con actitud desdeñosa. Para él el incidente ya había quedado olvidado y, si se había percatado de lo molesta que estaba mi madre, no lo demostró.

Mi madre se puso a hablar de nuevo, aprovechando a la desesperada el espacio que había dejado Curt mientras masticaba, pero Margaret le llamó la atención y sacudió la cabeza hacia ella de manera casi imperceptible. Se conocían desde hacía tanto tiempo que a veces eran capaces de comunicarse sin palabras. Mi madre la miró y resopló; era obvio que estaba furiosa. Cuando me fijé en Lauren, vi que miraba a Curt sin prestar ninguna atención a las otras dos mujeres.

—Bueno, las bolsas de palomitas sí que las borda —dijo Curt sonriendo—. Pero se hace un lío con cualquier cosa que necesite fogones.

—Ya sabéis lo mal que se me da la repostería —dijo Lauren—. ¿Os acordáis de

cuando iba a secundaria e intenté hacer *brownies*? Se me quemaron por fuera y por dentro estaban crudos.

—Sip, todavía los hace así —dijo Curt, antes de coger el vaso de agua y darle un buen trago.

La manera en que reaccionaba a ella en tercera persona me parecía fascinante; contestaba sus comentarios directamente pero sin dirigirse a ella ni mirarla. Bueno, ni a ella ni a nadie más. No hablaba con nosotros ni como grupo ni individualmente; simplemente hablaba y nosotros éramos su público más cercano. Mr. Monster irguió las orejas y se revolvió inquieto en mi mente. Quería destrozar la pátina de seguridad y confianza en sí mismo de aquel fanfarrón, hacerle llorar de miedo. Quería obligarlo a suplicar clemencia.

Me refugié en mí mismo, obligándome a ignorar a Curt durante la comida. En lugar de pensar en él, me acordé del agente Forman y me pregunté cuál debía de ser su plan: ¿me consideraba sospechoso o tenía otros más en quien concentrarse? De hecho, ¿tenía alguna sospecha o solamente intentaba asustarme para que le revelara algún tipo de información? Nada que me incriminase a mí, sino algo que le proporcionase una pista, algo que se le hubiera escapado. El caso tenía un sinfín de preguntas sin respuesta y yo sabía que seguramente, a medida que pasaba el tiempo, éstas iban pesando cada vez más. ¿Cuánto tiempo llevaba la señora Crowley atada? ¿Podría haberlo hecho la misma persona que mató al doctor Neblin? ¿Por qué no habían encontrado el cuerpo del señor Crowley cuando el resultado de todos los asesinatos anteriores era un cadáver desmembrado? Incluso si Forman no sospechaba que lo había hecho yo, debía de sospechar que sabía más de lo que le estaba contando.

—En realidad —dijo mi madre—, la tarta la ha hecho John.

Levanté la vista y vi que los cuatro me miraban. ¿Qué me había perdido?

—¿Jim? —preguntó Curt.

—John —dijeron mi madre, Margaret y Lauren al unísono.

Asentí.

—Mira tú por dónde... ¿Es un trabajo de la asignatura de economía del hogar o algo así?

—Es el repostero de la casa —le aclaró mi madre—. Se le da muy bien y le encanta hacerlo.

—Repostería —dijo él cerrando el puño en un gesto burlón de solidaridad—. Una actividad para machotes.

—Pues sí que lo es —replicó Lauren. Era la primera vez que le hablaba en tono desafiante—. Ya me gustaría que cocinaras para mí alguna vez.

—Eso es porque en este pueblucho no hay ningún restaurante decente —dijo Curt.

—Y porque a las mujeres les gusta que los hombres se tomen la molestia de hacer cosas por ellas —insistió ella.

—Te compré los zapatos.

—¡Sí! Me encantan —dijo Lauren echando la cabeza atrás, extasiada.

—Más te vale —recalcó Curt, entre risas—, porque eran caros.

—Las chicas harán cola ante nuestra puerta en cuanto sepan lo bien que cocina John —dijo mi madre y se levantó para retirar los platos de la ensalada.

—Bueno, genial —dijo Curt abriendo los brazos—. La comida que hacen los tíos es mejor, ¿no? Nada de lloriquear por las calorías, la grasa y mierdas de éstas: simplemente, montones de buena comida. —Miró en dirección a la encimera y olisqueó el aire—. ¿También ha hecho el pollo?

Mi madre y yo nos miramos, y de pronto no supimos muy bien qué decir. Yo había dejado de cocinar carne un mes y medio antes, porque no me servía de nada: en lugar de distraerme de pensar en cadáveres, me los recordaba aún más; de pronto me veía cortando la suave carne roja con un enorme cuchillo y metiendo la mano en sangrientos montones de ternera picada. Así que dejé de comer carne.

—John es vegetariano —puntualizó mi madre.

Yo no lo hubiese expresado con esas palabras: «vegetariano» parece mucho más radical que «no come carne». Yo no creía que comer carne fuese el equivalente de asesinar, pero... bueno, supongo que sí, algo así. Para mí sí lo era. Pero ¿cuántos vegetarianos tenían fantasías sobre matar la carne que se iban a comer?

—¡Vegetariano! —gritó Curt—. ¿Qué demonios se le pasa por la cabeza a un hombre cuerdo para hacerse vegetariano?

«Es para evitar matar a imbéciles como tú», pensé.

—Él hace el postre y yo cocino casi todas las comidas —dijo mi madre mientras, una a una, servía las pechugas de pollo en los platos que había sobre la encimera—. Últimamente yo casi no como carne, porque es más fácil que hacer dos comidas distintas; de todos modos, me sigue gustando prepararla para ocasiones especiales.

Puso un puñado de arroz en cada uno de los platos y los colocó sobre la mesa de dos en dos; el mío fue el último y en lugar de la carne me sirvió una sopa de lentejas que ya me empezaba a gustar.

—Tío —dijo Curt inclinándose con expresión seria sobre la mesa. Me miraba a mí, de hito en hito—. Eso ni siquiera es comida. Es lo que come la comida.

Soltó una carcajada provocada por su propia broma y Lauren se rio con él. Margaret sonrió por educación y me di cuenta por la forma en que lo hacía —curvando la comisura de los labios pero sin mover ni un músculo alrededor de los ojos— de que la atención que parecía prestar era fingida y que en realidad no le importaba un comino lo que Curt dijera.

Sonreí y comí un pedazo de brócoli.

—Ahora en serio —siguió Curt mirando brevemente a Lauren—. A lo mejor deberías comer lo mismo que él; no te vas a poder meter en esos vaqueros estrechos si sigues comiendo así.

—¡Pero bueno! —dijo mi madre dando un golpe al dejar el tenedor—. ¿Qué es esa manera de hablar?

—Es verdad —replicó Lauren—. Hace meses que no me caben. Curt nunca me los ha visto puestos.

—Eso no es excusa para hablarte así —dijo mi madre.

—No necesito ninguna excusa cuando es cierto.

Por la manera en que sonreía, me quedó claro que creía haber dicho algo gracioso, una broma para rebajar la tensión. Era alucinante: hasta yo sabía que decir algo así era una estupidez.

—Está sentada ahí mismo —dijo mi madre señalando a Lauren—. ¡Muestra un poco de cortesía, por el amor de Dios!

—Sabía que esto iba a pasar —contestó Lauren y cerró los ojos—. Maldita sea, mamá. ¿Por qué no puedes ser amable durante sólo una comida? ¿Media comida, por lo menos? No llevamos aquí más de veinte minutos.

—Así que soy yo la que no está siendo cortés... No ha parado de insultarte desde que habéis llegado.

—¡Venga ya! —Lauren tiró la servilleta sobre la mesa y se puso en pie—. ¡Sólo intenta alegrar un poco el ambiente! El resto parecéis unos muertos. John no ha dicho ni una palabra en todo el rato que llevamos aquí.

«No es porque parezca un muerto, sino porque soy inteligente».

—Ya me había dicho que no os llevabais bien —dijo Curt mirando desafiante a mi madre—, pero no tenía ni idea de lo mal que estaba la cosa.

—Asombroso —replicó mi madre de brazos cruzados, mirando fijamente a Lauren—. Es el hombre más sensible y perceptivo del mundo, ¿de dónde has sacado tan buen partido?

—Ni se te ocurra hablarme sobre escoger hombres —dijo Lauren señalándola violentamente—. No intentes convencerme de que eres una experta cuando fue ¡la idiotez más grande que hiciste en tu vida!

—No tengo por qué soportar esto —dijo Curt poniéndose en pie—. Y tú tampoco.

Cogió a Lauren del codo y la llevó hacia la puerta.

—¡No te marches mientras te estoy hablando! —chilló mi madre.

—¿Y por qué narices me iba a quedar? —gritó Lauren. Se soltó y se acercó a la mesa a grandes pasos—. Llevas sofocándome toda la vida como si fuera... ¿Qué te piensas que soy? ¿Crees que no soy capaz de tomar buenas decisiones? ¿O es que no soy más que una máquina de cometer errores que se pasa el día rebosando estupidez?

Mi madre se cruzó de brazos.

—¿Cómo voy a poder hablar contigo con esa actitud?

—Lo último que necesito es que hables conmigo.

Curt la volvió a coger del brazo y la guió hasta la puerta, ominosamente silencioso ahora que las dos mujeres se estaban peleando. Esta vez Lauren no se soltó y él la llevó hacia fuera y cerró la puerta.

—¡Vuelve aquí! —chilló mi madre. Entonces se dio media vuelta y estrelló la palma de la mano contra la puerta de un armario con todas sus fuerzas—. Otra vez no —sollozó—. La he perdido otra vez.

Escondió la cara en las manos, se apoyó en el armario y lloró.

## 5

Cuando mi madre se fue por fin a la cama, habían pasado casi seis horas; salí sin hacer ruido de casa y me fui con la bici derecho al viejo almacén. Se había pasado la tarde llorando y hablando con Margaret, repasando la situación una y mil veces: Lauren tenía razón, Lauren no tenía razón, Lauren estaba cometiendo un tremendo error, mi madre había cometido un tremendo error y así hasta la saciedad. Me escondí en mi cuarto y me puse el pasamontañas para cubrirme las orejas y amortiguar el ruido.

Era igual que en los viejos tiempos, cuando todo el mundo se peleaba y todo el mundo chillaba y todo el mundo salía de nuestras vidas como alma que lleva el diablo. Igual que en los viejos tiempos pero peor: yo tenía a Forman intentando meterse en mi cabeza y a Mr. Monster desesperado por abrirse camino a zarpazos hacia el exterior. No tenía ni idea de cuánto podía dar de mí antes de saltar. Había planes que parecían estar urdiéndose por su cuenta en mi mente: cómo averiguar dónde vivía Curt; cómo dejarlo impedido; cómo herirlo, lentamente y con cuidado, para causarle el mayor daño posible. Me puse a dar vueltas por la habitación y a cantar fragmentos de las canciones que me venían a la cabeza: viejas canciones que mi padre solía escuchar, cosas más nuevas que Brooke ponía en la radio por las mañanas; cualquier cosa que me ayudase a tener la mente ocupada y alejada de todo pensamiento sobre la muerte. Pero nada surtía efecto.

Era aquella necesidad: el impulso desesperado que se acumulaba en el pecho de un asesino en serie y lo obligaba a matar. ¿Qué era? ¿De dónde venía? Siempre había sido capaz de controlar mi lado oscuro y había logrado mantenerlo encerrado durante años, pero ahora era muy fuerte. Yo había matado al demonio y Mr. Monster había saboreado la muerte por primera vez. Ahora quería más. ¿Iba a poder controlarlo? ¿Cuán fuerte se iba a hacer? ¿Cuán intensa llegaría a ser aquella necesidad antes de que explotase y matase a otra persona: a mi madre, a Margaret o a Brooke?

Recorrí la habitación de arriba abajo, sintiéndome encerrado. Las lamas de la persiana eran como barrotes, y si miraba entre ellas podía ver la casa del señor Crowley, grande y oscura. ¿Cuántas noches había pasado arrastrándome sigilosamente junto a sus paredes, mirando por las ventanas, estudiando a mi presa? Echaba de menos esa parte de mi vida; la añoraba físicamente, como un miembro amputado que aún pica de forma molesta. ¿Es que no podía volver a hacerlo? Crowley era un demonio, no una persona; acecharlo estaba bien porque lo hice por el bien de todos. Había sopesado las consecuencias con cuidado y

había tomado la decisión pertinente, pero ahora ya no podía justificar aquel tipo de comportamiento por ninguna razón inferior a aquélla.

Pero ¿y si había otro demonio?

Asumir que Crowley era el único que existía era una necedad, aunque también era insensato asumir que todos operaban del mismo modo. Al cadáver nuevo no le faltaba ninguna parte del cuerpo y, en cambio, sí tenía decenas de pequeñas heridas, además de una enorme en el pie. ¿Existía algún tipo de amenaza sobrenatural que necesitaba electrocutar a personas para mantenerse con vida? Y ¿sugería el hecho de que la víctima fuese una mujer que el demonio también lo era?

Pero no. Del mismo modo que me engañaba a mí mismo creyendo que los métodos de los demonios serían siempre iguales, no podía asumir que sus motivos serían también los mismos. El señor Crowley mataba a hombres con la misma constitución física que él porque necesitaba sustituir partes de su cuerpo. Era cuestión de mera supervivencia. El nuevo demonio podía matar para alimentarse, por deporte o como vía de expresión personal: la lista era variada, pero igual que yo tenía una necesidad, el demonio debía de tener también una, algún tipo de agujero emocional que debía rellenar.

¿Cómo podía descubrir las necesidades de un demonio si ni siquiera conocía las mías?

Volví a pensar en Curt y en la satisfacción que sentiría electrocutándolo como le habían hecho a la mujer muerta, mirándolo chillar y retorcerse hasta que el cable le hiciera un buen cráter en la carne. Sacudí la cabeza para deshacerme de aquella idea. No podía seguir así: necesitaba quemar algo.

Era hora de volver al almacén.

Al salir de casa cogí un trozo de pollo del frigorífico —al final nadie había terminado de comer—, lo metí en una bolsa de plástico y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Esta vez el gato no me iba a fastidiar.

Era justo después de medianoche y estaba suficientemente oscuro para que ir en bicicleta fuese una mala idea; sin embargo, el coche iba a hacer demasiado ruido. Cabía la posibilidad de que mi madre se despertase, y si lo utilizaba y llegaban a investigar el incendio, sería más fácil seguirme el rastro. Recorrí un kilómetro y medio de calles a oscuras montado en la bicicleta, y después desmonté y seguí a pie por un camino irregular que discurría entre los árboles, guiándome a tientas por las partes más negras, donde los rayos de luna no penetraban. El bidón de gasolina que llevaba en la mano hacía ruido.

El fuego me llamaba.

Las paredes de hormigón del almacén reflejaban la luz de la luna, brillante y gris, y lo hacían relucir en el claro. Yo sonreía de oreja a oreja. Aquél era el momento en que las líneas que había dentro de mí se desdibujaban y Mr. Monster se convertía simplemente en John Cleaver: no un asesino, sino un chico; no un monstruo, sino un ser humano. El fuego era mi gran catarsis, pero aquel instante de preludio era mi momento de mayor libertad: el

breve descanso durante el cual no tenía que preocuparme de lo que Mr. Monster quisiera hacer, porque él y yo deseábamos lo mismo. Una vez tomaba la decisión de encender un fuego, dejaba de estar en guerra conmigo; sólo existía yo y todo tenía sentido.

El gato me recibió con una mirada silenciosa, colocado sobre el alféizar de una ventana rota que le otorgaba unas vistas señoriales de sus dominios, dentro y fuera del almacén. Dejé la bici junto a los árboles y caminé sin hacer ruido; saqué el pollo y partí un pedacito. Las fibras se separaron limpiamente, las capas de músculo cocinado se desgajaron en tiras con facilidad. Me acerqué a la ventana y agité el pollo todo lo cerca del gato que pude; entonces dejé caer el pedacito en el suelo y lancé otro a varios metros de distancia. Los ojos del gato siguieron la trayectoria de la carne a medida que surcaba el aire. Enfocó la vista sobre él como si fuera un láser. Yo entré en el almacén sin que me viera, aunque no había puerta en el quicio.

Cuando volví a mirar la ventana, el gato seguía allí y se estaba girando para verme entrar por la puerta. Me observó un momento y después se volvió hacia fuera para mirar la carne fijamente. «Eso es —pensé—, ve a por ella».

Saqué el viejo colchón de detrás del montón de palés. Era grueso y olía a humedad; estaba cubierto de suciedad y de pisadas de animales, y la parte de abajo estaba mojada. Cuando lo giré, el olor subió como una lenta nube de moho. Volví a darle la vuelta para que la cara seca estuviese arriba, pero finalmente cambié de opinión y lo puse otra vez del revés porque podía utilizar algunas de las cosas que había allí, como los palés de madera, para levantar el colchón y crear un horno debajo. La parte seca prendería enseguida y secaría la parte de arriba; además, el humo que saldría de las zonas más mojadas podría escapar hacia fuera sin sofocar las llamas de debajo.

El gato seguía apostado en la ventana, observándome con interés. Me quedé quieto en un intento de parecer muy poco interesante y lo miré fijamente. No se movió.

Esperé un momento más y el gato siguió inmóvil, así que me puse a recoger materiales para el horno: el animal tendría que moverse tarde o temprano.

A lo largo de la pared del almacén había una hilera de barriles de metal aunque, por lo que alcanzaba a ver, estaban todos vacíos. No eran inflamables ni contenían productos que lo fuesen, así que los pasé por alto y seguí con lo mío. En la esquina más alejada había una pila de latas de pintura; había más por todo el almacén, dejadas de cualquier manera. Durante mis visitas previas las había catalogado todas: la mayoría eran de pintura acrílica que no ardía, pero había un buen montón de pintura blanca de esmalte que iban a quemar como si fueran propergol. Utilicé las llaves para hacer palanca y abrir una lata, y sonreí al notar la ráfaga acre de alcohol que salía de dentro. La pintura era vieja —seguramente tenía décadas— y el pigmento se había sedimentado y solidificado al fondo; lo que quedaba encima era una especie de espesa sopa alcohólica. De dos en dos, trasladé las latas al centro de la estancia mientras soñaba con la gigantesca fogata que iba a crear.

El gato seguía en la ventana, vigilándome. Fruncí el ceño, salí afuera y encontré la pechuga de pollo, que seguía intacta entre la hojarasca y la grava. El pedacito que le había

arrancado también estaba intacto. Lo recogí y se lo enseñé.

—¿No lo quieres?

Me miró fijamente.

—Es comida, gato. ¿Es que no comes?

Me costó un gran esfuerzo no insultarlo; cualquier tipo de abuso, incluso el verbal, iba en contra de mis normas. Lancé el trozo de comida al aire, dejando que describiera un pequeño arco delante de él y después cayera al suelo.

—Sal de la ventana.

Sentí cierta presión en el pecho y respiré hondo. «Tranquilízate —me dije a mí mismo—, no pasa nada. Todavía puedes encender el fuego. El gato se marchará y todo saldrá bien». Respiraba con dificultad y entorné los ojos en un gesto malcarado dirigido a... No sé. Necesitaba hacer ese gesto dos, tres, cuatro veces seguidas, ya está. Volví al interior con paso rápido y busqué con la mirada algo que hacer. ¡Madera! En el centro había madera. Podía hacer una pila con ella.

La constructora que había sido propietaria de aquel lugar había dejado allí varias tablas y tablones, listones de cinco por diez y de dos y medio por veinte, y después de veintipico años de ciclos estacionales la madera se había combado. Unos tenían una ligera curva, otros se habían hinchado y algunos se habían rajado o incluso partido. Otros visitantes anteriores los habían cambiado de sitio: los habían apilado en otra parte o los habían tirado al suelo, pero la mayoría seguía en los montones originales. Cogí tres tablones de los más finos y anchos, y los apoyé sobre seis latas abiertas de esmalte. La pintura no tendría mucho efecto hasta que la hoguera fuese bien grande pero, cuando las llamas llegasen por fin hasta la pintura, la explosión iba a ser espectacular. Las coloqué en tres filas bien ordenadas y puse el colchón encima; trabajaba tan rápido que la primera vez que intenté levantarlo tiré todos los tablones al suelo. El gato, que seguía en el alféizar, me ponía demasiado nervioso y necesitaba tranquilizarme. Volví a colocar los tablones y levanté el colchón con más cuidado, dejando el lado seco mirando hacia abajo; lo posé encima de la madera. Estaba más mojado de lo que creía; de hecho, estaba empapado. Me pasé la mano por el pelo, inquieto. Un momento después cogí el bidón de gasolina y rocié el colchón; no era la solución más elegante pero, seguramente, sí la más fácil.

El gato seguía ahí. Dejé el bidón en el suelo y le di una patada a unos tablones que estaban amontonados.

—¡Fuera!

El ruido resonó en la sala vacía, y el gato bufó y arqueó la espalda en actitud agresiva.

Apreté los ojos, tenía náuseas.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

Caminé tres o cuatro pasos, di media vuelta y volví hacia atrás, dejando unas huellas

erráticas sobre el suelo sucio. Me volví hacia el gato y lo miré directamente a los ojos.

—No voy a hacerte daño ni a dejar que nada te lastime. —Pausa—. A lo mejor necesitas que te ayude... porque no sabes qué tienes que hacer.

Podía encaramarme a la ventana y coger al gato en brazos —con cuidado— pero me hacía falta algo a lo que subirme. Corrí hasta los barriles de metal y agarré uno por la parte de arriba; a pesar de estar vacío pesaba mucho, así que me apoyé en la pared para tumbarlo. Al caer contra el suelo se oyó un sonido metálico y hueco; lo hice rodar con impaciencia hasta el otro lado, esquivando con cuidado los montones de madera, latas y basura que cubrían el suelo del almacén.

—No voy a hacerte daño —repetí mientras hacía rodar el barril—. Voy a ayudarte, nada más. Voy a llevarte a un lugar seguro.

Aparté un par de palés que estaban debajo de la ventana, apoyados contra la pared y coloqué el barril. Volver a ponerlo de pie parecía una tarea imposible, pero lo sujeté contra la pared, metí las manos por debajo y conseguí levantarlo. El gato vigiló impasible todos mis movimientos.

Con cuidado, me subí al barril y, lentamente, empecé a erguirme. A medida que me acercaba al gato, éste volvió a resoplar; me enseñó los colmillos y me miró desafiante. Yo me quedé quieto, tratando de tranquilizarlo.

—No tengas miedo, solamente quiero cogerte en brazos con mucho cuidado y llevarte afuera.

Me erguí y me bufó por tercera vez, más fuerte.

—Escucha, este sitio está a punto de convertirse en un horno y no te conviene quedarte aquí. No sabes qué es el fuego, pero da mucho miedo. Es malo.

Acabé de erguirme y el felino arqueó el espinazo y erizó el pelo. Desde tan cerca podía distinguir las conocidas líneas del gato doméstico, pero allí había algo que corría mucho más profundo: rastros de leopardo y de tigre que relucían desde su interior, el testigo latente de los primitivos ancestros del gato. Viniese de donde viniese y sin importar lo civilizado que hubiese estado en algún momento de su vida, todo eso había desaparecido. La criatura que me amenazaba era un animal salvaje y peligroso.

Me quedé totalmente quieto y miré su rostro como si fuera un pozo de memoria. Bufó una vez más y se agachó sobre las patas delanteras, listo para abalanzarse sobre mí.

Me eché atrás.

«No debería estar haciendo esto». Me había permitido romper una de mis normas —quemar cosas cuando necesitase desahogarme— y sin embargo estaba yendo demasiado lejos. No podía desobedecer más normas y si tocaba al gato, éste me iba a atacar y yo iba a responder, y al lastimarlo estaría rompiendo la norma más importante de todas. No podía hacerlo, tenía que dejarlo.

Me bajé del barril tenso y agotado. Estaba un poco mareado, así que me senté sobre una pila de tablones para recuperar el resuello. No podía hacerle daño a nada ni nadie.

No podía quemar nada.

La tensión seguía ahí —la rabia, el miedo, la desesperación—, pero no podía liberarla, al menos no de aquella manera. Aquello era muy mala idea, imposible de controlar; creo que en el fondo quería provocar que el gato me atacase y así tendría una excusa para hacerle daño. Lo cierto era que no podía permitirme dañarlo.

Los intentos de liberar la tensión en pequeñas dosis seguras se estaban volviendo demasiado peligrosos; tenía que haber un modo mejor, aunque guardármelo todo dentro sin soltar nada tampoco funcionaba. Y, definitivamente, tampoco podía desatarme por completo y perder el control totalmente. Debía de haber un punto medio.

Lo que necesitaba era otro demonio.

Nunca me había sentido tan cómodo como durante el invierno, cuando iba a la caza del demonio que acosaba la población. Estaba centrado, iba en una dirección concreta y tenía un propósito que daba sentido a todo lo demás. Había podido liberar a Mr. Monster y, gracias a eso, había estado en paz conmigo mismo por primera vez durante años. Y en cuanto había desaparecido el demonio, mi válvula psicológica de escape también lo había hecho.

Salí lentamente del almacén, respirando controladamente, con ritmo pausado. Teníamos otra víctima pero no había asesino al que atrapar; no se trataba de un demonio y tampoco de un asesino en serie, no era más que un marido borracho o un novio celoso...

Un novio celoso. Forman dijo que el cadáver estaba cubierto de pequeñas heridas: pinchazos y rascadas y quemaduras y ampollas y quién sabe qué más. Un novio celoso y furioso podría haber hecho algo así; un novio celoso y enfadado que no tuviera respeto por las mujeres y las tratase como basura. Un hombre como aquél no tendría ningún escrúpulo a la hora de infligir aquel tipo de dolor a una mujer.

Y yo sabía exactamente dónde encontrar a un hombre así.

Sabía que no era probable, pero al menos era algo. Se trataba de un objetivo claro y a mi alcance: seguir a un hombre que quizá pudiese ser el asesino para determinar si en realidad lo era. Podría vivir igual que lo había hecho antes y atender a las necesidades de Mr. Monster sin poner las mías en peligro.

Era hora de conocer a Curt mucho, mucho mejor.

## 6

Finalmente la víctima fue identificada como Victoria Chatham y, como no nos la trajeron para el embalsamamiento, no tuve ocasión de examinar el cuerpo ni de estudiar las heridas. Me quedé sin forma directa de averiguar más sobre el hombre que se las había causado, de modo que mi investigación sobre el asesino iba a tener que empezar en alguna otra parte.

Y dado que no tenía más remedio que asistir a clase durante unas cuantas semanas más, «alguna otra parte» significaba una conversación sesgada con Max en el comedor.

—La pregunta principal para trazar el perfil de un criminal es: «¿Qué cosas innecesarias hace el asesino principal?».

—Por favor, otra vez no —dijo Max entornando los ojos.

—Funciona, de verdad —insistí—. Y lo haces mejor si hay alguien con quien comentar las ideas. La última vez me ayudaste mucho.

—Si te ayudé tanto, ¿cómo es que no pillaste al malo?

«Sí que lo hice».

—El agente del FBI que está en la comisaría me hizo ir allí y me enseñó las fotos del escenario del crimen antes de que se hicieran públicas —dije—. Me pidió ayuda.

—Calla ya.

—No, en serio.

—John, estamos a dos mesas de distancia de tres chicas que están increíblemente buenas y llevan pantalones increíblemente cortos, así que no tengo tiempo para una conversación analítica de las tuyas.

Cerré los ojos. Brooke estaba sentada dos mesas más allá con dos de sus amigas: Marci y Rachel. Yo ya había gastado la conversación y las dos miradas que tenía permitidas durante la comida. Brooke llevaba el pelo recogido en una coleta, que había atado con una cinta o una goma de color rosa. Llevaba una camiseta rosa con rayas blancas y unos vaqueros cortos que dejaban bien a la vista sus largas y esbeltas piernas. Ni siquiera podía permitirme pensar en ella, y por eso me había puesto a analizar al asesino.

Estaba ansioso por quemar algo.

—Tenía el cuerpo cubierto de heridas —continuó—. Salió en las noticias y además lo vi en la foto. El asesino le hizo daño antes de matarla; la torturó. ¿Por qué querría hacer eso?

—No lo sé —dijo Max—, el tipo raro que da miedo eres tú, no yo. ¿Por qué lo harías tú?

—Ese comentario es insultante. Pero, bueno, sí, lo que estamos haciendo, más o menos, es ponernos en su piel.

—Hablo en serio. Si fueras a matar a alguien así, cosa que no descarto por completo, ¿por qué lo harías?

«Más vale esto que nada».

—Porque quiero algo y matarla de esa manera me ayuda a conseguirlo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—No sé lo que quiero. Eso es precisamente lo que intentamos averiguar; hay que partir de eso e ir retrocediendo.

—Vale —dijo Max mirando el techo y moviendo las manos lentamente—. ¿Qué... consigues cuando... matas a una persona de una manera... que te ayuda a lograr lo que sea que quieres?

—Qué obtengo al matar a alguien de esta forma —le corregí.

—Eso es lo que he dicho.

—Obtengo... satisfacción.

—Estás enfermo.

—No hablamos de mí: el asesino obtiene satisfacción.

—Pues él es el enfermo. ¿Qué más?

—El asesino obtiene venganza. Y poder.

—El asesino obtiene paz y tranquilidad —dijo Max.

—No creo. Si lo único que quieres es que alguien cierre la boca de una vez, hay maneras más fáciles de conseguirlo que torturarlo hasta la muerte.

—¿Y si es alguien que lleva toda la vida fastidiándote y ya no lo soportas más y quieres hacerle sufrir por ello antes de morir? En ese caso, la recompensa es paz y tranquilidad.

—De hecho, en ese caso la recompensa sería poder, venganza y satisfacción. Estarías tomando el control de tu vida y vengándote de la persona que te lo había arrebatado.

—Y después de todo eso —dijo Max— tendrías paz y tranquilidad. Hazme caso, al final se trata siempre de eso.

—¿Seguro? Si lo que yo quiero es paz y tranquilidad, lo último que haría sería abandonar un cadáver en mitad de una investigación de asesinatos en serie. Esta muerte conseguirá más cobertura, atención y recursos que cualquier otro fallecido en cualquier otro pueblucho como éste.

—Bueno, ya está bien, me rindo, nada de paz y tranquilidad. Consigo lo contrario de paz y tranquilidad; consigo... guerra y ruido. Una guerra ruidosa. Soy un terrorista.

Las piezas empezaron a encajar en mi cabeza.

—A lo mejor sí —dije al tiempo que me inclinaba hacia él con entusiasmo—. Quiero decir que no eres un terrorista normal, pero se trata de la misma idea: utilizas la violencia para llamar la atención.

—O sea, que tengo cuatro años, ¿no?

—Lo estás haciendo a conciencia —dije— porque quieres que la gente se dé cuenta de que existes. Matas a una mujer de manera extraña, la dejas en un lugar donde la vayan a encontrar y así es como lanzas tu mensaje.

—¿Por qué de pronto hablamos de mí en lugar de ti?

—Bueno, pues yo... ¿Qué más da? El asesino... El asesino intenta decir algo. «Odio a las mujeres», «soy mejor que tú» o algo así.

—«Puedo hacer lo que se me antoje».

—Exacto.

Max le dio un mordisco al bocadillo.

—¿Y con quién está hablando?

—Pues... no lo sé. Con todos, supongo. Con la policía. Con el FBI. Tenemos un agente de fuera que se dedica a esto, a lo mejor le está hablando a él.

—Y si es el asesino de Clayton, ¿qué?

—Los métodos son completamente diferentes —dije.

—No, me refiero a si está hablándole al asesino de Clayton.

Lo miré fijamente. El asesino de Clayton estaba muerto, pero Max no lo sabía; de echo, nadie lo sabía, ni siquiera el nuevo asesino.

¿Y si se trataba de un asesino diciéndole a otro: «Hola, soy el nuevo»?

—La hostia. Por ahí viene —dijo Max.

—¿Quién?

Levanté la cabeza repentinamente y vi que Brooke venía directa hacia nosotros. Eso elevaba el número de miradas durante la comida a tres y no tenía tantas permitidas. Debía seguir las normas de forma muy estricta, incluso si el contacto lo iniciaba ella. Eran mi

primera y última defensa contra Mr. Monster y si yo podía hacer lo que quería, él también. Por eso no se lo podía permitir.

—Si nos pregunta sobre qué estamos hablando —dijo Max—, contéstale, por favor, que sobre coches.

Brooke se acercó a la mesa.

—Hola, John.

—Hola.

Después de haberla saludado de camino al comedor, no podía hablar otra vez con ella durante la comida.

—¿Ahora tienes clase de literatura? —preguntó.

—Sí.

Intenté ser educado a pesar de que estaba mirando la pared de detrás de ella, justo a la derecha de su cara.

—La señora Barlow ha dicho que vamos a empezar el mismo tema que vuestra clase. *Beowulf* y *Grendel*.

—Sí —dije con la esperanza de que la conversación terminase ahí. Entonces, desesperado por no sonar grosero, añadí—: Tienen pinta de ser interesantes.

Apreté los dientes. «No debería haber dicho eso».

—Es verdad —dijo Brooke.

Vi por el rabillo del ojo que sonreía. Le eché un breve vistazo a la mesa y después miré el espacio justo detrás del otro hombro.

—Estaría bien hablar del tema —continuó ella—, ya sabes, en el coche o algo así. Como me llevas todos los días...

—Claro —asentí. No debía contribuir a la conversación, pero ¿qué iba a hacer?—. Nos irá muy bien, ya que vamos a clases diferentes.

—Exacto. Podemos compartir los comentarios más brillantes de la clase del otro y quedar como auténticos genios en la nuestra.

Volví a bajar la mirada hacia la mesa.

—Sí.

«Márchate, por favor».

—¡Genial! —dijo—. Te veo en el coche, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo, nos vemos allí.

Y se marchó. «Por fin».

Max la miró mientras se alejaba.

—Adiós, culito bonito, te echaré de menos. —Se volvió hacia mí y aplaudió en silencio—. El puto amo, por cierto. No te tenía por alguien con tal sutileza en temas románticos.

—¿De qué hablas? —dije sacudiendo la cabeza. Tenía una sensación irritante y extraña, como si estuviera atrapado en una tela de araña.

—Pasar de ella de esa manera. Si la segunda tía más buena del instituto hubiese venido con esos pantaloncitos a suplicarme que fuese a estudiar con ella, ni de coña me hubiese comportado con tanta tranquilidad. Creo que nadie en todo el instituto sería capaz.

—¿La segunda tía más buena?

—Porque no se puede comparar con Marci —dijo Max—. Pero ahora en serio: estoy impresionado. Está coladita por ti.

—No sé de qué me hablas.

—Tío, no seas tan modesto; es un plan genial. —Max se recostó en la silla y gesticuló ampliamente con ambas manos—. Le prestas la suficiente atención para mostrar lo buen tío que eres y después te mantienes a cierta distancia y dejas que ella rellene los huecos. El plan empieza a dar sus frutos: eso de jugar a hacerse el desinteresado tendrá su recompensa.

—No se trata de eso para nada.

—Venga ya —dijo Max—. ¿Crees que no me entero de nada? La traes al instituto todas las mañanas, la miras con deseo cuando sale del coche y se aleja, y después te pasas el día prácticamente evitándola. Ayer mismo: fuiste a saludarla, le hablaste de sus zapatos, vete a saber por qué, y después de la siguiente clase te cruzaste con ella en el pasillo y cuando te sonrió fingiste no haberlo visto.

Hablaba de la pausa entre la quinta y la sexta hora: lengua y literatura, y matemáticas. Yo tenía que pasar por delante de su clase de camino de una a la otra, así que normalmente daba la vuelta por el otro pasillo para no encontrarme con ella. Pero me había entretenido hablando con el profesor y no tenía tiempo para dar un rodeo, por eso recorrí el pasillo mirando el suelo: para no verla.

¿Y al parecer esto le gustaba? ¿Qué esperanzas tenía yo de llegar a comprender a las personas?

Tenía que poner fin a ese asunto. No podía permitir que se acercase más a mí, no más que ahora; no en aquella situación. Mr. Monster estaba tan desesperado por hacerse con ella que hasta me llegaba a causar dolor.

—No significa nada —dije—. No es más que la chica a la que traigo al instituto, nada más.

—¿Estás de broma? Creo que hay gente en otros países que se ha dado cuenta de que estás enamorado de ella.

—Ya paso demasiado tiempo con ella.

—¿Qué significa eso? Está que te cagas, tío. Cuando digo que es la segunda tía más buena del instituto, te aseguro que he dedicado muchísimo tiempo a hacer una comparación detallada. Tienes que pasar de tus mierdas y pedirle para salir.

Lo miré fijamente.

—¿Estás loco o qué?

—No —contestó Max—, tú eres el que está loco. De hecho, creo que te estás haciendo el estrecho demasiado bien. Si te mostrases un poco más disponible y abierto, seguro que ya te lo habría pedido ella.

—¿Por qué dices eso?

—Porque presto atención. Como ya he dicho, está muy buena. Y mientras estás ocupado pasando de ella, ella te echa muchas miraditas con interés. Creo que piensa que eres misterioso, aunque yo cada vez veo más claro que eres imbécil y punto.

Aquello no era precisamente lo que más falta me hacía. Suficiente esfuerzo me costaba mantener a Mr. Monster a raya, vivir sus fantasías durante la noche y después pasarme el día construyendo una jaula de normas y patrones de comportamiento para evitar que esas fantasías se convirtieran en realidad. Él quería lastimar a la gente, a veces quería dañarlos mucho y lo que tenía planeado para Brooke era demasiado horrible para siquiera pensar en ello. Quería poseerla completa y absolutamente, pero eso no sería posible hasta que estuviese muerta. Suficiente esfuerzo me costaba mirarla y sonreír con aquel pozo hirviente de intenciones funestas dentro de mí. Y ahora mi amigo, mi único amigo, me decía que debía centrarme aún más en ella: pasar más tiempo con ella, pensar en ella más a menudo y hacer más cosas para resultarle más atractivo.

Algo debía cambiar, y pronto, o nadie iba a estar a salvo a mi alrededor.

## 7

Por mi decimosexto cumpleaños conseguí un cadáver con el que jugar: la señora Soder, la mujer más anciana del condado de Clayton, murió por fin. El cuerpo estaba tendido sobre la mesa de acero inoxidable que usamos para embalsamar; estaba totalmente inmóvil y ya habían retirado la bolsa. Había muerto en el hospital, por eso nos la habían enviado vestida con la típica bata; eso facilitaba mucho las cosas: en lugar de luchar para quitarle la ropa de calle o intentar obtener el permiso de los familiares para cortarla, solamente hacía falta cortar una tira aquí y otra allá para deshacernos de la bata en cuestión de segundos. El embalsamamiento iba a ser fácil, casi demasiado; por eso yo quería tardar todo lo que pudiese y disfrutar al máximo.

Mi madre estaba en la oficina, firmando papeles con Ron, el forense, y Margaret aún no había llegado. Técnicamente, Lauren era la administrativa de la funeraria, pero seguía sin hablarse con mi madre y, naturalmente, tampoco estaba allí.

Así tendría más tiempo para mí.

Toqué el pelo, que era largo, blanco y muy fino, como plumón. Cuando murió, Soder tenía casi cien años: el cuerpo se curvaba de forma curiosa sobre la mesa, debido a la joroba que la edad le había proporcionado. Lo primero que se hace con un cadáver, naturalmente, es asegurarse de que está muerto: lo estará del todo cuando hayas acabado tu trabajo, así que es mejor cerciorarse de que la persona no está viva antes de empezar.

En uno de los cajones había un pequeño espejo de maquillaje que le coloqué delante de la nariz. Un cuerpo con vida, aunque esté en coma, lo empañaría con el aliento; sin embargo, conté hasta veinte con el espejito en la mano y nada, no respiraba. Lo guardé y saqué una aguja de coser; era afilada y pequeña, pero no lo suficiente para no poder sujetarla bien. Pinché las yemas de los dedos, no con la suficiente fuerza como para traspasar la piel, pero sí lo bastante para activar los nervios y provocar una reacción involuntaria. No hubo ningún movimiento: aquel cadáver estaba bien muerto.

Acerqué el lavamanos portátil, que básicamente era un cubo sobre un soporte con ruedas, y lo puse debajo de la cabeza. El segundo paso de un embalsamamiento era el lavado del cuerpo, y el pelo era una de las partes más importantes porque era de las más visibles. Tenía pinta de que nadie le había lavado el pelo o peinado desde hacía tiempo, pero a mí no me importaba; así pasaría más tiempo con el cadáver. Acerqué la pequeña manguera que teníamos conectada a un fregadero y rocié la cabeza para mojarle el pelo.

Para los cadáveres no teníamos ningún champú especial: usábamos un bote del mismo que comprábamos para casa; apliqué un poco sobre la parte superior, cerca de la frente, y lo distribuí por toda la cabeza con un cepillo.

—Hola, John —dijo mi madre cuando irrumpió en la sala vestida con un uniforme verde de quirófano.

Tenía cara de estar confundida: ojos bien abiertos, labios ligeramente separados y dientes apretados, pero se movía con soltura, casi con total indiferencia. A veces pienso que le gustaba sentirse aturullada, y actuaba de aquella manera incluso estando relajada.

—Siento haberte dejado solo tanto tiempo: Ron tenía no sé qué formulario nuevo del estado que no había visto nunca.

—No pasa nada —dije.

Mi madre se detuvo, dio media vuelta y me miró.

—¿Estás bien?

—Claro. Estoy lavando pelo.

—Le estoy lavando el pelo a esta señora —dijo mi madre y se giró hacia el mostrador.

—A esta señora —repetí—. Perdón.

Siempre me refería a los cadáveres como algo indeterminado y neutro porque... bien, era obvio: están muertos. Aunque al parecer expresiones como ésa les resultaban muy molestas a los humanos normales, a mí me costaba mucho tener todo eso presente.

—¿Dónde está Margaret? —pregunté.

—Le he dicho que no se moleste. Este embalsamamiento es fácil: podemos hacerlo tú y yo solos, y ella puede ocuparse de organizar el funeral con la familia.

—Creía que eso normalmente lo hacías tú.

—A lo mejor quiero pasar un rato con mi hijo —dijo frunciendo el ceño de cierta manera que ya había aprendido a identificar como humorística—. ¿No te lo planteas nunca?

La miré seriamente.

—Mi actividad familiar favorita es cuando aspiramos la cavidad de los cadáveres. ¿Y la tuya?

—La mía es cuando no te haces el listillo —replicó, y cogió un bote de spray desinfectante de una estantería—. Fíjate en si tiene alguna costra de sebo. Ha estado en el hospital casi dos semanas y sabe Dios si le han lavado la cabeza alguna vez.

Miré la cabeza —la cabeza de la señora—, y aparté el pelo para fijarme en el cuero cabelludo.

—Hay algo de suciedad.

—Costra láctea —dijo mi madre—. Es grasa y células muertas, y cuesta un horror quitarla. Intenta hacerlo con esto. —Se acercó y pulverizó la zona con el desinfectante—. Eso debería comérselo; sigue dándole con el cepillo.

Apreté un poco más fuerte, rascando suavemente con el cepillo la suciedad del cuero cabelludo. Unos minutos más tarde el desinfectante empezó a deshacer la costra y la pude quitar del todo. Cuando estaba satisfecho con la limpieza del pelo, volví a echarle agua, esta vez mojándolo más, y seguí cepillando para ayudar a aclarar la espuma.

Acompasé el cepillado con los latidos de mi corazón: una pasada por cada uno. Ambos eran lentos y medidos, calmados por primera vez durante semanas. Embalsamar era un trabajo como cualquier otro, pero cada una de las personas que se dedicaban a ello tenía su propia manera de encararlo. Para mi padre era una forma de respeto, la manera de honrar la vida de los que habían fallecido. Para mi madre era cuestión de servicio: pasaba horas ayudando a alguien que estaba verdaderamente indefenso, y todavía más con la familia para organizar el funeral, el entierro y las misas correspondientes. Para mis padres embalsamar era algo bueno, un acto prácticamente de reverencia y respeto. No en vano era el sentimiento compartido de deferencia frente a los muertos lo que los había unido.

Para mí embalsamar era una suerte de meditación; me proporcionaba una sensación de paz que no había encontrado en ninguna otra faceta de mi vida. Me encantaba la quietud, el silencio. Los cuerpos jamás se movían ni chillaban; nunca se peleaban ni se marchaban. Los muertos se limitaban a quedarse tendidos, en paz con el mundo, y me dejaban hacer lo que debía. Tenía el control sobre mí mismo.

Tenía el control sobre ellos.

Mientras cepillaba el pelo, mi madre cortó la bata del hospital y, por pudor, la sustituyó por una toalla. Lavó las extremidades y el torso, y cuando yo acabé con el pelo, saqué una cuchilla. Le afeitábamos la cara a todos los cadáveres sin importar la edad o el sexo, porque incluso las mujeres y los niños tenían algo de vello facial aquí o allá. Apliqué espuma de afeitar sobre las mejillas y el labio superior con un masaje y deslicé la cuchilla con cuidado por la piel.

Unos minutos después, dejé la cuchilla sobre la mesa.

—He terminado de afeitar —dije—. ¿Estamos listos para fijarlo?

—Para fijar la expresión de la señora —me corrigió mi madre.

—La expresión de la señora —repetí.

—Tengo que decírtelo cada vez, John. Tienes que pensar en ellos como personas, no como objetos. Deberías reconocer lo importante que es eso, sobre todo tratándose de ti.

—Lo siento —dije y guardé los trastos de afeitar.

—Mírame, John. —Me volví hacia ella—. Hablo muy en serio.

—Lo siento. Ella. Vamos a fijarle la expresión a ella.

—Que no se te vuelva a escapar.

Asentí.

La «señora» había muerto hacía tan poco que el cuerpo de «ella» seguía rígido por el rígor mortis; antes de poder tratarle el rostro, teníamos que masajearle el cuerpo hasta que recuperase la movilidad. El rígor mortis lo provoca el depósito natural de calcio en los músculos; los cuerpos con vida lo utilizan para varias cosas, pero en los cadáveres se acumula hasta que los músculos se ponen rígidos. Después de un día o dos, la musculación vuelve a soltarse debido a la descomposición, pero en aquel momento lo que hacía falta era que amasásemos el calcio haciendo presión y frotando la carne hasta que se volviera suave y maleable.

En cuanto pudimos, nos pusimos con la expresión facial: colocar la cabeza, cerrar la boca y todo eso. Colocamos pedazos de algodón debajo de los párpados para evitar que parecieran hundidos y los sellamos con crema. Insertamos dos pequeños ganchos en las encías, uno debajo del labio superior y otro en la mandíbula, y entonces cerramos la boca con un pedazo de cordel negro. Era importante que colocásemos los ganchos con cuidado y que los atásemos a la distancia adecuada: si estaba demasiado holgado, la boca permanecería abierta; si apretábamos demasiado, la nariz quedaría con un gesto poco natural. Lo último que la familia quiere ver en un funeral es a la abuela muerta mirando con expresión de sorna en el ataúd.

Cuando terminamos con el rostro nos pusimos con la primera fase interna del proceso, que se llama «embalsamamiento arterial». Mientras mi madre reunía los productos adecuados y los mezclaba en el depósito de la bomba, yo utilicé un bisturí para hacer una incisión cerca de la clavícula, y después usé un gancho sin punta para sacar un par de resbaladizos vasos sanguíneos de color morado. Ambos eran tan anchos como un dedo y los abrí con cuidado para evitar cercenarlos por completo. El procedimiento no era para nada sangriento, ya que la ausencia de los latidos del corazón hacía que no hubiera presión para hacer salir la sangre. Conecté cada uno de los vasos —una arteria y una vena— a un tubo de metal y, cuando mi madre trajo la bomba, la conecté al tubo de la arteria. El tubo de la vena iba conectado a una fina manguera que se retorció hasta llegar al sumidero del suelo.

Mi madre puso la bomba en marcha y ésta se dispuso a hacer su trabajo: empezó a bombear un cóctel de detergentes y conservantes y perfumes y tintes, y empujó la mayor parte de la sangre vieja en dirección al sumidero. Mientras, miré el ventilador, que giraba ininterrumpidamente en el techo.

—Espero que el ventilador no nos deje tirados —dije.

Mi madre se rio. Era una vieja broma: el ventilador antiguo funcionaba tan mal y los productos químicos para embalsamar eran tan tóxicos que solíamos tener que salir a la calle mientras la bomba estaba en marcha. La verdad es que el ventilador no llegó a fallar nunca, pero Margaret decía lo mismo en cada ocasión. Después de todo el trabajo que habíamos tenido durante el invierno, mi madre y Margaret invirtieron parte de los

beneficios en un nuevo sistema de ventilación: el nuevo aparato era de alta tecnología y muy fiable, pero seguimos haciendo el mismo comentario. Era prácticamente un ritual.

El embalsamamiento de las cavidades tiene el mismo propósito que el arterial: se sacan los fluidos viejos y se meten nuevos para matar las bacterias y suspender la descomposición el tiempo suficiente para poder mostrar el cuerpo en el tanatorio y celebrar el funeral. Sin embargo, mientras el embalsamamiento arterial se vale del sistema circulatorio del cuerpo para facilitar la tarea, el de las cavidades implica un montón de órganos individuales y espacios sin conexión entre sí que hay que tratar uno a uno. La tarea la llevábamos a cabo con una herramienta llamada «trocar», que básicamente es un aplique con una cuchilla larga que va conectado a una aspiradora. Utilizábamos el trocar para hacer punciones en el cuerpo y absorber la porquería, un proceso llamado «aspiración»; y cuando habíamos terminado esto, limpiábamos el trocar y lo conectábamos a otro tubo para introducir un cóctel similar al que habíamos usado para las arterias.

En términos generales, un trocar era una herramienta muy útil. Tanto, que yo la había utilizado para matar al señor Crowley.

Acoplé el tubo de aspiración mientras mi madre añadía una segunda toalla y recolocaba las dos para dejar el abdomen al descubierto. Posé la mano sobre la tripa, sentí la piel áspera y arrugada, y haciendo presión con los dedos busqué el mejor lugar para insertar el trocar. El punto ideal está encima del ombligo, unos centímetros hacia arriba y hacia la derecha. Preparé la piel separando los dedos, coloqué la punta en el lugar correcto y la clavé: al principio sólo un poco para agujerear la piel y anclar la cuchilla, y después más profundamente, empujando con fuerza para atravesar una capa de músculo y, luego, otra más. Del agujero salió una pequeña flor roja en forma de burbujas pero desapareció hacia dentro cuando pulsé el botón y activé la aspiración. El vacío no tenía la suficiente fuerza para aspirar un órgano entero, aunque sí fluidos, gases e incluso los pedazos de comida que hubiera en el estómago y los intestinos. Moví el instrumento por el cuerpo, escuchando el borboteo a medida que los contenidos de las cavidades se vertían en el tubo.

Qué bien. Así es como debería ser la vida: gente sencilla y tranquila que hace las cosas que les hacen felices. Los problemas de las últimas semanas parecían desaparecer y me sentía calmado. Tenía la sensación de que el mundo estaba en orden y eso me hacía sonreír sin motivo alguno.

Podía con todo eso, de verdad. No sólo con el embalsamamiento, sino con la vida: en aquel momento sentía que la tenía agarrada por las riendas. Que la podía controlar. Hasta Mr. Monster parecía haberse difuminado para convertirse en algo tan minúsculo que prácticamente me había olvidado de él. ¿Por qué me preocupaba tanto? Yo era fuerte, tenía mi propia mente bajo control y nada malo iba a ocurrir. No representaba una amenaza para nadie.

Volví a pensar en Brooke y en lo que me había dicho Max. Quizá tuviera razón; puede que fuese hora de pedirle una cita. Ella me gustaba y al parecer yo puede que a ella, ¿qué

impedimento había? Llevaba años entrenándome para parecer normal y actuar con total normalidad, y los adolescentes normales salían con chicas. Hasta cierto punto, me lo debía a mí mismo.

Recoloqué la mano sobre el vientre del cadáver: moví el afilado trocar con cuidado y pinché otro órgano. Sí, iba a pedirle una cita a Brooke.

Hasta cierto punto, se lo debía a ella.

• • • • •

Pasé la noche intentando urdir un plan y el día devanándome los sesos en clase, buscando ideas. Tenía que actuar con cautela, decir las palabras justas en el momento exacto, así que decidí que era mejor esperar unos días para idear el plan perfecto. Como ya te habrás dado cuenta, no soy una persona impetuosa.

De regreso a casa, Brooke estaba callada; normalmente me parecía bien, pero aquel día me preocupé. ¿Estaba triste? ¿Enfadada? Al llegar a la siguiente calle comprobé el ángulo ciego y aproveché para mirarla furtivamente. El sol le encendía la melena como si fuera un halo de oro blanco. ¿Qué sería capaz de hacer para tocarle el cabello? La mera idea me aterrorizaba.

De pronto, unas manzanas antes de llegar a nuestra calle, habló.

—¿Crees que el asesino ha vuelto? —preguntó.

—¿Lo dices por el cadáver? —le respondí—. Yo... Bueno... No parece el mismo asesino. Quiero decir que la víctima es diferente y los métodos son distintos, ya sabes lo que dicen en las noticias. Quizá solamente sea un asesinato cualquiera, sin más.

Brooke dio un golpecito suave con el dedo en la ventana.

—Pero ¿y si se trata del mismo tipo? —Dio otro golpecito—. ¿Qué harías?

—Creo que... Bueno, si volviera y ya está, en general, no sé si haría mucho. O algo diferente. Quiero decir que viviría mi vida como siempre.

—¿Y si volviera aquí?

Doblamos otra esquina y le eché otro vistazo; alcancé a verle la cara: fina y delicada, ojos de expresión intensa, boca cerrada y apretada. Me miraba directamente, pero ¿qué debía de estar pensando? Detrás de aquella mirada había algún tipo de emoción que yo no sabía descifrar; para mí, ella era un mensaje en clave. ¿Cómo podía explicar lo que yo estaba pensando si ni siquiera estaba seguro de cómo lo estaba percibiendo ella?

De pronto entró en nuestro campo de visión la casa de los Crowley, solitaria y ominosa al final de la calle. Y entonces me vino un torrente de recuerdos: una noche de oscuridad y violencia, y victoria.

—Si el asesino de Clayton regresase aquí —dije—, y atacase a alguien que conozco, lucharía contra él.

Estaba siendo más sincero de lo que normalmente me permitía. ¿Por qué? Sin querer, volví a dirigir la mirada al rostro de Brooke y vi que me observaba fijamente, muy seria. Me estaba escuchando y la sensación era embriagadora.

—Si fuese cuestión de él o nosotros, matar o morir, entonces acabaría con él. Si con ello salvase a alguien, lo mataría.

—Ajá —dijo Brooke de nuevo.

Detuve el coche delante de su casa; la mía estaba tan sólo un par de viviendas más allá, pero yo nunca quería que fuera andando desde allí cuando no me costaba nada dejarla en la puerta. Quería más tiempo, pero no sabía cómo pedirlo.

Brooke no se movió. ¿Qué estaba pensando de mí? ¿Qué pensaba de lo que había dicho? Dejé que la tensión se acumulara hasta que me puse demasiado nervioso —en realidad no fueron más que un par de segundos— y entonces me volví hacia ella. Mantuve la mirada sobre la manilla de la puerta evitando mirarle la cara y el cuerpo.

—Es muy raro —dijo como si mi mirada le hubiese hecho reaccionar—. Vives en un pueblo pequeño como éste y crees que estás a salvo; entonces algo como eso ocurre aquí mismo, en nuestra misma calle, como una película de terror hecha realidad. Cuando me enteré de lo que había pasado estaba aterrorizada, aunque yo estaba a treinta o cincuenta metros. Tú estabas en mitad de todo. —Hizo una pausa y yo miré la puerta en silencio—. No tienes ni idea de cómo vas a reaccionar ante algo así hasta que ocurre. Supongo que me siento... más segura sabiendo que hay personas dispuestas... que tú estás dispuesto a hacer lo que haga falta. A hacer lo correcto. ¿Sabes a qué me refiero?

Asentí lentamente.

—Sí.

Aquello no era lo que yo esperaba.

—¿Tiene sentido lo que digo? —preguntó.

Yo notaba que me estaba mirando fijamente, así queforcé los límites de mis normas un poco y desvié la mirada hasta encontrarme con la suya. Era muy hermosa.

—Sí —dije de nuevo—. Totalmente.

—Bueno. Gracias por traerme.

Soltó el cinturón de seguridad y abrió la puerta, pero antes de que le diese tiempo a salir, hablé para evitar que se marchara. Era ahora o nunca.

—Oye, ¿vas a ir a la hoguera? —le pregunté.

La hoguera era una gran fiesta que se celebraba todos los años junto al lago el último día de clase. Sólo invitaban a los de segundo curso para arriba y ahí estaba yo, pidiéndole a Brooke que fuese conmigo. Le estaba pidiendo una cita.

—Lo he estado pensando —dijo con una sonrisa—. Parece un plan divertido. ¿Vas a

ir?

—Creo que sí —dije. Hice una pausa. Había llegado el momento—. ¿Quieres que vayamos juntos?

—Por supuesto que sí —respondió sonriendo aún más—. Llevo oyendo historias sobre la hoguera desde la guardería, ¿sabes? Estoy ansiosa por ver qué tal es en realidad la fiesta.

—Guay —dije. ¿Debía decir algo más?

—Guay —repitió ella.

Nos quedamos sentados un minuto sin saber qué hacer.

—Genial —dijo. Se rio y salió del coche—. Nos vemos.

—Sí. Nos vemos.

## 8

El sábado encontraron el cuerpo de la segunda mujer tirado en una zanja junto a la Ruta 12; estaba cubierto con un despliegue similar de heridas producidas por la tortura. Era el mismo sitio donde habían encontrado a la segunda víctima del asesino de Clayton, a menos de tres metros del lugar exacto. Quedaba claro que se trataba de un asesino en serie y parecía igual de obvio que este nuevo personaje intentaba comunicar algo. Pero ¿el qué? ¿Qué quería decir, «Soy igual» o «Soy diferente»? ¿Nos estaba confesando que quería ser como el primer asesino o sugería que ya lo era? Más que cualquier otra cosa, yo me preguntaba con quién hablaba: ¿con la policía?, ¿con toda la comunidad?, ¿o acaso estaba enviando el mensaje al otro asesino que había en el pueblo?

¿Me hablaba a mí?

Necesitaba ver el cadáver de cerca para saber qué intentaba comunicarme, si es que trataba de decir algo. Podría ser algo tan sencillo como «Estoy aquí» o tan peligroso como «Sé lo que hiciste y vengo a por ti». Si tuviera la oportunidad de examinar el cadáver, sabría qué buscar: marcas de garras, ausencia de órganos, laceraciones específicas que señalasen el conocimiento de los crímenes anteriores. La tele había estado hablando de la localización del primer cadáver durante días, y cualquiera que tuviese una buena conexión a Internet podría haberlo buscado y colocar este cadáver en el mismo sitio; pero lo que no se había publicado del ataque anterior eran los detalles específicos. Si ciertos rasgos fueran iguales, yo sabría con certeza que ambos ataques estaban relacionados.

Lamentablemente, tampoco era probable que la policía fuese a hacer públicos los detalles de este nuevo ataque, así que sólo me quedaba esperar al embalsamamiento, si es que nos lo encargaban. Pasé el sábado esperando y tratando de ser paciente, pero el domingo por la tarde ya no pude aguantar más. Tenía que averiguar algo sobre el cuerpo, cualquier cosa, y no me atrevía a quedarme sentado mientras mandaban el cadáver a otro lugar como habían hecho con el anterior. Mi única esperanza era el agente Forman: me había hablado del primer cadáver y cabía la posibilidad de que también me dijera algo de éste. Valía la pena intentarlo, aunque debía tener cuidado y no parecer demasiado interesado. No podía delatarme. Necesitaba una excusa, pero ¿cuál?

Un recuerdo: me había dicho bien claro que me pusiera en contacto con él si me acordaba de cualquier cosa sobre la noche que murió Neblin. Yo había pasado la petición por alto porque no quería compartir con él ningún detalle más sobre aquella noche, pero se

había convertido en la excusa perfecta para ir a la comisaría y hablar con él. Todo lo que necesitaba era un recuerdo, ya fuera real o muy plausible. Me concentré en los detalles que conservaba de aquel día y analicé toda la información comparando la verdad con lo que les había dicho.

Entré en la casa por la puerta del sótano con una llave que les había robado, pero después la cerré y nadie se llegó a enterar de ello. Podía señalarles el sótano, pero cualquier prueba que encontrasen les dirigiría a mí. Deseché la idea y continué.

Después de los ataques de aquella noche rompí y escondí los tres teléfonos móviles: el de la señora Crowley, el del señor Crowley y el de Neblin. Si de pronto «encontrase» de forma accidental uno de los trozos, podría llevarlo a la comisaría e identificarlo como parte del móvil de Crowley... pero eso tampoco valía. Nadie sabía, a excepción de la policía y de mí mismo, que los móviles eran una parte importante de la investigación; ni siquiera mi madre. Entregarlos sería demasiado sospechoso.

¿Qué podía hacer? ¿Qué le podía decir? Había descrito al asesino de manera bastante vaga: una silueta grande y oscura que no se parecía al señor Crowley ni a un demonio. Había descrito mis propias acciones, que había escondido el cuerpo del doctor Neblin detrás del cobertizo con la esperanza de que no me encontrase. Había descrito también el ruido que hacía el asesino y que había hecho que mi madre saliera de casa en mi búsqueda, una especie de rugido estrangulado. Todas éstas eran cosas que ya sabían y prácticamente eran las únicas que me atrevía a revelar. Cualquier otra cosa me señalaría a mí o bien como mentiroso o como criminal por derecho propio.

Lo que tenía que hacer era encontrar más detalles que profundizasen en la información que ya les había ofrecido. Si ver al asesino desde la ventana de mi habitación era un acto inocente, entonces recordar repentinamente otro detalle —el estilo del abrigo, quizá— también debería serlo. Necesitaba algo específico, así que me conecté a Internet y ojeé los catálogos de algunas tiendas; busqué entre los abrigos para hombre hasta que encontré uno que servía: grueso y resistente, como si fuera de un rancharo, con un patrón hecho de líneas rectas y tela resistente. Si una figura grande y oscura lo llevara, tendría un efecto imponente; además, no tenía ningún bulto o capucha que permitiese distinguirlo de otros. Que lo hubiese olvidado hasta aquel momento era enteramente aceptable.

Todo lo que me quedaba por hacer era hablar con Forman. No me molesté en esperar: me subí al coche y fui directo a la comisaría de policía.

• • • • •

—Hola, John —dijo Stephanie, la recepcionista.

Desde enero, había ido suficientes veces para que ella y algunos de los policías me conociesen de vista. Por el contrario, yo no sabía mucho sobre ella porque hacía lo posible por no mirarla; era muy atractiva y mis reglas sobre no mirar a las mujeres eran igual de estrictas con las adultas que con las chicas del instituto.

—Hola —saludé—. ¿Está Forman?

—Sí.

Hablaba más lentamente de lo normal, alargando un poco el final de las palabras. Seguramente estaba cansada por la actividad frenética del fin de semana, porque normalmente no trabajaba los domingos. Seguro que un cadáver como aquél implicaba un montón de horas extra.

—Está muy ocupado —continuó—. ¿Necesitas hablar con él?

—Así es. Me dijo que me pusiera en contacto si recordaba alguna cosa sobre el caso del asesino de Clayton, y me he acordado de algo. Sé que ahora mismo estáis ocupados, pero me dijo que viniera en cuanto tuviese algo nuevo.

—Por supuesto —dijo Stephanie—. Firma el registro de visitas.

Por el rabillo del ojo vi que cogía el teléfono y sujetaba el auricular entre la oreja y el hombro. Marcaba con una mano mientras con la otra hacía varios clics con el ratón.

—Hola, agente Forman. Ha venido John Cleaver a verle. —Pausa—. Dice que le pidió que viniera. Al parecer ha recordado algo importante, ¿no? —Me miró y yo asentí—. Gracias, le hago pasar. —Stephanie colgó el teléfono y señaló su puerta—. Sólo tiene unos minutos, pero puedes entrar.

Fui hacia su oficina, que estaba en una antigua sala de conferencias, a un lado del vestíbulo. Cuando entré, Forman levantó la mirada brevemente y después volvió a concentrarse en la pila de papeles que tenía delante. La mesa seguía cubierta de carpetas y archivos, como siempre.

—Siéntate, John. ¿Así que dices que tienes alguna novedad?

—Así es —contesté y me senté a un extremo de la mesa—. Sé que está ocupado, pero parecía ansioso por saber cualquier cosa que pudiera recordar, así que he pensado que sería mejor venir.

Forman levantó la mirada y me observó un segundo con la cabeza ladeada.

—Así es —dijo un momento después—. Cierto. De hecho, ayer estuve a punto de llamarte, pero entonces encontramos otro cadáver y esto se convirtió en una locura.

—¿Iba a llamarme?

—Se ha abierto una nueva línea de investigación en el caso, pero eso puede esperar. ¿Qué querías decirme?

—¿Una nueva línea de investigación?

No quería jugar mis cartas todavía, por si acaso lo que tenía no le impresionaba en absoluto y me enviaba para casa. Primero, era mejor sonsacarlo un poco para enterarme de todo lo que pudiese.

—Sí, incluso antes de encontrar la nueva víctima. Ya van dos pistas consistentes sólo

este fin de semana. Podríamos decir que ha sido una semana fantástica; pero, por favor, no repitas esto delante de la familia de la víctima.

—Entonces, ¿ya han identificado a la nueva?

Sonrió.

—Era un chiste de mal gusto. Gracias por no hacer ningún comentario.

Hizo una pausa, como si esperase que yo dijera algo. Decidí que la manera más fácil de evitar sospechas era hacer la pregunta más obvia.

—Todo el mundo dice que el asesino de Clayton ha vuelto, por el lugar donde apareció el cuerpo. ¿Cree que se trata de la misma persona?

—Yo no —respondió mientras seguía observándome—, pero creo que se trata de alguien que estaba involucrado en las muertes anteriores. Quizá no sea el asesino de Clayton en persona, pero sí alguien que lo conocía. Puede que alguien que trabajase con él.

—Normalmente los asesinos en serie no tienen cómplices.

—No, normalmente no. Pero hay algún precedente. Y que exista una relación entre ellos no implica necesariamente que ésta sea íntima, ni siquiera buena. Quizá fueran antagonistas o incluso rivales. Puede que el nuevo asesino le esté mostrando al anterior que él lo habría hecho mejor.

Estaba a punto de hacerle otra pregunta pero Forman me interrumpió.

—Ya basta de hablar de temas triviales. ¿Qué tienes para mí?

Le expuse el tema con la esperanza de que, si la conversación era fluida, quizá más tarde se animase a hablar de la nueva víctima.

—El abrigo del asesino —contesté—; llevaba uno grande, como de obrero. No recuerdo el color porque estaba muy oscuro, pero el contorno era bastante distintivo.

El verdadero asesino, el señor Crowley, en realidad no llevaba un abrigo como aquél, pero no intentaba que la investigación avanzase: solamente quería que Forman confiase en mí.

—Interesante —dijo—. ¿Cómo te acordaste de él, si me permites la pregunta?

Ya me había preparado para esa pregunta.

—Fue por un anuncio: un grupo de gente cantando y bailando con abrigos gruesos en pleno verano. No me acuerdo de qué era (seguramente de un teléfono móvil, una furgoneta o algo así), pero en cuanto vi el abrigo que llevaba uno de los hombres fue como si me sonara una campanita en la cabeza; supe que ya lo había visto.

—Interesante. ¿Te refieres a que el señor del anuncio es el asesino de Clayton?

«¿Qué?».

—No, claro que no. Seguramente hay un millón de abrigos como ése —repliqué—. No es eso lo que quería decir, pero me ha preguntado que cómo acordé y fue así.

Su comentario me dejó preocupado, porque seguramente significaba que no me estaba tomando en serio. ¿Por qué no? ¿Había dicho alguna cosa que le indicase que estaba mintiendo?

—Ya, ya —dijo—. Ya lo sé. Es que, la verdad, hoy estoy de un humor un poco raro, por la falta de sueño. Olvídalo.

Hizo girar la silla y cogió una gruesa carpeta que había detrás de él, sobre una mesa baja.

—Estaremos encantados de hacer un seguimiento de la información que me das, pero antes me gustaría saber si tienes un momento para discutir este otro asunto.

Hizo girar la silla de nuevo y se volvió hacia mí con la carpeta en la mano.

—La nueva línea de investigación —respondí con cautela.

—Exactamente. Verás, la documentación del doctor Neblin ha sido incluida en el sumario.

Su expresión era neutra y pasiva, pero el efecto de sus palabras fue para mí como un mazazo en el estómago. El doctor Neblin era quien me había diagnosticado el trastorno de la conducta, además de una de las tres personas que lo sabía en todo el mundo: si tenían su documentación, las leyes sobre confidencialidad en las que llevaba meses amparándome acababan de convertirse en humo. Me imaginé la sorpresa de Forman al averiguar que uno de los testigos clave del caso también era un sociópata.

—Hay un montón de cosas interesantes —dijo el agente al tiempo que dejaba la carpeta sobre la mesa y la abría con cuidado—. La verdad es que me gustaría haber tenido esta información desde el principio.

—Pues me sorprende que hayan tardado tanto —repliqué intentando sonar despreocupado.

Forman asintió.

—¿Qué parte de todos estos datos tenías pensado contarnos?

—Solamente las que tienen relación con el caso.

—¿Y qué partes son ésas?

—Ninguna.

Forman asintió una vez más.

—Al doctor Neblin lo encontraron muerto delante de tu casa y tú estabas cubierto de arriba abajo de su sangre, aunque según tú intentabas ayudarlo a escapar del asesino de Clayton. Todo eso parecía bastante creíble, sobre todo dado que fuiste tú quien llamó a la policía aquella noche. Pero esto... —Dio un golpecito sobre el papel—. Esto lo cambia

todo.

—¿Ahora que soy un sociópata de repente también soy sospechoso? ¿No es eso algún tipo de discriminación por discapacidad?

Forman sonrió.

—Sí, es cierto que sugiere que quizá tengas una tendencia hacia la sociopatía, pero en la documentación hay mucho más que eso. Después de que los asesinatos empezasen durante el otoño del año pasado, Neblin señala varios cambios importantes en tu comportamiento, que, teniendo en cuenta determinadas circunstancias, se pueden interpretar como propios de lo que supone pasar de ser un asesino en potencia a ser uno en activo.

Quise protestar inmediatamente y decirle que yo no era un asesino, pero no lo hice. Si era demasiado expresivo, acabaría pareciendo culpable. Quizá lo mejor sería ser directamente sarcástico.

—Vaya, me ha pillado —dije—. Yo maté al doctor Neblin, con un hacha. Un hacha con veneno en el filo.

—Muy simpático —respondió sin sonreír—, pero nadie te acusa de haber matado al doctor Neblin.

—La mayoría de la gente no utiliza veneno —continué sin hacerle caso— porque creen que la hoja de una buena hacha puede ella sola con cualquier cosa. Y no les falta razón, pero mi opinión es que carecen de estilo.

Forman se encogió de hombros y giró las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Qué estás haciendo?

—Confesar —contesté—. ¿No era eso lo que quería?

—El doctor Neblin no murió por una herida de hacha.

—En ese caso, menos mal que empleé el veneno.

Forman me observó como si buscara algo en especial, o como si procurase escuchar algo que solamente él podía oír. Un momento después, dijo:

—¿Alguna vez has querido matar a alguien?

—Tendrá que arrestar a casi todo el condado de Clayton si ahora va a resultar que querer matar a alguien es un crimen. Prácticamente lincharon a uno de los sospechosos, ¿sabe?

—Yo estaba presente aquel día —dijo y una expresión extraña le cruzó la mirada—. La muchedumbre puede hacer que las personas piensen y sientan cosas bastante descabelladas. Sin embargo, tu caso es diferente; tienes que admitirlo.

—Yo no he matado a nadie —dije procurando que sonara como un comentario hecho sin darle demasiada importancia, como si le estuviera haciendo partícipe de una broma en

lugar de defender mi inocencia—. Si lo hubiera hecho, venir a la comisaría sería un acto muy estúpido por mi parte.

Tan pronto como dije esto supe que mi argumentación era pésima: los asesinos en serie a menudo se involucraban en sus propias investigaciones. Edmund Kemper llegó a ofrecerse voluntario en la comisaría y tenía una buena amistad con la mayoría de los agentes que trabajaban en su caso. Esperé a que Forman hiciera algún comentario al respecto, pero no dijo nada.

—Lo que me parece más fascinante —empezó prácticamente hablando para sí mismo— es que yo no me diera cuenta. —Fruñía el ceño y tenía la boca ligeramente torcida hacia un lado, cosa que normalmente significaba que la persona en cuestión estaba confundida—. Soy experto en perfiles criminales, John; mi trabajo es identificar a los sociópatas. ¿Cómo pudiste esconderme ese hecho?

«Gracias a mis normas —pensé—. No quiero convertirme en un asesino, así que tengo unas reglas que me ayudan a ser tan normal como el resto».

Bueno, normal por fuera. Porque, en alguna parte de mi interior, Mr. Monster esperaba pacientemente a que yo cometiese un error. Y al parecer, Forman también.

—En realidad no soy un sociópata —dije escudándome en la definición—. Lo que tengo es un trastorno de la conducta, que es un estadio mucho menos desarrollado. La gente de mi edad no llega prácticamente nunca a convertirse en asesinos en serie.

—Prácticamente nunca, pero a veces sí.

—Iba a terapia para tratar ese problema —continué— y sigo una serie de normas muy estrictas que me ayudan a evitar las tentaciones. He sido completamente honesto con mi relación con el caso y le he involucrado a usted en cada paso. Intento ser el bueno de la película, así que no me tenga en cuenta este detalle.

Forman me miró fijamente unos instantes, mucho más tiempo de lo que yo esperaba; después cogió una libreta y se puso a escribir algo en ella.

—Gracias por la pista del abrigo del asesino —dijo. Arrancó la nota y me la dio. Era un número de teléfono—. Si recuerdas cualquier otra cosa, no hace falta que te molestes en venir: llámame.

Me estaba despachando y yo todavía no había averiguado nada sobre el nuevo cadáver. Pensé en hacerle otra pregunta pero era demasiado arriesgado: me estaba dejando marchar sin hacer más preguntas y eso significaba que a lo mejor lo había convencido de que era inocente. No había motivo para provocar mayores sospechas preguntando cosas sobre el otro cadáver.

Cogí el pedazo de papel, asentí y me marché.



—¿Cómo has podido hacer esto? —gritó mi madre mientras daba vueltas por el salón. Yo estaba sentado en el sofá y deseaba estar en cualquier otra parte—. Con todo lo que hemos hecho, después de todas las normas y la terapia y todo lo que nos esforzamos para ayudarte a sentirte integrado, ahora el agente Forman sospecha de ti.

—Técnicamente, en este caso, la principal culpable es la terapia.

—El principal culpable eres tú —dijo antes de detenerse frente a mí y clavarme una seria mirada—. Si no te hubieras involucrado en el caso desde el principio, el FBI ni siquiera sabría quién eres.

—Intentaba ayudar —afirmé. Me parecía que lo había dicho ya un millón de veces en los últimos cinco meses—. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Quedarme aquí sentado?

—¡Sí! —espetó—. ¡Sí! Puedes quedarte aquí sentado sin enmendar todas las cosas malas que ves, igual que no hacía ninguna falta que salieras en mitad de la noche para que un asesino te persiguiera hasta casa.

Así que la bronca era por eso: tenía miedo de que saliera a la caza de otro asesino y de que éste me acabase matando a mí. ¿Cuántas peleas habíamos tenido por eso? Miré hacia el cielo con impaciencia y aparté la cara.

—No intentes pasar de mí —dijo y se movió hasta entrar en mi campo de visión con los ojos bien abiertos y la mirada suplicante—. No te estoy pidiendo que no ayudes nunca, porque sabes que deseo que seas una buena persona; lo único que quiero es que te alejes de determinadas cosas. Es una de nuestras normas, ¿no? «Si piensas en matar, piensa en cualquier otra cosa». Cualquier otra cosa. Pero ¡no salgas corriendo de casa y te metas en medio del meollo!

Su rostro quedó sin expresión e hizo una mueca.

—¡Es que no puedo creer que hicieras eso! —me gritó.

—Y yo no puedo creer que me pidas que me mantenga al margen cuando estén matando a una persona.

—¡Lo que estamos discutiendo no tiene nada que ver con eso! —chilló—. Se trata de que no te metas en problemas.

—Lo que significa que los tendrán otras personas. Aquella noche salí a la calle para intentar salvar a nuestros vecinos de un asesino.

—Y fue un acto de enorme valentía pero también muy estúpido. Uno no debe perseguir a un asesino por el mismo motivo que no debe entrar en una casa en llamas.

—¿Y qué hay que hacer, quedarse en la puerta escuchando los gritos?

—¡Llamar a la policía! A los bomberos, a la ambulancia... tienes que dejar que los que saben de esto hagan su trabajo.

—Mamá, era un monstruo; la policía no habría podido...

—John...

—¡Tú misma lo viste! —chillé—. Lo viste con tus propios ojos, ¡así que deja de fingir que no era real! Era un monstruo y tenía colmillos y garras, y yo le impedí que siguiera matando, y en lugar de pensar que me comporté como un héroe ¡me tratas como si estuviera pirado!

—No hablamos de ese tema.

—¡Sí que lo hacemos!

Cada vez que negaba su existencia yo sentía una punzada, como si me clavase un puñal en el pecho. En mi interior sentía como si un agujero se estuviera haciendo más grande, más profundo, más oscuro. Era la necesidad de matar; llevaba tanto tiempo sin saciarla que se estaba haciendo cada vez más difícil de resistir.

—No soy capaz de fingir que no era real, de la misma manera que tampoco podría quedarme aquí sentado si estuviera matando a toda la gente que conocemos —continué.

—No sabemos seguro si...

—¡Lo viste! —grité una vez más. Me quemaban los ojos—. ¡Lo viste! Por favor, no lo niegues. No me hagas esto.

Se quedó en silencio y me miró fijamente. Observando. Pensando.

Sonó el teléfono.

Los dos lo miramos y volvió a sonar.

Mi madre lo cogió.

—¿Sí? —Escuchó unos instantes, diciendo que no con la cabeza—. Un momento —dijo antes de tapan el auricular y mirarme—. Esta conversación no se ha terminado. Cuando cuelgue volveré aquí y acabaremos de hablar de este tema.

Destapó el auricular y entró en su habitación.

—Disculpe un momento, señora —dijo y cerró la puerta.

Me marché inmediatamente, procurando con mucho esfuerzo salir sin hacer ruido, a pesar de que lo que más deseaba era romper algo. Corrí al coche, encendí el motor y lo saqué de su aparcamiento describiendo una enorme curva para salir de la calle de una sola dirección en la que vivíamos. Mi madre me miraba desde las cortinas gritando algo a través del cristal, pero no vino corriendo tras de mí. ¿Pensaría que me estaba escapando de casa o era consciente del verdadero motivo?

¿Sabía que me había largado para no hacerle daño?

El rugido del motor era oscuro y sonaba hambriento, como una bestia recién escapada de una jaula. Mr. Monster quería embestir a todos los coches con los que se cruzaba, atropellar a todas las personas que veía, dejar el motor bien empotrado contra cualquiera de los postes que había en cada esquina del pueblo. Mientras conducía estaba luchando

contra él, sin soltar las manos del volante ni acelerar mucho.

Había momentos en los que necesitaba estar solo, pero aún más importantes eran los casos en los que quería estar a solas pero sabía que era muy mala idea. Solo —en la costa del lago Friqui, encendiendo fuegos en el almacén, escondido junto a la ventana de alguien— no me podía fiar de mí mismo. No aquella noche. Necesitaba estar con más gente, con personas que no me iban a juzgar, amenazar ni condenar. Lo que me hacía falta era el doctor Neblin, pero él se había ido para siempre.

¿Brooke? Seguramente podría calmarme con su presencia pero ¿cuánto tiempo podía tardar en tranquilizarme y qué podía ver ella mientras tanto? No debía arriesgarme a horrorizarla, no cuando por fin había empezado a gustarle. Podía ir a ver a Max y sentarme a su lado sin hacer nada mientras me daba la tabarra hablando de sí mismo o de sus cómics. Pero tarde o temprano seguro que acabaría hablando de su padre, y esa noche no quería tener que soportar aquello. Desgraciadamente, ésas eran más o menos las personas que conocía.

Excepto Margaret. Di media vuelta y me dirigí a su vecindario, respirando hondo y conduciendo poco a poco. No quería arriesgarme a tener un accidente y tampoco quería que conducir a una velocidad excesiva me sirviera como excusa para empotrar el coche contra cualquier objetivo oportuno. Margaret era la feliz de la familia; la menos complicada, la racional. Todos podíamos hablar con ella porque nunca se ponía del bando de nadie y tampoco empezaba las peleas. Ella era nuestro refugio.

Cuando aparqué delante de su apartamento vi a través de la ventana que estaba hablando por teléfono. Seguramente era mi madre, que la estaría avisando de que el pirado de John estaba por ahí causando problemas. Solté una palabrota y puse el coche en marcha. ¿Por qué no me dejaba en paz?

Había un lugar donde seguro que no me iba a molestar: Lauren vivía en su propio apartamento, a tan sólo unas cuantas manzanas. Ella y mi madre no se hablaban desde el Día de la Madre y antes de eso solamente se dirigían la palabra de vez en cuando. Mamá no la iba a llamar de ninguna de las maneras y, si lo hacía, Lauren no cogería el teléfono.

Me detuve delante un momento y busqué la furgoneta de Curt; no estaba allí y solté aire con alivio, aunque ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba aguantando la respiración. Aquella noche no era el momento de buscar a Curt, porque lo que necesitaba era estar tranquilo y olvidarme de los cadáveres y de la investigación y de todo lo demás. Aparqué y me acerqué a pie hasta el complejo, intentando recordar cuál era su apartamento. Sólo había estado allí en una ocasión. Las escaleras estaban hechas de unas losas de cemento a punto de desmigajarse que estaban sujetas por un armazón metálico oxidado, y las paredes de ladrillo parecían arder con el sol del final de la tarde. Era la tercera o la cuarta puerta... Delante de la tercera había un periódico enrollado y envuelto en un plástico sucio que alguien había dejado allí. Pasé de largo y llamé a la cuarta.

Lauren abrió la puerta y su boca sonrió casi a la vez que abrió los ojos con sorpresa; casi a la vez, pero no simultáneamente.

—¡John! ¿Qué haces aquí?

—Estaba dando una vuelta en coche —contesté concentrado en respirar poco a poco y de forma regular.

—Bueno, pasa —dijo echándose a un lado y haciéndome un gesto para que entrase—. Ponte cómodo.

Atravesé el umbral y entré en la habitación sintiéndome desconcentrado y vacilante. No había ido por ningún motivo en particular, sólo porque necesitaba estar en alguna parte y aquél era el único sitio al que podía ir. Por fin había llegado y no sabía qué hacer.

—¿Tienes sed? —preguntó Lauren al cerrar la puerta.

—Sí, claro —farfullé.

El apartamento estaba limpio y desnudo, como una concha bien cuidada. La mesa de la cocina estaba rayada y en algunos lugares la chapa estaba levantada y dejaba ver el contrachapado de debajo; pero estaba lavada e imaculada y todas las sillas hacían juego. Los vasos que tenía en la alacena eran escasos y de cristalerías diferentes, y el agua del grifo salpicó erráticamente cuando lo abrió. Me pasó el vaso con una sonrisa.

—Lo siento, no tengo hielo.

—No importa —dije. En realidad no quería tomar nada, pero bebí un trago por educación.

—¿Y qué haces? —preguntó Lauren de camino al salón. Allí se dejó caer en el sofá.

La seguí lentamente, sintiendo que la tensión que se arremolinaba en mi interior aflojaba poco a poco. Me senté mecánicamente.

—Nada. Voy al instituto.

Quería hablar pero me sentía mejor sentado sin decir nada.

Lauren me observó un momento y mientras estudiaba mi rostro se quedó como sin energía.

—¿Mamá? —me preguntó con complicidad.

Yo suspiré y me froté los ojos.

—No pasa nada.

—Ya lo sé. —Subió los pies al sofá y apoyó su mejilla en las rodillas—. Nunca pasa nada.

Bebí otro trago de agua. No había donde dejar el vaso, así que le di otro trago.

—¿Sigue enfadada? —preguntó Lauren.

—Contigo no.

—Ya lo sé —dijo mirando la pared—. Tampoco lo está contigo, sino consigo misma.

Está furiosa con el mundo, porque no es perfecto.

Lauren era rubia, como mi padre, mientras que mi madre y yo teníamos el pelo negro azabache. Ambas mujeres siempre me habían parecido polos opuestos, tanto por su aspecto como por su personalidad; sin embargo, con aquella luz se parecía más a mi madre de lo que jamás me había percatado. Quizá fuesen las ojeras o la manera en que las comisuras se le curvaban hacia abajo. Cerré los ojos y me recosté contra el respaldo.

Llamaron a la puerta y las entrañas se me volvieron a hacer un nudo.

—Debe de ser Curt —dijo Lauren y se levantó de un salto.

Oí cómo abría la puerta detrás de mí y después la voz de Curt.

—Hola, guapa. Oh, ha venido Jim.

—John —corrigió Lauren.

—John. Lo siento, tío. No doy una con los nombres.

Rodeó la silla en la que estaba yo, se sentó en el sofá y tiró de Lauren para que se sentara con él. Quería levantarme y marcharme sin más, pero algo me lo impedía. Bebí otro trago de agua y miré hacia delante.

—¿Sigue sin hablar? —preguntó Curt—. ¿Te das cuenta de que nunca le he oído hablar? Di algo, macho. Ni siquiera sé cómo es tu voz.

Quería decirle tantas cosas... Desde la última vez que nos vimos se me habían ocurrido muchísimos insultos, desaires y amenazas, pero ninguno me salió en ese momento. Yo no tenía miedo de nadie: había plantando cara a los abusones del instituto, había desafiado a un agente del FBI en persona y me las había visto cara a cara con un demonio; pero por algún motivo Curt me intimidaba por completo. Había algo dentro de mí que cuando él estaba a mi alrededor se quedaba completamente inerte. ¿Por qué?

—¿Le pones algo de beber a él y a mí no? ¿Es que no quieres a tu novio?

Lauren le golpeó en broma en el hombro y se levantó para traerle un vaso de agua.

—Y esta vez ponle hielo. —Curt me sonrió de oreja a oreja—. Tu hermana es igual que la reina de la lava: estoy prácticamente seguro de que lo meterá en el microondas.

Lauren abrió el grifo y Curt volvió a gritar hacia la cocina.

—Agua no, nena, un refresco.

—No me quedan. Hasta el fin de semana no iré a hacer la compra.

—Bueno, lo que sea —dijo Curt y después se volvió hacia mí—. Siempre se le olvida algo. Mujeres, ¿eh, chaval?

Era eso: lo que me chafaba era eso. Ese algo flotaba a su alrededor, estaba en sus palabras, en su actitud; e incluso en su manera de sonreír.

Era clavado a mi padre.

Era la manera en que trataba a la gente: sociable y alegre pero totalmente ajeno a las personas. Distante. Estaba tan emocionado consigo mismo que no había lugar para nadie más; nosotros éramos el público de sus chistes y un espejo que reflejaba sus actos, pero no éramos amigos ni familia.

Y si hacíamos nuestros propios actos en lugar de reflejar los suyos, ¿explotaría Curt como hizo mi padre? ¿Le gritaba a Lauren? ¿Le pegaba?

—Todavía no has dicho nada —dijo Curt mientras cogía el vaso de la mano de Lauren y volvía a acomodarse en el sofá. Lauren se le acurrucó debajo de su brazo.

—Ya me iba —contesté y me puse en pie.

No podía quedarme con él más tiempo. Me quedé allí un instante como si estuviese esperando a que me diera permiso y entonces me obligué a dar media vuelta y entrar en la cocina.

—¡Acabas de llegar! —dijo Lauren levantándose de repente—. No te vayas todavía.

—No te asustes por mí —dijo Curt.

Dejé el vaso sobre la mesa pero cambié de opinión y lo puse en la encimera. Se había formado un círculo en la mesa que sequé con la mano.

—Podríamos ver una película —dijo ella—. No tengo muchas pero... está ésa tan hortera para críos que papá me envió por Navidad. La de *La bruja novata*.

Se rio y Curt se quejó.

—¡No, por favor!

—No importa —respondí—. Me tengo que ir.

—Lo has asustado con la peli —dijo Curt, que seguía repantingado en el sofá—. Eh, Lauren, ¿quieres que pidamos una pizza?

—Adiós, Lauren —dije y me apresuré a salir.

—Adiós, John —dijo con la voz más aguda de lo normal. Estaba preocupada—. Vuelve pronto.

Mr. Monster prometió en silencio que en cuanto pudiese volvería para visitar a Curt.

## 9

La tarde del último día de instituto, yo estaba en el baño observando el espejo, agarrado al lavamanos. Cualquiera otro adolescente hubiese estado mirándose, supongo; o peinándose o poniéndose Clearasil o asegurándose de que llevaba el cuello de la camisa bien recto. Después de todo, era la noche en que iba a salir con Brooke y tenía que prepararme; sin embargo, eso significaba para mí algo muy diferente que para el resto de la gente: yo no intentaba tener buen aspecto; yo intentaba ser bueno.

—No haré daño a los animales —dije haciendo caso omiso de la hoja de normas y mirándome a los ojos en el espejo—. No haré daño a las personas. Cuando tenga pensamientos negativos sobre alguien, me los sacaré de la cabeza y diré algo agradable sobre esa persona. No me referiré a nadie como si fuera una cosa. No amenazaré a nadie. Si alguien me amenaza a mí, me apartaré de la situación.

Miré en las entrañas del espejo, buscando. ¿Quién me devolvía la mirada? Tenía mi aspecto, hablaba como yo, movía el cuerpo cuando yo movía el mío. Oscilé hacia la derecha, después hacia la izquierda y por último volví al centro; la persona del espejo hizo lo mismo. Eso era lo que más me aterrorizaba; más que la víctima, más que el demonio, incluso más que los pensamientos lúgubres. El hecho de que esos pensamientos eran míos. De que no podía separarme de aquel mal porque la mayor parte del mal que había en mi vida provenía de mi propia cabeza.

¿Cuánto tiempo podría seguir viviendo así? Intentaba ser dos personas: un asesino por dentro y una persona normal por fuera. Hasta entonces había conseguido pasar por un chaval bueno y callado que nunca daba problemas y tampoco se metía en líos, pero el monstruo había logrado salir y yo me estaba aprovechando de él: trataba activamente de encontrar a otro asesino. Había cedido. Intentaba ser John y Mr. Monster al mismo tiempo.

¿Me engañaba a mí mismo al pensar que era capaz de dividir mi vida de aquella manera? ¿Era posible ser dos personas, una buena y otra mala, o no me quedaba más remedio que ser una mezcla de ambas: una buena persona mancillada para siempre por la maldad?

Se me quedó la garganta fría y vomité en el lavamanos. No debería salir con Brooke, era peligroso. Ella era lo único que ambos queríamos, tanto Mr. Monster como yo; y eso la convertía en el punto débil de mi coraza. Ella era el vínculo entre él y yo, y cualquier cosa que reforzase ese lazo iba a fortalecer a Mr. Monster. Solamente me quedaba esperar que

me hiciese más fuerte a mí también. Yo mismo estaba empezando una batalla que sólo uno de los dos podía ganar.

Y Brooke, ¿era el premio o acaso el campo de batalla?

• • • • •

—¡Hola, John!

Brooke abrió la puerta enseguida; debía de estar esperando a que yo llamase. Llevaba pantalones cortos, como de costumbre, aunque íbamos a estar por ahí hasta tarde. En teoría tenía que ser una noche cálida, así que seguramente no iba a pasar frío; de todos modos, si refrescaba podíamos quedarnos junto a la hoguera. La situación perfecta para todos. A pesar de los pantalones cortos, llevaba chaqueta; eso sí, evité mirar la camisa para no verle el busto.

Menuda cita tan extraña iba a ser si ni siquiera sabía cómo era la camisa que llevaba ella... ¿Era una locura tan grande como me parecía a mí? ¿Cuánto tiempo iba a pasar antes de que se diese cuenta de que estaba mal de la cabeza? No me quedaba más remedio que hacer lo mismo de siempre: fingir.

—Hola, Brooke —dije—. Qué camisa tan bonita.

—Gracias —dijo ella y se miró la ropa—. Me ha parecido apropiada, como es una noche en plan instituto...

Mantuve la mirada fija en su pelo; lo llevaba suelto, como una cascada rubia. Parecía recién salida de un anuncio de champú. Me imaginé lavando esa cabellera, cepillándola con cuidado, poco a poco, mientras ella yacía inmóvil sobre la mesa.

Aparté esa imagen de mi cabeza y sonreí.

—Seguro que nos lo pasamos bien. ¿Estás lista?

—Sí.

Tiró de la puerta para cerrar, pero alguien la llamó desde el pasillo.

—¿Brooke?

Era su padre.

—Dime, papá. John ya está aquí.

El señor Watson se acercó a la puerta y sonrió.

—¿Vais a la hoguera?

—Sí —contesté.

—Bueno, id con cuidado. Sólo hace falta que se junten unos cuantos adolescentes por la noche para que uno de ellos haga el idiota y acabe lastimando a alguien. Pero supongo que mi niña está en buenas manos, ¿no?

Cuando me daba cuenta de lo poco que me conocía la gente, me entraban escalofríos.

—No nos pasará nada —respondió Brooke mirándome con una sonrisa—. Además —dijo volviéndose hacia su padre—, también habrá profesores; en realidad es como una actividad escolar.

—Estoy seguro de que todo irá bien —dijo el señor Watson. Salió al porche, puso su mano en mi hombro y me llevó hacia un lado. Yo miré brevemente a Brooke y ella entornó los ojos, avergonzada—. Siempre me he preguntado qué iba a hacer la primera vez que Brooke tuviese una cita.

Ella se lamentó a nuestras espaldas.

—¡Papá...!

—Siempre me imaginé amenazando al chico con el que iba a salir, ¿sabes? «Tengo un arma y una pala» o algo así. Pero imagino que nada de eso te asustaría a ti, después de lo que has visto.

No tenía ni idea...

—La cuestión es —dijo mirándome directamente a la cara— que las cosas por las que has pasado te convierten en el mejor candidato para el puesto. Cuando imaginaba esta situación, Brooke se estaba subiendo a la Harley de cualquier pandillero, pasando de mí mientras yo le decía adiós con la mano.

—Dios mío —dijo Brooke; se sonrojó y se tapó la cara.

El señor Watson continuó:

—Supongo que lo que quiero decir es que, viendo cuál es la alternativa, me alegro de que escogiera al héroe del pueblo.

«¿Qué?».

—¿Héroe? —pregunté.

—Héroe... y modesto. —Me dio una palmadita en el hombro—. Bueno, no os entretengo más: le pediste una cita a ella, no a mí. Brooke, ¿recuerdas las normas?

—Sí —dijo y se dio media vuelta en dirección al coche.

—¿Y?

Volvió a levantar la mirada, avergonzada.

—Nada de beber ni conducir deprisa, y en casa antes de medianoche.

—¿Llevas el móvil? —preguntó.

—Sí.

—Y llamarás a casa si...

—Si nos perdemos o quedamos atrapados en algún sitio.

—Y llamarás a la policía si...

—Si vemos drogas o si empieza una pelea.

—O si él intenta besarte —dijo. Brooke se puso como un tomate; el señor Watson se rio y me guiñó el ojo—. Por muy héroe que seas, vas a salir con mi niña.

—No me fastidies... —murmuró Brooke. Me cogió del brazo y me arrastró hacia el coche—. Vámonos de aquí. ¡Adiós, papá!

—¡Adiós, Barrilete! —gritó él.

—¿Te llama Barrilete? —pregunté. Brooke estaba delgada como un alambre.

—Es mi apodo de cuando era pequeña —contestó mientras sacudía la cabeza, aunque vi que sonreía.

Rodeamos el coche hacia el lado del copiloto y nos quedamos de pie junto a la puerta.

Y permanecemos así un ratito más.

De pronto me di cuenta de que ella esperaba que le abriese la puerta. Le lancé una mirada rápida y miré la puerta. Aquélla era la suya: una de las cosas que yo jamás tocaba. La volví a mirar, lo justo para ver que empezaba a fruncir ligeramente el ceño: estaba confusa. ¿Qué iba a pensar si no se la abría inmediatamente o si la obligaba a que lo hiciera ella misma? Me había visto mirarlas a las dos, así que llegados a ese punto no podía fingir que no me había dado cuenta ni que era un maleducado a menos que quisiera quedar como un auténtico cretino. Alargué la mano y abrí la puerta, imaginando al mismo tiempo todas las veces que ella había tocado aquella parte del coche, todas las veces que las yemas de sus dedos habían rozado la manilla. Cuando se soltó el cierre, cogí la puerta por la parte de arriba y tiré de ella.

—¿Le pasa algo a la manilla?

—Antes he visto una avispa debajo —improvisé—. Creo que intentaba hacer un nido.

—Qué sitio más raro para hacerlo.

—Te lo parece a ti porque no eres una avispa —dije mientras esperaba con la puerta abierta a que se sentase—. Para ellas es el lugar de moda.

—¿Estás al día en cuestión de tendencias para avispas? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Lo leí en una de sus revistas. No era mía, claro; la vi en el barbero. Sólo tenían ésa y *Mundo Alce*, y tenía que leer algo.

Brooke se rio y cerré la puerta. Me pregunté cuánto tiempo iba a ser capaz de mantener aquella farsa. Eran las seis y su padre quería que volviese antes de la medianoche. ¿Seis horas?

Procurar parecer normal mientras eras uno entre una multitud era fácil; sin embargo, procurar parecer normal en un *tête à tête* era mucho más complicado.

Me dirigí hacia el lado del conductor y entré en el coche.

—Será raro ver una gran hoguera que no hayas encendido tú —dijo Brooke.

Me quedé helado. ¿Sabía algo? ¿Qué había visto? El comentario parecía hecho sin ninguna segunda intención, pero... quizá hubiera alguna indirecta oculta que yo no había pillado. ¿Me estaba acusando de algo? ¿Me estaba amenazando?

—¿Qué quieres decir? —dije mirando al frente.

—Oh, ya sabes, las hogueras del jardín de los Crowley, las de las fiestas del vecindario y todo eso. Tú siempre te ocupabas de ellas.

Suspiré con alivio, como si no me hubiese dado cuenta de que llevaba un rato aguantando la respiración. «No sabe nada, solamente está dándome conversación».

—¿Estás bien? —me preguntó.

Puse el coche en marcha y sonreí.

—Genial. —«Necesito una excusa. ¿Qué diría una persona normal en esta situación? La gente normal siente empatía, reaccionaría a las personas que aparecen en la historia, no ante el fuego», pensé—. Estaba pensando en los Crowley —continué—. Me pregunto si la señora Crowley va a seguir dando esas fiestas.

Aparté el coche de la acera y nos dirigimos hacia el pueblo.

—Oh —dijo Brooke—, lo siento; no pretendía sacar el tema. Sé que te llevabas muy bien con el señor Crowley.

—No te preocupes. —Debía obligarme a continuar hablando; llevaba tanto tiempo prohibiéndome hacerlo que me costaba esfuerzo hablar libremente—. Ahora que se ha ido, miro atrás y me doy cuenta de que en realidad casi no lo conocía. —«De hecho nadie lo conocía, ni siquiera su esposa».

—Yo me siento igual. He vivido aquí casi toda la vida y él vivía allí, dos casas más allá, y en realidad no sabía nada de él. Lo veía en las fiestas, claro, y cuando recorríamos el barrio en Halloween y todo eso, pero tengo la sensación de que debería... no sé, de que debería haber hablado más con él, ¿sabes? De dónde era y cómo era cuando era pequeño y todo eso.

—Me encantaría saber de dónde era —apunté.

«Y si hay más como él».

—Me encanta hablar con la gente, escuchar sus historias —dijo Brooke—. Todo el mundo tiene una que contar y cuando te sientas con alguien y hablas con él abiertamente, puedes aprender muchísimo.

—Sí, pero eso también tiene algo de extraño. —Empezaba a coger ritmo, las palabras me salían con mayor facilidad.

—¿Extraño?

—Bueno, es extraño mirar a la gente y pensar que tienen un pasado —respondí. ¿Cómo podía explicarle lo que intentaba decir?—. Quiero decir que, obviamente, todo el mundo viene de alguna parte pero... —Señalé a un tipo que había en la acera—. Mira ese hombre. No es más que un tío y ahora lo vemos una vez y luego desaparece.

—Oh, ése es Jake Symons. Trabaja con mi padre en el aserradero.

—A eso me refiero. Para nosotros es como... como parte del decorado, no tiene un papel en nuestras vidas; pero para él... él es el protagonista. Tiene una vida y un trabajo, una historia con detalles y todo. Es una persona de verdad. Y para él el decorado somos nosotros. Y aquél de allá —señalé a otra persona de la calle—, ni siquiera nos está mirando, puede que no llegue ni a vernos. Somos el centro de nuestros universos particulares, pero en el suyo ni siquiera existimos.

—Es Bryce Parker, el de la biblioteca.

—¿Conoces a todos los habitantes de Clayton —pregunté— o estoy poniendo ejemplos muy malos?

Brooke se rio.

—Voy a la biblioteca todas las semanas, ¡claro que lo conozco!

—¿Qué me dices de ese tipo? —Señalé un hombre que estaba cortando el césped unos cien metros más adelante.

—No, no sé quién es —dijo Brooke fijándose con atención.

Lo dejamos atrás y en el último momento se volvió y le pudimos ver la cara. Brooke se echó a reír.

—Vale, vale, sí que lo conozco: es el de la ferretería Graumman, eh... ¡Lance!

—¿Lance qué más?

—Supongo que Lance Graumman —dijo Brooke—. Es un negocio familiar.

—Sabes mucho más sobre la ferretería de lo que me había imaginado.

Se rio de nuevo.

—El verano pasado reformamos el baño de arriba y creo que no compramos nada bien a la primera. Tuve que ir allí muchas veces.

—Eso lo explica todo.

Me sentía raro hablando con ella, charlando sobre nada en particular con tanta libertad. Llevaba tanto tiempo fantaseando con Brooke y prohibiéndome comunicarme con ella más allá de lo meramente superficial que hasta una charla tan sencilla como ésa me resultaba exageradamente íntima. Íntima y vacía al mismo tiempo. ¿Cómo podía esa sarta de tonterías significar tanto para mí?

Salimos del pueblo, tomamos la carretera que llevaba al lago y seguimos a un par de

coches llenos de alumnos del instituto. Observé la parte trasera de las cabezas con la esperanza de reconocer a alguien y mostrarle a Brooke que yo también conocía a gente pero, aunque sabía que los había visto en otras ocasiones, no tenía ni idea de cómo se llamaban. Eran mayores que nosotros y nunca me había relacionado con ellos.

—¡Eh! —dijo Brooke—. ¡Ésa es Jessie Beesley! Pero ése no es su novio, me pregunto qué habrá pasado.

El sol seguía bien alto y ajusté el cacharro de hacer sombra para ver bien.

—Conoces absolutamente a todo el pueblo —dije— y yo ni siquiera sé cómo se llama esta cosa.

—Es el... —Brooke hizo una mueca—. ¿La cosa que da sombra? —Se echó a reír—. ¿Cómo se llama? Es una... sombrilla. Un filtro... Un toldo muy pequeño.

—Es una sombrilla plana.

—Puedes ponerle encajes y llamarlo parasol. Quedaría precioso.

La miré furtivamente y vi que sonreía con complicidad. Para ser un sociópata se me da bastante bien interpretar a las personas, pero el sarcasmo es muy difícil de identificar.

Mientras la miraba mi mente volvió a las palabras de su padre: confiaba en que cuidase de ella. Me había llamado héroe, a mí, el sociópata chiflado y obsesionado con la muerte que trabajaba en una funeraria y escribía todos los trabajos del instituto sobre asesinos en serie. Un héroe. Me trajo recuerdos que prácticamente había olvidado: había estado tan absorbido buscando la manera de matar al demonio y, después, con las repercusiones de haberlo hecho, que casi se me había olvidado el porqué. Me había centrado tanto en «matar al malo» que lo de «salvar a los buenos» había quedado relegado, olvidado.

Sin embargo, nadie sabía que había matado a un demonio. Incluso mi madre hacía todo lo posible por olvidar lo poco que comprendía de lo que pasó realmente aquella noche de enero. Y todo lo que el señor Watson sabía era que yo estaba fuera, que había movido el cuerpo del doctor Neblin y que había llamado a la policía. ¿Y eso era suficiente?

—Me pregunto qué habrá de comer —dijo Brooke, y de pronto caí en que mis pensamientos habían dejado un vacío de palabras en el coche—. Asumo que serán perritos calientes; no sé qué más se podría comer alrededor de una hoguera.

«Mierda». No se me había ocurrido que la comida seguramente iba a consistir únicamente en carne. ¿Qué iba a comer?

«Di algo», me dije.

—A lo mejor tienen nubes. —No se me ocurrió nada más—. Son perfectas para comer en una fogata. Seguro que además hay ardillas con un pésimo sentido de la orientación y de la supervivencia.

Brooke rompió a reír.

—Una ardilla tendría que estar muy confundida para meterse en un fuego.

—A lo mejor tiene mucho frío.

—Podrían hacer la fogata encima de una madriguera de topos —dijo Brooke— para que saliesen ya precocinados, como de una máquina expendedora.

«Vaya, ¿realmente acaba de hacer ese chiste?».

—Perdona —se corrigió ella—, eso ha sido asqueroso.

La miré con otros ojos, observándola mientras hablaba. Me miró fugazmente y sonrió. Me pregunté si ella también me tenía por un héroe.

¿Creía que era una buena persona?

Salimos de la carretera y aparqué al final de una larga hilera de coches; más adelante había una especie de descampado donde la gente podía aparcar y hacer fiestas junto al lago, pero la celebración de la hoguera siempre estaba extremadamente concurrida y había una cola de más de medio kilómetro para acceder al pequeño aparcamiento. Mientras caminábamos hacia allí me fijé en todas las personas con las que nos cruzábamos —alumnos que hacía años que conocía—; era como si los viese por primera vez. Me preguntaba si ése pensaba que yo era un héroe. ¿Y aquél? Era la primera vez en la vida que asumía que la gente estaba pensando cosas buenas de mí en lugar de cosas malas, y no sabía muy bien qué pensar.

Pero me gustaba.

—Me encanta este olor —dijo Brooke. Caminaba con las manos en los bolsillos de la chaqueta—. La brisa fresca del lago mezclada con el humo del fuego y el verde de los árboles.

—¿El verde? —pregunté.

—Sí. Me gusta mucho ese olor a verde.

—El verde no es un olor, sino un color.

—Bueno, sí, pero... ¿no sabes a qué me refiero? Los árboles y los juncos y la hierba a veces huelen... a verde, y ya está.

—No puedo afirmar conocer el olor a verde.

—Ahí está Marci —dijo ella—, vamos a preguntárselo.

Miré allí donde Brooke señalaba y al instante aparté la mirada: Marci llevaba una camiseta escotada sin mangas que prácticamente decía a voz en grito: «¡Mirad este par!». Me fijé en los pies de Brooke mientras se apresuraba al encuentro de su amiga y mantuve la mirada baja; que infringiese algunas de las normas para estar con Brooke no significaba que fuese a tirar por la borda la cautela y romperlas todas. Tenía terminantemente prohibido mirar a las chicas al pecho.

—¡Brooke! —dijo Marci en voz alta—. ¡Qué guapa! Me encanta esa camisa.

Realmente me moría por ver cómo era.

—Me alegro de verte —respondió Brooke.

—Y a John —dijo Marci—. No esperaba que vinieses, genial.

—Gracias —dije mirándole los pies.

Entonces, como no quería parecer un friqui, levanté la vista y miré primero a Brooke a la cara y después a Marci. El escote destacaba en mi visión periférica, así que miré al otro lado del lago.

—Hace buena noche.

—Contéstame a una cosa —dijo Brooke—: ¿los árboles huelen a verde?

—¿Qué? —preguntó Marci entre risas.

—¡Verde! —dijo Brooke—. Estos árboles huelen a verde.

—Estás majara.

—¿Quién está majara? —preguntó Rachel Morris, que acababa de unirse al grupo.

Le sonreí con cortesía, agradecido porque vistiera con más modestia que su amiga.

—Brooke dice que los árboles huelen a verde —dijo Marci intentando no estallar en carcajadas.

—Claro que sí —asintió Rachel—. Aquí todo huele a verde; y un poco a marrón, por el humo.

—¡Exacto! —respondió Brooke emocionada.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó Marci mirándome. Yo me concentré en su oreja e intenté no desviar la mirada.

—Debe de tratarse de una alucinación colectiva —dije.

Y paré justo a tiempo, antes de entrar en los detalles de la hipótesis psicológica. Seguramente ése no era el mejor tipo de conversación ligera que se podía tener con aquel grupo de gente.

Me resultó extraño hablar con Marci; en parte por cómo iba vestida, pero más que nada por el simple hecho de que no nos conocíamos mucho. Del mismo modo que los ocupantes del coche de delante, en teoría Marci era una persona que yo «conocía», pero en la práctica apenas habíamos hablado ni nos habíamos relacionado. Rápidamente eché un vistazo a la gran masa de adolescentes que nos rodeaba: todos ellos gente con la que había crecido pero con quien prácticamente no había tenido contacto directo ni había compartido ninguna experiencia. Me parecía increíble que hubiésemos nacido y crecido en el mismo lugar y que, habiendo ido al mismo colegio y estado en el mismo curso durante años, no hubiésemos mantenido una conversación jamás. Max habría estado contentísimo de poder

charlar con Marci —y de comérsela con los ojos—, pero yo me sentía más molesto que otra cosa. Hasta entonces, mi vida ya estaba bien sin toda esa gente de más.

—¿Podéis oler otros colores? —preguntó Marci con los brazos cruzados como si fingiera estar interrogando a Brooke y Rachel.

—No es el color —contestó Brooke—, son los árboles; lo que pasa es que «verde» es una buena palabra para describir cómo huele un árbol cuando se pone de ese color.

—En plan primavera —respondió Rachel—, sólo que «primaveril» suena un poco tonto.

—Y «verde» suena de lo más normal —dijo Marci—, claro, claro.

La brisa del lago era fresca y vi que a Marci se le ponía la piel de gallina en los brazos. Antes de poder evitarlo estaba mirándole las piernas a Brooke: ella también tenía frío.

—¿Por qué no vamos cerca de la hoguera? —pregunté.

Brooke asintió y Marci y Rachel nos siguieron a través del disperso gentío. Entre los árboles que teníamos enfrente ya se vislumbraba el fuego, una parábola irregular de llamas anaranjadas, aunque el cielo aún no estaba lo suficientemente oscuro para que resaltasen bien. En aquella zona, el bosque era muy poco espeso y había más matorrales que árboles; la fogata la habían hecho en un gran claro circular que quedaba a unos veinte metros de la carretera. A medida que nos acercábamos me di cuenta de que los organizadores, fueran quienes fuesen, no habían reparado en gastos: la hoguera tenía un corazón de enormes troncos y en un segundo plano, apoyados en una serie de árboles, había montones de ramas y leños más finos. La madera crepitaba en el fuego, la savia chisporroteaba y silbaba, y al fondo, detrás de todo ese ruido, estaba el rugido blanco del oxígeno que era absorbido por las llamas glotonas. El fuego me hablaba.

—Hola —susurré a modo de contestación.

Me acerqué un poco más y extendí las manos para sondear el calor que desprendía. Perfecto en algunas zonas, pero en otras estaba demasiado frío y excesivamente caliente en la punta. La estructura de la base era más abierta de lo necesario: el fuego era cálido y potente, pero acabaría consumiéndose demasiado rápido. Troncos como aquéllos podían durar toda la noche si los colocabas con cuidado y añadías otros pedazos de madera de vez en cuando.

No parecía que hubiese nadie a cargo de la hoguera. A un lado había una rama de metro y medio con la punta ennegrecida; supuse que alguien la había utilizado para atizar el fuego y colocar la madera, así que la cogí y regulé las llamas: derribar un leño, levantar aquel otro. El fuego era capaz de decirte lo que necesitaba si tú sabías escucharlo. Sentía el calor, escuchaba el gruñido del aire, observaba las líneas de calor blanco de la superficie de la madera, que brillaban como si algo reluciente y perfecto saliera desde su interior, listo para nacer a un mundo apagado y sin vida. Un ajuste más, otro empujón.

Perfecto.

Un leño que describía un tenso arco pasó volando junto a mí y se estrelló contra la hoguera, y la hizo bramar y llamear.

—¡Eso! —gritó alguien a mi lado, un muchacho corpulento de último curso con el pelo cortado como un militar y la cara roja y carnosa—. ¡Vamos a avivar el fuego!

—Conseguirás una llama mejor si...

Intentaba hablar con él cuando se dio media vuelta y gritó:

—¡Cruzados de Clayton!

Varias voces respondieron al unísono con un grito y él agitó los puños en el aire con actitud triunfal antes de ir a por más madera.

—El resultado es mejor si lo planificas —dije hablando más que nada para mí mismo.

Me volví hacia el fuego y lo aticé de nuevo, procurando reparar los daños, cuando otro leño aterrizó en el centro; y luego otro más.

—¡Cruzados de Clayton!

—¿Sabes? —dijo Marci, que estaba de pie junto a mí—, hay cosas que no se pueden planificar. —La miré brevemente, sorprendido, y ella sonrió—. ¿Lo sabías?

¿De dónde había salido? Estaba tan absorto en el fuego que me había olvidado completamente de las chicas.

—Todavía no hay perritos calientes —dijo Brooke regresando de algún sitio—. No sacarán la comida hasta las seis y media. ¿Vamos al lago?

—Bueno, yo no me bañaré, eso seguro —dijo Marci—. Aunque no me importaría echar un vistazo.

Las tres chicas emprendieron la marcha y al momento se detuvieron y miraron atrás.

—¿Vienes? —preguntó Brooke.

«Pero... ¡si hay una hoguera!».

Miré el fuego, que seguía fuerte y potente a pesar del caos de los últimos leños. No necesitaba las llamas, estaba ahí por Brooke.

—Claro —le respondí—. Pero habremos vuelto para las seis y media, ¿no?

Dejé la rama y caminé hacia ellas.

—Gracias —dijo Rachel—. Necesitamos a nuestro valiente protector.

—Ni que lo digas —dijo Marci—. Con la de mujeres muertas que están apareciendo no estoy tranquila ni entre un montón de gente como éste.

«Otra vez: John *el Valiente*. ¿Cuánta gente me considera una especie de héroe? ¿Y cuánto tiempo llevo sin darme cuenta de eso?».

—Nosotros antes veníamos aquí a pescar —dijo Brooke.

Estaba mirando la fina línea de agua emerger entre los árboles, cada vez más escasos. El cielo seguía claro pero apagado, y el lago reflejaba su color azul suave como si fuera la mitad inferior de una concha gigante y nacarada. Nos detuvimos al llegar a un pequeño montículo donde los árboles se dividían en dos y la tierra descendía abruptamente hacia el lago vítreo. Brooke se subió a una roca puntiaguda para tener mejor vista, se balanceó un momento y apoyó su mano sobre mi hombro para mantener el equilibrio. El tacto era eléctrico, como si una corriente de energía hubiese penetrado en mi cuerpo por sorpresa desde el punto de contacto. Fingí estar mirando el agua pero tenía todo el cuerpo pendiente de la mano de Brooke.

—Es hermoso —dijo Rachel.

Un par de chicos metidos en el agua hasta la cintura pasaron chapoteando con la camiseta y las bermudas empapadas.

—¡Venid! —nos gritaron, aunque algo me decía que el mensaje era más para las chicas que para mí.

Ninguna de ellas les hizo caso, así que yo tampoco. Un momento después vieron otro grupo un poco más allá, así que atravesaron una mata de juncos que había en la orilla y nos dejaron en paz.

Brooke suspiró.

—¿Qué vais a hacer?

—Supongo que estar por aquí, ¿no? —contestó Marci—. Ver quién aparece, quién está con quién...

—¿Habéis visto a Jessie Beesley? —preguntó Rachel—. ¿Qué le habrá pasado a Mark?

—No, no me refería a eso —dijo Brooke—. Me refiero a qué vais a hacer con vuestra vida, en el futuro.

Marci se rio.

—Qué mona, mira qué profunda se nos pone Brooke.

—¿Qué pasa, tú no tienes sueños?

—Oh, claro que los tengo —dijo Marci—, créeme. Y no tienen nada que ver con el condado de Clayton.

—Yo me marcharé en cuanto pueda —dijo Rachel—. Un pueblo con una única sala de cine casi no forma parte del mundo civilizado.

Yo me quedé mirando el lago, recordando el cadáver que el demonio había hundido bajo el hielo en noviembre.

—¿Vais a ir a algún sitio en especial —pregunté— o solamente queréis alejaros de aquí?

—A la universidad —dijo Brooke—. A viajar. Al mundo.

—Nadie quiere quedarse aquí —afirmó Rachel.

—Los veranos están bien —dijo Marci—, pero a veces me pregunto cómo llegamos aquí.

—Por la industria maderera —contesté.

—Sí, pero ¿por qué nosotros? —continuó Marci—. ¿Por qué estamos aquí y no en cualquier otro lugar?

—Tampoco está tan mal —dijo Brooke.

—Está peor que mal —corrigió Rachel.

—¿Quiénes fueron los primeros? —preguntó Marci mirando el lago fijamente—. ¿Somos todos hijos de los hijos de los trabajadores del aserradero que crecieron aquí, dejaron de soñar y se quedaron atrapados para siempre? Alguien vino cuando en este lugar no había nada y después se construyó una ciudad en mitad de ninguna parte y la gente empezó a ganarse la vida donde no había nada y lo consiguió. —Levantó la mirada hacia el cielo—. Si ésa es la gente de la que venimos, creo que no entiendo qué hacemos todos aquí sentados sin hacer nada.

Rachel abrió la boca para contestar, pero la interrumpió un chillido, alto y penetrante, que provenía de un poco más arriba de la orilla. Nos giramos rápidamente para mirar y Brooke se agarró a mi hombro; vimos a los dos chicos de antes salpicando mientras salían del agua a toda prisa. Las chicas con las que habían estado ligando se echaban atrás aterrorizadas y todas se habían puesto a gritar. Brooke saltó de la roca y corrió hacia ellas, y yo la seguí.

—¡Está muerta! —gritó alguien— ¡Está muerta!

La gente se acercaba a través de la arboleda desde todas direcciones. Parecía que el grupo de la orilla se apartaba de un animal muerto, como si tuvieran miedo de que les mordiese. Sin embargo, a medida que nos acercamos pude ver la causa de todo el griterío: había un tronco podrido que sobresalía del agua entre los juncos y debajo de él se veían el brazo y la mano de una persona.

—¡Llamad a la policía!

—¡Está muerta!

—¡Voy a vomitar!

En cuanto vimos la mano, Brooke se detuvo y se mantuvo alejada, pero yo seguí avanzando. Al llegar a la fila de alumnos en retirada hice una pausa por precaución, y finalmente me decidí y me adentré en el círculo: solos yo y la mano.

Era de una mujer y el resto del cuerpo flotaba justo debajo de la superficie, escondido entre los juncos. Alguien había desplazado el tronco y con él el cadáver, y así el brazo

había salido a la superficie. La mano apuntaba hacia arriba, retorcida como si fuera una garra; tenía las uñas rotas y astilladas, y restos de laca de uñas de color rojo brillante.

«Es el nuevo asesino», pensé.

Oí una voz que venía de detrás, una voz profunda, de hombre. Sonaba como un eco en una amplia habitación vacía.

—¿Qué hacemos?

Tenía que verla. Necesitaba saber si estaba cubierta del mismo tipo de heridas que el resto de las víctimas.

—A lo mejor está viva —dije mientras me metía en el lago—. Tenemos que comprobarlo.

La carne que quedaba a la vista estaba empapada y cubierta de restos de lodo y madera podrida; era imposible que estuviese viva.

—Tenemos que sacarla de aquí.

Detrás de mí oí el ruido de alguien entrando en el agua, un sonido apenas perceptible, distante. Los latidos de mi corazón me atronaban los oídos y se me hacía difícil escuchar cualquier otra cosa.

Agarré el brazo y estiré; se movió pero pesaba más de lo que esperaba. Otro par de manos, ásperas y viejas, aparecieron junto a mí y tiramos de nuevo. El cuerpo se desplazó y el brazo emergió un poco más, rígido y pálido.

—Tiene algún lastre o algo similar —dije.

—Está atrapada debajo del árbol.

—No —repliqué—. Se desliza con demasiada facilidad para estar atrapada. En lugar de tirar hacia arriba, vamos a remolcar el cuerpo hacia la orilla.

Tiramos entre los dos y arrastramos el cadáver hacia la orilla; cuando llegamos a una zona menos profunda, flotó más cerca de la superficie. Efectivamente, era el cuerpo de una mujer, blanco como la leche y desnudo, a excepción de unos cuantos cordones de nailon. Su desnudez no me perturbó: los cadáveres nunca me hacían sentir incómodo. Tiré de uno de los cordones, primero ligeramente y después con más fuerza, para probar su resistencia: pesaba mucho. Estiré con ambas manos y descubrí que en el otro extremo había atado un bloque de hormigón.

Miré a la persona que me estaba ayudando: era el señor Verner, el profesor de historia y geografía.

—Alguien le ha puesto un peso —repetí.

Detrás de él, la orilla estaba repleta de alumnos y profesores; la mayoría apartaban la cara para no ver el cadáver de la mujer muerta flotando en el agua. Más allá vi la hoguera, que ardía distante y reluciente.

—¿Qué podemos hacer? —volvió a preguntar el señor Verner.

Me lo estaba preguntando a mí, claro; de entre todos los que estábamos allí, yo era el que más sabía de este tipo de situaciones. ¿Eran conscientes de ello los demás? ¿Estaba revelando algún secreto?

—Llame a la policía —contesté—, al agente Forman, del FBI; tiene una oficina en la comisaría.

Volví a mirar el cadáver, que estaba retorcido como una estatua. Tenía las extremidades rígidas y torcidas.

—Es el rígor mortis —aclaré—. Significa que solamente lleva muerta unas cuantas horas; un par de días como mucho.

Tenía marcas enrojecidas en las muñecas, además de cortes y ampollas en el pecho y la espalda. Justo como lo que me habían dicho del resto de los cadáveres.

—¿Ha llamado al agente Forman?

El señor Verner gritó en dirección a la orilla:

—¿Quién tiene un móvil?

Rachel agitó la mano y señaló a Marci, que estaba a su lado con el móvil junto a la oreja.

—Está hablando con su padre —dijo Rachel.

El padre de Marci era policía. Las miré directamente por primera vez en toda la noche, y después me fijé en el cadáver que flotaba obscenamente entre las pequeñas olas que venían del centro del lago. No debería resultarme más fácil mirar el cuerpo que a las chicas, pero así era.

Por el rabillo del ojo vi que los profesores estaban intentando alejar a los alumnos de la orilla y que alguien traía una manta. El señor Verner se acercó vadeando para cogerla y cuando volvió tapó el cuerpo.

—Salgamos del agua —dijo y puso su mano en mi hombro.

Salí a trompicones, dejando el cuerpo en el agua. La fiesta se había convertido en una especie de telaraña caótica en la que unos estudiantes se alejaban de la orilla, otros se quedaban mudos e inmóviles de asombro y algunos más se apelotonaban junto al agua para ver mejor. Los profesores intentaban, sin saber muy bien cómo, alejar a los alumnos de allí, haciéndolos ir en multitud de direcciones.

Brooke se reunió conmigo sobre el montículo, blanca como una muerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Llevas el móvil?

Asintió en silencio y lo sacó del bolsillo. Marqué el número de teléfono móvil del

agente Forman y me senté en el suelo, rígido, respirando lentamente.

—Forman, dígame —dijo la voz que estaba al otro lado de la línea, clara y directa. Se oían sirenas de fondo.

—Ya está de camino —dije.

—Maldita sea, John. ¿Estás metido en esto?

—Rígor mortis —le conté—. Totalmente rígido. Eso significa al menos doce horas, quizá más. El lago está bastante frío y puede que eso lo haya retrasado.

—¿Qué estás haciendo, John? —preguntó Forman—. No eres policía ni investigador. —Hizo una pausa—. Y aun así siempre eres el que encuentra los cadáveres.

—No he sido yo —dije y cerré los ojos. Podía ver el cuerpo contorsionado en mi cabeza, salpicado de rabiosas ampollas de color rojo. ¿Eran quemaduras?—. Estoy aquí por casualidad, Forman. Todo el instituto está aquí y en el pueblo todo el mundo sabía desde hace semanas que se iba a celebrar esta fiesta. Si dejó el cuerpo aquí hace poco, justo aquí, al lado de la hoguera, era porque sabía que lo íbamos a encontrar. Creo que eso es lo que quería.

—¿Quién? —preguntó Forman.

—El tipo que la mató. —«¿Era un hombre o un demonio?»—. No le falta ningún miembro —dije mientras me levantaba con dificultad— y tampoco he visto ninguna laceración de importancia. Voy a echar otro vistazo.

—No, John. Déjalo estar...

Antes de que pudiera terminar la frase algo me golpeó desde atrás; algo se había estrellado entre mis omoplatos y me hizo caer al suelo. Me puse boca arriba y miré: era Rob Anders.

—¿Qué coño te pasa? —dijo—. Te metes en el agua como si fuera el día de Navidad y tus regalos estuvieran ahí dentro, la sacas para que todos la puedan ver, te sabes el teléfono de ese puto agente del FBI de memoria...

—¿Qué? —pregunté sacudiendo la cabeza.

—Nadie que sea inocente actúa como tú. Nadie que sea normal conoce todas las cosas que tú sabes. ¿De qué va toda esa mierda del rígor mortis?

Me estaba gritando con la cara enrojecida y agitando los brazos: estaba mucho más furioso de lo que podía esperar. «¿Por qué está tan afectado? Piensa, John. Piensa como una persona con empatía. A lo mejor tiene alguna conexión con la víctima».

—¿La conocías? —pregunté.

—¿Que si la conozco? Pero ¿qué pregunta es ésa, friqui?

—Déjalo en paz, Rob —dijo Brooke, que se acercó a ayudarme a ponerme en pie.

Rob la apartó de un empujón y la tiró al suelo...

... Y yo salté.

Me abalancé sobre Rob por sorpresa y lo tumbé; quedó atrapado debajo de mí. Nunca me había peleado con nadie —al menos no con alguien que pudiese devolverme los golpes—, pero lo había dejado sin aliento y gracias a eso tuve tiempo suficiente para levantar los puños y estrellarlos torpemente contra la parte superior de su cabeza. Él me lanzó un puñetazo que impactó en mi ojo y me tumbó. Me levanté como pude y me preparé para recibir otro puñetazo, pero el señor Verner y otro profesor ya nos estaban separando.

—No pasa nada —dijo Brooke tirando de mí—, no es más que un imbécil. Pasa de él.

Me volví hacia ella y me di cuenta de lo que acababa de hacer: ella se había visto amenazada y, en lugar de tratar de ayudarla, había atacado a su agresor. Igual que había hecho con el demonio. Ni siquiera la había ayudado a levantarse.

«¿Cuál es la respuesta correcta? —pensé—. ¿Cuándo debo ayudar a los buenos y cuándo tengo que pararles los pies a los malos? No sé qué hacer».

«No sé cuál de los dos soy».

Me sentí mareado, así que me senté. En el suelo encontré el móvil de Brooke, justo donde se me había caído cuando Rob me había derribado.

—Esto es cosa suya —decía Rob; estaba discutiendo con el señor Verner mientras se lo llevaba—. Es un enfermo mental. ¡Seguro que es el asesino y todo!

Me llevé el teléfono a la oreja: Forman ya había colgado.

—Llama a tu padre —le dije a Brooke cuando le devolví el teléfono—. Dile que vas a llegar tarde; esto nos va a llevar un buen rato.

## 10

Pasé toda la noche tratando de hablar con Forman, pero un montón de policías nos tuvo declarando una y otra vez. Finalmente me dieron un formulario de papel de calco y me pidieron que escribiera un testimonio oficial. Lo extendí sobre el capó de un coche de policía y di tantos detalles como pude, asegurándome de incluir la hora y lugar de todos mis actos, desde tan pronto como la salida de clase. Si hubiera añadido algún dato más, habría parecido que me estaba esforzando por parecer inocente. Al acabar lo entregué y me senté junto a la hoguera moribunda, esperando a que me dieran permiso para irme. Eran las once y media.

Ni mucho menos nos dejaron acercarnos al cadáver, así que estudié los recuerdos que tenía con mucha atención. Tenía las muñecas arañadas y enrojecidas, quizá fuera por culpa de alguna cuerda. Pero los cordones en los que estaba enredado el cuerpo no habían dejado las mismas marcas, así que lo que tenía alrededor de las muñecas debía de haber estado atado a ellas durante más tiempo, seguramente desde antes de que muriese. Alguien —el asesino, supuse— había tenido atada a aquella mujer. ¿Durante cuánto tiempo?

Y el resto de marcas: los verdugones rojos y las ampollas sobre la pálida piel. Podía haber también cortes más profundos, rajadas y puñaladas, pero el agua había limpiado la sangre hacía tiempo. No había ningún tajo enorme y salvaje como los que distinguían a las víctimas del asesino de Clayton. ¿Era posible que fuese obra de otro demonio? Uno cuyos dedos se convirtiesen en llamas en lugar de en garras, que dejaba a sus víctimas llenas de cicatrices y mutilaciones pero enteras. ¿Era así como trabajaban los demonios? ¿Acaso seguían alguna norma?

Yo había visto un demonio —o lo que quiera que fuese—, pero lo cierto era que eso no significaba que todo estuviese relacionado con ellos. Los humanos eran perfectamente capaces de asesinar sin su ayuda y, con lo poco que sabía, era estúpido por mi parte intentar convertir este asunto en el ataque de un demonio. Debía ser paciente; lo que necesitaba era llevarla a la funeraria, donde podría examinar las heridas detenidamente y leer en el informe del forense todo lo que se sabía sobre ella. Ojalá pudiera contactar con Forman y averiguar qué información tenía él...

—Ya he terminado —dijo Brooke—. Dicen que ya nos podemos ir.

Levanté la mirada y vi que estaba de pie frente a mí, abrazada a sí misma y envuelta en la fina chaqueta. Tenía las largas piernas con la piel de gallina y estaba temblando.

—¿Ya está? ¿No quieren volver a hablar con nosotros?

—Es casi medianoche —dijo ella—. Llevamos horas haciéndolo.

—Pero aún no nos han dicho nada.

—Ni creo que lo vayan a hacer.

Cogió la rama para atizar el fuego y movió unas cuantas brasas; la madera chisporroteó y las ascuas brillantes quedaron al descubierto.

—No lo apagues —le dije para que no siguiera.

Se trataba de algo que me había dicho Crowley: «No me gusta sofocar el fuego, sino que dejo que se apague solo». Había matado a diez personas, puede que a más, quizá a cientos y cientos en toda su vida, pero no quería hacer lo mismo con una fogata. ¿Qué era él en realidad?

—¿Estás listo para volver? —preguntó Brooke.

Me quedé mirando el fondo ennegrecido de la fogata, un montón de ascuas medio consumidas en un círculo de dos metros de diámetro lleno de restos quemados. Había sido algo grande, algo gigantesco y caliente y maravilloso, pero se había consumido demasiado rápido y ahora iba a permanecer así durante horas. La mayor parte de la vida de una hoguera, quizá hasta el ochenta por ciento de ella, no era más que eso: una muerte lenta y prolongada.

—¿Podemos quedarnos y mirar el fuego un poco más?

Se quedó de pie, en silencio, pintada por la suave luz naranja. Un instante después dejó la rama y tomó asiento en el suelo, a mi lado, con las piernas cruzadas.

Nos quedamos observando durante una hora más, hasta que la policía despejó la zona, apagó el fuego y nos envió a casa.



A la mañana siguiente dijeron por televisión el nombre de la mujer muerta: Janella Willis. Había desaparecido ocho meses antes en algún lugar de la costa este, pero nadie tenía ninguna teoría sobre cómo había acabado en el lago Friqui. La hora de la muerte que yo había predicho resultó ser bastante acertada: había fallecido prácticamente veinticuatro horas exactas antes de que la encontrasen y había pasado la mayor parte de ese tiempo en el lago, debajo del tronco. La policía y las noticias llegaron a la misma conclusión que yo: que el cuerpo había sido colocado allí para que nosotros lo encontráramos, aunque yo ya sospechaba que había algo más. Cada vez me parecía más probable que el cadáver estuviese allí específicamente para mí.

Los dos primeros estaban en lugares donde eran fáciles de encontrar; el segundo estaba incluso en una ubicación que guardaba relación directa con los asesinatos anteriores. Así que sabíamos que el asesino quería que encontráramos los cadáveres y que intentaba decir

algo. Y de pronto hallamos un tercer cadáver, cuidadosamente colocado en un lugar concreto donde aquella noche en particular se iba a concentrar más gente que en cualquier otra parte del pueblo. Era obvio que quería que alguien lo viera. Pero, sobre todo, era un enclave que iba a estar lleno de adolescentes, un lugar y una hora donde yo iba a estar seguro. Si los cuerpos actuaban como el mensaje de un asesino a otro, el último lo habían dejado prácticamente en mi puerta.

«Mensajes en la puerta...». En cuanto lo pensé, se me heló la sangre. Yo le había dejado al señor Crowley una larga serie de mensajes con la intención de asustarlo y que bajara la guardia, para que saliera de su escondite y supiera que alguien andaba tras él. Aquellos cadáveres eran exactamente lo mismo: el primero decía «Estoy aquí»; el segundo, el que encontraron en el escenario de una matanza anterior, decía: «Formo parte de lo que ocurrió aquí». El último, que estaba en un lugar en el que era seguro que yo lo iba a encontrar, decía muy claramente: «Sé quién eres».

Alguien iba a por mí.

El curso había terminado y no tenía adónde ir, así que pasé todo el día en mi cuarto, analizando las escasas pruebas de las que disponía. Si alguien me quería dar caza, debía averiguar quién era y qué quería. No tenía mucho en lo que basarme, pero si sabías qué buscar, podías aprender muchísimas cosas de un solo cadáver.

La cuestión principal de la creación de un perfil criminal es: ¿qué cosas había hecho el asesino que no necesitaba? Había atado a la víctima antes y después de su muerte. ¿Guardaban relación estos hechos? ¿Tenía algún tipo de necesidad psicológica de atar a la gente? Si era así, se trataba de un asunto relacionado con el control, lo que apuntaba, al menos de manera simplista, a un asesino en serie. También podía ser una cuestión pragmática: un modo de tenerla presa antes de matarla y de mantenerla bajo el agua después. Antes de morir estuvo desaparecida durante ocho meses, así que la teoría de que hubiese estado encerrada era plausible. Entonces, ¿por qué ponerle un peso cuando hubiese sido mucho más fácil dejar el cadáver entre el lodo de la orilla? Si lo que quieres es que alguien encuentre a tu víctima, ¿por qué molestarte en esconderla?

«No te limites a hacer preguntas —me dije a mí mismo—. Busca respuestas». ¿Qué hubiese pasado si lo hubiera dejado allí tirado? Un par de chavales del comité habrían encontrado el cadáver en el momento en que fuesen a preparar la hoguera... habrían llamado a la policía; entonces, la fiesta se habría cancelado, se habría trasladado al campo de fútbol o algo así. Sin embargo, esconder el cuerpo de forma chapucera significaba que lo iban a encontrar igualmente, pero no hasta más tarde, cuando ya había infinidad de testigos.

¿Qué más? ¿Qué le hizo el asesino al cadáver que no necesitaba? Quemaduras. Y cortes. ¿Le había hecho algo más? Podía tener huesos rotos y magulladuras y quién sabe qué daños internos, aunque yo no podía descubrir esto sin examinar el cuerpo minuciosamente. La especulación no me servía de nada: lo que necesitaba eran detalles reales. ¿Qué era lo que se me olvidaba?

¡Las uñas! Tenía las uñas rotas. ¿Lo había hecho él o se las había roto ella misma al defenderse? ¿Intentaba escarbar en algún sitio para escapar? Después de estar retenida durante ocho meses aún tenía laca de uñas; ¿tanto duraba? Si era así, entonces este detalle no significaba nada; pero de lo contrario esto implicaba que llevaba relativamente poco tiempo encerrada o que el asesino le proporcionaba a su prisionera artículos de lujo como laca de uñas mientras la tenía allí. ¿Por qué? Eso podía ser un indicador muy importante del estado mental del asesino y su actitud respecto a las víctimas. Tenía que averiguarlo.

En las noticias no habían dicho nada de la laca de uñas desportillada, o sea que mi madre no sabía nada del tema; podía preguntarle sin que sospechara. Bueno, sin levantar el tipo de sospechas que rodean a un cadáver. No obstante, podría hacerse un montón de preguntas sobre por qué su hijo quería saber cosas sobre los pintaúñas; por eso era mejor averiguarlo de cualquier otro modo, por ejemplo mirándolo en Internet.

Abrí la puerta de mi cuarto y oí el sonido de la tele. Eso quería decir que el ordenador estaba libre. Entré sin hacer ruido en la habitación de mi madre para utilizarlo pero ella estaba trabajando y ocupaba todo el escritorio con una carpeta abierta. Cuando entré, levantó la mirada.

—Hola, John. ¿Necesitas algo?

—No, sólo quería usar el ordenador. Creía que estabas viendo la tele.

—Es Margaret. Estoy pagando facturas, enseguida acabo.

—Vale.

Fui hacia el salón, donde Margaret estaba viendo un programa sobre viajes.

—Eh, John —saludó.

Se movió para hacerme sitio y me senté a mirar la tele.

—Hola.

—Me han dicho que hace unos días tuviste una noche animada.

—Sí, supongo.

—Genial —dijo—. Debió de costarte, pero seguro que estás contento de haberlo hecho.

La miré.

—Yo sólo me quedé mirando; ni siquiera la saqué del agua.

—No hablo del cadáver, sino de la cita, de que por fin saliste con Brooke.

La cita. Antes de ir estaba muy emocionado, pero entonces ya me parecía que había pasado una eternidad. El cadáver era mucho más importante, mucho más grande.

—Es una pena que tuvierais esa interrupción —continuó—. ¿Le pedirás otra cita?

—Supongo que sí. En realidad no lo he pensado.

—¿Y en qué has estado pensando?

Margaret me miró fijamente un momento y después negó con la cabeza.

—No sé qué clase de adolescente dejaría que un cadáver lo distrajese de una chica tan guapa como Brooke. Como si no tuvieras ya muerte para un rato.

—¿Tenemos que hablar de esto?

Lo último que quería era recibir otra lección magistral.

—Tienes dieciséis años. Deberías estar pensando en chicas vivas, no en muertas.

Había una manera rápida de darle la vuelta a la conversación.

—¿Cómo es que tú no te has casado? —pregunté.

—Ostras —respondió con sorpresa—. ¿De qué va esto ahora?

—Estabas hablando de que yo debería salir con chicas, pero tú estás contenta siendo soltera. ¿No puedo hacer yo lo mismo?

Enarcó una ceja.

—Menudo zorro estás hecho, guapo.

—Has empezado tú.

Margaret suspiró, miró el techo y después me miró a mí.

—¿Qué pasa si no te gusta la respuesta?

Asentí.

—Ajá. Eso significa que es por mi padre.

Margaret sonrió con tristeza.

—Eres mucho más listo de lo que le conviene a un chaval de tu edad. Sí, fue por culpa de tu padre. De lo que seguramente no te has dado cuenta es que estaba enamorada de él.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Era guapo, educado y él, tu madre y yo éramos los únicos funerarios del lugar. Creo que las dos nos enamoramos de él en cuanto apareció por aquí.

Margaret miraba por la ventana mientras hablaba y yo me pregunté qué recuerdos estaría visualizando.

—Tu padre podría haber vendido neveras en el polo norte —siguió—. El negocio apenas se mantenía a flote antes de que él llegara, seguramente porque nadie se tomaba en serio a un par de gemelas de veintidós años que llevaban una funeraria. De hecho, a posteriori, ni siquiera yo lo habría hecho. Al principio hicimos prácticas con Jack Knutsen y cuando Knut murió nos hicimos cargo del negocio, pero no empezó a ir bien hasta que llegó tu padre.

—¿Cómo puede ser que la única funeraria de la zona no tuviera clientes? —pregunté—. La gente se moría o no se moría, pero cuando lo hacían venían aquí, ¿no?

—Bueno, el embalsamamiento no es del todo necesario —dijo Margaret— e incluso hoy en día aquí sólo se celebran la mitad de los funerales. El resto los hacen en las iglesias del pueblo. No, nosotras necesitábamos a tu padre porque él convenció al condado de Clayton de que le hacíamos falta a este lugar. Así que, primero, nos salvó; aunque no fue sólo eso. Era un hombre... emocionante. Era elegante. Que un hombre tan maravilloso hubiese aterrizado en nuestra funeraria era demasiado bonito para ser verdad y el día en que me di cuenta de que amaba a tu madre en lugar de a mí, me podría haber muerto allí mismo. Y lo habría hecho de buen grado si me hubiese mirado como a ella.

Por la manera en que fijaba la vista en algo invisible y perdido, me quedó claro que mi tía tenía la cabeza en otra parte. Cuando me volvió a mirar y sonrió lánguidamente, fue como ver su consciencia regresar a su cuerpo como un fantasma.

—Claro que —continuó— no tardé mucho en darme cuenta de que acababa de esquivar una bala. La hermana que había quedado atrás pronto se convirtió en el pilar en el que se apoyaba la que creía tener todo lo que siempre había querido. Supongo que eso fue lo único bueno de todo el asunto; si tu padre hubiese sido tan buena persona como todos creíamos, lo más probable es que yo me hubiese marchado de aquí y nunca le hubiera perdonado a April que me lo robara.

Me miró como reflexionando sobre algo y negó con la cabeza.

—No debería hablar mal de tu padre delante de ti.

—¿Qué? ¿Crees que no me había dado cuenta de que es un pedazo de imbécil?

—Ya, ya lo sé. —Suspiró—. Sólo que me gustaría que las cosas hubiesen salido de otra manera.

—Entonces, ¿dices que debo salir con Brooke porque crees en la fantasía del amor juvenil o porque quieres vivir las relaciones de los demás de manera indirecta?

Margaret enarcó las cejas y se echó a reír.

—No me extraña que tu madre se esté volviendo loca —respondió—. ¿Cómo puede vivir con alguien que se merece un bofetón y un abrazo al mismo tiempo?

—Soy un chico muy especial.

—El ordenador está libre —dijo mi madre al entrar en el salón—. ¿De qué estáis hablando?

—De nada —contestó Margaret y se volvió hacia el televisor.

Yo me excusé y fui a la habitación de mi madre.

No encontré nada específico, pero averigüé lo suficiente para comprender que una capa de laca de uñas no tenía la menor posibilidad de durar ocho meses. Si asumíamos que

Janella Willis llevaba prisionera desde que desapareció y que había estado atada por las muñecas y los tobillos, entonces había algún motivo por el cual el asesino consideraba adecuado darle laca de uñas. ¿Qué se le pasaba por la cabeza a aquel tipo?

Tenía que ver el cadáver. Borré el historial del navegador y me encerré en mi cuarto a mirar la pared y estudiar una vez más lo que recordaba del cuerpo. Había un asesino que quería darme caza, que me enviaba señales, pero ¿qué quería? Si sabía quién era yo, ¿por qué no venía directamente a por mí? Quizá no supiese quién era exactamente y ésta era su manera de ponerme a prueba para ver cómo reaccionaba, para obligarme a delatarme a mí mismo. A lo mejor esperaba una respuesta.

A John no se le ocurriría contestar, pero a Mr. Monster sí. Y en realidad el asesino lo buscaba a él. Fue él quien mató al demonio y el que soñaba todas las noches con las nuevas víctimas. Era él quien deseaba enviar un mensaje al nuevo asesino, aunque hasta aquel momento había sido yo quien se lo había impedido.

Cuando el nuevo asesino finalmente diera el paso, ¿a quién iba a encontrarse? ¿A John o a Mr. Monster?

## 11

Estaba en una mazmorra clavando a alguien a un grueso tablón de madera cuando sonó el teléfono. Abrí los ojos, me incorporé en la cama y oí los pasos de mi madre, que iba a buscar el móvil. Eran las cinco de la mañana y llevaba dormido casi dos horas.

—¿Sí? —contestó.

No la oía bien, pero solamente había una razón plausible para que la llamaran a esas horas: el forense traía el cadáver y necesitaba que el trabajo se hiciera con urgencia. Seguramente se lo iban a enviar a la familia por avión aquella misma tarde. Me levanté de la cama y me puse una camisa.

—Adiós.

Oí el chasquido del móvil cuando mi madre lo cerró y el crujido de las tablas del suelo cuando empezó a caminar. Los débiles pasos me indicaron que se dirigía hacia el recibidor, aunque un momento después abrió la puerta de mi cuarto.

—Despierta, John. Él... oh. ¿Es que no duermes nunca?

—¿Era Ron? —pregunté mientras me ponía los calcetines.

—Sí, van a traer la... ¿Cómo lo haces?

—Soy un genio. Si tienen tanta prisa, a lo mejor deberías llamar a Margaret.

Me miró un momento y abrió el móvil.

—Come algo —dijo de camino a su habitación—. Y deja de saberlo todo.

Antes de que pasara media hora, Ron apareció en la furgoneta forense acompañado de un par de policías. Yo me quedé arriba y miré desde la ventana mientras ellos hablaban con mi madre junto a la puerta de atrás y entraban el cadáver en la funeraria.

Margaret llegó y aparcó justo cuando la furgoneta se marchaba, así que fuimos todos juntos a ponernos las mascarillas y los delantales. Mi madre hojeaba la documentación.

—El informe no menciona que le falte ningún órgano —dijo.

Después de una mala experiencia el otoño anterior, habíamos aprendido a comprobarlo antes de empezar.

—Han realizado autopsia completa, han metido los órganos en una bolsa y la han

cosido. —Dejó los papeles sobre el mostrador—. Odio estos casos.

—Me pido el embalsamamiento de las cavidades —dijo Margaret al tiempo que abría la puerta.

El embalsamamiento de las cavidades implicaba utilizar el trocar para aspirar toda la porquería de los órganos y reemplazarlos por fluido de embalsamamiento; en el caso de una autopsia como aquélla, en la que se habían extraído los órganos, Margaret podía ponerse a un lado y hacer su tarea tranquilamente mientras mi madre y yo hacíamos el embalsamamiento arterial en el cuerpo. Lo malo era que hacerlo en un cadáver sin órganos era como intentar contener agua con un colador: tenía demasiados agujeros y perdía fluido por todas partes. Íbamos a tener que hacerlo en cuatro secciones diferentes, puede que más.

El cadáver estaba tendido sobre la mesa de metal, inmóvil dentro de la bolsa en que lo habían transportado. Me lavé las manos aprisa y me puse un par de guantes de látex; después bajé la cremallera de la bolsa. El forense la había envuelto en toallas por una cuestión de pudor y también para absorber la sangre que saliera durante el tránsito; aunque, llegado aquel punto, tampoco le quedaba demasiada. El cadáver estaba blanco y vacío, como si se tratase de una muñeca.

—Cógele la cabeza —dijo mi madre al tiempo que ponía una mano bajo la zona lumbar y otra debajo de las piernas.

Yo sujeté la cabeza y los hombros y a la de tres levantamos el cuerpo mientras Margaret tiraba de la bolsa para sacarla de debajo. Volvimos a colocar el cuerpo sobre la mesa y mi madre empezó a retirar las toallas.

—Cierra los ojos.

Obedecí y esperé pacientemente mientras guardaba las toallas del transporte en un contenedor para residuos de riesgo biológico y le colocaba unas nuevas sobre el pecho y las caderas. Mantuve los ojos cerrados hasta que dijo:

—Listos.

El pecho del cadáver tenía un corte en forma de Y: dos incisiones desde el hombro al esternón y otra más larga desde allí hasta el pubis. Habían cosido la parte superior, pero la inferior seguía abierta y de dentro sobresalía una bolsa naranja. Margaret abrió el abdomen con cuidado y extrajo la pesada bolsa, que dejó sobre un carro de metal y luego llevó hasta el mostrador lateral donde estaba el trocar. Mi madre me acababa de dar un trapo caliente y un bote de desinfectante, y nos pusimos a limpiar el cadáver por fuera.

Embalsamar era una actividad que normalmente me relajaba, pero en aquel caso había pequeños detalles que no dejaban de llamarme la atención y me impedían estar tranquilo. Primero las muñecas, que ya no estaban rojas porque quedaba muy poca sangre en los tejidos; de todos modos, la piel estaba claramente desgastada y hecha jirones. Llevaban atadas mucho tiempo, con una ligadura bastante apretada; había partes de la piel que

habían desaparecido por completo para dejar al descubierto el músculo. Imaginé el cuerpo con vida: una mujer vivita y coleando que intentaba liberarse con total desesperación. Se retorció y giraba y se resistía al dolor de las cuerdas que le rascaban y arrancaban la piel. Imposible escapar.

Rememoré el lago, tranquilo y desierto, para alejar las imágenes de aquella lucha. «Solamente estoy limpiando, ni más ni menos. Ahora voy a poner un poco más de producto aquí y voy a frotar suavemente. Todo está tranquilo, no pasa nada».

La mayor parte de la piel estaba lisa, pero aquí y allá tenía marcas de cortes, costras y ampollas. Con el cuerpo ya limpio, se observaban muchas más máculas de las que había visto en el lago; éstas salpicaban el cuerpo como confeti, horripilantes y hechas al azar. ¿Qué podía haberlas causado? Era obvio que las ampollas eran quemaduras: zonas donde la piel había formado burbujas y se había hinchado como si fuera un perrito caliente en el grill. Toqué una suavemente, palpé los bultos y depresiones. El centro de la ampolla era rugoso, como una especie de callo; como si hubiera recibido más calor que el resto. Alguien la había tocado con algo, le había causado quemaduras de forma intencionada una y otra vez, en diferentes lugares del cuerpo.

Alguien la había torturado.

Los cortes y rasguños que antes me habían parecido tan extraños adquirieron sentido: no se había arañado corriendo por el bosque ni al caer entre la maleza intentando escapar, sino que la habían apuñalado y cortado deliberadamente un montón de veces. Por las costras que cubrían algunas de las heridas, quedaba claro que llevaba ocurriendo desde hacía bastante tiempo, así que busqué con más atención para ver si encontraba cicatrices. Encontré varias, blancas y finas, repartidas por toda la piel. ¿Cómo se habían producido aquellas laceraciones tan pequeñas? Con una cuchilla el tajo sería más largo, a menos que se utilizase con mucha destreza; sin embargo, estas heridas eran diminutas, prácticamente punzadas. Dejé el bote de desinfectante y examiné una de las más recientes con mucha atención, separando los extremos con los dedos. No era profunda. Miré otra, un agujero minúsculo en el muslo, pero esta vez era profunda, larga y estrecha, como el que hace un clavo. De pronto me vino a la cabeza la imagen del sueño y los gritos de una mujer, e imaginé qué utilizaría yo para causar aquel tipo de heridas: un clavo por aquí, un destornillador por allá, unas tijeras en algún otro sitio. Aquello parecía caótico, aunque también había un patrón: una mente que guiaba el procedimiento y probaba diferentes herramientas para ver el resultado de cada una, qué reacción provocaban. Un clavo en el muslo, ¿causaba el mismo chillido que uno en el hombro? ¿Y un clavo en el abdomen?, ¿cuál temía más la víctima la segunda vez que lo hacías: una herida que atravesara músculos, órganos o huesos?

—¿John?

Levanté la vista. Mi madre me estaba mirando.

—¿Eh?

—¿Estás bien?

Se me hacía difícil leer su expresión con la mascarilla de por medio, pero tenía los ojos apagados y entrecerrados, y la piel de su alrededor estaba arrugada. Estaba preocupada.

—Sí —dije; cogí el desinfectante y me puse a trabajar—. Es que estoy cansado.

—Acabas de despertarte.

—Aún no me he despejado del todo. Estoy un poco grogui, no te preocupes.

—Vale —dijo mi madre y volvió a ocuparse del cabello.

Lo que pasa es que en realidad no estaba bien. Estaba imaginando que hacía todo lo que veía; fantaseaba con infligir las mismas heridas del cadáver. No se trataba de la serena muerte de una señora mayor que había fallecido mientras dormía, sino de una muerte brutal y violenta: una serie de torturas y humillaciones deshumanizadoras. Lejos de apaciguar a Mr. Monster, esto lo excitaba como un tiburón que huele sangre en el agua. Un tigre que huele carne fresca.

En ese momento yo era un asesino detectando una víctima: no el cadáver en sí, sino aquella cosa que lo había dejado sin vida. Era un asesino de asesinos, y si había llegado uno nuevo al pueblo, eso significaba que había llegado la hora de volver a matar.

Dejé el bote de desinfectante con más fuerza de la que pretendía y fui al baño. No podía quedarme allí más tiempo. Me arranqué los guantes, los tiré a la basura, abrí el grifo y di unos buenos sorbos de agua fría con la mano. Tragué, me sequé la boca con la manga e hice una pausa. Un momento después, volví a beber.

No me iba a permitir pensar aquellas cosas. «No soy un asesino —pensé—. El asesino es Mr. Monster y yo soy quien le para los pies». Estaba asustado.

Y sin embargo tenía que volver a la sala. Debía averiguar todo lo que pudiera sobre el cadáver, porque así sabría más sobre la persona que le había quitado la vida. Pero ¿por qué necesitaba averiguarlo? Recordé las palabras de Forman: «No eres policía ni investigador». En realidad no necesitaba estudiar el cuerpo; podía pasar de él.

Volví a la sala de embalsamamiento sin pensar, como si mis pies se movieran por su cuenta. Me di media vuelta para volver a salir, pero en lugar de eso saqué otro par de guantes de la caja que había sobre el mostrador.

—¿Todo bien? —preguntó mi madre.

—Todo bien —respondí.

Regresé junto a la mesa, cogí el trapo y lo utilicé como excusa para fijarme mejor en los cortes de los brazos.

—La parte de arriba ya está —dijo mi madre—. Ayúdame a incorporarla para que podamos hacer la espalda.

Yo la tomé por un hombro, mi madre del otro y estiramos; el rígor mortis ya había

desaparecido y el cuerpo se movió sin dificultad.

—Ostras.

Mi madre se quedó inmóvil. El cuerpo no estaba incorporado del todo pero era ligero y estaba vacío, y sujetarlo así era fácil. Me fijé en la mano de mi madre y vi que estaba presionando la piel de la espalda, la cual se movía de manera extraña.

—Tiene gas.

Margaret se volvió hacia mi madre y la miró con preocupación.

—¿En serio?

—Míralo —dijo mi madre y volvió a mover la mano.

Miré más de cerca y lo vi: la piel se movía con libertad por encima del músculo, como si no estuvieran unidos. Mal asunto.

—Le resbala la piel —dijo mi madre—. Los desinfectantes de la autopsia habrán escondido el olor.

Se acercó a la espalda, la olió, se apartó la mascarilla y volvió a inspirar. Se apartó rápidamente, asqueada.

—Qué horror. Vuelve a tumbarla, John.

Colocamos el cadáver con la cabeza a mil por hora. La infección que causa el gas en los tejidos es la peor pesadilla de un embalsamador: una bacteria muy infecciosa que se desarrolla en los tejidos muertos y suelta un gas nocivo dentro del cuerpo. Normalmente el olor es la manera más fácil de identificarla, pero a veces, como en este caso, queda tapado por los productos químicos y la única forma de identificarlo es la piel resbaladiza que mi madre había encontrado en la espalda, donde las burbujas de gas habían separado la piel del músculo. El gas sólo ya era malo, porque el hedor pronto se haría tan fétido que sería imposible de disimular y eso no nos haría quedar muy bien cuando se celebrara el velatorio. Pero incluso peor que el gas era la bacteria que provocaba la infección: una vez entraba en contacto con tu espacio de trabajo, cabía la posibilidad de que ya no pudieses deshacerte de ella. Si no actuábamos con extrema rapidez, todos los cuerpos que embalsamásemos en un futuro iban a contraer la bacteria de las herramientas y de la mesa. Podía ser el fin del negocio.

—No os mováis. Pensad —dijo mi madre—. ¿Qué hemos tocado?

—Guantes de látex —dijo Margaret—. Un bisturí para abrir la bolsa de residuos de riesgo; el trocar.

—¿Sólo uno? —preguntó mi madre.

—Ya estaba conectado al tubo de aspiración. Ni siquiera he abierto el cajón donde están el resto.

—Yo he tocado el bote de desinfectante, tres trapos, el peine y el champú —dijo mi

madre—. John ha tocado un bote y un trapo.

—Y el pomo de la puerta —dije—. Y el de la puerta del baño.

—¿Antes de quitarte los guantes?

—Sí.

—John... —dijo, irritada—. Bueno, ¿algo más?

—El carro —continuó Margaret—. También deberíamos desinfectar los mostradores, por si acaso.

—Y la mesa, obviamente —dijo mi madre—. Vamos a designar una zona de infección junto a Margaret; allí pondremos todas las herramientas que hayamos utilizado. El resto las mantendremos limpias y cuando acabemos de embalsamar limpiaremos la sala hasta que brille como una patena.

—Y hay que llamar a la policía —dije.

Mi madre y Margaret me miraron sorprendidas.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Podría ser relevante para la investigación.

—¿No crees que ya lo deben de saber? Han estado estudiando el cuerpo durante cuatro días.

—¿Lo ponía en el informe? —repliqué.

Mi madre pensó y miró a Margaret.

—Tiene razón. Si Ron lo hubiese sabido nos lo habría dicho. Es posible que las bacterias no se hubiesen desarrollado aún.

—Además tendrá que desinfectar todo su laboratorio —dijo Margaret—. No servirá de nada tenerlo todo limpio si todos los restos que nos envía están infectados. —Miró hacia arriba en un gesto de incredulidad—. Estoy por ir a limpiárselo yo misma; no me fío de que Ron vaya a hacerlo bien.

Mi madre se quitó los guantes, los tiró a la basura y se lavó las manos con agua caliente y jabón. Cerró el grifo, se quedó un momento pensando, lo volvió a abrir y lavó también los grifos y el dispensador de jabón. Cuando le pareció que todo estaba limpio me hizo una señal para que abriese la puerta para no tener que tocar nada más y salió a la oficina a hacer una llamada.

—Muy bien pensado, John —dijo Margaret—. Si no saben lo del gas, puede que una de las heridas sea mucho más antigua de lo que creen. Esto se te da muy bien.

Se volvió hacia el montón de órganos y yo me ocupé del cuerpo. El gas que se podía formar en los tejidos era típico sobre todo de las escaras, de las más grandes y desagradables que les salían a los pacientes de los hospitales o a la gente muy mayor que

no se movía de la cama durante semanas o meses. Otra posible fuente de la bacteria era la gangrena y normalmente aparecía en el mismo tipo de casos. Era posible que el cadáver hubiese desarrollado el gas al haber estado metido en algún sitio durante meses sin posibilidad de moverse, pero no había nada que hiciera pensar que eso fuese posible; además, todas esas causas le habrían provocado también enormes heridas externas. Sin embargo, la mayoría de ellas eran pequeñas, y cualquier señal clara de infección la habían limpiado durante la autopsia.

Había otra manera de coger las bacterias adecuadas sin necesidad de una gran herida. Coloqué las manos debajo de los hombros y levanté el cuerpo; sentí la piel deslizarse libremente bajo la presión de los dedos. Tenía la espalda cubierta de cortes, pinchazos y quemaduras, igual que el resto del cuerpo; pero algunas, tal y como ya había visto antes, eran más grandes. Menos uniformes. El forense había limpiado el cadáver tan bien que no había infección visible aunque, si sabías lo que buscabas, la forma de las laceraciones era suficiente: una serie de lesiones similares al resto, pero de forma irregular y distorsionada, como si se hubieran estirado y deformado. Como una escara, pero más pequeña. Únicamente había un puñado de razones para que le ocurriese eso a una lesión normal y sólo una podía provocar el gas. De algún modo, ya fuera por accidente o deliberadamente, aquellas heridas habían sido infectadas con desechos humanos.

Las observé más atentamente. Puede que hubiese estado retenida durante días en una celda donde no había retrete o quizá el atacante le había introducido las heces manualmente en las heridas. En cualquier caso, aquella deshumanización tan cruel y devastadora me golpeó en la cara como un jarro de agua helada y me sumió de nuevo en el estado de pesadilla lúcida en el que me encontraba desde que habíamos empezado a trabajar con aquel cadáver.

Estaba en la sala de embalsamamiento pero también en algún sótano; estaba con Janella Willis el cadáver, pero también con Janella Willis la víctima que lloraba y chillaba, no sólo una vez sino una decena, cien veces, todas al mismo tiempo, diferentes realidades que se entrelazaban mientras aullaban alrededor de mí. Yo la apuñalaba, la quemaba, le rompía los huesos. A veces me reía y otras profería juramentos llenos de rabia; en algunas ocasiones me limitaba a estar allí, vacío de expresión y sentimiento. Parte de mi mente disfrutaba de la emoción, mientras otra procuraba analizar las posibilidades; intenté acallar a ambas, desesperado como estaba por pensar en cualquier otra cosa, pero era demasiado. Así que me centré en la parte analítica e intenté convertir aquello en algo útil con la esperanza de averiguar o descubrir alguna cosa mientras revivía la situación en mi cabeza. De pronto me vi reproduciendo las mismas situaciones con Brooke, emocionado y asqueado al mismo tiempo por cada uno de los gritos.

«¡No!». Me negué a caer en aquel pozo. Tenía los ojos abiertos pero oscuros sueños me nublaban la vista y se fusionaban con la realidad que me rodeaba. La mujer sobre la mesa era Brooke y tenía el abdomen abierto. «¡No! ¡Brooke, no!». Intenté de nuevo deshacerme de aquellos pensamientos pero seguía siendo demasiado débil para ello; lo máximo que podía hacer era darles la vuelta, convertirlos en algo menos intenso.

Marci.

Marci era físicamente hermosa, aunque para mí no significaba nada. Pensar en ella me resultaba más fácil de soportar. Fantasear con Brooke me parecía mal, era como una traición directa, pero con Marci... nada me unía a ella. No había traición posible. Me aferré a esa idea —la forma de Marci y su color, su pelo marrón oscuro— y apareció sobre la mesa. Ya respiraba mejor.

Habiendo recobrado parte del control de mi mente, me di cuenta de que estaba agarrándome a la mesa, sujetándome en ella. Necesitaba salir de allí. La puerta se abrió y entró mi madre suspirando; apoyé la otra mano en la mesa y di un paso hacia la puerta.

«Puedo hacerlo —pensé—. Voy a salir de una situación negativa. Apenas puedo controlar mis propios pensamientos, pero aún sigo al mando de mis acciones». Mi madre le dijo algo a Margaret, alguna cosa sobre Ron y el teléfono. No les hice caso. Tenía que salir de allí.

Un paso más. Estaba a punto de conseguirlo.

Y entonces se abrió la puerta otra vez y allí estaba Lauren, con la cara amoratada y los ojos hinchados del golpe y llenos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —chilló mi madre.

Lauren lloriqueaba como un gatito perdido en mitad de un gran bosque salvaje y mortífero. Sus palabras eran un amasijo desgarrador de terror y confusión:

—Me ha pegado.

Entonces el mundo se hizo añicos y Mr. Monster rugió tan fuerte que mi madre y Margaret y Lauren lo escucharon. Me miraron anonadadas y salí corriendo de allí.

«¡Muerte! ¡Muerte!».

La confusión se convirtió en furia y esa necesidad tan enraizada de matar explotó y dio lugar a un torrente de emoción al rojo vivo. «No pienso esperar más: ¡tiene que ser ahora!».

Me tambaleé por los pasillos hasta que conseguí encontrar la salida y respiré aire fresco como si me estuviera ahogando.

«¡Mátalo! ¡Hazle chillar!».

«¡NO!».

Todavía era muy pronto, pero el sol ya estaba saliendo y el pueblo estaba inmerso en una penumbra fantasmagórica. Me detuve para recuperar el equilibrio apoyándome contra la pared, fui hacia el coche y puse el motor en marcha. Tenía que hacer algo. Hice rechinar las ruedas al salir y en mi cabeza Curt respondió con un alarido de terror. En la esquina me obligué a girar en dirección contraria a su casa; estaba conduciendo de modo salvaje y errático, como si mis propias manos lucharan contra mí.

«¡No mataré!».

«Entonces, ¿qué?».

Pisé el acelerador hasta el fondo y dejé que la emoción puramente animal de la velocidad despejara la neblina de mi cabeza. Cuando ésta desapareció, frené y contesté a mi pregunta.

«Fuego».

Sentía que la necesidad hervía en mi interior, un nudo de tensión rabiosa que se agitaba y retorció como si estuviera vivo. El fuego lo podía calmar. El fuego.

Conduje como un loco hacia el viejo almacén y derrapé en la grava de fuera. Salí del coche, di un portazo y cuando el vehículo se bamboleó, disfruté de la fuerza del impacto. Allí no había nadie más, así que me dirigí al interior a toda prisa para buscar combustible. No tenía el bidón de gasolina pero en el suelo estaban aún las latas de pintura con base de alcohol. Cogí una y tiré el contenido sobre el colchón y el montón de maderos que había construido la vez anterior. Cogí otra y la derramé entera; rebotó contra la pared y cayó al suelo con un ruido sordo, y el líquido inflamable salpicó todo el almacén. Pateé un barril con la intención de tumbarlo pero se quedó en pie, así que le di otra patada y otra y otra, y mientras se me resistía y resistía noté un subidón de adrenalina hasta que por fin cedió y cayó.

Entonces pensé en Curt pegándole a Lauren y chillé de nuevo. El grito resonó alocadamente por todo el almacén, inarticulado e inhumano.

Me hurgué el bolsillo buscando una carterita de cerillas —un pirómano siempre las lleva encima— y saqué una con las manos temblorosas. Doblé la tapa de la carterita hacia atrás y raspé el fósforo contra la lija y el cartón con violencia. El fósforo chispeó con vida, la cerilla se encendió y con ella la carterita entera. Me estremecí al verla llamear, se me aceleró la respiración y dejé caer la bola de fuego sobre el colchón empapado en combustible. El fuego se extendió al instante como una onda expansiva, con una llamarada de luz inicial que se debilitó a medida que el combustible inicial se consumía. El colchón no tardó en prender y ya no sólo quemaba la pintura. Me acerqué: era hermoso.

El fuego se extendió a otras cosas: los palés donde lo había colocado, los tablones que había cerca, la pintura que había caído al suelo. Miré cómo se movía de un objeto a otro, a veces corriendo, a veces saltando pero siempre avanzando y soltando carcajadas de dicha. ¿Estaba el gato allí dentro? No me importaba. Por mí como si se calcinaba. Me quedé hasta que ni siquiera yo estaba completamente seguro, regodeándome en la liberación. ¡Eso era lo que necesitaba! ¡Eso era poder! Con el fuego obedeciendo mis órdenes, yo era prácticamente un dios.

Retrocedí lentamente, mirando las llamas bailar al otro lado de las ventanas. Cuando estaba en el quicio de la puerta un movimiento brusco me llamó la atención y vi al gato blanco saliendo de su escondite rápido como un rayo y dirigirse hacia la puerta. Calculé bien y di un puntapié hacia el marco de la puerta justo cuando pasaba; lo escuché bufar y maullar cuando la patada lo empotró contra la pared. Lo cogí por la cola y tiré de él con

furia; lo estrellé contra la pared. Chilló de nuevo, desesperado, y lo hice girar sobre mi cabeza para golpearlo contra la pared al otro lado de la puerta. El crujido fue escalofriante.

—¿Es esto lo que querías? —gritaba yo—. ¿Es esto lo que querías?

Retrocedí y lo lancé hacia delante, hacia las radiantes llamas de color naranja. Describió un arco en el aire y cayó con un ruido horrible sobre un montón de maderos. Lo escuché maullar una vez más, débil y desdichado, y entonces no pude soportar más el calor y me alejé del edificio.

## 12

—Ya has visto lo que le ha hecho, ¿estás segura de que no puedes hacer nada?

Habían pasado dos días desde que Curt había pegado a Lauren, pero ella se negaba a denunciarlo y la ley no podía hacer nada. El primer día mi madre lo había pasado chillando —más que nada por teléfono, pero a todos nos tocó en algún momento ser el objetivo de sus gritos— y después estaba demasiado agotada. Continuó haciendo llamadas y suplicando para que alguien interviniese y salvara a su hija, aunque las protestas eran débiles y fatalistas: todos los que podían haber ayudado ya le habían dicho que no.

—Sí, señora, comprendo cómo funciona la ley. Demandé a mi marido con ella, así que la conozco muy... —Pausa—. No, no estaban casados. ¿Qué tiene eso que ver? ¿El asalto ya no es un crimen a menos que estén casados?

Pasé todo ese tiempo escondido en mi habitación; estaba desesperado por salir de casa, pero tenía miedo de que me arrestaran. El almacén se había calcinado por completo y, de algún modo, el fuego se había extendido a los árboles que lo rodeaban; los bomberos tardaron todo el día y parte de la noche en apagarlo. Naturalmente, abandoné el escenario antes de que llegara nadie, pero desde el principio sospecharon de que había sido intencionado. Estaba más seguro en casa.

Más que el fuego, lo que me tenía asustado era el gato. Lo había matado; nunca había hecho nada semejante y eso me aterraba. Durante el último año había desobedecido varias de mis normas, aunque siempre había sido por un motivo concreto: decidí racionalmente que debía vigilar al señor Crowley con el fin de encontrar la manera de impedirle que siguiera matando. El ataque a su esposa formaba parte de un plan cuidadosamente urdido y era la única manera de atraparlo. Y finalmente lo maté porque era el único modo de salvar el pueblo. Todas las anteriores eran decisiones delicadas y dolorosas que yo había sopesado detenidamente antes de dar el paso e infringir la norma. Pero el gato... lo del gato fue diferente. Fue un impulso, una necesidad emocional, una decisión tomada en caliente de la que prácticamente no fui consciente hasta haberla ejecutado. En todas las decisiones anteriores fui yo quien eligió ceder aquel poder a Mr. Monster, sin embargo, aquel día en el almacén, me lo había arrebatado.

Y si lo había hecho una vez, podría volver a conseguirlo. Me aterraba pensar en cuándo y dónde podía volver a ocurrir y qué podía hacer yo para impedirselo.

—Por favor... Atacó a mi hija. Un ciudadano de su comunidad le dio una brutal paliza y sigue libre, ahí fuera. No, no estoy siendo poco razonable. Por favor, ¿sería tan amable de ponerme con su superior?

Me senté en el suelo de la habitación con la puerta cerrada con llave y el cuerpo encajado en el espacio que había entre la cama y la pared. Me había tapado la cabeza con una almohada pero aún así podía oír los gritos.

—Hola, ¿agente Forman? Soy April Cle... —Pausa—. Sí, lo sé y siento tener que llamarle otra vez, pero... —Pausa—. Es que ya he hablado con ellos y no pueden hacer nada. —Pausa—. No, con ella también he hablado. —Pausa—. Pero debe de haber algo que usted pueda...

«En el almacén había muchos bichos —pensé—. Seguramente los maté todos. No sé si eso es infringir las normas. Seguro que en toda mi vida he matado un montón; no me jodas, siempre hay un montón muertos en el parabrisas. ¿Qué pasa, tengo que sentirme culpable también por todos éstos? —Le di vueltas a la idea, la examiné—. Lo de los bichos seguramente no cuenta, porque no sienten nada, les da igual lo que les hagas y tampoco le importa a nadie. Así que, ¿por qué no hacerlo? Además, en realidad, casi están para eso; no sirven para nada más. Debería salir afuera y atrapar uno, solamente uno. Ni siquiera para matarlo, sólo para arrancarle un ala o una pata. Algo pequeño. Nadie se va a dar cuenta».

—Hola, ¿es el servicio telefónico contra el maltrato? Me llamo April y vivo en Clayton... —Pausa—. Sí, en el condado de Clayton. —Pausa—. Ya sé que no tienen oficina aquí; estoy haciendo una llamada de larga distancia para hablar con ustedes... —Pausa—. Ya he hablado con la policía y ellos no... Sí, espero.

Me puse en pie para salir de casa. Sólo necesitaba un bicho: uno diminuto, como una mariquita. Normalmente había un montón de hormigas junto a una de las grietas de la acera y podía salir a aplastar un buen puñado con una sola pisada, pero eso no me serviría de nada. Un pisotón rápido no me iba a satisfacer. Quería un bicho con el que pasar un buen rato y ver qué pasaba cada vez que le arrancaba una pata; quería que supiese que era yo quien le estaba haciendo daño, que la razón de sus males era una mente resuelta y no un simple cambio de tiempo. Abrí la puerta y caminé por el pasillo con la esperanza de que mi madre no me impidiera salir.

Estaba a tan sólo tres pasos de la puerta de la calle cuando alguien llamó.

Mi madre levantó la mirada del listín telefónico con los ojos rojos, demacrada. Se quedó mirando la puerta con expresión vacía y perpleja, como si no estuviera segura de qué era aquello. Volvieron a llamar.

—Mira a ver quién es, ¿no? —espetó.

Abrí la puerta y me dio un vuelco al corazón: era Lauren, que tenía el ojo morado y la cara surcada de lágrimas secas. Me miró con una media sonrisa y me tocó justo donde Rob Anders me había dado el puñetazo.

—Parecemos gemelos —dijo en voz baja.

Puso sus dedos en mi pómulo, justo debajo de la costra que se había formado donde el puñetazo me había abierto una pequeña brecha.

—Por favor, dime que has recapacitado —dijo mi madre mientras se levantaba—. Puedes quedarte aquí si necesitas...

—No, mamá. He venido a decirte que lo dejes estar. He intentado llamarte pero no consigo hablar contigo porque no hay manera de que cuelgues. ¡Deja de llamar a la policía!

—¡Pero tienes que denunciarlo!

—No, no tengo que hacerlo. Escucha, cuando vine el otro día estaba asustada y lo hice sin pensar; ahora veo las cosas más claras. Sé que no lo comprendes...

—¿Crees que no lo entiendo? —preguntó mi madre y dio un paso adelante—. ¡Sabes por lo que he pasado! ¡Sabes lo que me hizo tu padre!

—¡Deja de meter a papá en este asunto! —gritó Lauren—. No tiene nada que ver con él, porque Curt no es papá y yo no soy tú. Curt me quiere de verdad; lo hemos hablado, y sabemos que no volverá a ocurrir y...

—¡No seas tan tonta, Lauren! —chilló mi madre—. ¿Cómo es posible que...?

—Madre, no he venido a que me griten.

—No, ya tienes alguien en casa que se encarga de eso.

Me di media vuelta para regresar a mi cuarto, pero mi madre me cogió del brazo.

—No te vayas —me dijo—. Esto también es asunto tuyo. Dile que debe llamar a la policía.

—No metas a John en esto —replicó Lauren.

—¡Díselo!

No sabía qué decir, así que la miré con impotencia e intenté pensar cosas buenas: el lago Friqui en invierno, tranquilo y solitario; nuestra calle de noche, cuando nada se mueve; un cadáver sobre la mesa de embalsamamiento, totalmente inmóvil y en silencio.

—No puedes vivir así —le dijo mi madre y después me miró—. Dile que no puede vivir así.

—No quiero meterme en este asunto —murmuré.

—¿Que no te quieres meter? —gritó—. Todo lo que haces es sobrereaccionar a los problemas, ¿y ahora no reaccionas de ninguna manera?

—No quiero meterme —repetí.

—¡Ya estás metido en este asunto! ¿Es que soy la única persona que no se ha vuelto

loca? ¿Es que soy la única en todo el mundo que cree que el hecho de que le hayan dado una paliza a mi hija es un hecho importante, que merece la pena luchar por ello? O sea, Lauren, cariño... ¿es que no te quieres ni un poquito?

—No sé por qué he venido —dijo Lauren y se dio media vuelta para marcharse—. Es como hablar con el muro de piedra más hostil del mundo.

—Has venido porque sabes que te puedo ayudar —dijo mi madre con tono severo mientras la seguía hacia las escaleras—. Yo he pasado por esto y sé lo que sientes.

—Que tú echaras a perder tu relación no significa que puedas hacer lo mismo con la mía —replicó Lauren con voz distante.

Estaba en medio de las escaleras.

Mi madre se rio; era la risa seca y amarga que quería ser un grito y un llanto pero se conformaba con ser algo intermedio.

—¿Crees que la relación la estropeé yo? ¿Crees que los ojos morados, el tobillo roto y el divorcio eran todos por culpa mía? —Su voz sonaba cada vez más ronca y desesperada—. ¿Crees que te ha puesto el ojo morado por tu culpa? ¿Es eso lo que pasa?

Se abrió la puerta de abajo pero en lugar de las pisadas indignadas de Lauren lo que se oyó fue la voz de Brooke.

—Hola —saludó alegremente—. Lauren, ¿verdad?

—Sí —respondió ella con lentitud. Al parecer no reconocía a Brooke—. ¿Has venido a ver a John?

—Hola, Brooke —dijo mi madre desde arriba mientras se apresuraba en secarse los ojos—. Sube, guapa.

—No quiero interrumpir...

—No, no pasa nada —dijo mi madre y señaló el salón—. No te preocupes. Pasa.

—Vaya, ¿qué te ha pasado en el ojo? —preguntó Brooke.

—John tiene otro igual —dijo esquivando la pregunta—. Son una herencia familiar.

Mi madre la fulminó con la mirada.

—Espero que estés bien.

—Ya me iba —dijo Lauren, y me gritó—: ¡Adiós, John!

Me quedé callado un momento y después grité: «¡Adiós, Lauren!» cuando oí las bisagras de la puerta. Oí el crujido de pasos por las escaleras y mi madre se hizo a un lado para dejar pasar a Brooke. Iba vestida como de costumbre, con colores muy vivos y veraniegos, mientras que yo me sentía tan arrugado como el pijama negro que llevaba puesto. Ni siquiera me había tomado la molestia de vestirme.

—Hola, John —dijo y se le iluminó la mirada. Se echó a reír—. Vaya, ya me gustaría

seguir en pijama.

—Ya —contesté.

Detrás de ella, mi madre miraba las escaleras ceñuda; obviamente, lo que quería era perseguir a Lauren y continuar la pelea.

—¡No! —dijo Brooke sintiéndose repentinamente avergonzada—. No quería... no me estoy burlando de ti. Jolines. —Apretó los ojos. Hubo una pausa extraña y después sonrió de nuevo—. Menuda noche la del otro día, ¿no? Demencial.

—Sí —respondí.

Fuera, la puerta del coche de Lauren se cerró de golpe y un instante más tarde el motor se puso en marcha.

—Bueno, eso —dijo Brooke—, que... Bueno, es una tontería, pero... te he escrito un poema.

La miré fijamente.

—¿Sí?

—Ya sé que es una horterada, pero ha sido idea de mi madre. Quiero decir que lo del poema fue idea de mi madre, pero el tema fue idea mía. No pienses que... —Levantó la mirada, avergonzada, y después sonrió alegremente—. Qué manera de estropear el momento, ¿no?

Detrás de ella, mi madre lloraba en silencio.

Esperé un momento.

—Entonces, ¿me lo has traído?

—¡Oh, sí! Lo siento, estoy un poco nerviosa. Sí, toma. —Me dio un pedazo de papel—. Es corto, tampoco te emociones pensando que es un soneto o algo así porque no es más que... Bueno, allá va.

Sonrió de nuevo y me miró sin moverse.

—Te lo iba a recitar —siguió—, pero después tendría que arrastrarme a un agujero a morirme de la vergüenza, así que tú mismo. Lo siento.

Miré el papel. Eran cuatro líneas escritas con letra curva y ligeramente recargada, señal de que lo había escrito en otra hoja y que después había copiado el producto final para que quedara más bonito.

*Fuimos a la hoguera una noche oscura y tormentosa.*

*Pensamos que sería divertido y al final fue otra cosa.*

*Todavía quiero salir contigo, así que volvamos a probar.*

*Recógeme mañana por la tarde y saldremos a cenar.*

Quería volver a quedar conmigo. Después de todo lo que había pasado, después de todas las cosas horribles que yo había hecho durante la semana, ella quería una cita. Y yo no sabía si debía fiarme de mí mismo.

—Ya sé que es un poema muy tonto —dijo con la mirada gacha—. Pero creo que podría ser divertido, ya que no pudimos acabar nuestra última cita... Quiero decir que casi ni la empezamos y bueno...

Ya no tenía suficiente con la funeraria para liberarme de la presión que sentía y para colmo lo del fuego no había funcionado. En cualquier caso, ahora estaba todavía más nervioso. Quizá Brooke fuese la mejor manera de olvidarme de todo y sentirme normal.

Frunció la boca y se sonrojó. De pronto me di cuenta de que yo aún no había dicho ni palabra.

—Sí —respondí rápido—, me parece genial. —Se le iluminó la cara inmediatamente—. ¿Qué te parece mañana por la tarde?

—Vale. ¿Sobre las cinco?

—Vale. —Hice una pequeña pausa—. ¿Qué quieres hacer?

—De eso me ocupo yo. Tú encárgate de venir y de traer el coche.

Se echó a reír.

—De acuerdo. Te recogeré a las cinco.

—Muy bien. ¡Genial!

Se dio media vuelta, sonrió a mi madre y entonces me dijo adiós con la mano y trotó felizmente escaleras abajo.

—¡Hasta mañana!

—Es curioso que —dijo mi madre mientras entraba en casa y cerraba la puerta— el único miembro de esta familia que tiene una relación normal sea un sociópata.

Se rio fríamente y se sentó en el sofá.

En algún recodo de mi mente, una vocecita me decía que aquello no era buena idea.

«Qué raro —pensé—. Normalmente la voz me dice que vaya detrás de Brooke y yo le digo que la deje en paz. Hum».

## 13

En el bosque de detrás de casa hice un montoncito de grillos —pequeños y negros, batían las alas salvajemente— y junto a ellos otro montoncito de diminutas patas de grillo que parecían finas virutas de plástico. Despojados de ellas, los grillos se revolvían inútilmente, retorciendo el abdomen como si fueran deditos cortos y gruesos, sacudiendo las alas contra el aire, la tierra y la gravedad. Al parecer no podían despegar: necesitaban las patas para saltar y echarse a volar. Era un espectáculo fascinante.

Creía que a lo mejor los muñones iban a sangrar; sangrar o sacar el líquido que sea que tengan los grillos. Sin embargo, las articulaciones se separaban sin más como los pétalos de una flor; eran partes enteras, pero separadas. Sin heridas.

Enterré aquel montón movedizo y me sacudí la tierra de las manos. Tenía que prepararme para la tarde.

Brooke se encontraba totalmente a salvo conmigo y lo estaba por unos cuantos motivos. En primer lugar estaban mis normas, que me impedían hacer cualquier cosa que no debía. Ya llevaba días siguiéndolas sin fallar ni una vez. El segundo motivo, que guardaba relación con el primero, era el simple hecho de que mi madre había estado todo el día fuera de casa. Había ido a casa de Margaret y después a la de Lauren para convencerla de que hiciese una denuncia por violencia doméstica. Yo las había apartado a todas de mis pensamientos y había ocupado mi cabeza con pensamientos agradables y mantras tranquilizadores: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21. Estaba en paz. Brooke no tenía nada que temer de una mente tranquila.

Por supuesto, la tercera razón eran los grillos; cualquier propensión hacia la violencia o conductas peligrosas que yo pudiera tener ya había sido satisfecha y había quedado enterrada con ellos. Mr. Monster estaba contento, yo también, el mundo era feliz.

Me detuve entre los árboles, detrás de casa. La vivienda de Brooke estaba un poquito más allá, hacia la izquierda, y desde aquel lugar podía ver el tejado. Durante el invierno pasé muchas horas allí, encaramado a un árbol detrás de su casa, mirando a Brooke por la ventana. Era peligroso, aunque yo iba con mucha cautela y nadie me vio jamás. Ella siempre dejaba las cortinas sin correr, seguramente porque no esperaba que allí atrás hubiese alguien: nuestra calle estaba en el límite de Clayton y detrás de nuestras respectivas casas no había nada más que dos o tres kilómetros de bosque.

Finalmente dejé de hacerlo, claro; pasar tanto tiempo pensando en ella era peligroso y por eso empecé a evitarla. Sin embargo, las cosas habían cambiado: pasaba más rato con ella y ella quería que aún pasáramos más tiempo juntos. Podía pensar en Brooke sin sentirme culpable y, además, seguía teniendo las normas. Así que no iba a pasar nada.

De todos modos, había al menos una regla que debía cambiar. En la cita anterior me sentí estúpido por no permitirme mirarle la camisa; tampoco es que fuese a echarle un vistazo a los pechos ni nada parecido: solamente quería ver qué llevaba puesto y eso no tenía nada de malo.

Estaba detrás de su casa, a cubierto tras cincuenta o sesenta metros de árboles. Desde allí veía su ventana, aunque fuera había demasiada luz para ver el interior; de todos modos no me había acercado por eso, solamente estaba de paso. No obstante, de haber podido ver su cuarto, habría visto qué llevaba ella y podría vestirme a conjunto. Seguía sin tener ni idea de qué íbamos a hacer: ¿algo elegante?, ¿algo de ensuciarse?, ¿algo intermedio? Cabía la posibilidad de que me pusiera ropa totalmente inadecuada y eso podría estropear la cita.

«No lo hagas».

Alcancé a ver algún tipo de movimiento en una de las ventanas. Quizá podría echar un vistacito; no quería acosarla como antes y mirar un poco tampoco era comparable a eso. Simplemente, resultaba que estaba en los alrededores, y si por casualidad veía lo que ella llevaba puesto, pues no pasaba nada; de hecho, sería algo bueno. Teniendo en cuenta el disgusto que se podía llevar si yo apareciera vestido de forma inadecuada o con una ropa que no casaba en absoluto con la suya, en realidad le debía la deferencia de echar un vistazo. Después de todo, ella me había invitado a salir y lo mínimo que podía hacer era vestir adecuadamente.

Me acerqué sigilosamente, con la mirada danzando entre las dos ventanas traseras. En la cocina había una puerta corredera que daba a una terraza y veía que alguien se movía en el interior. ¿Era Brooke o era su madre? La puerta se abrió repentinamente y me escondí detrás de un árbol al tiempo que una silueta pequeña salía disparada: el hermano pequeño de Brooke, Ethan. ¿Y si me descubría? ¿Cancelaría ella la cita? Me agaché y comencé a alejarme en cuclillas, oculto por los matorrales, cuando de pronto se oyó una voz clara y hermosa que venía de la casa.

Brooke.

Me erguí lentamente girando un poco la cabeza hacia un lado para mirar entre los árboles. Ella estaba en la puerta, llamando a Ethan para que entrase. Llevaba unos vaqueros cortados, como siempre, y una camiseta rosa con flores blancas. Estaba preciosa. Ethan entró corriendo y ella volvió a cerrar la puerta.

¿Lo ves? Ningún problema. Abandonar aquella norma y mirar libremente a Brooke era bueno.

La cita iba a salir a pedir de boca.

De vuelta en casa elegí la ropa —bonita pero informal, como la de Brooke— y después me duché con cuidado y me lavé las manos cinco veces para asegurarme de que el olor a tierra y a grillos había desaparecido.

Me vestí rápidamente y cogí la cartera y las llaves de encima del escritorio. Junto a ellas había una vieja navaja de cuando estuve en los *scouts*; hacía unos días que iba afilándola para pasar el tiempo. Dudé si llevármela o no: seguramente no la iba a necesitar, claro, pero nunca se sabe. ¿Y si la hubiera llevado el día del lago, por ejemplo, cuando encontramos el cadáver entre los juncos? Podría haber cortado las cuerdas. Además, aún no sabía qué había planeado Brooke para la cita y no era descabellado pensar que pudiésemos necesitar algo para apretar un tornillo o desatornillar uno que estuviera demasiado apretado; quizá necesitásemos abrir una botella o hacerle un agujero a una lata. Brooke iba bastante informal y el otro día había dicho que le gustaba mucho pescar en el lago, así que cabía la posibilidad de que aquél fuese nuestro destino y de que hiciese falta desescamar y destripar un pescado.

«No te la lleves».

Tonterías: la navaja estaba bien afilada y era perfecta para deslizarse por la carne de un pez y sacarle toda la espina, y a Brooke le iba a encantar. Me la metí en el bolsillo, le di una palmadita y sonreí. Era hora de ir a buscarla.

Llegué a su casa un poco pronto y llamé a la puerta con los nudillos. Dentro se oyó un grito y el golpeteo de pasos acelerados en la escalera. Cuando Brooke abrió la puerta sonriente, llevaba una camisa diferente: a rayas azules, blancas y negras, irregulares y recortadas. Fruncí el ceño y me eché atrás.

—¡Eh, John!

«¿Por qué se había cambiado?».

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Sonreí con falsedad. Se me ocurrieron mil razones: sabía que la había espiado y se había cambiado a modo de venganza; había adivinado que la estaba espiando y se había cambiado de camisa para evaluar mi grado de sorpresa y averiguar la verdad. El motivo no importaba; era diferente y la sensación que tenía era que no estaba bien. Toda una tarde de escenas imaginadas se desmoronó, falsa y escalofriante, y todo por culpa de aquella camisa nueva que yo no había visto ni esperaba ver.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —preguntó—. Tienes cara de enfermo.

Estaba preocupada por mí, lo que significaba que le importaba y que era estúpido por pasar aquellos apuros. En realidad no era la camisa lo que me incomodaba, sino el cambio: la diferencia tan grande entre mis vívidas fantasías y la pálida y frágil realidad. Y la camisa nueva tampoco era fea; era entallada pero algo ancha y le sentaba bien a la figura sin mostrar demasiado. Tenía que superarlo y ya está.

Sonreí de nuevo y di un paso adelante.

—Estoy bien; la camisa está bien.

—¿La camisa?

Parecía desconcertada. Tuve que improvisar.

—Es que antes me picaba el cuello —dije—, pero ya estoy bien. ¿Lista para salir?

—Sip.

Cogió una mochila de lona que había detrás de la puerta y salió al porche. En lugar de pantalones cortos ahora los llevaba largos; tenía la larga melena rubia suelta y ondulada. Estaba maravillosa y me permití recorrerla con una mirada agradecida mientras ella se echaba la mochila al hombro y cerraba la puerta. Estaba más delgada que Marci y tenía menos curvas y, sin embargo, era más elegante. En mi mente la diferencia entre ambas estaba muy clara: Brooke estaba en otra categoría, mucho más elevada y llena de gracia. La seguí hacia el coche.

—Hoy has tenido suerte —dijo sonriendo—. Mi padre dice que ya te ha interrogado una vez y que la última vez que salimos te portaste bien, así que no le parece necesario volver a hacerlo.

—¿Me porté bien? —pregunté.

—Todo el mundo flipó cuando vio el cadáver y tú fuiste el único valiente que hizo algo al respecto.

—Eso es porque los muertos no dan miedo —dije—. Si lo piensas, el cuerpo de una persona muerta es lo que menos miedo puede dar, ¿no? Me refiero a que no te pueden hacer nada, a menos que seas de los que no se lavan las manos o algo así.

Brooke se rio y se quedó de pie junto a la puerta. Esa vez la abrí con delicadeza; lo tenía previsto y disfruté del tacto prohibido de la manilla. Ella no había subido al coche desde que acabó el curso, pero la puerta seguía pareciéndome especial: llevaba tanto tiempo siendo suya que ya no podía cambiar. Entré por mi lado y saqué las llaves.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Primero lo primero —dijo levantando el dedo como si me estuviera regañando—. Aún no estás vestido.

Me miré la ropa.

—¿No?

Eso era exactamente lo que me había estado preocupando y, a pesar de todos mis esfuerzos, me había equivocado. Ella iba mucho más arreglada que yo, y a su lado debía de parecer un imbécil asqueroso.

—Bueno, supongo que John y Brooke sí están vestidos —dijo con una sonrisa—, pero ya no somos John y Brooke: somos turistas.

¿Qué? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a la exótica ciudad de Clayton —dijo mientras revolvía la mochila, sacaba un puñado de prendas y me ofrecía una chillona camisa hawaiana—. Ponte esto.

Las expectativas que tenía de la tarde se acabaron de desmoronar: pensaba que íbamos a hacer algo como pescar o ir al cine, pero aquello era completamente diferente. Había imaginado la tarde de cabo a rabo una decena de veces, puede que más, y en ninguna salían las cosas así.

Brooke sacaba más ropa de la mochila: otra camisa hawaiana muy vistosa para ella y una gran cámara negra con una correa multicolor. Yo no había tenido muchas citas —de hecho, aquélla era la segunda—, pero nunca había visto chavales vestidos de turistas por el pueblo; seguro que aquello no era lo normal.

—¿Hay algún acento que se te dé bien? —preguntó Brooke.

—Me temo que no.

—Yo sé imitar un acento ruso muy tonto —dijo mientras se ponía un gorro de ala ancha para el sol—, tendremos que conformarnos con eso.

No estaba seguro de qué hacer, pero estar con Brooke, mirarla y hablar con ella me hacía sentir muy bien. Cualquier cosa que tuviese que hacer por estar con ella valdría la pena. Cogí la camisa, la miré y pensé alguna gracia.

—¿Te refieres a que tu acento ruso es una tontería —pregunté— o que tu acento es el de un ruso tonto?

Ostras, tenía que esforzarme mucho más que eso.

—No rías de acento —dijo con un acento muy pronunciado. Sonaba exactamente igual que el villano de una peli de James Bond. Debía de haber practicado mucho—. Eres Boris y yo me llama Natasha. Pon camisa.

Miré cómo se ponía la camisa por encima de la ropa. Estando así con ella, mirando sin restricciones, sentía la misma emoción de lo prohibido que cuando le abrí la puerta. Se sacó la melena de dentro del disfraz, que le quedaba grande, y le volvió a fluir espalda abajo, formando ondas doradas. El efecto visual era extraño y disonante: seguía siendo Brooke, la fantasía inalcanzable; pero al mismo tiempo también era otra persona. Alguien real y, sí, que estaba a mi alcance.

«No desobedezcas las normas».

—¿Sabes? —dije—, a medida que se te conoce, eres bastante rara.

Brooke enarcó una ceja en un gesto melodramático.

—¿No gusta plan?

—¿Qué dices? —dije y me puse la camisa de turista por encima de la que llevaba

puesta. Me dio la vertiginosa sensación de haberme convertido en otra persona, como si hubiera salido de la piel de John Cleaver. Ahora era Boris, y Boris no tenía ninguno de los problemas de John—. Es una idea genial.

—Bien —dijo mientras se ponía un par de gafas de plástico muy horteras—. Folleto dice cosas muy buenas de Clayton. Empezamos por comida típica: Friendly Burger.

—¿Estás segura de que quieres comer en Friendly Burger? —pregunté—. Hay sitios mejores.

—Tú no sabes —respondió seriamente agitando el dedo—. Boris nunca ir a Clayton.

Me recliné y la miré fijamente: se había tomado muy en serio lo del personaje y las ridículas normas de la situación imaginaria. Pues bueno, Brooke no tenía ni idea de que yo era todo un experto en normas ridículas.

—Si no he estado nunca —repliqué—, entonces no sé dónde están los sitios.

Brooke sonrió triunfalmente y sacó un fajo de papeles de la mochila.

—No problema —dijo—. Yo bajo mapas de Internet.

Me reí y encendí el motor, y ella se puso a darme indicaciones. Las seguimos al pie de la letra fingiendo no conocer el pueblo en absoluto y llegamos a Friendly Burger tan sólo un poco más tarde de lo que habríamos llegado cualquier otro día. En cuanto aparcamos, Brooke salió del coche de un salto, agarró a una mujer de la calle y le puso una cámara en las manos.

—Mi amigo y yo estamos visita de fuera —dijo; su acento de villano de Bond sonaba más pronunciado que nunca—. ¿Nos hace foto?

La mujer la miró asustada y asintió sin saber qué hacer. Brooke y yo posamos delante de la señal de Friendly Burger, bastante castigada por los elementos, y la señalamos como idiotas. La mujer nos hizo una foto. Brooke le dio las gracias, recuperó la cámara e hizo lo mismo en el interior con otra gente, de modo que nos hicimos fotos junto al mostrador, con la carta y frente al destartalado tren de juguete que recorría el perímetro de la sala por encima de nuestras cabezas. Miré la facilidad con que iba de una conversación a otra y dejaba a todos y cada uno confusos pero contentos. Al final pidió dos «hamburguesas de queso con fritos de patatas» y nos sentamos a comer. Le di un mordisco a la hamburguesa y mis dientes se hundieron en la carne; sonreí.

—Me gusta este sitio —dijo y mordió una patata—. Es buena comida americana. Nos hace gordos como americanos.

Los músculos de su cuello se movían ligeramente mientras masticaba, arriba, abajo, arriba, abajo, tensándose de forma sensual bajo la piel.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Vamos otros sitios. Lugares que van los turistas si visitan Clayton. El juzgado del condado. El museo de calzado.

—Ohhh, un museo de calzado —dije sonriendo de oreja a oreja.

El museo, básicamente, no era más que la casa de un tipo loco que la había llenado de un sinfín de estanterías de zapatos y otros objetos relacionados con el calzado que había acumulado a lo largo de su vida. Uno de los típicos lugares de la América profunda que sobrevivían a base de su carácter *kitsch*. Era el hazmerreír de los chavales de Clayton, pero en realidad no había más atracciones turísticas en el pueblo, y visitarlo con Brooke podía ser divertido. Me la imaginé sacando fotos ansiosamente de las vitrinas de zapatos y fingiendo asombro por todo lo que veía, y sonreí.

—Somos turistas —dijo inocentemente—. El cartel de carretera dice VISITE MUSEO DEL CALZADO, nosotros visitamos museo del calzado.

—Genial —contesté—. O lo que sea que digamos en Rusia cuando queremos decir que algo es genial. *Sputnik*.

Se echó a reír.

—¿*Sputnik*?

—Significa «genial» en ruso —dije—. En realidad el nombre del satélite fue un error: lo construyeron, lo miraron y dijeron: «*Sputnik!*», y se le quedó el nombre. Para ellos ha sido un motivo de vergüenza desde entonces.

Brooke se echó a reír de nuevo y negó con la cabeza.

—Querrás decir que ha sido motivo de vergüenza para nosotros. —Nosotros somos rusos nativos, ¿sí?— De pronto recuperó el acento. —Es primera vez fuera de madre patria.

Sonreí. Pensar en mí mismo como si fuese otra persona era divertido; era liberador, como si todo lo que arrastraba, todos mis miedos y tensiones, hubiesen desaparecido. No había nada de qué preocuparse.

Nada tenía consecuencias.

Me comí una patata frita y me incliné hacia delante.

—Y entonces, ¿quiénes son Boris y Natasha? —pregunté—. ¿De qué nos conocemos?

—Crecimos en mismo pueblo pequeño fuera de Moscú. Claytongrado.

—Y nos conocemos de toda la vida.

—Casi toda la vida, sí. Somos viejos amigos.

—Debemos de ser muy buenos amigos si hemos ido juntos de viaje. Quiero decir que Boris no se va a América con cualquiera.

Ella esbozó una diminuta sonrisa con la comisura de la boca.

—Natasha tampoco.

Quería tender la mano y acariciarla, sentir su piel bajo mis dedos. Nunca me había

permitido siquiera pensar en tocarla; no obstante, eso no había impedido que soñase, noche tras noche, con su cuerpo tendido sobre la mesa de embalsamar. Yo le lavaba y cepillaba el pelo; le limpiaba esa piel tan pálida y apreciada; le masajeara los músculos rígidos por el rígor mortis hasta que el tacto era flexible y cálido. Tenía también otros sueños, más oscuros, que alejé de mi mente al instante igual que hacía siempre. No iba a pensar en violencia. 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13.

—Creo —dije— que este viaje por América está yendo muy bien. Gracias por invitarme.

—Gracias por venir.

El mundo entero parecía estar enroscado y concentrado alrededor de aquel momento. Quería —necesitaba— tocarle la mano. Antes no me habría atrevido de ningún modo, a causa de las ideas que me traía a la cabeza, pero ése era el problema del viejo John, del John que no tenía permitido mirarla. Para él tocar era algo ilícito, aunque no para Boris. Boris podía mirar. Boris no tenía normas que seguir, no tenía miedo. Tocar una mano no suponía ningún peligro: no era más que una mano, algo en el extremo de un brazo. Su mano tocaba la mesa, el banco, la comida; ¿por qué no podía tocarme a mí? Tendí la mano sin vacilar y la posé sobre la suya. Tenía los dedos suaves y carnosos, igual que en mis sueños. La dejé allí un momento mientras sentía la textura de su piel, las líneas de los nudillos, los afilados granos de sal de las patatas. Ella me apretó la mano, temblando, emocionada, viva.

Sonrió.

—*Sputnik*.

Nos miramos el uno al otro. Miramos el uno dentro del otro y sentimos un zumbido a través de los dedos que hizo que el mundo pareciese más reluciente: colores más intensos, bordes más nítidos, sonidos abundantes y resonantes. Comimos con una sola mano, sonriendo como idiotas, sin reconocer abiertamente que nos habíamos dado la mano, pero sin atrevernos a soltarnos. Teníamos una conexión vibrante, cargada y...

Faltaba algo.

Intenté deshacerme de la idea, pero en cuanto mi cabeza fue consciente de aquella sensación, fue imposible ignorarla. Por muy maravilloso que fuese todo aquello, había algo... que faltaba. Algo que debería haber estado allí pero no estaba, como un agujero negro en un precioso puzle. ¿Eran otra vez mis expectativas, furiosas porque no se habían cumplido totalmente? No. Me había imaginado aquel momento, o uno como aquél, cien veces, puede que miles, y no faltaba nada. Estaba emocionado, me sentía con pleno control de mí mismo y de la situación; Brooke era hermosa y estaba tan interesada en mí como yo en ella. ¿Qué podía faltar?

Pero faltaba algo y el no saberlo me estaba carcomiendo por dentro.

Miré por toda la sala buscando el posible problema.

No conocía a nadie; no había nadie riéndose, llorando ni gritándome. Vi la televisión hablando sola en una esquina; la máquina de bebidas goteando lentamente, gota a gota; vi las servilletas y las pajitas y los cuchillos de plástico, blancos y relucientes dentro del dispensador.

Y entonces me di cuenta de qué era.

Se me quedó la vista clavada en los cuchillos de plástico y de pronto supe, como si un relámpago me hubiese atravesado el cerebro, que la conexión que sentía con Brooke no era más que la pálida sombra de la impresionante conexión que sentí un día en la cocina de casa, cuando con un cuchillo en la mano hice que mi madre se encogiera de miedo, aterrorizada. En aquel momento no éramos dos personas, sino una; unidos en cuerpo y mente por una emoción abrumadora: el miedo. Nos movíamos y sentíamos al unísono y juntos pensábamos las dos caras de un mismo pensamiento. Fue un instante de emoción pura y desenfrenada, el tipo de conexión de las que se suponía que un sociópata no era capaz; sin embargo yo lo había sentido, y fue más real y potente que cualquier otra cosa que hubiese experimentado jamás.

Esto debería haber sido igual, incluso mejor. Pero no, ése era el agujero, lo que faltaba. Siempre que soñaba con Brooke sentía la misma intensa conexión, pero cuando llegó el momento de la verdad, nada fue así. ¿Por qué no? ¿Había hecho algo mal? ¿Había hecho ella algo mal? La miré; ella me devolvía la mirada, aunque ya no parecía alegre, sino preocupada. El cambio de emoción me hizo enfurecer, estaba colérico porque temía que ella rompiera un vínculo que ya de por sí era tenue, pero me calmé. Ella notaba el mismo agujero que yo y ahora que sabía qué era lo que faltaba, podía planear algo para la próxima vez. Podía librarme de él como se deshace uno de un nudo en el pelo.

Al parecer, darnos la mano no era suficiente para mí. Necesitaba más.

—No me lo puedo creer —dijo Brooke con tono neutro—. No me lo puedo creer.

¿Hablaba de mí? No, porque no me miraba en absoluto: miraba el televisor. Todos los que estaban allí tenían la vista fija en él, pálidos y callados como cadáveres.

Me giré para mirarlo también, aunque ya me imaginaba de qué se trataba.

—La policía informa de que el cuerpo está mucho más desfigurado que los tres anteriores —dijo el reportero—, pero las ligaduras son muy similares. De momento no se han hecho públicos más detalles, aunque las autoridades instan a todos los habitantes de la zona a informar sobre cualquier pista o dato que puedan tener. Ustedes, la gente del condado de Clayton, son los únicos que pueden detener a este asesino.

## 14

—Llevamos dos de dos —dijo Brooke en el porche. Dos citas y los dos días habían encontrado un cadáver—. De todos modos, gracias por venir. ¿Quieres arriesgarte a una tercera?

Me sonrió de manera forzada.

—Claro. —Intenté no pensar en su cuerpo flotando en el lago—. No es más que una coincidencia.

—Ya, una coincidencia horrible. —Nos quedamos un momento en silencio—. Bueno, nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Abrió la puerta y entró con la mochila llena de parafernalia turística a rastras, y yo volví vacilante hacia el coche. Otra víctima: otro mensaje del asesino. ¿Qué quería decir con ésta? Tenía que averiguar más sobre el tema.

Forman estaba en el escenario del crimen, lo había visto en la tele. Seguro que él sabía más cosas, pero ¿cómo podía convencerlo de que me las contara? Ya me había pedido ayuda en otras ocasiones, así que quizá aceptase que le echara una mano a cambio de información. Incluso si me limitaba a pasar un rato en la comisaría era probable que consiguiera deducir alguna cosa. Solamente había una manera de averiguarlo y tenía que llevarla a cabo. Mi propia mente me carcomía.

Me subí al coche, di media vuelta y me dirigí hacia el pueblo en vez de ir a casa. Lo más probable era que Forman siguiera en el lugar donde había aparecido el cadáver, pero seguro que necesitaba volver a la comisaría para archivar algún informe y registrar pruebas. Y yo estaba preparado para esperar toda la noche.

Desde fuera, la comisaría parecía oscura y solitaria; sorprendentemente, observé con interés que la luz de la oficina de Forman estaba encendida. La recepción también estaba iluminada y dentro pude ver a Stephanie, la recepcionista, haciendo malabarismos con los teléfonos con expresión cansada y agobiada. Entré y esperé a que tuviera un descanso entre llamadas, aunque enseguida estableció contacto visual conmigo y señaló la oficina de Forman. Vacilé, pues no estaba seguro de lo que quería decir, y entonces volvió a señalarla y movió los labios en silencio para decir: «Entra». Hice un gesto silencioso de

agradecimiento con la mano y me dirigí hacia allá. La puerta no estaba cerrada con llave, así que la empujé y abrí.

—¿Hola?

Forman levantó la mirada del escritorio; su rostro estaba surcado de líneas y agobio como el de Stephanie. El bloc de notas estaba lleno de intensos garabatos oscuros que habían formado surcos en el papel. Mi madre hacía lo mismo cuando no tenía manera de liberar el estrés, por eso supuse que aquel cadáver debía de estar preocupándolo mucho.

—John —dijo; se le notaba tenso—, ¿qué haces aquí?

—¿Qué hace usted aquí? —contraataqué—. ¿Ya ha terminado de trabajar en el escenario del crimen?

—No, no —negó con la cabeza—. El departamento entero está allí; seguramente se quedarán toda la noche. ¿Necesitas algo?

—Uh, sí —respondí—. Pero no esperaba encontrarlo aquí.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Lo miré con extrañeza; normalmente el agente Forman no actuaba de aquella manera.

—Necesito que me hable del cadáver —dije, y me senté.

—¿Por qué? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Y por qué te lo iba a contar? No eres policía.

Seguía nervioso pero a medida que él iba hablando fui percibiendo que el pánico iba desvaneciéndose: se había erguido en la silla, parecía más serio y severo, y su voz se había vuelto más grave. En cuestión de segundos se volvió perspicaz y seguro de sí mismo.

—Quizá puedas ayudarme —dijo al tiempo que se reclinaba contra la silla y me observaba con atención. Parecía más calmado y con la mente más clara—. Quiero que pienses algo para mí: nos ayudará a ambos a estar centrados. ¿Por qué mataba el asesino de Clayton?

—¿Cree que se trata del asesino de Clayton? Si nada coincide...

—Cierto —me contó Forman volviendo a mirar la hoja de papel—, pero sí creo que están relacionados entre sí. Así que dime: ¿por qué mataba el asesino de Clayton?

Dentro del ámbito de los perfiles criminales, la pregunta era fácil, del nivel de un principiante.

—¿Quiere que sea muy detallado? —pregunté—. A nivel muy básico, los asesinos matan porque tienen una necesidad que esta acción satisface.

—Vale —dijo Forman sin dejar de mirar el papel—. ¿Qué necesitaba el asesino de Clayton?

—¿Por qué me pregunta esas cosas?

—Para que continuemos centrados, ya te lo he dicho.

—¿Por qué habla de «nosotros»? ¿Por qué dice «mantenemos centrados»?

—¿Es que no quieres estarlo?

Se volvió hacia la ventana, como si pudiera ver a través de las lamas de la persiana.

—Eres un joven muy listo —continuó—. Podrás averiguarlo tú solito.

Cada vez que lo veía, Forman parecía completamente diferente: actuaba con sospecha o tranquilo o nervioso, y ahora... ¿qué? ¿Centrado? ¿Qué quería decir con eso?

—El asesino de Clayton se llevaba partes del cuerpo de las víctimas —dije—, así que supongo que, a nivel básico, lo que necesitaba eran órganos y extremidades. Pero generalmente se trata de mucho más que eso.

—Cierto —farfulló Forman.

Seguía de cara a la ventana, aunque había cerrado los ojos, como si meditara.

—La clásica necesidad del asesino en serie es el control —continuó sin quitarle ojo. Ni siquiera tenía claro si me estaba escuchando—. Matar a gente y llevarse algo de ellos podría ser una forma de ejercer control sobre esas personas. Por eso muchos asesinos en serie se quedan con recuerdos, porque así consiguen cierto control sobre la persona, incluso después de su muerte.

—Y tú crees que el asesino de Clayton intentaba controlar a las personas —dijo.

Era complicado responder en un sentido u otro, porque no podía dejarle entrever lo mucho que sabía. Tenía que pensar como él, y eso significaba tener en cuenta únicamente las cosas de las que él tenía constancia y dejar el resto aparte. Forman no tenía ni idea de que el asesino era el señor Crowley, ni de que Crowley era un demonio, ni tampoco de que el demonio estaba muerto. Si le preguntabas a cualquiera, te respondería que el asesino de Clayton andaba suelto.

Sin embargo, me di cuenta de que Forman hablaba del asesino en pasado.

—Usted cree que el asesino de Clayton ya está muerto —afirmé.

Forman se puso en pie y se acercó al mapa; una vez allí, recorrió ciertas carreteras con el dedo, deteniéndose aquí y allá para dar un golpecito a una chincheta o a una marca hecha con lápiz. No me estaba haciendo ningún caso.

—Cree que el asesino de Clayton ha desaparecido para siempre —dije más alto—. Habla de él como si estuviera muerto, sin duda. ¿Sabe algo?

—Vas bien —dijo sin dejar de estudiar el mapa—. Mantente centrado.

—¿Por qué cree que estas víctimas se encuentran relacionadas si está tan seguro de que el asesino ya ha muerto?

No me hizo caso.

—¿Se trata de un asesino que imita a otro? ¿Hay... algún asesino... similar por ahí suelto?

Forman hizo una pausa y me miró.

—¿Un asesino «similar»?

Me refería a otro demonio, pero no podía decirlo tal cual, literalmente.

—Uno que robe órganos —dije—. Aunque a los tres primeros cadáveres no les faltaba nada. ¿Qué me dice del cuarto?

—Demasiadas preguntas, John —contestó, y se volvió hacia el mapa.

Dio otro golpecito con el dedo, cerca del aserradero: la ubicación aproximada, según lo que había visto en las noticias, del último cadáver. Se sentó y sacó un clasificador.

—Deja de hacer preguntas y empieza a contestarlas; lo único que estás consiguiendo es crear más confusión.

—Las hago porque no tengo las respuestas. No me está dando ninguna información.

—No te sientas frustrado por ello —dijo, y hojeó la documentación de dentro.

—¿Lo hace para distraerme? —pregunté—. He venido porque intento ayudarle; no quiero que se deshaga de mí como si fuera un crío.

—Eres un crío —dijo mirándome fijamente— y has venido únicamente para ayudarte a ti mismo. Estás obsesionado con la muerte y no eres capaz de esperar hasta que este cadáver aparezca en la funeraria. Quieres que te lo cuente todo ahora mismo; por eso has venido. No finjas cuando estés conmigo.

Intenté replicarle, pero no me dejó.

—Sin embargo, aún puedes ser de ayuda, aunque no lo sepas: lo único que necesito es que te concentres. Aquí tienes otra pregunta que contestar: ¿por qué dejó de matar el asesino de Clayton?

Estaba jugando conmigo, pero ¿para qué? Era imposible que quisiese mi opinión sobre el asesino de Clayton porque él era un investigador profesional de asesinos en serie con todos los recursos del FBI a su disposición. Lo que yo pudiese opinar no le llevaría a ninguna conclusión distinta a la que no pudiese llegar él solo. Pero entonces, ¿por qué me estaba haciendo todas aquellas preguntas? ¿Hacia dónde me dirigía?

Ya le había llamado la atención una vez; quizá, si seguía hablando, conseguiría que me volviese a hacer caso y averiguar más.

—Hay dos posibles motivos que le podrían haber hecho parar —dije pasando por alto lo que ya sabía (que yo mismo había matado al asesino) y largando pura teoría—. O bien satisfizo su necesidad o bien murió. Sin embargo las necesidades de un asesino en serie no se llegan a colmar prácticamente nunca, sino que se acrecientan más y más, hasta que son totalmente incontrolables y... el asesino es incapaz de evitar matar.

Me acordé del almacén en llamas y del gato.

—Bien —dijo Forman mientras hojeaba la documentación atentamente—. Sigue.

—Muchos asesinos en serie tienen ciclos; matan de forma activa durante unos meses y después desaparecen meses o incluso años. El asesino ATM volvió de la nada mucho tiempo después de que todos hubieran asumido que había desaparecido. Edmund Kemper se entregó un buen día porque decidió que su tarea había terminado.

—Así es —farfulló Forman.

—Pero usted no cree que éste dejase de asesinar por voluntad propia —dije; me incliné hacia delante y lo miré a los ojos para ver cuál era su reacción. Quizá pudiese conseguir una respuesta más clara si me dirigía directamente a él—. Usted está convencido, aunque creo que no al cien por cien, de que el asesino de Clayton ya no existe, de que está muerto. Pero no hay pruebas que lo indiquen, así que debe de saber algo más.

Forman levantó la cabeza.

—¿Por qué estás tan seguro de que tengo pruebas?

Tenía la mirada oscura, pero de algún modo sus ojos parecían vivos y relucientes. Quería mantenerse «centrado», ¿era eso a lo que se refería? Me sentía como si me estuviese batiendo en duelo con él, una mente contra otra, y cada vez que yo creía llevar cierta ventaja aparecía él y me bloqueaba, tan rápido como yo.

Igual de alerta.

Estaba acaparando su atención, era hora de atacar.

—Yo estuve en medio del escenario del último crimen —dije—. Lo vi todo y allí nada indicaba que hubiese dejado de matar; en todo caso, el hecho de que no llegase a robarle nada al doctor Neblin sugiere que debió de parecerle que todo aquel asunto estaba sin acabar. Mataría de nuevo simplemente para obtener esa sensación de finalización.

Forman me clavó sus ojos negros y yo lo miré fijamente al tiempo que continuaba hablando, sin detenerme.

—Usted dijo que las víctimas estaban conectadas, pero ¿por qué? ¿Por qué asumir que existe una conexión?

—No me gusta tener que decírtelo así —dijo Forman—, pero vives en un pueblo muy pequeño y es extremadamente improbable que en un lugar como éste haya dos asesinos en serie, el uno pisándole los talones al otro, y que no guarden la más mínima relación entre sí.

Había dejado de concentrarse en lo que fuera que lo tenía ocupado antes y se había centrado totalmente en mí. Al parecer mi antagonismo se había esfumado y había llegado su turno para atacar.

Esto era lo que llevaba intentando desde el principio: había captado su interés y me estaba hablando. Igual que había hecho él conmigo, intenté dirigir su pensamiento hacia un lugar concreto con una pregunta.

—¿Y qué relación podría ser ésa?

—La única que es lógica. Sus caminos se cruzaron. Uno conoció al otro, se vieron reflejados y sólo uno sobrevivió; puede que fuese algo territorial, quizá sólo se trató de una coincidencia o de algo completamente diferente. Mi trabajo es averiguarlo.

Un escalofrío me recorrió la espalda: me estaba describiendo a mí, aunque de manera tan indirecta que podría no haberse dado cuenta. Estaba más cerca de descubrir mi secreto de lo que yo creía, y de pronto mi obsesión con las nuevas víctimas se convirtió en una necesidad desesperada de protegerme a mí mismo. Tenía que averiguar qué sabía y qué sospechaba acerca de este asesino.

—¿Tiene alguna prueba que respalde su teoría o está dando palos de ciego? —pregunté—. Los asesinos en serie se atienen a patrones bastante estrictos y no es muy probable que el tipo que matase al asesino de Clayton, que era un tipo grande y masculino, haya centrado su atención en mujeres pequeñas.

—Habitualmente, la primera muerte de un asesino en serie es accidental —dijo Forman—. Es probable que la presencia del primer asesino desencadenara una psicosis previa en el segundo, que le sirviera como catalizador, y que eso crease un conflicto entre ambos. Cuando se despejó el polvo que habían levantado, el primer asesino había muerto; sin embargo, había nacido el segundo y a partir de ahí los consiguientes crímenes fueron planeados y ejecutados con mucho más cuidado. Naturalmente, las víctimas también se ajustarían más a la recién descubierta psicosis del nuevo asesino.

Estaba a punto de vincularme con el caso, pues el perfil que estaba definiendo era una descripción prácticamente perfecta de mí, aunque no del todo. ¿Por qué no había establecido la relación final? Porque había cuatro nuevos cadáveres y yo no tenía nada que ver con ellos; de todos modos, él llevaba meses investigando y tan sólo hacía unas semanas que habían aparecido los últimos cuerpos para confundirlo. Tenía que haber algo más: algo que debió de ocurrir meses antes y le hizo perder el rastro que llevaba hasta mí.

«Claro, eso es».

—Encontró un quinto cadáver —dije—. O el primero, supongo. Hace meses, puede que tan pronto como enero: encontró otro cadáver del mismo asesino.

Tenía sentido, era perfecto. Llevaba tras la pista de este nuevo asesino más tiempo del que yo creía porque lo conocía antes que yo supiera de su existencia.

—De alguna manera se las arregló para esconder esto a todo el mundo —continué—, lo mantuvo en secreto.

El agente Forman sonrió.

—Imagino que te crees muy inteligente por deducir que hay otra víctima. —Abrió un

cajón de uno de los archivadores—. Has juntado todas las piezas y ése es tu veredicto. Muy interesante, porque cualquier otra persona habría llegado a una conclusión muy distinta. —Sacó una pistola del cajón abierto y la dejó con mucho cuidado sobre la mesa—. Ya hemos dejado bien claro que el asesino de Clayton está muerto, de modo que en tu situación la mayoría de las personas habrían supuesto que el cuerpo que encontramos es el del asesino de Clayton y, sin embargo, eso no se te ha pasado por la cabeza. ¿Por qué, John?

«Piensa, rápido. Di algo que apunte hacia cualquier otra parte menos hacia ti».

—Porque si hubiese encontrado al asesino de Clayton, lo hubiera proclamado a los cuatro vientos —dije manteniendo la respiración lenta y acompasada—. Fue noticia en todo el país; toda la nación esperaba ansiosamente que lo atraparan. De haber encontrado su cadáver, no lo habrían podido mantener en secreto.

—Un dato curioso sobre los sociópatas —dijo Forman— es que a pesar de que son incapaces de sentir muchas emociones, sobre todo la culpabilidad, una de las que sí conocen es el miedo. No sólo lo causan, sino que lo sienten intensamente: el miedo guía sus vidas. Dime, John: cuando te he dicho hace un momento que iba tras la pista de un segundo asesino, ¿por qué has sentido miedo?

¿Cómo podía saber lo que yo sentía? Ni siquiera mi madre era capaz de interpretarme así de bien.

—Cualquiera estaría asustado —repliqué—. El último asesino casi acaba conmigo, es normal que me preocupe un poco porque haya uno nuevo.

—Pero no estabas asustado cuando hablamos de la existencia de un nuevo asesino —continuó Forman con tono uniforme—, sino cuando hemos hablado de atraparlo. Para ser más exactos, cuando hemos hablado de que el nuevo mató al viejo. ¿Hay algo que quieras contarme?

Di vueltas a todas las posibilidades en mi cabeza, intentando encontrar la manera de salir de aquella situación. Que hubiese interpretado mis gestos con tal exactitud era imposible, porque mi propia vida giraba alrededor de aprender a interpretar a la gente, a deducir sus emociones a partir de señales visuales, porque no podía conectar directamente con ellos y hasta yo mismo hubiese tenido dificultades a la hora de identificar la tenue sensación de miedo de un experto sociópata carente de emociones. Y sin embargo él lo había notado.

Me había tendido una trampa y yo notaba cómo ésta se cerraba conmigo dentro. Forman no tenía pruebas de que yo hubiese matado al asesino de Clayton, pero había olfateado algo y estaba listo para seguir el rastro cual sabueso. No me esperaba una emboscada como aquélla: el agente era demasiado abierto, en exceso directo. Permitted que los dos últimos cadáveres aparecieran en las noticias prácticamente en cuanto los encontré e incluso le dije al reportero que estaban relacionados con el asesino de Clayton mucho antes de haber podido realizar cualquier tipo de investigación significativa. Ésa no era la

manera de actuar de un hombre sutil y, no obstante, ahí estaba él, sentado junto a una pistola mientras yo luchaba por salir de una trampa que ni siquiera había visto hasta que ya era demasiado tarde.

Me obligué a mí mismo a tranquilizarme y pensar con calma, y lo miré mientras él me observaba con la mano sobre la pistola. Algunos de sus planes incluían grandes dosis de sutileza y, en cambio, otros no; eso no tenía sentido alguno: tenía que ser o todo o nada. ¿Por qué revelar algo que podría hacer que el asesino se escondiese?

A menos que pensara que eso mismo lo iba a forzar a delatarse.

—Ha usado los cadáveres como cebo —dije.

Su oscura mirada se intensificó.

—¿Como cebo?

—Le dijo al reportero que los nuevos cadáveres estaban relacionados con los viejos y lo hizo porque sabía que al nuevo asesino le molestaría esa afirmación y podría acabar saliendo a la luz. Toda la investigación es una trampa.

—Una trampa en la que al parecer has caído tú —replicó—. Sólo que no esperaba que vinieses directamente hasta mi oficina.

—Si la única prueba que tiene contra mí es que he venido a verle en el momento equivocado, le costará muchísimo esfuerzo probar esto delante de un tribunal.

Presionó ligeramente la culata de la pistola, de modo que el cañón se levantó un ápice.

—¿Tiene pinta de que necesito probar esto ante un tribunal?

—¿Me está amenazando con dispararme en la comisaría?

—No hay prisa —dijo con absoluta frialdad—. Puedo pegarte un tiro en cualquier parte.

No le temblaba el pulso lo más mínimo y apenas parpadeaba; su expresión era dura como el granito. Esta situación era nueva para mí: había pasado meses cerca de un asesino pero jamás, sólo cuando llegó el final, él supo quién era yo. Siempre estuve a salvo. Pero Forman me estaba vigilando, me había amenazado abiertamente y ésa era una situación completamente nueva. Aunque no llegase a dispararme, estaba convencido de que yo era culpable, y eso significaba que podía pasarme el resto de mi vida en los tribunales o en la cárcel.

O huyendo. Si conseguía salir de allí sin que me disparase, podía darme a la fuga y no volver jamás.

Pero no, él estaba demasiado cerca; estaba listo y preparado, con su arma. Él tenía el control de la situación y yo estaba indefenso, y sentirme así me ponía furioso.

—Debe de ser el peor agente del FBI del mundo —dije—. De todo el mundo. ¿Piensa llenar de plomo a todo chaval que entre aquí a fanfarronear? Nada de resolver crímenes y

seguir el protocolo, no; usted ni siquiera hace buenas preguntas. Se limita a sacar la pistola cada vez que su detector mágico de miedo se dispara y se pone a amenazar a la gente. ¡Qué gran trabajo de investigación!

Forman alzó el arma y me apuntó directamente a la cara; tenía el cañón a medio metro de mis ojos.

—Escúchame, chalado: todo esto no tiene nada que ver con el FBI ni tampoco con un asesino en serie, y mucho menos con dos. Estoy buscando algo muy importante y tú apareces por aquí con la suficiente frecuencia como para hacerme creer que debes de saber más de lo que me cuentas. Así que, ¿por qué no cortas ese rollo de tipo duro y me dices qué es lo que sabes?

—¿Yo soy el que se está haciendo el duro? —pregunté—. ¿Ya se le ha olvidado la parte en la que le saca una pistola a un adolescente desarmado?

—¿Qué sabes? —exigió.

—Sé que hay cosas mucho más aterradoras que también me han amenazado. Si cree que fingiendo que tiene el gatillo fácil me va a asustar...

—¿Cosas? ¿Qué quieres decir?

—¿Qué cosas?

—Acabas de decir «cosas»; que te han amenazado cosas mucho más aterradoras. No personas, sino cosas.

—¿Cree que se trata de personas y ya está? —pregunté—. ¿Tiene la menor idea de qué más hay ahí fuera? Hay cosas que lo dejarían...

Abrió los ojos desmesuradamente; con sorpresa, no con horror. No estaba confundido. Aquélla no era la imagen de un hombre que acaba de encontrar un monstruo debajo de la cama: había demasiado control en ella, demasiado reconocimiento. El rostro del agente Forman era el de un hombre que esperaba encontrar un monstruo debajo de la cama y que en lugar de hallarlo allí lo había visto en el armario.

Yo intentaba asustarlo hablando del demonio, pero de algún modo el agente Forman ya sabía de qué hablaba.

Vi cómo pensaba: la manera en que fruncía los labios y en que su mirada danzaba rápidamente de un lado a otro en busca de algo. Esforzándome por encontrar un apoyo mental, yo hice lo mismo. ¿Realmente sabía lo del demonio? ¿Cómo era posible?

Dijo que estaba buscando algo muy importante, algo que no tenía que ver con el FBI. Toda su vida podía no ser más que una tapadera; podía estar fingiendo que iba a la caza de asesinos en serie mientras trataba en secreto de seguir la pista de un demonio. O demonios; que yo supiese, ésa podría ser su profesión. Fuera lo que fuese, Forman sabía lo del demonio y, a juzgar por su expresión de asombro, también era consciente de que yo lo sabía. ¿Qué debía hacer? ¿Escaparme, hacerme el tonto? ¿Cuál sería su siguiente paso?

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, inmóviles, prácticamente retándonos a dar el primer paso. La pistola no tembló ni un instante y, tras un momento muy largo, él abrió la boca para hablar.

—¿Mkhai?

Era una palabra densa y antigua, cubierta de una espesa capa de polvo y tiempo y una tristeza inconmensurable. Lo miré a los ojos con cautela y confusión.

Se le oscureció la mirada y se le endureció la expresión.

—Entonces está muerto —dijo Forman.

Fueron unas palabras inapelables, como el dictamen de un doctor, pronunciado no ante una persona, sino ante todo el mundo. Debía conocerse hasta en el último confín de la Tierra que un hombre había muerto. Miró la nada fijamente; no a mí ni detrás de mí, sino más allá, como si la existencia se hubiese detenido. Tras una espera eterna, volvió a enfocar la mirada sobre mí.

—Nos lo temíamos —siguió—, pero yo no me lo creía. Me lo vas a contar todo.

Y entonces sonrió; no se me ocurrió nada más fuera de lugar.

No tenía sentido, pero se lo veía en la cara: estaba feliz. Su expresión era más alegre, se le habían iluminado los ojos, las comisuras de su boca apuntaban hacia arriba. Todo su cuerpo se veía suelto y relajado. Era como si alguien hubiese accionado un interruptor: un momento antes estaba triste y cargaba sobre sus hombros con el peso de todo un mundo que yo no alcanzaba a imaginar, y un momento después estaba alegre y resplandeciente.

—¿Está... contento? —pregunté.

—Contentísimo, John —dijo y sonrió de oreja a oreja—. Odio que me ocurra esto.

—¿Odia sentirse feliz?

—Feliz, triste, lo que sea —dijo. Se puso en pie y fue hacia la puerta—. No se trata del sentimiento, sino de la imposición. Ahora mismo no tengo tiempo para esto.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Stephanie!

—¿Sí, señor Forman?

—¿Ha regresado alguien?

—Estamos los tres solos —dijo—. Escuche, tengo muy buenas noticias...

—Ya me lo imaginaba —la interrumpió—. ¿Por qué no vienes aquí y nos las cuentas?

—¡Genial! —gritó.

Pude oír que arrastraba la silla y después el ruido de los tacones contra el suelo. Entró en la sala con una sonrisa de oreja a oreja y un torrente de palabras de dicha.

—Acabo de hablar con mi novio por teléfono y me...

El agente Forman le golpeó en la cara con la pistola como si fuera un bate y se oyó un crujido escalofriante; seguramente le había roto la nariz. Ella dio un traspié hacia atrás, hacia la puerta abierta; soltó un grito, pero la sangre que se le derramaba por la garganta la hizo enmudecer. Forman le volvió a atizar, esta vez en la sien. Abrió los ojos exageradamente, estaba demasiado sorprendida para tener miedo.

—¿Te gusta? —preguntó mientras miraba cómo se tambaleaba hacia un lado e intentaba no perder el equilibrio—. Aquí hay gente que intenta trabajar —la volvió a golpear—, pero no podemos —otro golpe— porque la feliz de Stephanie está ahí fuera sintiéndose contentísima todo el tiempo.

La golpeó una vez más detrás de la cabeza y la derribó. La miré estupefacto y después levanté la vista hacia él.

—La has defendido como todo un valiente caballero —me dijo mientras se acercaba al escritorio—. Stephanie te estará eternamente agradecida por cómo me impediste que la dejara inconsciente.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Eso es —dijo y cogió el vaso de café—. Resuelve el enigma, céntrate.

Llevó el vaso hasta donde yacía Stephanie; la hizo rodar con el pie sobre su propio costado y buscó sangre en la moqueta. Ella sangraba por la nariz y tenía el pelo manchado por un corte que le había producido él con el cañón de la pistola. Respiraba, pero estaba inconsciente. Forman limpió una mancha de sangre con la manga de la camisa y después vertió café sobre el lugar donde estaba la mancha.

—Lección número uno —dijo—: en una birria de pueblo como éste no habrá un equipo que venga a investigar el escenario del crimen con lupa. Si ven una mancha de café creerán que es una mancha de café; además ya volveré mañana para limpiarlo bien. Venga, cógela.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a casa —dijo Forman—. Considéralo un intercambio: yo te presentaré a mis juguetes y tú me vas a explicar cómo te las apañaste para matar a un dios.

## 15

—Lo he encontrado —dijo Forman.

Estaba conduciendo mientras hablaba por el móvil. Yo iba en el asiento del copiloto y Stephanie, que seguía inconsciente, estaba tumbada atrás.

—No, a él no, a la persona que lo mató. Lo sé, lo sé; tenías razón. Bueno, eso es lo que no te vas a creer: no es más que un crío. Humano. No, no tengo ni idea, pero lo voy a averiguar. Volveré a llamarte.

Forman cerró el teléfono para colgar y lo dejó caer en el bolsillo de su camisa. Llevaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta, en el lado más alejado de mí. Prácticamente habíamos llegado a las afueras del pueblo y yo no sabía hacia dónde nos dirigíamos; estaba aterrorizado, pero sobre todo confundido.

¿Acababa de decir que Crowley era un dios?

Podría haber echado a correr en el momento en que llegamos al coche, aunque necesitaba enterarme de lo que Forman sabía. Él tenía todas las respuestas que yo había estado buscando y estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguirlas.

—¿Quién era? —pregunté.

—Nadie —dijo y se rio—. Bueno, veamos: ¿por dónde empezamos? De verdad que no tengo ni idea. Supongo que la primera pregunta es: ¿cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice el qué?

—No te hagas el tonto —me cortó—. Tú lo mataste... A ese maldito... Ni siquiera sé quién era. ¿Quién era?

—¿Quién era... quién?

No quería que pareciese que me hacía el tonto, pero no sabía qué más decir. Me estaba acusando de haber matado al señor Crowley, eso estaba claro, y también parecía saber que éste era algún tipo de ser sobrenatural. Después de eso, me había perdido. ¿Con quién hablaba por teléfono?

—Mkhai —dijo y golpeó el volante con énfasis—. El dios que mataste, el asesino de Clayton. Lo conoces y no estás muerto: eso significa que él sí lo está y que probablemente tú lo liquidaste.

—Me atacó —respondí—. Intentó matarme. Yo no...

—¿Qué cuerpo había tomado? —exigió Forman—. Seguramente tú creías que era alguien de tu comunidad; alguien a quien conocías, quizá. Incluso puede incluso que cuando lo vieses estuviera en el cuerpo de Bill Crowley.

«Ajá». Forman sabía menos de aquella historia de lo que yo creía. Pensaba que el demonio se había metido en el cuerpo de Crowley al final, después de haber matado a Neblin, y eso quería decir que su historia tenía muchos agujeros. Así que me agarré a esa falta de información como a un clavo ardiendo: si yo sabía algo que él ignoraba, eso me daba poder; no mucho, pero sí un poco. Contarle más de lo estrictamente necesario no tenía ningún sentido.

—Era un demonio —dije—. Tenía unas garras enormes y dientes muy afilados; muchísimos dientes, más de lo que parece posible tener, y ojos gigantescos, como platos, que brillaban en la oscuridad.

No mencioné al señor Crowley.

Pasamos por debajo de una farola y, antes de que la luz quedara atrás y el coche volviera a sumirse en la oscuridad, vi a Forman sonreír. Habíamos salido de Clayton y estábamos en una carretera rural que se adentraba en el bosque; a medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra, vi su rostro iluminado por la fantasmagórica luz roja del salpicadero, su sonrisa oscura y salvaje.

—Mkhai... —dijo.

—¿Has dicho que era un... dios?

—En comparación con vosotros, no cabe duda —dijo Forman—. Cuando tus antepasados salieron a rastras del lodo y le aullaron a la oscuridad, fue él quien les respondió, aterrador y poderoso.

Lo observé en silencio y a la tenue luz roja vi que la mirada de Forman se iluminaba con un fervor espeluznante.

—Entonces todos éramos dioses —continuó— o al menos así nos llamaban las personas. Para algunos, Mkhai era el dios de la muerte; para otros, el de la venganza; era incluso la divinidad de los rostros para un reino de los márgenes del Nilo. Pero el tiempo pasa y el esplendor se desvanece. Eso es lo que acabó por matarnos: el tiempo.

Había dicho «matarnos». Había asumido que era algún tipo de cazador o quizá un adorador, pero... ¿era también un demonio como Crowley?

—Otra vez tienes miedo —dijo mirándome brevemente—. Y Stephanie también, pero no de mí. Al menos no de forma directa, sino de un reflejo de mí mismo que acecha en algún rincón de su mente. Mi yo de pesadilla que ve cuando duerme. Te aseguro —y me volvió a mirar— que la realidad es mucho peor.

Se volvió hacia la carretera, agarró el volante con más fuerza y pisó gas a fondo; de

pronto el coche aceleró de forma disparatada y el motor lanzó gemidos de protesta. Relucientes bajo la luz de los faros, los árboles que bordeaban la carretera se fundieron en una pared blanca y yo me agarré al asiento con todas mis fuerzas.

Forman jaleó eufórico.

—¡Nunca puedo hacer cosas así! —gritó. Tomamos una curva a demasiada velocidad y el coche derrapó, a punto de salirse de la calzada—. La mayoría de la gente que sube al coche cree que soy un agente del gobierno, así que no puedo hacerles esto, ¿verdad? Y, claro, el resto están inconscientes, como ella.

Se echó a reír y tomó otra curva, esta vez hacia la izquierda; sentí cómo se bloqueaban las ruedas y se quejaban al perder y recobrar el agarre sobre la carretera. Era imposible sobrevivir a algo así; al menos no era posible de alguna manera que yo pudiera imaginar. Si realmente era un demonio, Forman quizá pudiera regenerarse y salir indemne, como si nada.

Volvió a chillar, a medias entre un grito y una carcajada.

—¡Me encanta! ¡Me encanta!

—¡Nos vamos a matar! —grité mientras me sujetaba bien fuerte con ambas manos.

—¡Tienes razón! —chilló; prácticamente lloriqueaba.

Ahora parecía tan asustado como yo, pero no frenó. La carretera se había convertido en una estrecha banda blanca, y las curvas y las cuestas aparecían ante los faros tan sólo unos segundos antes de que las dejáramos atrás como una bala dirigida hacia el espacio emborronado y desconocido que estaba más allá.

—Ya casi estamos en casa —dijo y rechinó los dientes mientras volábamos entre los árboles—. Ya casi estamos. Mis juguetes nos oirán llegar y se revolverán en sus cadenas. Aquí están.

Dobló una esquina y cuando pisó el freno el coche derrapó salvajemente. Escondida en un claro entre los árboles había una casa. A punto de volcar, el coche se deslizó sobre la tierra y la grava, y golpeó con saña contra un par de cubos metálicos de la basura; se formó un gran estrépito. El cuerpo de Stephanie salió volando del asiento trasero y chocó contra los nuestros antes de caer al suelo con un ruido sordo; los airbags de la parte de delante explotaron y sonaron como si alguien hubiera disparado. El de mi lado me golpeó la sien con la fuerza de un puñetazo. El coche aplastó uno de los cubos contra la pared de la casa y de pronto se acabó el movimiento.

Forman se reía a carcajadas como si estuviera loco, unas fuertes risotadas que pronto degeneraron y se convirtieron en un sollozo aterrorizado. Yo apenas era capaz de pensar: tenía el cerebro atontado por el choque y se me hacía difícil saber dónde estaba o qué ocurría; incluso lo que conseguí ver con claridad me parecía imposible, como de pesadilla. ¿De qué se reía? ¿Por qué nada de lo que decía tenía sentido? Jadeando y desesperado por salir de allí, tanteé la puerta torpemente y conseguí abrirla; mientras luchaba con el

cinturón de seguridad, respiré grandes bocanadas de aire. En aquel instante el cinturón me parecía un objeto inexplicable e imposible, como si jamás hubiese utilizado uno. Forman se revolvía, doblado en dos y deshecho en lágrimas. Por fin encontré el botón y me quité el cinturón; antes de que éste tuviera tiempo de replegarse, yo ya me había caído del coche. El cinturón se me quedó pegado como una tela de araña y me lo quité de encima como un loco.

Estaba libre. El coche estaba paralelo a la casa y los faros iluminaban la carretera y los árboles del otro lado. No sabía qué distancia habíamos recorrido ni lo lejos que estábamos de Clayton o de cualquier otro ser vivo, pero sí sabía en qué dirección habíamos ido. El aire estaba frío y cortante, me atravesaba la piel sudada como si estuviera hecho de agujas de hielo. Me armé de valor y corrí por el camino de gravilla; avancé a trompicones apenas unos metros antes de que justo delante de mis pies se levantara la tierra formando un penacho negro; oí el fuerte chasquido de un arma detrás de mí. Seguí corriendo y se repitió: una explosión de tierra, una chispa brillante sobre el asfalto de la carretera y el sonido de un disparo.

—¡No corras!

Estaba junto a la carretera, sin ningún lugar donde ponerme a cubierto ni hacia el que correr. Aquella distancia probablemente le impediría tirar con gran acierto, pero al menos tendría tiempo de disparar cuatro o cinco veces antes de que yo alcanzara los árboles, y eso le daba a él las de ganar. Me detuve y alcé las manos.

—No levantes las manos, no te voy a atracar.

Bajé los brazos y me giré lentamente. Forman estaba de pie junto a la puerta del copiloto, que estaba abierta. Me estaba apuntando con la pistola.

—Ven aquí y ayúdame a llevarla adentro —ordenó.

De algún modo, se las había arreglado para recuperar el control. ¿Qué estaba pasando? La curiosidad que sentía pudo con el miedo y eché a caminar poco a poco. Tenía que averiguar qué era él y qué significaba todo aquello. Cuando llegué al coche, abrí la puerta de atrás, me incliné hacia el interior para ver a Stephanie y le puse la mano delante de la cara como hacíamos con los cadáveres: la respiración era tenue, pero el aliento, cálido. Estaba viva.

—Cógela por los pies y tira de ella —ordenó Forman.

Escogí la opción más lenta y la agarré de debajo de los brazos para sentarla en el asiento y después echarme atrás y sacarla del coche. Forman apagó el motor y las luces, y me guió hacia la puerta de entrada. No había porche, solamente un estrecho escalón de madera. Abrió la puerta y lo seguí hacia el interior; una vez dentro, tumbé a Stephanie con cuidado sobre un viejo sofá raído.

Forman encendió la lámpara y se sentó en un sillón hundido; estaba tranquilo y satisfecho.

—¿Qué quieres hacer con ella? —preguntó.

—El que la ha traído has sido tú —dije.

Era probable que tuviese la nariz rota, y tenía ésta y el cuello manchados de sangre seca y marrón.

—No seas idiota —dijo Forman—. Tienes una chica guapa y estás en mitad de la nada: muestra algo de imaginación. Considéralo un regalo.

La decoración de la casa era escasa, si es que se podía decir que tenía alguna. Parecía que la hubiese comprado de saldo, a medio amueblar, y no se hubiese molestado lo más mínimo en arreglarla.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí? —pregunté.

—Tres meses —dijo negando con la cabeza—, pero no cambies de tema.

—No voy a hacerle daño.

—Pero te gustaría —dijo Forman y se inclinó hacia delante—. Quieres hacer daño a todo el mundo, ¿por qué ella iba a ser diferente?

—No voy a hacerle daño porque a ti te parezca bien.

—Sin embargo, a mi amigo sí lo lastimaste. Lo mataste; un ser hecho prácticamente de poder y acabaste con él. ¿Cómo lo hiciste?

Hice memoria, receloso de revelar lo que había ocurrido. Nunca se sabe qué información te va a ser útil y cuándo.

—Tú eres como él, ¿no? —pregunté.

Forman sonrió fríamente.

—¿Otro dios?

—Yo lo llamo demonio —afirmé—. Supongo que la imagen que yo tengo de él no es igual de positiva que la que tienes tú.

—Ya nos han llamado demonios en otras épocas —dijo Forman—. Fantasmas, apariciones, hombres lobo, el hombre del saco. Incluso asesinos en serie, aunque sólo por la reputación. Nosotros podemos ser lo que nos plazca: igual que ella.

Señaló a Stephanie, que yacía inerte sobre el sofá.

—¿Ella es uno de los vuestros?

—Por supuesto que no —dijo; se puso en pie y se acercó a ella—. Por sí misma no tiene ningún poder, no más que cualquiera de vosotros; sin embargo, con nuestra ayuda, ahhh... podría ser cualquier cosa que tú quisieras. ¿Deseas una esclava? ¿Una amante? ¿Quieres una presa para cazarla en el bosque? Ella puede ser todo eso.

Se inclinó sobre ella y le cogió un mechón de pelo; no con cuidado, sino sin interés,

como si estuviera de compras.

—No debes subestimar el poder de la tortura, es una herramienta verdaderamente asombrosa. No para que te digan la verdad, claro; cuando lo que quieres es información hay que usar otros métodos. Por eso no te estoy torturando. Pero lo que se consigue con la tortura y que no puede lograrse con nada más es una maleabilidad absoluta. Así que venga, ¿qué quieres que sea?

A pesar de que todavía no había visto ningún tipo de transformación demoníaca, no cabía duda de que era un demonio. No perdía nada por preguntar.

—¿Tú también robas cuerpos?

—Contándote a ti, hoy he robado dos.

—No, me refiero a robar cuerpos como el que yo maté. Has dicho que podía tomar cuerpos y tener el aspecto de alguien a quien yo conocía. ¿Tú también haces eso?

Me miró de arriba abajo.

—Éste sería un mundo muy aburrido si todos los dioses fuesen iguales. Naturalmente, podrías rezarnos a todos si quisieras robarle el cuerpo a alguien, pero entonces, ¿a quién recurrirías si quisieras otra cosa?

—No creo que exista un dios de los ladrones de cuerpos —dije.

—Estás pasando de mis preguntas, así que trataré las tuyas de forma indirecta.

—No te diré nada a menos que consiga algo a cambio.

—Pero ¡te estoy dando exactamente lo que siempre has querido! —dijo—. Tu propia víctima, inconsciente y lista para que juegues con ella a lo que se te antoje. No es una Barbie, eso no te lo negaré, pero como muñeca no cabe duda de que es atractiva, y en este pueblo hay más de un hombre que daría un ojo de la cara por tenerla aquí en esta misma situación.

No dije nada.

—Quizá tus gustos sean diferentes —dijo, observándome con atención—. Me pregunto qué será lo que deseas. Podríamos despejar la mesa de la cocina, tumbarla encima y podrías hacer tu propio embalsamamiento aquí mismo. ¿Qué te parece la idea, John?

Yo quería; no puedes imaginarte lo mucho que deseaba hacerlo. Supuse que me iba a matar igualmente, pero si le seguía la corriente, ¿conseguiría retrasar el momento? Me pregunté si torturando a Stephanie iba a conseguir más tiempo para escapar. Lo mirara como lo mirase, me encontraba en una situación que no tendría repercusiones: o bien moría o bien quedaba preso para siempre; nada de lo que yo hiciese en aquella casa iba a salir de ahí.

Y Stephanie era hermosa: pelo largo y rubio, y piel pálida como Brooke. Podía hacer

realidad muchos de mis sueños.

Sí, quería hacerlo; pero no iba a llevarlo a cabo. Fuera Forman lo que fuese, yo era más fuerte que él. No sabía cuáles eran sus planes, pero los iba a sabotear. Si por cualquier retorcido motivo él quería que le hiciera daño a aquella chica, mi misión sería mantenerla a salvo.

—No voy a hacer nada, no soy como tú.

—No, no lo eres, pero te sorprenderías de lo mucho que me parezco a ti.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—No estoy seguro —contestó Forman—. ¿Accedes a contestar a mis preguntas?

—¿Sobre el demonio que maté? Ni una palabra.

—Entonces de momento estarás bien aquí —dijo y se acercó a un armario.

En la puerta había un candado; lo abrió y señaló el interior. Como no me moví, hizo un gesto más autoritario.

—No juegues con mi paciencia, John. Mataste a alguien que era muy importante para mí y no se puede decir que esté muy contento contigo. Sin embargo, me parece interesante y te sugiero que hagas todo lo que esté en tu mano para no poner eso en riesgo.

Vacilé un momento más, lo suficiente para que él levantase la pistola, y después entré en el armario. Forman sonrió y cerró la puerta; yo oí mientras cómo él, al otro lado, cerraba el grueso candado.

—Te veré por la mañana —dijo y dio un golpecito en la puerta—. Como tú la has rechazado, de momento me quedo a Stephanie para mí solito.

Oí unos pasos, seguidos de uno o dos resoplidos, e imaginé que estaba levantando el cuerpo. Después, más pasos, más lentos y pesados, que se oían delante del armario y entraban en otra habitación: primero fueron pisadas suaves sobre la moqueta; luego, chasquidos estridentes sobre algo duro como el linóleo y finalmente, cuando llegó al otro tramo de moqueta, suaves otra vez. Se oyó un ruido fuerte y sordo que noté a través del suelo y otro golpe más alejado.

Probé a abrir la puerta pero en el interior no había pomo, y el candado de fuera aguantaba firmemente. Tanteé los bordes con los dedos buscando una abertura, un agujero o... yo qué sé el qué. Algo. Estaba atrapado en una casa con un loco —un demonio loco—, que me acababa de mandar a la cama después de relatarme un cuento sobre las maravillas de la tortura. No era un lugar donde quisiera estar mucho tiempo, y aquella puerta no me ofrecía facilidades. Como mínimo iba a acabar pasando la noche allí.

Recorrí las esquinas del armario con las manos y encontré profundos surcos en la pared de yeso; algunos eran finos, del tamaño de un dedo, como si alguien hubiese intentado salir de allí rascando la escayola, mientras que otros eran grandes e irregulares, como si hubieran arrancado algún trozo para escapar. La pared que había debajo de la

escayola estaba reforzada con madera; parecía que hubiera revestido las paredes para hacerlas más resistentes. Estuve rascando en una que no tenía ningún agujero grande, pero cuando atravesé el yeso y encontré más madera, me di por vencido. Parecía que hubiese rediseñado la casa específicamente para que nadie pudiese escapar de allí.

Seguramente podría romper los paneles de madera o incluso la puerta, pero eso causaría ruido y destrozos, y era muy probable que a Forman no le hiciese ninguna gracia. Era obvio que en aquel momento no me convenía hacerlo enfadar.

Pero ¿qué alternativa me quedaba? ¿Esperar ahí dentro a que regresara? ¿Y qué iba a hacer él entonces? Y si llegaba a escapar, ¿qué iba a hacer yo? Él sabía dónde vivía y estaba claro que no tenía nada en contra de infringir la ley cuando le convenía. Y, sobre todo, aún no tenía ni idea de cuál era su poder demoníaco.

Y entonces fue cuando oí el primer grito.

Los chillidos me llegaban ensordecidos por la distancia y las paredes y las puertas, pero aun así podía oírlos bastante bien. Uno sonó a «¿por qué haces esto?», otro a «¡pero si no he hecho nada!» y el resto fueron en su mayoría alaridos sin sentido.

Parte de mí quería ignorarlos: taparme los oídos y fingir que no oía nada; pero no lo hice. Escuché atentamente, esforzándome por entender todo lo que decían, imaginando la escena en mi cabeza. Imaginé que el cadáver torturado que había visto en la funeraria era uno de los «juguetes» de Forman, que él era el segundo asesino del que habíamos hablado. Eso significaba que yo ya había visto su trabajo, y entonces supe lo que le estaba haciendo a Stephanie. Los chillidos más agudos probablemente eran fuego; los gruñidos más graves probablemente los provocaban puñetazos y puñaladas. Sabía cuál era el significado de cada sonido y podría haber intentado bloquearlos, pero lo más fácil era que todo aquello me dejase de importar. Tal como había hecho de pequeño tantas noches en mi habitación, me acurruqué en la oscuridad y desconecté.

Un rato después otra voz se unió al festín de gritos: la de un hombre. Era Forman. Era un sonido horripilante: le chillaba a Stephanie pero al mismo tiempo aullaba con ella a causa de algún pánico compartido. Ambas voces se combinaron en un *crescendo* de miedo hasta que por fin una puerta lejana se abrió de golpe y una voz ululante y llorona huyó por el pasillo, pasó por delante de mi armario, y se dirigió a la puerta de entrada. Los pasos eran apresurados y fuertes, desesperados por salir de allí. Oí el ruido metálico de la cerradura, una, dos veces, golpes insistentes en la puerta, de nuevo el ruido metálico y por fin la entrada se abrió con estrépito. Los pasos siguieron en el exterior y la voz de Forman aulló de forma tan primitiva que el sonido me heló la sangre. El grito duró varios segundos y después enmudeció de pronto; lo único que se oía era el viento entre los árboles y la puerta golpeando la pared sin ton ni son.

Los pasos regresaron lentamente. No giraron hacia la habitación de atrás, sino que se dirigieron directamente a mi armario. Oí un quejido y la puerta crujió bajo el peso de Forman, que se había apoyado en ella.

—John, ayúdame —dijo con la voz cansada. La puerta repiqueteó contra el quicio al tiempo que su cuerpo temblaba pegado a ella—. Ayúdame. Ayúdame.

—¿Qué quieres que...? —No sabía qué decir—. ¿Qué ha pasado?

—Es demasiado; demasiado dolor y terror. No puedo soportarlo; no puedo.

Forman era un monstruo, un demonio; él mismo lo había confesado. ¿Qué podía asustarlo de aquella manera?

—No puedo ayudarte estando encerrado aquí dentro —respondí. ¿Podía aprovecharme de la situación para escapar?—. Déjame salir y dime de qué tienes miedo.

Algo pesado golpeó la puerta. La estaba aporreando con el puño.

—¿Forman? ¿Me oyes?

Pude oír su respiración: daba grandes bocanadas, como un hombre a punto de ahogarse que consigue salir a la superficie y coger aire.

—¿Forman? Déjame salir. Puedo ayudarte.

—Ya lo has hecho —respondió.

Volví a hablar con normalidad. La puerta se encajó en el quicio cuando él se apoyó en ella y cuando se levantó volvió a quedar suelta. Oí el crujir de las tablas del suelo a medida que se alejaba.

—¿De qué hablas? —grité— ¡Forman!

—Eres como una brisa fresca, John. Nos vemos por la mañana.

Se marchó y la casa quedó en silencio, y poco a poco el silencio se convirtió en una multitud de sonidos: susurros, sollozos lejanos y chillidos entrecortados que se ahogaban prácticamente al instante. La madera crujía —el techo, las paredes, los suelos— y detrás de la madera se oía un ruido estático hecho de tintineos, chirridos y cosas que se arrastraban y que venían de algún lugar oscuro de debajo del suelo. La casa gemía; la casa gruñía; la casa respiraba y temía y odiaba.

Cerré los ojos y soñé con la muerte.

## 16

Me desperté con el sonido del agua corriendo: una ducha. Rayos de luz se deslizaban por debajo de la puerta del armario; eran tenues pero prácticamente cegaban mis ojos cansados. Ya había llegado la mañana. La ducha fue corta y le siguió el ruido de unos cuantos pasos, el crujido de los muelles de una cama y el rumor metálico de unas perchas al rozar la barra del armario. Pronto se oyeron más pasos: más fuertes a medida que se acercaban y más suaves cuando pasaban de largo y se alejaban. La puerta principal se abrió y se cerró. Se oyó el ruido de unas llaves, amortiguado por la madera y la distancia. El cerrojo giró y el pasador encajó en el hueco.

La puerta del coche se cerró de golpe, el motor se puso en marcha y la gravilla crujió bajo las ruedas. Se oyó cómo aceleraba y después, poco a poco, el ruido se desvaneció.

Estábamos solos.

Me obligué a esperar un buen rato —todo lo que mi paciencia dio de sí— antes de intentar abrir la puerta; quería asegurarme de que Forman no iba a volver. O de que realmente se había marchado y no estaba escondido en la habitación del otro lado. Estaba paranoico y nervioso; los minutos pasaban con una lentitud angustiosa. Cuando estuve convencido de que era seguro, apoyé mi espalda contra la pared del fondo y empujé la puerta con los pies con todas mis fuerzas: no se movió.

Recoloqué el cuerpo, apoyé el pie izquierdo en el marco y me preparé para dar una patada con el derecho. La puerta quedaba enmarcada por una tenue línea de luz y calculé que dirigiría el golpe justo a ese lado. Un ruido sordo, pero nada. La golpeé una vez más y otra, cada vez más fuerte. Debía de estar reforzada, como las paredes.

—¿Quién está haciendo eso?

Me sobresalté, pues no esperaba oír ningún ruido. La voz era suave y lejana. De una mujer.

—¿Stephanie? —llamé.

—¿Quién es Stephanie? ¿Y quién eres tú?

La persona que hablaba estaba en algún lugar de la casa, en algún rincón alejado; seguramente estaba encerrada. Sonaba... enfadada.

—Me llamo John —grité—. Forman me trajo anoche.

—¿Estaba jugando contigo ayer?

Jugando. Él había dicho algo de «juguetes»; eso confirmaba que se refería a personas.

—No. Era Stephanie, la recepcionista de la comisaría.

—No me importa quién es —dijo la voz—. ¿Por qué estás rompiendo algo?

Sonaba aún más enfadada.

—Estoy encerrado en un armario. Intento salir de él.

—¿Crees que no me había dado cuenta? —preguntó—. Vas a hacer que se cabree y te garantizo que no te conviene que eso suceda.

Me quedé quieto y recordé los gritos de Stephanie de la noche anterior. ¿Por qué le molestaba tanto a aquella mujer que intentase escapar?

—¿Tú también eres una prisionera? —dije en voz alta.

—¿Qué coño quieres que sea?

—Puedo escapar. Puedo salir y buscar ayuda.

—¡No! —chilló. En su voz seguía habiendo ira, pero también algo más. Desesperación—. ¿Cómo dices que te llamas?

—John.

—Escucha, John: sé que piensas que puedes salir de aquí, pero no es cierto. Todas lo hemos intentado. ¿Te parece que estamos de fiesta aquí abajo? Nadie ha conseguido escapar y cuanto más a punto está alguien de conseguirlo, más daño nos hace a las demás.

Volví a patear la puerta, con fuerza. Se astilló un poco por el borde.

—¡John! —gritó la voz con furia—. ¡Basta ya, John!

Volví a patearla un poco más lejos del marco, usándolo como apoyo. La acometida dobló la madera.

—¡Matará a alguien! —chilló la voz—. ¿Es que no te lo crees? En las últimas semanas ha matado a cuatro.

—Janella Willis —grité y volví a patear la puerta; se dobló un poco más—. Y Victoria Chatham. No sé cómo se llamaban las otras.

—¿Cómo conoces a esas dos?

—Las dejó para que las encontrásemos. Me estaba tendiendo una trampa. —Le di otra patada a la puerta y se formó una grieta larga y un agujero—. Pero no tengo la intención de quedarme aquí atrapado.

—¡Maldita sea! —vociferó.

Me eché hacia delante y empujé el pedazo de madera rota con las manos. Había suficiente espacio para arrastrarme por el agujero, pero iba a ser muy incómodo.

—¿Piensas que lo pasará por alto? ¿Que no va a suceder nada? No parará cuando haya terminado contigo: ¡se vengará con todas nosotras!

Agaché la cabeza hacia el agujero evitando las astillas y los fragmentos de la puerta rota y estudié la habitación atentamente. A la luz del día parecía más fea: más sucia y vacía. Los muebles eran viejos y el sofá estaba hundido, y junto a la pared había apoyado un rollo amarillento de papel pintado.

Saqué un brazo con cuidado y con él hice palanca contra la parte exterior de la puerta para sacar la cabeza y el otro brazo por el agujero. La madera astillada rascaba; me estaba rasguñando la espalda, pero hice fuerza y saqué el otro brazo, que salió del agujero enrojecido, en carne viva. Con ambos brazos libres, me encogí todo lo que pude y empujé hasta sacar el tronco. Cuando conseguí sacar las caderas, las piernas fueron lo más fácil. Me puse en pie con una mueca de dolor: tenía el brazo y la espalda sangrando. La voz seguía chillándome y se le había unido un coro de lamentos.

—¿Cuántas sois? —grité.

—Cuatro, en el sótano. Y la persona con quien jugaba anoche.

—¿Estás segura de que aquí no hay nadie más? —pregunté mientras me acercaba a la ventana y miraba fuera. Estábamos en mitad del bosque y el coche no estaba—. La casa es muy grande.

—Cuando trae a alguien lo oímos —dijo la voz—. También sabemos cuando mata a alguien porque se pasa horas gritando. Es fácil llevar las cuentas de quién está viva y quién no.

De camino a la cocina me detuve.

—¿Por qué grita de esa manera?

—Porque es un loco cabrón —gruñó la voz—. ¿Qué más te da?

—Porque cuando salga de aquí, vendrá otra vez a por mí.

Entré en la cocina. Daba asco: había platos por toda la encimera y encima de los fogones, y las paredes estaban salpicadas de grasa. A uno de los armarios le faltaba la puerta y una de las dos sillas que había junto a la mesa no era más que una estructura de metal con un cojín hueco.

—La próxima vez que intente atraparme quiero estar preparado, por eso tengo que saber cómo hace las cosas.

—No vas a escapar —insistió la mujer.

La casa de Forman era como el reflejo raído y desgastado de mis sueños más oscuros: mirase donde mirase encontraba señales de encarcelamiento, tortura y muerte. Manchas de sangre en las paredes, una larga y gruesa cadena atornillada al suelo en una esquina, arañazos y tajos en todas las superficies. Una mancha de sangre seca y marrón cruzaba el suelo y se deslizaba por debajo de la puerta de la despensa. En una olla sobre fogones

había algo oscuro y turbio, y en la superficie flotaba algo abundante e informe; olía a carne, era un hedor asqueroso. La ventana de la cocina tenía barrotes. En el pasillo se oía una respiración renqueante y dificultosa y, por debajo de mí, el sótano vibraba con las voces desesperadas de los juguetes de Forman.

—John —dijo la mujer—, por favor, escúchame: si no dejas de pensar en escaparte, cuando veas que no vas a poder será peor. Tienes que hacerme caso. Te lo digo por tu propio...

—Ya he salido —dije—. ¿Cómo se baja al sótano?

Silencio. Salí de la amarillenta cocina y me adentré en la casa, siguiendo aquella respiración.

—¿Hola? —pregunté—. ¿Me oyes?

Otra mujer berreó desde el sótano.

—¡Ayúdanos!

—¡Silencio! —gritó la primera. El sonido parecía mucho más cercano—. ¿Qué quieres decir con que has salido?

—He roto la puerta del armario y he salido. Dime cómo puedo encontraros.

—¡Estamos en el sótano! —chilló la segunda—. ¡La puerta de la cocina!

—¡No os hagáis esto! —dijo la primera mujer—. Yo también quiero salir, tanto como vosotras; pero no podemos continuar haciéndonos ilusiones. Yo ya no lo soporto más.

Volví a la cocina. Solamente había una puerta, la que yo había asumido que era de la despensa. Tiré del pomo, lo giré, pero estaba cerrado con llave. Intenté abrirlo de nuevo y se oyó un ruido suave al otro lado, casi imperceptible. Me apoyé en la puerta y oí un sollozo quedo:

—Por favor, por favor, por favor...

Me aparté y lo volví a intentar.

—¿Forman lleva la llave encima?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —chilló la mujer; era obvio que estaba disgustada.

—Vale, cálmate. Voy a echar un vistazo.

—¡Date prisa! —bramó la otra.

Volví a salir al pasillo y fui hacia la parte trasera de la casa siguiendo la respiración trabajosa. El ruido me llevó hasta una puerta cerrada, aunque no con llave; la abrí con cuidado, consciente de que podía tratarse de algún tipo de trampa, pero no ocurrió nada. Era un dormitorio pequeño con un colchón desnudo tirado en el suelo, en una esquina. El papel de las paredes tenía un estampado de flores y estaba descolorido y rajado. Abrí la puerta del todo, entré y solté un grito ahogado.

Stephanie colgaba contra la pared de un par de cuerdas gruesas que tenía atadas a las muñecas. Las ataduras salían de un par de agujeros irregulares que había en el techo y le tiraban de los brazos hacia arriba y hacia los lados, lo justo para que no se pudiese arrodillar; colgaba de ellas inconsciente, como una cruz torcida. Llevaba la ropa del día anterior, la blusa y la falda que se había puesto para ir a trabajar, pero ahora estaba surcada de sudor y sangre; a sus pies, un charco de orina y sangre había impregnado la moqueta para mezclarse con un círculo de sangre mucho más grande y viejo. No era la primera víctima que colgaba de esas cuerdas. Tenía la cabeza echada hacia delante, lánguida; la sucia cabellera rubia se había convertido en un largo mechón que le cubría la cara y el pecho. La habitación olía a humo amargo y carne quemada.

Entré boquiabierto. La escena era aterradora y repugnante y hermosa: en una sola habitación se reunían muchos aspectos de mi vida, destilados en una única forma sólida. Todos los sueños que había evitado tener al dejar de dormir; las oscuras fantasías, lo que yo quería hacerle a otras personas. ¿Cuántas veces había imaginado esta misma escena con mi madre, para enseñarle a no querer controlarme? ¿Cuántas veces había visto a Brooke en mi cabeza desesperada por que yo la salvase, dispuesta a cualquier cosa con tal de convencerme? Me había pasado toda la vida construyendo normas y eliminando vínculos con los humanos para evitar aquella habitación; pero ese mismo empeño había hecho que aquel lugar se me antojase mucho más grande, una especie de triunfo fantasma. Se trataba al mismo tiempo de un infierno personal y de un ideal inalcanzable. Era todo lo que siempre me había negado a mí mismo e, ineludiblemente, todo lo que siempre había deseado.

La respiración de Stephanie era dolorosa y sibilante; el ángulo antinatural de los brazos seguramente le constreñía el pecho y cortaba el paso del aire a los pulmones. De todos modos, respiraba y eso significaba que estaba viva; y el hecho de que aún no hubiese reaccionado a mi presencia ni a la conversación a gritos con las mujeres del sótano quería decir que probablemente estuviera inconsciente. Me acerqué y la observé con más atención. La blusa era de manga corta; tenía los brazos cubiertos de cortes poco profundos y quemaduras rabiosas. Me incliné por el costado para verle la cara detrás de la mata de pelo. Tenía el ojo y la mejilla ocultos por una serie de verdugones y moratones, y la nariz rota, de cuando Forman la atacó en la comisaría.

Cerré los ojos y recordé los alaridos.

Un poco más allá había un tocador lleno de herramientas. No se trataba de una selección ordenada y limpia de instrumentos de tortura como la que podrías ver en una película de espías, sino un montón de cuchillos de cocina y herramientas de bricolaje apilados sin más. Destornilladores, alicates, una pinza de presión, un martillo. Había un cojín acribillado de agujas. Una cajetilla de cerillas, un juego de velas y, por raro que parezca, un paquete de bengalas para fiestas. Cogí el alicate plano, que tenía algo negro e irregular atrapado entre los dientes metálicos. Lo dejé y cogí un cuchillo de pelar que tenía el corto filo cubierto de sangre seca; capa sobre capa de sangre seca, como si hubiese cortado a cien víctimas sin que lo limpiasen ni una sola vez.

Stephanie colgaba inmóvil de las cuerdas, totalmente quieta, como un cadáver. Acerqué el cuchillo a su cuerpo con el filo hacia arriba, como una ofrenda. Tantos sueños...

La gravilla crujió en el camino y levanté la mirada abruptamente.

—¡John! —gritó la mujer del sótano.

Dejé caer el cuchillo y di un paso hacia la puerta, pero me detuve en seco, retrocedí y volví a cogerlo. No sabía de qué me podía servir en un enfrentamiento contra un demonio, pero era mejor que nada. Con un poco de suerte podría huir sin tener que hacerle frente.

Me dirigí con paso ligero hacia la parte de atrás de la casa, con la esperanza de que el suelo no hiciese ruido. Tenía que haber una puerta trasera. Encontré otro dormitorio, seguramente el de Forman; estaba igualmente vacío de muebles, pero tenía un armario lleno de buenos trajes y camisas limpias de color blanco. Al otro lado había un baño; los azulejos estaban rotos y cubiertos de moho y, un poco más allá, había otra habitación cuya puerta sí estaba cerrada con llave. Lo que no había por ningún lado era una puerta trasera. Podía esconderme en una de las habitaciones y esperar a que se marchase, pero no: en cuanto entrase se iba a dar cuenta de que había escapado. La puerta rota del armario era prácticamente lo primero que iba a ver. Sabría que me había escapado y vendría a por mí.

La puerta principal se abrió, un tintineo lejano de cerrojos y llaves. Forman me llamó.

—¿De verdad creías que podías escapar, John? —Hizo una pausa y volvió a hablar—. Esa puerta era nueva. La próxima vez tendré que poner una metálica.

Había empezado a hablar incluso antes de entrar, antes de ver la puerta ya sabía que estaba fuera. ¿Cómo era posible?

—¿Estás confundido, John? Es normal. ¿No te han dicho los juguetes que nadie ha conseguido marcharse?

Volví sigilosamente hacia la habitación donde Stephanie colgaba inconsciente. Allí había una ventana que quizá pudiese abrir para salir antes de que entrara él.

—Ah —dijo Forman—, esperanza. Siento mucha esperanza activa; hacía mucho tiempo que nadie la sentía aquí. —Oía sus pasos; aún tenía que pasar por delante de varias habitaciones, pero se acercaba—. Si sientes esperanza es que tienes un plan, aunque no estás ni mucho menos lo suficientemente enfadado para atacarme y eso significa que piensas que puedes salirte con la tuya. No hay puerta trasera y es obvio que las ventanas no son una opción. ¿De qué puede tratarse?

Me escabullí por la puerta de la habitación de Stephanie y miré la ventana: tenía barrotes, como la de la cocina. ¿Acaso los había por toda la casa?

—La desesperación va en aumento —dijo Forman mientras su voz se iba acercando—. O bien tu plan no funciona o te estoy asustando; puede que ambas cosas. En cualquier caso, te has quedado sin opciones.

Si un rato antes no me hubiese centrado tanto en la tortura de Stephanie, habría visto los barrotes. ¿Qué más se me había escapado? Giré sobre mí mismo buscando cualquier cosa que pudiese utilizar para salir de allí o defenderme. En la esquina había un pequeño armario pero no tenía puerta y el montón de cajas que había dentro era demasiado pequeño para taparme. Podría revolver los cajones del tocador, pero Forman estaba demasiado cerca y oiría cualquier ruido. Para entonces ya estaba desesperado y buscaba cualquier cosa: el colchón era viejo, la bombilla estaba fundida, la pared del fondo era una placa desnuda de yeso. Había...

En la pared había un par de ojos.

A la altura de los míos, en la pared del fondo, había un agujero en el yeso y dos ojos que miraban hacia fuera. Retrocedí de un brinco, sobresaltado, y estuve a punto de caerme; pero no era Forman, sino otra persona, alguien sucio e inmóvil. Me quedé quieto esperando a que moviera los ojos, que sacudiera la cabeza, cualquier indicio de un gesto. Parpadeó y vi un brillo: estaba llorando.

Era otra prisionera. Forman había construido la nueva pared alrededor de alguien y había dejado únicamente un agujero a la altura de los ojos que apuntaba directamente a la estación de torturas. La mujer de la pared, muda e inmóvil, no había tenido más remedio que ver todo lo que Forman le había hecho a Stephanie la noche anterior.

También había visto todo lo que yo había hecho allí.

—Sorpresa —dijo Forman desde el quicio de la puerta. Me estaba apuntando con la pistola—. Bueno, susto, en realidad. Y las dos cosas que más probabilidades tienen de hacerte sentir esto están en esta habitación. La verdad, John, es que le has quitado toda la gracia al asunto.

—¿Quién es ella? —pregunté señalando los ojos.

—Un experimento —dijo Forman—. Una mejora de la mazmorra, por decirlo de alguna manera. Un intensificador.

—¿Para intensificar qué?

—Dos víctimas por el precio de una —dijo Forman—. Abajo consigo un efecto parecido, claro, pero tener a una víctima emparedada añade un marcado toque de desesperación que no puedo replicar de ningún otro modo. Como te podrás imaginar, soy una especie de entendido en el tema.

—¿En la tortura?

—En las emociones, John. La tortura es un método, no un fin.

Emociones. Así es como me había localizado dentro de la casa y me había interpretado tan bien la noche anterior: porque no me estaba comprendiendo en absoluto, sino que sentía exactamente lo mismo que yo. Por eso se había asustado tanto en el coche, porque yo tenía miedo; y por eso estaba como estaba después de torturar a Stephanie, porque sentía a la vez todo su miedo y el de la mujer de la pared.

—El albor de la comprensión —dijo Forman—. Estás recomponiendo el rompecabezas.

—Sientes todo lo que yo siento.

Forman asintió, sonriendo.

—¿El otro demonio hacía lo mismo, Mahai o comoquiera que lo llamasen?

—Mkhai —dijo Forman—. Y no, no lo hacía. De haber sido así, difícilmente lo hubieses podido matar: habría sabido que ibas a por él incluso antes de que estuvieras preparado para hacerlo.

—¿Puedes leer la mente?

—No leo, John, siento. Siento exactamente lo mismo que tú. —Dio un paso adelante, con la pistola inmóvil y amenazadora—. Si siento anticipación, sé que alguien que se encuentra cerca de aquí está esperando algo. Alguien está excitado; entonces empiezo a sentir un poco de miedo y sé que están esperando algo peligroso, y después algo más oscuro, como odio o agresividad, y sé que por ahí hay alguien que planea hacerle daño a otra persona, porque de pronto yo tengo las mismas ganas de herir a alguien. Eso también quiere decir que si, por algún motivo, te atrevieses a utilizar eso —señaló el cuchillo de pelar con la pistola—, lo sabré al mismo tiempo que tú.

Miré el cuchillo que tenía en la mano y lo dejé sobre el tocador.

—Si sientes las emociones de la gente, ¿por qué les haces daño? ¿No prefieres pasarte la vida repartiendo felicidad y alegría, y llenando el mundo de buenos sentimientos?

—Los sentimientos no son buenos ni malos —dijo, y dio otro paso adelante—. Solamente son débiles o fuertes. El amor, por ejemplo, es débil: una chica te quiere, tú también, sois felices un tiempo y después pierde toda la intensidad. Sin embargo, si en la pareja uno traiciona a la otra persona, entonces sí hay emociones verdaderas: algo potente, que te deja una marca de la que no te librarás jamás. La traición es la más dulce de todas, pero hace falta tiempo para prepararla. El miedo puede ser igual de intenso si sabes lo que haces.

Se acercó poco a poco, sonriendo ligeramente.

—Tú sabes lo que es el miedo. Seguro que cuando te enfrentaste a Mkhai sentiste un temor más intenso del que la mayoría de personas ha conocido. Miedo, traición, ira, desesperación... las emociones menores no tienen ni punto de comparación.

No di mi brazo a torcer.

—Forman, me han diagnosticado una sociopatía. Conseguir que sienta emociones intensas te va a costar tanto que no valdrá la pena.

—No te he traído aquí para que pasemos un buen rato, sino para que me hables de Mkhai.

—Pero tú sabes más que yo. Lo conoces desde hace cientos de años.

—Miles —me corrigió—. Pero hace cuarenta años desapareció y ahora resulta que está muerto. Tú sabes dónde ha estado durante todo ese tiempo y me lo vas a contar.

—¿Y me lo vas a sacar a base de torturarme?

—Nada de lo que me puedas revelar bajo tortura tiene valor —replicó Forman—. Me lo dirás cuando estés listo para ello. Pero de momento creo que ha llegado el momento de que te presente al resto de los juguetes.

Forman me lanzó un llavero que se había sacado del bolsillo.

—Abre. Es la redonda pequeña.

Estábamos en la cocina y él me apuntaba con la pistola. Ese detalle me interesaba: Crowley/Mkhai no la necesitaba porque sus manos se convertían en garras. Me pregunté si Forman no podía hacer eso. Estaba convencido de que todos los demonios eran más o menos iguales, pero al parecer me equivocaba; Crowley robaba cuerpos, pero el tema de las emociones era completamente nuevo. Me intrigaba si Forman también tenía una apariencia demoníaca oculta bajo la humana o si su estructura física era más estable.

Encontré la llave y abrí la puerta. El olor que venía de abajo era fétido y amargo, como el de una alcantarilla.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunté.

—Los juguetes. Radha y Martha y... No, creo que Martha ya no está. Todas se parecen mucho, sobre todo después de unos cuantos meses en el sótano.

—¿A mí también me vas a encerrar ahí abajo?

—Bueno, tampoco puedo dejarte corretear por aquí arriba, ¿no? Las puertas son muy caras. —Me puso la pistola en la espalda, un cañón frío y metálico—. Venga, tira para abajo.

Las escaleras eran estrechas y empinadas, y tuve que agarrarme al pasamanos para no caerme. En la parte superior de la pared del fondo había un ventanuco sucio, pero la luz que entraba por ahí era muy débil y mi vista aún no se había acostumbrado a la oscuridad; hasta la mitad de las escaleras estuve prácticamente ciego, y entonces Forman accionó un interruptor a mi espalda.

—Quieto ahí —me ordenó.

La habitación que había a mis pies se iluminó con una potente luz amarilla, y cuatro siluetas sucias y demacradas se enroscaron sobre sí mismas como hierbajos marchitos. Eran unas mujeres vestidas con harapos, tres de las cuales escondían su cara. La habitación estaba hecha del cemento a la vista y en la esquina donde las mujeres estaban encadenadas había una cañería y una serie de ganchos que colgaban del techo. El suelo también parecía de cemento y estaba cubierto de una capa de suciedad, residuos y sangre.

En la esquina había unos tablones de madera y encima un trío de barriles de metal, anchos y bajos.

—Ellas son mis juguetes —me susurró Forman al oído—. Son las que sobrevivieron a las pruebas del principio. No creo que nuestra amiga Stephanie se vaya a unir a ellas.

—¿Por qué no?

—Es demasiado débil. Me cansaré de ella muy, muy rápido. Pero ésta... ésta es mi favorita.

Señaló a la mujer de la esquina más alejada: la única que se atrevía a aguantarle la mirada. Nos observaba furiosa.

—Mírala —dijo Forman—, está que rabia. Debo volver a la comisaría, pero... tengo algo de tiempo. Coge las llaves y tráemela.

—No voy a ayudarte.

Me dio un empujón con el cañón y me hizo perder el equilibrio. Me agarré al pasamanos justo a tiempo de evitar la caída, pero me golpeó con la empuñadura con fuerza en los dedos y me solté sin querer. Caí escaleras abajo y me di un buen golpe en la cabeza contra uno de los escalones de madera; al llegar abajo y caer de espaldas sobre el duro suelo de cemento, me quedé sin aliento.

—No me vuelvas a contestar —dijo Forman sin alterarse—. El resto de los juguetes ya se saben esa lección.

Me puse de rodillas entre quejidos de dolor y me quedé ahí quieto unos segundos, hasta que la cabeza dejó de darme vueltas. Me agarré el extremo del pasamanos y me puse en pie.

—Muy bien —dijo Forman—. Ahora, tráemela.

Crucé la estancia mirando dónde ponía los pies para evitar los montones de basura y las latas de comida para perros que había aquí y allá. Cada una de las mujeres se encogió a mi paso. Estaban delgadas hasta el extremo de peligrar su salud, además de cubiertas de barro y suciedad; tenían la ropa hecha jirones y a través de los agujeros y las rajadas de la tela se veían las cicatrices y la piel, tensa por encima de las costillas.

En el sótano había cuatro mujeres y arriba al menos dos más; toda la casa era un pozo de terror y odio, hasta el punto que incluso yo era capaz de palparlo. ¿Cómo podía Forman aguantar aquello? Por lo que me había dicho en la cocina, el reflejo emocional no era algo que pudiese apagar, sino que ocurría siempre, y siempre sentía lo mismo que las personas de su entorno. Seguramente por eso no se movía de las escaleras y me había enviado a mí a por una de las víctimas; ahí abajo pasaría tanto miedo que se quedaría hecho un inútil.

¿Podría usar eso en su contra?

La mujer de la esquina me miró fijamente mientras me acercaba a ella, igual que el gato del almacén. Tenía la piel oscura, aunque no supe distinguir de qué raza era. Parecía

algo mayor que Lauren, pero, dado su estado, tampoco podía estar seguro.

—Eres tú, ¿verdad? —susurré al arrodillarme frente a ella.

—Vete al infierno.

—¿Quién es la mujer de la pared? —pregunté.

Me miró con recelo.

—¿Quién?

—Arriba —dije en voz baja, abriendo el candado lentamente para alargar la conversación—. Hay una mujer atrapada dentro de la pared.

—¿Qué pared?

Hice una pausa.

—En la sala de torturas.

—No sé de qué hablas.

—Tienes que haberla visto.

—¿Quién eres? —exigió.

—Soy John Cleaver.

—No, ya no, ahora eres uno de nosotros. O quizá otra cosa, algo diferente. —Entrecerró los ojos—. Nosotros sólo somos juguetes; tú eres su mascota.

—No te entretengas, John —dijo Forman desde arriba.

—Escucha, ¿cómo te llamas?

—Radha.

—¿Radha?

—Es indio —gruñó.

—Vale, escúchame; no tengo demasiado tiempo. Creo que puedo acabar con él, pero necesitaré tu ayuda.

—No podrás —dijo Radha—. Y se vengará con nosotras.

—Se vengará conmigo.

—No seas idiota —espetó—. Tú le rompes la puerta del armario y quién sabe qué más, y ¿a quién va a castigar?

Negué con la cabeza.

—No va a castigar a nadie —dije—. ¿Cómo te saca de aquí cuando yo no estoy? ¿Cómo coge a las demás?

—¿Y a ti qué te importa?

—Dímelo. ¿Puede bajar hasta aquí?

Resopló y miró detrás de mí.

—Puede hacer lo que quiera.

—Puede, pero ¿lo hace? —La miré fijamente a los ojos, intentando que se centrara—. Necesito saber si alguna vez ha bajado hasta aquí y qué pasó entonces.

Miró por encima de mi hombro.

—Se está impacientando.

Se pasó los dedos por encima de las cicatrices del pecho.

—Contéstame —supliqué.

—Pues claro que baja. ¿O es que crees que subimos nosotras solas?

—Cuando baja, ¿se asusta? ¿Parece nervioso, tembloroso o algo así?

—Pero ¿por qué iba a tener miedo de nosotras? —preguntó Radha—. Él tiene una pistola y nosotras estamos encadenadas. Y ¿cómo pretende un idiota como tú pararle los pies?

Estaba tan sumamente enfadada que prácticamente gruñía. Ajá.

—Eres tú —dije mientras echaba un rápido vistazo a mi alrededor—. Tú estás enfadada, y él se fija sólo en eso.

—Tengo muchos motivos para estar enfadada.

Radha era su favorita precisamente por eso: era tenaz y muy brava, y él podía aprovechar esa ira para mantenerse a flote cuando el miedo de las demás lo hacían huir a toda prisa. Por eso había salido corriendo la noche anterior, por Stephanie: ella estaba aterrorizada, así que él también. Vino a mí para tranquilizarse.

—No debes dejar que nada te enfurezca —dije—. Tienes que estar aterrorizada, y yo también. Es la única manera.

—Ya viene —dijo Radha.

—Puede centrarse en una emoción y dejar de lado el resto. Así es como sabía en qué parte de la casa estaba yo, aunque vosotras estuvieseis aquí abajo lanzando interferencias. Puede ignorarlas y...

—¿De qué hablas? —preguntó ella.

—Digo que creo que tienes razón. Que me está usando como mascota, para tranquilizarse después de haceros daño.

No parecía estar entendiendo nada. ¿Es que no sabía que Forman absorbía emociones?

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber.

—Significa que mi plan fracasará —respondí—. Debo encontrar otra debilidad.

Algo duro y rápido se estrelló contra mi sien y la vista se me nubló con una explosión blanca. Caí al suelo agarrándome la cabeza y oí la voz de Forman justo encima de mí, un ruido difuso que se confundía con la ráfaga de ruido estático que me ensordecía. Intenté levantarme con mucho esfuerzo, pero me dio una fuerte patada en el estómago y caí rodando, doblado en dos por el dolor.

—¿No te ha dicho que no trames nada contra mí?

Tuve un ataque de tos ronca, me volví sobre el costado y vomité.

—Aunque tengo que darte las gracias por algo —dijo—. Has conseguido que Radha tuviera un poco de esperanza, solamente durante un segundo, y eso ha hecho que la desilusión de después fuese mucho más dulce.

Volví a toser agarrándome el estómago con un brazo y la cabeza con el otro.

—Levanta —dijo, pero no me moví—. ¡Levanta! —gritó, y disparó un tiro.

El ruido fue ensordecedor y algunas de las mujeres chillaron. No me dio; debió de ser una advertencia, un disparo a la pared.

La mujer que estaba más cerca de mí gimoteaba y pensé en todo el miedo que debía de estar fluyendo hacia Forman. Levanté la mirada y vi que sonreía, casi con lascivia, los ojos muy abiertos. Parecía estar borracho.

Era como una droga.

—Ahora, levanta —dijo.

Me arrodillé con mucha dificultad y me dio otra patada, aunque más floja: sólo para mostrarme quién estaba al mando. Hice una pausa, de rodillas, respirando trabajosamente, y planté un pie y luego el otro. Durante un momento me quedé agachado, con las manos en las rodillas, mientras intentaba respirar hondo e ignorar el dolor.

Radha estaba en silencio, pegada a la pared. Al parecer, a pesar de su ira, había aprendido a no llevarle la contraria.

—Coge esto —dijo después de tirar algo en el suelo, delante de mí. Era mi navaja—. Cógela —repitió. Me agaché y la cogí—. Como Radha y tú os habéis hecho tan amigos, ¿por qué no os conocéis un poco mejor? Hazle un corte.

—No —respondí.

Me dio una patada detrás de la rodilla y caí de nuevo; al intentar sujetarme, solté la navaja.

—Ya te he dicho que no me contestes —dijo—. Ahora ponte en pie.

Recuperé la navaja y me levanté. Radha me miraba ferozmente, con los ojos entrecerrados, mostrándome los dientes.

—He leído la documentación de tu caso —dijo Forman—. Estás obsesionado con la muerte. Y gracias a la conversación de anoche, resulta que también sé que ya has matado a

una persona; imagino que los recuerdos llevan meses carcomiéndote. Creo que debes de estar desesperado por herir a alguien más.

La expresión de Radha era dura, forzada. Parecía una máscara de la muerte. Tenía los puños bien apretados.

—Llevo toda la vida estudiando gente como tú, John; sé exactamente lo que piensas. —Forman estaba detrás de mí, pero su voz llenaba toda la estancia—. Sueñas con hacer daño. Torturas animales: les arrancas las alas a las moscas. Eso es ella, John: es una mosca, un insecto. No es nada. Hazle un corte.

Radha me miraba desafiante, pero con los ojos más abiertos que antes, con una mirada menos directa. Creía que estaba de su parte y ahora comenzaba a dudar. Empezaba a tenerme miedo.

De algún modo, la navaja que tenía en la mano se había abierto. La levanté y miré cómo la luz se reflejaba en la hoja, cómo se deslizaba por ella como si fuera miel.

La sensación de la navaja en mi mano era tan... correcta... Si me deshacía de todo lo que me rodeaba, aquél era yo: un hombre con una navaja, respetado y temido, libre de hacer, decir y ser lo que le viniera en gana. Unos meses antes había estado en la misma situación, exactamente en la misma postura, blandiendo un cuchillo ante mi madre, viendo cómo se encogía de miedo, sabiendo que podía hacer lo que se me antojase. En aquel momento fui un dios; igual que Forman, que también lo fue antes de perderlo todo. ¿Por qué? ¿Para forzarme a mí mismo a vivir conforme a un patrón en el que no encajaba y pasar el resto de mi vida en una dolorosa mentira? ¿Para continuar los días aislado del resto del mundo y las noches perdiendo la batalla contra mi propia naturaleza? Había malgastado dieciséis años intentando ser alguien que no era, y llevaba todo ese tiempo haciéndome la pregunta equivocada.

En lugar de preguntarme cuánto tiempo podría seguir aguantando así, debería haberme cuestionado por qué debería hacerlo.

Radha se dio cuenta de ello: un cambio en mi mirada, en mis manos o en mi cuerpo había hecho pensar que estaba a punto de hacerlo. Estaba asustada. Sabía las ganas que tenía de hacerla, de abrirla en canal, de escucharla chillar sólo para mí.

«¿Para mí o para Mr. Monster?».

Llevaba días sin pensar en Mr. Monster. Solía ocupar mi mente como una infección que se duplicaba y crecía, pero llevaba sin pensar en él desde... desde la noche que maté el gato en el almacén. Esto no significaba que hubiera desaparecido, sino que se había fundido de tal manera con mi propia consciencia que yo me había convertido en él. John prácticamente había desaparecido.

Alcé la navaja y la miré fijamente. Había tantas opciones, tantas cuchillas y herramientas... Un abrelatas, una sierra, un sacacorchos. Quería probarlas todas; quería sentir la tensión de sus músculos cuando le apretase el filo contra la espalda; escucharla

gemir de dolor, suavemente y llena de terror. Ése era yo.

Sin embargo, ése no era quien yo quería ser.

Apoyé el dedo detrás de la hoja y empujé lentamente: hacia arriba, hacia el lado y hacia abajo. Se cerró con un chasquido.

—John... —dijo Forman lentamente. ¿Qué sentía a través de mí?

Levanté la navaja y la agarré bien fuerte dentro de la mano, con el puño cerrado, mirando a Radha a los ojos. Me costaba verla, como si tuviese la vista nublada. Me había echado a llorar. Dejé caer la navaja y mientras se precipitaba al suelo me hizo un tajo en el alma y separó a Mr. Monster de mí como si fuese un enorme tumor. Me sentía herido, partido por la mitad, pero volvía a ser yo mismo.

—Idiota —dijo Forman y me dio otro golpe: un porrazo detrás de la cabeza que me tumbó como si fuera un saco de piedras. Radha me cogió y se arrodilló en el suelo para amortiguar mi caída. Detrás de mí Forman maldecía amargamente y oí un fuerte ruido metálico.

—Idiota —dijo Forman—. Eres un completo idiota, un enfermo. ¿Crees que no puedo hacerte nada? ¿Por qué no le preguntas a tu nueva novia lo divertido que es el agujero?

Se oyó un chirrido y Radha me acercó más a ella y me alejó de Forman. Me cayó algo pesado sobre el pie; al girarme vi que era un grueso tablón de madera. Forman había movido los tres barriles de la esquina y había retirado los tabloncillos de debajo. Había un ancho agujero en el suelo de cemento y, más allá, sólo oscuridad.

—No cedas nunca —susurró Radha—. Por muy mal que se pongan las cosas, no importa lo que te diga que hagas: no cedas.

Algo me agarró por detrás y tiró de mí; me alejó de Radha y mi pie salió de debajo de la madera.

—Este sitio te va a encantar —dijo Forman—. Es un lugar ideal para un imbécil como tú: no hay nada que hacer ni que ver; nada en lo que pensar más que en lo mucho que te odias a ti mismo.

Me arrastró por el suelo y vi que el agujero estaba lleno de agua marrón y aceitosa. Intenté soltarme pero me agarraba con demasiada fuerza; me llevó hasta el borde y me tiró dentro.

El agua era menos profunda de lo que creía, puede que unos treinta centímetros, así que me golpeé contra el fondo de una manera torpe; la caída fue inesperadamente dolorosa, y el agua era viscosa y fría. Me incorporé mientras intentaba reorientarme y justo entonces sentí que una de las pesadas tablas me daba en la cabeza. Caí de bruces en el agua y de pronto no hubo más ruidos; los sonidos eran lejanos y apagados, se difuminaban hasta convertirse en nada.

Quería que se apagarán para siempre.

## 18

—¡John!

Era un susurro áspero, alto y suave al mismo tiempo.

—John, ¿estás bien?

Sonaba amortiguado y distante.

Tenía frío y me palpitaba la cabeza. Me moví un poco y una punzada de dolor me atravesó. El agua sucia me salpicó la cara.

—Se ha movido —dijo la voz—. Está vivo.

—¿Nos oyes? —preguntó otra voz.

El dolor del cráneo estaba centralizado; intenté alcanzarlo con la mano, pero, en cuanto me moví, resbalé y me hundí en el agua. Volví a apoyar el brazo y salí resoplando a la superficie. El agua era demasiado profunda para estar tumbado, de modo que tenía que apoyarme con los brazos; al mismo tiempo, los tablones de arriba estaban demasiado cerca para sentarse cómodamente. Me sujeté con más cuidado y levanté la mano para tocarme la cabeza. Me costó torcer el cuerpo hasta alcanzar aquella postura, pero al final rocé con los dedos un bulto grande y doloroso: era enorme. Tenía suerte de no haberme ahogado.

—¿John? —dijo una voz. Después continuó más bajo—: Se llama John, ¿verdad?

Intenté contestar, pero tenía la garganta en carne viva y lo que salió fue un ruido áspero e ininteligible. Tosí, tragué saliva y lo volví a intentar.

—¿Radha? —pregunté.

—Se la ha llevado arriba —dijo la voz—. No volverá hasta mañana. Yo soy Carly.

Me acordé de Stephanie, que estaba colgada allí arriba, y de todas las cosas que Forman le había hecho. Ahora se las iba a hacer a Radha. En algún rincón de mi interior, Mr. Monster anhelaba estar presente cuando torturasen a las mujeres, deseaba formar parte de eso. Muy bien; si era consciente de la existencia de Mr. Monster, eso quería decir que volvíamos a estar separados. Que yo volvía a estar al mando.

—Arriba hay otra mujer —dije—. Se llama Stephanie. La trajo la misma noche que a mí.

—Tarde o temprano la bajaré aquí, si es que sobrevive —comentó Carly.

Hubo una pausa y después se oyó otra voz.

—¿Dónde estamos?

Me quedé callado un instante.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Yo soy de Atlanta —dijo la nueva voz—. No estamos cerca de allí, ¿verdad?

Atlanta. ¿Es ahí donde Forman vivía antes de venir a Clayton? Ninguna de ellas era de la zona; de otro modo, nos hubiésemos enterado de las desapariciones por las noticias.

—No —contesté—, no estamos cerca de Atlanta. ¿Sois todas de allí?

—Somos de todas partes —dijo otra mujer. Con ella hacían tres, más Radha—. ¿Qué día es hoy?

Pensé en el día anterior, aunque ahora me parecía muy lejano.

—Hoy es 12 de junio.

—Tres meses —dijo una de las chicas.

—Yo, cuatro —dijo Carly.

—Yo, casi cinco semanas —dijo la tercera.

Forman llevaba casi siete meses en Clayton, aunque viajaba a menudo. ¿Había estado recogiendo mujeres por todo el país?

—Tú, la de Atlanta —dije—. ¿Te capturó allí hace tres meses?

—No —respondió—, en Nebraska. Me llamo Jess —añadió un momento después.

—Jess, ¿y has estado aquí desde entonces?

Otra vez me palpitaba la cabeza de dolor y me moví ligeramente para aligerar la presión sobre el chichón.

—Aquí no; pero prisionera, sí.

—Había otra casa —dijo Carly—. La mayoría vinimos de la otra, pero él no iba mucho por allí. Alguien aparecía una vez a la semana para darnos de comer, no sabemos quién. De todos modos, Forman venía lo suficiente para tenernos aterrorizadas. Más o menos un mes después, nos metió a todas en una furgoneta y vinimos aquí. A Jess se la llevó de un bar de carretera.

—Estaba de viaje —dijo ésta en voz baja.

—A mí me secuestró en Minnesota —afirmó la tercera voz. Hizo una pausa y añadió—: Soy Melinda.

—Así que vino aquí hace más o menos siete meses para investigar el caso del asesino

de Clayton, pero aun así viajaba por todo el país. Entonces es cuando os secuestró a vosotras y a las otras cuatro que ya han muerto.

Era como una adicción: no podía dejar pasar mucho tiempo sin torturar a alguien; necesitaba el subidón emocional como si fuera una droga. ¿Podía volver eso en su contra? Tenía que haber alguna manera de salir de aquella situación.

—¿El agujero estaba ya hecho cuando llegasteis?

—Sí —contestó Carly—. Y las cadenas y las cuerdas de las vigas de arriba estaban colocadas.

—Además, las paredes están reforzadas —dije—. Le habrá costado cierto tiempo, pero lo dejó todo preparado para tener la mazmorra en marcha antes de que llegaseis. Eso significa tener que mover muchas cosas.

—Ya lo hizo una vez —comentó Jess—, al menos una. Radha se acuerda de otra casa; es la que lleva aquí más tiempo.

Por supuesto, Radha era su favorita porque era una luchadora. Todos los días escogía entre luchar y ser su víctima favorita, o darse por vencida y morir.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunté.

—Un año —dijo Melinda.

Un año. Después de un tiempo, la mayoría de las personas escogerían morir, pero al parecer ése no era el caso de Radha.

Entonces ella empezó a chillar y el sonido se coló desde arriba como una profecía de muerte. Todos nos quedamos en silencio; yo me deslicé bajo el agua hasta que ésta me cubrió los oídos y ahogó el ruido.

• • • • •

El agua era maloliente y aceitosa; seguramente allí habían estado varios prisioneros y no parecía que Forman hubiese limpiado el agujero jamás. Cuando sentí la necesidad de hacer pis, aguanté todo el tiempo que pude, pero al final no tuve más opción que dejarme ir. El agua se calentó y al fin dejé de tiritar.

Entré en un estado de duermevela aunque, incluso mientras dormía, era consciente de mi cabeza, mis brazos y la superficie del agua. Intenté girar el cuerpo, colocarme en un ángulo determinado o hacer presión contra las tablas de arriba, pero eran demasiado pesadas como para moverlas. Seguramente los barriles estaban llenos de tierra o de más agua.

Acabé colocado en posición perpendicular a una de las paredes, con la cabeza encajada contra un lateral y los brazos cruzados por debajo. Con los puños puestos uno encima del otro, podía mantener la cara fuera del agua. Me quedé quieto, respirando poco a poco, prácticamente inconsciente.

No había comido ni bebido nada desde la cita con Brooke y, después de horas tumbado en el agujero, el hambre me hizo sentir débil y enfermo, y tenía tanta sed que apenas podía tragar nada. No había otra cosa para beber que el agua en la que estaba tumbado, así que di un trago tímidamente e intenté dormir.



—¿Sigue ahí dentro?

—Sí. No habla, pero de vez en cuando oímos el agua, así que sabemos que está vivo.

—Debe de estar dormido. —La voz era débil, pero me resultaba familiar. Radha había vuelto.

—Estoy despierto —dije y apreté la cabeza y los brazos contra la pared, más firmemente. El agua formó pequeñas olas a mi alrededor.

—¿Quién eres? —preguntó Radha.

—Me llamo John Cleaver.

—Ya sé cómo te llamas. ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?

—Por la misma razón que vosotras.

—Pero nunca había cogido a un chico —dijo Carly.

—Y dijo que eras un asesino —dijo Radha.

—Yo...

Me quedé callado. ¿Qué podía contarles? Y aún más importante: ¿qué me podían contar ellas a mí? Habían vivido con Forman desde mucho antes que yo lo conociera; si se transformaba en demonio, quizá ellas lo supiesen.

—¿Alguna vez habéis visto a Forman con un aspecto... diferente?

—¿Te refieres a un disfraz? —preguntó Radha—. Yo no he visto ninguno.

—No —dije—. Quiero decir si alguna vez lo habéis visto... no sé, con garras o algo así, o con colmillos. ¿Alguna vez tiene aspecto de monstruo?

Silencio. Un momento después oí a Radha hablar en voz baja.

—Está delirando.

—Es porque está en el agujero —dijo Melinda.

—No —dije—, hablo de cosas reales. Uno de sus amigos era... —Callé.

No sabía si Forman estaba escuchando y lo que iba a decir era información que aún no le había proporcionado. En teoría, ése era el motivo por que me había llevado allí: para saber qué le había pasado al demonio Mkhai.

De todos modos, su confusión contestaba a mi pregunta. Si le hubiesen visto cambiar

de forma, me habrían entendido inmediatamente. No hacía falta dar más información.

—Da igual —dije.

—Entonces, ¿has matado a alguien o no? —preguntó Radha.

—Sí, a un amigo suyo. Pero no quería hacer daño a nadie.

Silencio.

—¿Puedes matar a Forman? —me preguntó Melinda.

Oí gritos ahogados de las demás y una protesta por parte de Radha.

—Basta ya —dijo ésta—. ¿Es que no sois conscientes de la cantidad de mujeres que ha matado por intentar escapar?

—¿Y qué alternativa hay? —exigió Melinda—. ¿Quieres dejar que te torture hasta que acabes muerta como el resto?

—Quiero esperar a que llegue el momento adecuado. Melinda, llevo aquí un año; un puto año. Sé lo que piensa y sé lo que me hago. A veces me lleva arriba para cocinar, confía en mí; y algún día lo hará lo suficiente para bajar un poco la guardia. Entonces aprovecharé la oportunidad y os sacaré a todas de aquí, pero no podemos hacer nada antes de que eso ocurra o ¡lo perderemos todo!

—Y mientras tanto, ¿qué? —exigió Melinda de nuevo—. ¿Vas a dejarle que te conecte a la batería y te apuñale cientos de veces?

Se estaban enfadando demasiado y él iba a sentirlo. Iba a sospechar.

—Silencio —pedí—. Vais a hacer que venga.

—No nos puede oír —dijo Radha.

—Pero os puede sentir —repliqué—. ¿No os habéis dado cuenta?

—Eso es lo que has dicho antes —dijo Carly—. ¿A qué te refieres?

—Forman es como... es como un vacío emocional. Cualquier cosa que tú sientas, él también. Por eso se asusta tanto cuando él os da miedo y por eso siempre sabe lo que está pasando aquí abajo.

—Si te saco de ahí, ¿podrías matarlo? —preguntó Melinda.

Vacilé un instante.

—No lo sé. Podría ser más fuerte de lo que creemos; quizá tenga otros poderes además de lo de las emociones. Colmillos y garras, como acabo de decir. —Los engranajes daban vueltas en mi cabeza y conectaban ideas. Empecé a urdir un plan—. A lo mejor podemos darle una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Jess.

—¿De verdad puedes sacarme de aquí?

—Desde aquí prácticamente puedo tocar los barriles —respondió Melinda y oí cómo su cadena se arrastraba por el suelo—. Seguramente podría mover uno de ellos lo suficiente para que tú puedas mover el tablón.

Con eso bastaría. Podría salir por poco hueco que tuviera, esconderme y esperar a que volviese a bajar. Pero si notaba algo fuera de lo habitual —esperanza, excitación, expectativa—, sabría que estábamos tramando algo. Probablemente, yo podría conseguir ocultar mis sentimientos, pero las chicas también debían hacer lo mismo.

—Pensad todas en vuestros familiares —les dije—. Concentraos en lo mucho que los echáis de menos y en el tiempo que hace que no los veis. Cualquiera cosa que os ponga tristes; sé que suena horrible, pero tenéis que estar tristes. No nos hagáis caso ni a Melinda ni a mí; únicamente, intentad por todos los medios sentir mucha tristeza.

—Pero ¿qué es lo que vas a hacer? —preguntó Jess.

—Primero, la tristeza —respondí—. Tenéis que confiar en mí.

Silencio.

—Por favor —supliqué.

Hubo una larga pausa y al final habló Radha.

—Lo haremos. Pero cuando se dé cuenta de lo que hacemos, se lo contaré todo. No voy a poner en peligro la confianza que me he ganado.

—Vale —dije—. Melinda, vamos allá. Pero no pienses en lo que haces: ponte triste.

Volví a oír el ruido de la cadena y después algo por encima de mí: suaves golpecitos, un chirrido y algo que se arrastraba, y por último el sonido grave del barril arrastrándose sobre la madera. No se movió mucho, sólo un poco.

«No va a funcionar —me dije a mí mismo procurando no hacerme ilusiones—. No volveré a ver a mi familia ni a Brooke. Se hará mayor, conseguirá un trabajo en el aserradero, se casará con Rob Anders y él le pegará todas las noches». Sentí que me estaba enfadando, así que bajé un poco el tono. «No se casará con Rob porque morirá joven: la atropellará un coche en un accidente muy extraño. Joven e inocente, esparcida por toda la carretera».

El barril se movió un poco más.

«Lauren también morirá, y Margaret; pero mamá no. Ella seguirá viviendo durante décadas y envejecerá sola. De hecho, seguramente las otras dos fallecerán por su culpa y ella no se lo perdonará jamás».

Paré: aquello no funcionaba. Todas esas cosas eran muy tristes, pero a mí no me afectaban. ¿Por qué no?

Porque las cosas malas que les pasaban a los demás no me preocupaban. Para algo era un sociópata.

Oí que una de las chicas estaba llorando; no distinguía cuál. ¿Cuánto faltaba? ¿Cuánto tiempo más iba a tardar? El barril se arrastró un poco más y un momento después el agujero se inundó de la luz que entraba entre los tablones. No se trataba de un hueco entre dos tablones que hubiese quedado al descubierto al mover el barril, sino de una larga línea que recorría toda la madera. Alguien había encendido la luz.

Forman estaba en casa.

—Qué interesante —dijo éste en voz tan baja que casi no podía ni oírle. Estaba lejos, pero poco a poco su voz fue adquiriendo volumen y supuse que estaba bajando las escaleras—. Un grupo de personas asustadas, enfadadas y desesperadas de pronto se pone triste, verdaderamente abatido; y además en un periquete. ¿Creíais que no me iba a dar cuenta de algo así? —Las mujeres estaban en silencio—. Y ahora resulta que alguien ha intentado destapar el agujero —dijo Forman, que ya estaba mucho más cerca—. Eso teniendo en cuenta que todas sabéis, y si no recuerdo mal, lo sabéis muy bien, que no tenéis permiso para destapar el agujero. ¿No es así?

Silencio.

—Así que supongo que si una de vosotras estaba tocando el agujero es porque quiere estar dentro, ¿no? Permíteme que te ayude a satisfacer ese deseo.

Se oyó un estruendo por encima de mí y después otro y otro. Fuera barriles. Forman apartó los tablones a puntapiés. La luz inundó el agujero y me cegó; cerré los ojos con fuerza.

—Sal de ahí, John —dijo Forman—. Uno de los juguetes se ha ofrecido a ocupar tu puesto y me imagino que también quiere un poquito de esto que tengo para ella.

Me obligué a abrir los ojos y lo vi de pie junto a la pared con el cable de un alargador en la mano. El enchufe había sido arrancado y los dos cables, pelados y separados; en el extremo había diez o doce centímetros de cobre desnudo. Hizo que las puntas se tocaran y saltó una chispa.

—Ya sabéis lo divertido que es cuando os lo pongo en las cadenas —dijo volviéndose hacia las chicas—. Imaginaos lo divertido que será en el agua.

Me levanté poco a poco, agarrándome al borde; tenía las piernas entumecidas y doloridas.

—Así que ahora lo único que falta por saber es quién intentaba destapar el agujero. —Hizo una pausa, esperando, y un momento después volvió a generar un chispazo—. ¿No ha sido nadie?

Miré a Radha, como todas ellas. Ésta era exactamente la situación de la que nos había advertido y aquél era el momento de que hiciese exactamente lo que había prometido. Tenía la oportunidad de ganarse la confianza de Forman; era una idea muy inteligente. Lo retrasaba todo, pero a la larga iba a funcionar. Podía ser libre.

Radha me devolvió la mirada con sus penetrantes ojos claros. Aguantó un instante y

giró la cabeza ligeramente para que el pelo le tapase la cara y así Forman no viera su rostro. Me fijé bien; estaba diciendo: «No cedas nunca».

Se volvió hacia Forman.

—He sido yo —dijo.

—¿Perdona?

—Lo siento —replicó—. Quería decir que he sido yo, retrasado malnacido.

¿Qué estaba haciendo?

—Métete en el agujero —dijo Forman, frío como el acero.

—Por supuesto —dijo Radha—; deja que me quite las cadenas y estaré allí en un momentito. Buena idea.

¿Era idiota o qué? Se estaba enfadando, incluso más de lo habitual, y eso lo obligaba a él a enfadarse también. Pero ¿por qué? No tenía sentido.

—John, fuera —dijo.

Tiró los cables al suelo y pasó por delante de mí como una exhalación. Radha se preparó para pelear, pero él la golpeó sin ningún esfuerzo; le dio un manotazo en la cara que la tiró al suelo. Se la veía flaca y larguirucha, como un espantapájaros muerto de hambre. Forman sacó las llaves, desató la cadena de la tubería y la usó para arrastrar a Radha hasta el agujero.

—John, ¡he dicho que salgas del agujero!

Me tambaleé subiendo y caí sobre el cemento sucio; estaba empapado y tiritando. Forman tiró a Radha dentro y se puso a colocar los tablones encima mientras sujetaba la larga cadena con el pie.

—John, coge los barriles.

—No.

Sacó la pistola y me disparó a los pies; erró el tiro por unos centímetros.

—¡He dicho que cojas los barriles!

Los tres barriles eran pequeños pero pesados y seguramente estaban llenos de tierra. Hice rodar uno hasta que estuvo encima de los tablones y lo puse de pie. Entonces me fui a buscar otro cuando una voz flotó desde debajo, tensa pero desafiante.

—Cobarde... ¿es que ni siquiera eres capaz de hacerme esto mirándome a la cara?

¿Acaso quería que la matase?

Forman pasó por mi lado como un rayo, cogió los cables y los acercó al agujero. Tocó la cadena con los cables pelados y ella dio un alarido; los tablones sufrieron una sacudida y me imaginé su cuerpo contrayéndose espasmódicamente debajo de la madera. Apartó los

cables medio segundo después; apenas había tocado la cadena.

—Podrías matarla —dije.

—No —me corrigió—: tú podrías matarla.

Sujetó los cables en alto y me hizo un gesto para que me acercase. A Radha le faltaba el aire e intentaba dar bocanadas; después se puso a insultar a gritos a Forman.

—No —dije.

Él le dio otra descarga y el grito se interrumpió con una gárgara al tiempo que ella se hundía por debajo de la superficie del agua. Los tablones se movieron, hasta el pesado barril se sacudió. Forman separó los cables.

—Tú puedes poner fin a esto, John —me dijo Forman—. Tu descarga será la última, te lo prometo; pero mientras tanto... —le dio otra nueva descarga y la madera saltó con ella — seguiré haciéndolo.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Cuál era el plan de Radha? Llevaba un año intentando ganarse la confianza de Forman y lo acababa de mandar todo a tomar viento. Y ¿para qué? ¿Para ahorrarle a Melinda las descargas? No me parecía que mereciese la pena.

Yo la podía salvar. Podía caminar hasta allí y darle una descarga, y Forman la dejaría salir de allí. Pero ¿podía fiarme de él? Y en caso afirmativo, ¿qué habríamos conseguido? Solamente obedecer a Forman. Eso no podía ser lo que ella quería, porque me había dicho que no cediese.

Le dio otra descarga y el alarido fue alto y primario. La otras chicas lloraban, se encogían e intentaban esconderse de un mundo que había enloquecido a su alrededor. Forman apartó los cables y me los volvió a ofrecer.

Me pregunté si el plan de Radha era un truco. ¿Sabía que Forman me iba a pedir que lo ayudase? Consideré si todo aquello estaba pensado para proporcionarme un arma: para que pudiera echarle mano al cable y atacarlo. Pero era imposible que ella supiese que eso iba a ocurrir, ¿no? Todo lo que ella sabía era lo que yo mismo le había dicho: que era un asesino y que no quería serlo.

«No cedas nunca».

No di mi brazo a torcer.

—No lo voy a hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—No lo haré.

—Vete al infierno, Forman —dijo Radha, su voz salvaje pero débil.

—Tú primero —dijo él y tocó la cadena con los cables.

Ella volvió a chillar y los tablones que cubrían el agujero sufrieron una sacudida,

temblaron, vibraron. Aquella vez Forman no apartó los cables, sino que los dejó pegados a la cadena y observó la conmoción. Corrí hacia él pero levantó la pistola con una mano mientras con la otra mantenía los cables en su sitio. Las otras tres mujeres gritaban y yo me quedé mirando con impotencia. Estábamos todos en pleno ataque de pánico, pero la expresión de Forman era de cólera. Radha lo llenaba de una rabia que él recibía con los brazos abiertos.

Y entonces los tablonos dejaron de vibrar repentinamente y la rabia de Radha desapareció.

El cambio físico fue visible. Los músculos del rostro y el cuerpo de Forman, que había estado tan tenso y enfadado, se suavizaron para volver a tensarse, esta vez de miedo. En lugar de encorvarse sobre la cadena e inclinarse hacia delante como un depredador, se echó hacia atrás con los ojos bien abiertos, horrorizado. Su respiración se aceleró y de pronto soltó los cables, se agarró el pecho y tragó saliva. Estaba sudando; aún agachado, se alejó un poco y después intentó ponerse en pie y correr, pero le fallaron las piernas. Se arrastró hacia donde estaban las chicas como si buscara refugio, pero ellas se asustaron aún más y se apartaron. Forman aulló: era el grito de un animal aterrorizado y se acurrucó en posición fetal. Cerca de él, la pistola yacía abandonada en el suelo. Estaba completamente indefenso.

Éste era el plan de Radha. Ya me había dicho que cada vez que mataba a una de ellas él se desmoronaba: las emociones del resto de las mujeres y las de la propia víctima en el momento de morir eran demasiado para soportarlo. Nunca habían tenido la oportunidad de aprovecharse de ello porque siempre habían estado encadenadas, pero yo estaba libre. Se había sacrificado para ponerlo en aquella situación, para darme la oportunidad de terminar con él.

Los cables estaban más cerca que la pistola, tan sólo a unos pasos. Los cogí rápidamente con cuidado, tocando únicamente el plástico, y caminé hacia Forman. Los alaridos se calmaron: sentía mi claridad; estaba apartando el miedo de las mujeres y rehaciéndose. Yo no disponía de mucho tiempo. Recorrí la distancia que nos separaba a toda prisa y salté con los cables en la mano, pero en el último instante alzó la mano y me agarró por la muñeca.

¿Cómo pudo ser tan rápido?

Luché por hacer bajar los cables, tocarlo con el metal desnudo en cualquier parte de su cuerpo, pero él era demasiado fuerte. Poco a poco recuperó la claridad y la determinación, y empezó a doblarme los brazos hacia atrás. Creí que iba a intentar tocarme con los cables, pero en lugar de eso empujaba hacia los lados: no quería que me tocasen porque él estaba en contacto conmigo y yo estaba empapado; si la corriente pasaba a través de mí, también le daría una descarga a él. Forman estaba evitando que pasase eso, lo que significaba que le dolería si sucedía.

Y si eso dolía, yo quería hacerlo.

—No cedas nunca —dije y cambié la dirección de mis manos para acercarlas a mi cuerpo en lugar de alejarlas de él. Un relámpago blanco me atravesó; todos los músculos de mi cuerpo ululaban, se contraían y quemaban, y de pronto todo se volvió negro.

## 19

La tercera cita con Brooke fue una continuación de la segunda: nos disfrazamos con ropa chillona de turista y fuimos al museo del calzado a cogernos la mano y reírnos de las habitaciones y pasillos donde se amontonaban las vitrinas de zapatos. Había viejas polainas de fieltro de antiguos uniformes militares y zapatillas de los ochenta, de colores llamativos y con velcro. Había hormas de madera ajustables traídas de Inglaterra, sandalias de madera de Japón y unos zuecos muy pesados de Dinamarca; había botas de piel de aligátor, de piel de serpiente y de piel de tiburón. Había zapatillas de andar por casa con caras y con lucecitas. Había zapatillas para correr con tacos largos de metal. Había raquetas para la nieve. Había zapatos de tacón de aguja.

Al final del pasillo se oía una voz que me resultaba familiar pero era incapaz de reconocer. Me volví hacia Brooke para ver si ella la identificaba, pero ella ya no estaba allí. Volví a oírla y era la suya, así que la seguí entre el laberinto de estantes y zapatos. Los pasillos eran largos, se estiraban y estiraban y convergían en un punto; cada esquina revelaba otra habitación con más zapatos, hasta que por fin me di cuenta de que las mismas paredes estaban hechas de pares de zapatos, enormes montones de zapatos, como una cueva cavada dentro de una inabarcable montaña de zapatos. La voz de Brooke me llamaba, me pedía que me despertase. Mis propios zapatos habían desaparecido y tenía los pies mojados y fríos. Estiré la mano para coger unos que había en la pared y toqué cemento.

Estaba en el sótano de Forman, despierto y con frío. Estaba esposado a una tubería, en la esquina. Tenía los pies descalzos y mi boca sabía a vómito. Me toqué el pecho con cuidado, pues tenía los músculos doloridos, y noté dos quemaduras, justo donde la corriente me había traspasado la piel y había entrado en mi cuerpo.

—¿John?

Levanté la mirada y vi que las chicas me estaban mirando. Stephanie también estaba allí encadenada en la esquina donde solía estar Radha. Al resto de ellas no las conocía, solamente había oído su voz. Fuera del agujero me costaba reconocerlas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sintiéndome grogui todavía.

—Recibiste una descarga —dijo una de ellas. Era más joven que las otras dos, pero quizá un poco mayor que Stephanie. Jess, quizá—. Os dejó a los dos fuera de combate.

—Él cayó demasiado lejos para que pudiéramos alcanzarlo —dijo otra—. Creo que me disloqué la muñeca intentándolo.

Ésa tenía que ser Melinda.

—¿Para alcanzar las llaves?

—O para matarlo —dijo y se encogió de hombros fríamente. Definitivamente, era Melinda.

—Creía que la pistola estaba aquí.

—Cayó por ahí delante —dijo mientras señalaba hacia las escaleras. Hablaba en voz baja—. Se la llevó al irse.

—Entonces se despertó primero —dije. A lo mejor se regeneraba como Crowley—. ¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?

—Una hora, puede que dos —contestó la última chica. Por su voz se trataba de Carly—. Igual que tú. De hecho, tú te moviste primero; pero él se despertó y te puso una inyección. Pensábamos que era veneno.

—Era un sedante —dijo Jess—. Así es como me secuestró a mí.

Así que no me equivocaba con lo de la descarga: era tan susceptible a la electricidad como un humano normal y corriente. A lo mejor no era capaz de regenerarse, y si encontraba la manera de darle una descarga sin recibirla yo también, podría poner fin a todo aquello.

—¿Dónde está? —pregunté.

Por el agujero que tenía en el estómago supe que había estado dormido durante varias horas. Debía de llevar allí cuarenta y ocho horas, durante las que no había probado bocado.

—Se ha ido —dijo Jess—. Te encadenó, la trajo a ella y se marchó.

Señaló a Stephanie y yo me fijé en ella con más atención. Estaba callada y aterrorizada, acurrucada en una esquina con las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunté. Asintió aturdida—. ¿Y la mujer de la pared?

Se echó a llorar.

—¿Los ojos?

—¿Sigue ahí?

Stephanie se echó a llorar descontroladamente.

Cerré los ojos y sentí... no era empatía. Ni preocupación. Sentí responsabilidad. Igual que hice con el señor Crowley, juré que, si yo podía evitarlo, Forman no iba a matar a nadie más. Iba a terminar con él y así se acabarían los asesinatos.

Las tres prisioneras que llevaban allí más tiempo se pusieron tensas de golpe: cabezas ladeadas, escuchando; ojos bien abiertos.

—Ha vuelto —dijo Carly.

Escuché con atención pero no oí nada hasta que se abrió la puerta de entrada a la casa. Unos pasos cruzaron el suelo que teníamos encima, seguidos de un roce sordo y pesado. Estaba arrastrando algo. ¿Otro prisionero?

Escuchamos en silencio mientras los pasos entraban en la cocina, salían después al pasillo y se dirigían por fin hacia la parte trasera de la casa. Varios minutos después regresaron y oímos el agua correr en el fregadero de la cocina. La tubería a la que yo estaba esposado sonó con la corriente de agua y un momento después, en otra cañería más gruesa, se oyó el suave tintineo del agua deslizándose por el sumidero. Era como si toda la casa fuese una extensión de Forman, y se moviese y reaccionase a todo lo que él hacía. Nos tenía rodeados; nos controlaba por completo.

Se abrió la puerta y se derramó un gran chorro de luz desde la cocina. La silueta de Forman entró... y, poco a poco, a medida que se me acostumbraba la vista a la claridad, se convirtió en un cuerpo de verdad.

—Estás despierto —dijo—. Excelente.

Se acercó a mí rápidamente, sin resultar amenazante ni emplear ninguna clase de precaución. Por mucho que quisiera, yo estaba demasiado débil para atacarlo: muy grogui por lo que me había administrado y los dos días de ayuno.

—Hay algo que creo que deberías saber —dijo y se arrodilló para alcanzar las esposas—. Se te busca por el asesinato de Radha Behar.

—No la he tocado —repliqué.

—El examen inicial del forense indica que sí. Había pelo tuyo mezclado con el de ella y encontraron tus zapatos por allí cerca. Pero no te preocupes; estoy prácticamente al mando de la investigación y no me resultaría nada complicado apuntar en otra dirección. Suponiendo, claro está, que cumplas mis exigencias.

—Quieres que te hable de Mkhai.

—Te he dado dos oportunidades —dijo mientras me abría las esposas— y las has desperdiciado. Ésta es la tercera. Arriba.

Me froté las muñecas y me levanté con dificultad.

—Dos oportunidades, ¿de qué?

—Dos oportunidades de ser tú mismo. De vivir la vida que te mereces; tú no eres como ellas —dijo señalando a las cuatro mujeres aterrorizadas—. No eres un juguete, ni una víctima que se encoge en un rincón. Eres un guerrero, como los de las leyendas de la antigüedad. John, mataste a un dios. ¿Es que no quieres ocupar su lugar?

Me tomó del brazo y me arrastró hacia las escaleras. Lo seguí vacilante, intentando no apoyarme en él para recobrar el equilibrio. Mis piernas no respondían y estaba medio mareado.

—Yo no soy como tú —dije.

—Nadie lo es —replicó Forman, y me empujó hacia las escaleras. Me agarré al pasamanos e intenté subir—. Tampoco hay nadie como Mkhai. Ni como tú. Eres un pequeño emperador. Venga, date prisa.

Subí las escaleras y me detuve en la cocina esperando que se me despertasen las piernas mientras Forman cerraba la puerta detrás de nosotros. Estaba libre, pero demasiado débil para hacer cualquier cosa; incluso cuando él estaba completamente incapacitado, fue capaz de sentir mis intenciones y protegerse. ¿Significaba eso que solamente podía atacarlo sin querer? ¿Podría planear algún tipo de accidente?

Sonó un teléfono móvil y Forman buscó en su bolsillo. Miró el número, sonrió y contestó.

—Nadie —dijo—, me alegro de que me hayas llamado. —Pausa—. No, todavía no. Aunque estamos a punto de averiguarlo. —Me miró—. Es más fuerte de lo que creíamos, y más débil también. Estoy ansioso por que lo conozcas. —Pausa—. Sí, ya te lo he dicho, te llamaré en cuanto lo sepa. Ten paciencia. —Pausa—. Adiós.

Se guardó el teléfono y señaló el pasillo.

—Después de ti.

Salí al pasillo y me apoyé con una mano en la pared para no perder el equilibrio. Me pregunté si habría más personas dentro de las paredes; más gente emparedada y encerrada para siempre.

—Tenías a Radha encadenada, te di mi cuchillo y te negaste a hacerle daño. ¿Y sabes qué?, a ella le gustaba que le hiciesen daño. Cuando acabábamos siempre se sentía satisfecha.

—Eso es porque había sobrevivido —dije.

—Y vosotros, los mortales, agradecéis la oportunidad de sobrevivir. Vuestra vida está definida por la muerte y, cada vez que os enfrentáis a ella, salís fortalecidos. Aprendéis más y sentís más. Dicho así suena estúpido, pero el hecho de no morir os hace estar más vivos.

—¿Qué os define a vosotros, los demonios?

—Las cosas de las que carecemos.

Pasamos su habitación de largo y seguimos por el pasillo hacia la sala de tortura. Sentía las piernas cada vez más firmes; la sangre me circulaba mejor y tenía más equilibrio.

Me pregunté quién estaría en la habitación: tenía que ser alguien que yo conociese. Pero ¿a quién podía forzarme a torturar? ¿A mi madre? ¿A mi hermana? ¿A Brooke?

—Tuviste la segunda oportunidad cuando estaba en el agujero —dijo Forman— y eso tendría que haber sido fácil: no hacía falta que la lastimases directamente ni que le vieras la cara; solamente tenías que tocar la cadena con los cables. De hecho, hubiese sido una buena acción porque le hubieses salvado la vida. Pero, aún así, no hiciste nada.

—No quiero hacer daño a nadie —insistí.

—Sí, no dejas de decirlo. Sin embargo, eso no evitó que se lo hicieras a Mkhai y tampoco te impidió atacarme en el sótano. Evidentemente, todos tenemos nuestros gustos. Me ha costado un poco darme cuenta de qué hace falta para satisfacer el tuyo de manera adecuada. No quisiste herir a Radha porque ella era inocente y tú sólo lastimas a los villanos. Así que te he traído a alguien malo.

Entramos en la sala de tortura y ahí estaba Curt, el novio maltratador de mi hermana, atado y amordazado y completamente a mi merced.

Estaba despierto; tenía los ojos bien abiertos y la boca cerrada con un buen trozo de cinta americana. Le había atado los pies al suelo: Forman había agujereado la madera y había pasado gruesas cadenas entre los soportes del suelo. Tenía las muñecas atadas con unas cuerdas que subían hasta los agujeros del techo, aunque a diferencia de Stephanie, que colgaba holgadamente, las ataduras de Curt estaban más tensas. Tenía los brazos y las piernas extendidos, y era incapaz de moverse de su sitio.

Curt me miró con los ojos bien abiertos y una expresión de miedo que delataba que no sabía qué pensar. Yo llevaba desaparecido casi dos días y seguro que él se había enterado; además, tenía todo el aspecto de un prisionero: tenía la ropa sucia de haber estado en el agujero, quemaduras en la camisa, una costra de vómito seco por toda la ropa y apenas era capaz de andar. No era difícil darse cuenta de que era prisionero y víctima. Y aun así, estaba allí con los pies y las manos libres mientras Forman me trataba con tanta gentileza, como a un igual. Si Curt había oído algo de lo que Forman había dicho en el pasillo, seguramente estaba aún más confundido.

Y más aterrorizado.

—Aquí lo tienes —dijo Forman—. Uno se entera de muchas cosas cuando trabaja en una comisaría; como por ejemplo que una tal señora Cleaver llama cada quince minutos para despotricar del novio maltratador de su hija. «Arréstelo. Métalo en la cárcel. Mátelo». Pero la ley no puede hacer mucho en casos como éste, ¿no crees? —Se acercó al tocador y se puso a revolver entre las herramientas—. Las mujeres que están en una relación con abusos aceptan éstos por naturaleza, y la pobrecita Lauren estaba demasiado intimidada como para acusar formalmente a su intimidador. Les dijo a los del servicio de urgencias que se había caído de la cama, ¿te lo puedes creer? —Cogió un destornillador, inspeccionó la punta y lo volvió a dejar en su sitio—. Ellos tampoco se lo tragaron, pero no podían hacer nada. Si la víctima dice que no hay maltrato, la ley está de acuerdo con la

declaración de la víctima. La ley no puede hacer nada. —Se volvió hacia mí con un bisturí viejo y sucio—. Pero tú sí.

Se acercó y me ofreció el bisturí.

—Esto es lo que quieres, ¿no? Eres un ángel castigador. No quieres lastimar a nadie bajo ningún concepto, a menos que se lo merezca. ¿Y quién lo merece más que Curt? Ya has visto lo que le hizo a tu hermana. Y no creas que la cosa acaba ahí: después de todo, se salió con la suya y no le pasó nada; ¿quién le va a impedir que lo haga otra vez? La puede abofetear, golpearla y darle una paliza hasta dejarla inconsciente, pero a él nunca le pasará nada. Nada lo detendrá.

Me puso el bisturí en la mano.

—Solamente tú puedes.

Curt sacudía la cabeza como un loco y tenía los ojos inundados de lágrimas, pero yo no lo veía como una víctima. Lo único que veía era la cara de Lauren: enrojecida, amoratada. Tenía un corte en el pómulo, en el mismo sitio que yo; levanté la mano, me toqué la cara y palpé la costra. Yo me merecía la que tenía, pero Lauren era completamente inocente. Curt le había dado una paliza a sangre fría.

Di un paso hacia él. ¿No era ésta la misma decisión que había tomado respecto del señor Crowley? Impedir que un hombre malo siguiera haciendo daño a personas inocentes. Primero intenté hablar con la policía y dos de ellos acabaron muertos. Crowley era un asunto del que la ley no se podía ocupar: o lo hacía yo o nadie podría. Yo le obligué a parar porque nadie más podía hacerlo y esa premisa volvía a ser cierta. La ley tenía las manos atadas: la única intención de la policía era sentarse a esperar a que le diera otra paliza y otra y otra, hasta que ella se decidiese por fin a denunciarlo. ¿Podía yo dejar que eso ocurriera con la conciencia tranquila? No, si tenía la oportunidad de ponerle fin de una vez por todas en ese mismo momento.

Di un paso adelante.

Pero no, aquello era diferente. Crowley era un asesino —un asesino sobrenatural— y la única manera de impedir que siguiese matando era acabar con él. Al final mataba más de una vez a la semana; seis meses después, ¿a cuánta gente habría asesinado si yo no me hubiese hecho cargo de la situación? Y Curt no era un asesino, por lo tanto su castigo no podía ser la muerte. Era demasiado; no podía hacerlo y retrocedí.

Pero... ¿por qué no hacerle un poco de daño? No hacía falta matarlo; después de todo, había lastimado a la señora Crowley y ella era muchísimo más inocente que Curt. Avancé dos pasos; estaba lo suficientemente cerca como para oler su sudor y escucharlo respirar entrecortadamente. Él había causado dolor, así que su castigo debía ser el dolor. Tenía sentido: era justo. Un cardenal a cambio de otro.

Y entonces, ¿qué?

Me volví de repente y caminé hacia la ventana. Se estaba haciendo de noche y el cielo

que se veía a través de las espesas copas de los pinos era de un azul oscuro intenso. ¿Qué iba a pasar después de que lo hiriera? No podíamos dejarlo marchar porque le contaría a la gente lo que le había hecho. Podíamos dejarlo allí, encadenado en la mazmorra; se merecía estar en prisión y nosotros podíamos. Pero ¿para siempre?

Miré a Curt. Tenía los ojos cerrados; puede que estuviese rezando o quizá tuviese demasiado miedo para mirar a su alrededor. Era un monstruo grosero y arrogante que abusaba de todos los que conocía, insultaba a la mujer que lo amaba y cuando las cosas se pusieron feas la golpeó, poderosa y despiadadamente. Arruinaba vidas, igual que Crowley. ¿Acaso era hipócrita haber dado su merecido a Crowley pero no a Curt? Sin embargo, si éste era una presa legítima, ¿por qué parar ahí? ¿Dónde estaba el límite? Y si la frontera no tenía sentido, ¿por qué imponerla?

Y por encima de todo, detrás del resto de los motivos, acechaba una verdad incontestable: deseaba hacerlo. Quería causarle daño, que sangrara, que gritara y dejar que yaciera inmóvil en la paz perfecta que es la muerte.

Di otro paso hacia él, pero algo me llamó la atención: un pequeño movimiento al otro extremo de la habitación, tan poco perceptible como el batir de alas de una polilla. Miré y vi un par de ojos fijos en mí, atrapados y enmudecidos, observándome. Le devolví la mirada. Nadie sabía quién era ella, puede que ni siguiera Forman. Parpadeó: la única forma de comunicación de que disponía.

¿De dónde era? ¿Qué cosas le gustaban y cuáles no? ¿Qué le encantaba y qué aborrecía? ¿Quién era?

¿Quién era yo?

«Me llamo John Cleaver. Vivo en el condado de Clayton, en una funeraria que está a las afueras del pueblo. Tengo madre, una hermana y una tía. Tengo dieciséis años. Me gusta leer, cocinar y una chica que se llama Brooke. Quiero hacer lo correcto, cueste lo que cueste. Quiero ser una buena persona».

Pero eso sólo era la mitad de mí.

«Me llamo Mr. Monster. Muestro decenas de señales del comportamiento típico de los asesinos en serie y tengo fantasías sobre violencia y muerte. Me siento más cómodo entre cadáveres que entre personas. Maté a un demonio y todos los días vuelvo a sentir la necesidad de asesinar, como si tuviera un agujero sin fondo en el centro del alma».

Cada una de mis mitades era una contradicción de la otra, pero ambas eran verdaderas. Escoger una sería negar la otra y, por consiguiente, rechazarme a mí mismo. ¿Existía un yo real a medio camino de ambos?

Sí que había otro yo: uno que yo mismo jamás había visto, que únicamente había vislumbrado de vez en cuando a través de las miradas de los demás. Yo no era John el pringado ni John el tío raro ni John el psicópata. Era John el héroe. Hablando con Brooke y sus amigas, paseando el día de la hoguera, mirando a los ojos de la gente con la que me

cruzaba vi que me miraban con respeto y realmente me sentí un héroe. Quería volver a vivir eso.

Y ser un héroe significaba salvar a Curt por mucho que lo odiase. Significaba salvar a todas las prisioneras por difícil que se pusiera. Significaba pararle los pies al villano, a Forman, incluso si para hacerlo tenía que infringir mis propias normas. Incluso si eso implicaba herirlo, incluso si implicaba matarlo.

¿Y cómo podía matarlo si no sabía cómo funcionaba? ¿Qué me había contado de sí mismo, del resto de los demonios? Que se definían a partir de las cosas de las que carecían.

¿Y de qué carecía él?

De emociones. No tenía ninguna propia y por eso se las robaba a los demás. Era un vacío; un agujero gigante sin nada dentro. Igual que los asesinos en serie, tenía una enorme necesidad que exigía atención, y se había construido una vida que giraba en torno a ella, en torno a satisfacerla a costa de todo lo demás.

Mkhai también se definía por lo que no tenía. Carecía de identidad propia, así que robaba cuerpos una y otra vez, e iba de un lugar a otro y de identidad en identidad hasta que... hasta que paró. Hasta que un día se convirtió en el señor Crowley y no volvió a cambiar de cuerpo. Algo en él había cambiado, algo profundo, y ese día dejó de ser Mkhai. Dejó de definirse según lo que le faltaba y lo hizo a partir de lo que tenía. ¿Qué tenía? Tenía a la señora Crowley.

Tenía amor.

Una vez más me acordé de él no como demonio, sino como el amable anciano del otro lado de la calle. El amor había alejado a Mkhai de una vida de muerte y mentiras, y lo había acercado a una prácticamente normal: una en la que tenía mucho menos, pero que valía mucho más. Forman no comprendía algo así y yo no sabía si sería capaz de entenderlo. Lo curioso es que todo aquel asunto tenía relación con él: Forman quería saber qué le había ocurrido a Mkhai. En realidad no quería que yo hiriese a Curt, solamente intentaba llevarme a su terreno y ganarse mi confianza. Quería que me uniese a él y, supuestamente, en ese momento yo le contaría el secreto que había venido a descubrir a Clayton.

Ya había dicho que el amor era débil e inútil, así que ¿lo entendería cuando se lo contase? Mkhai el demonio estuvo a punto de vencerme porque yo no comprendía lo que era el amor; Forman tenía el mismo punto débil y quizá yo pudiese aprovecharme de eso. Un plan comenzó a tomar forma en mi cabeza, pero debía tener cuidado. El más mínimo trino emocional podía delatarme.

—Viniste al condado de Clayton buscando a tu amigo —dije mientras me volvía hacia Forman—. Me contaste que desapareció hace cuarenta años sin que supieras por qué. Pues bien, yo sí lo sé: lo hizo por amor.

—No juegues conmigo —negó Forman con la cabeza.

—Créeme, de un sociópata a otro: si no entiendes la razón de algo, siempre es por amor.

Me observó un instante. ¿Qué estaba sintiendo a través de mí? ¿Sabía que tenía un plan? Yo no mentía: todo lo que pensaba decirle era cierto. Aun así, ¿notaría algún tipo de truco? ¿Detectaba mi nerviosismo a través del miasma de nervios que inundaba la casa? Lo miré e intenté sentirme tan honesto y servicial como me fuera posible.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a ver.

—Primero necesito comida. Llevo dos días sin probar bocado.

Miró a Curt, que nos observaba con los ojos desorbitados por encima de la mordaza de cinta americana. Dejé el cuchillo sobre el tocador.

—Más tarde tendremos tiempo para él —dije.

Forman asintió e hizo una señal en dirección al pasillo, detrás de él.

—Pues vamos a la cocina. Veamos qué es lo que tienes que decir.

## 20

—Siéntate —dijo Forman y señaló la mesa de la cocina.

Me senté y él fue al frigorífico y lo abrió; dentro no había una colección de cabezas y brazos, sino el típico festín mundano de un soltero mal abastecido: zumo de pomelo, un bote de mostaza, medio paquete de pan de molde y una caja de plástico con restos de algún restaurante. Al fondo había un bote de cristal lleno hasta la mitad de agua de pepinillos. Miré con ansia los restos del restaurante, pero Forman sacó el pan y lo tiró sobre la mesa.

—No como mucho en casa —dijo—. Prefiero disfrutar de la comida en lugar de sentir la tristeza de los juguetes todo el tiempo.

Abrí la bolsa y saqué una rebanada de pan integral duro, que me obligué a comer lentamente. No quería engullirla demasiado deprisa y que me sentara mal. Me sabía deliciosa, aunque estoy seguro de que era más que nada por el hambre que tenía.

Forman se apoyó con los brazos cruzados sobre la encimera y me miró comer. Después de unos cuantos bocados, volvió a hablar.

—Entonces, supongo que sabes mucho más sobre Mkhai de lo que intentas aparentar —dijo.

Actuaba de forma extraña, como si tuviera que estar muy enfadado y, sin embargo, no lo estuviera. Después recordé que no se iba a enfadar a menos que yo me alterase primero. En aquel momento los dos estábamos tranquilos y preparados y actuábamos con precaución.

Él era una página en blanco y había llegado el momento de escribir en él. Quería que confiase en mí, así que me esforcé por confiar en él; no se trataba de fingir esta emoción porque eso no iba a funcionar en absoluto, sino de intentar confiar en él de verdad, de fiarme de él, de sentir que estábamos juntos en aquel asunto. Me di cuenta de que, si me concentraba en él, no obtenía ninguna clase de efecto: entendía su manera de pensar, pero no me identificaba con él, pues lograba empatizar. En lugar de eso me centré en mi propia reacción a él y a la situación, e intenté sentirme cómodo con las restricciones que él había impuesto a nuestra relación. Me relajé y procuré tratarlo como me comportaba con mi madre o con mi amigo Max.

—En el coche me explicaste —dije— que creías que era posible que Mkhai tomase el cuerpo del señor Crowley justo antes de morir, cosa que tiene mucho sentido porque nunca encontraron a Crowley. Si se hubiese muerto solo, habrían encontrado un cadáver; en cambio, de haber muerto después de que Mkhai se quedara con su cuerpo, se habría disuelto en una masa viscosa y habría desaparecido.

Forman asintió.

—Parece que conoces sus métodos.

—De lo que no te diste cuenta —continué— es de que Mkhai llevaba siendo Crowley los cuarenta años durante los cuales no lo encontrabas.

Forman sonrió maliciosamente.

—Por amor.

—Sí —dije—, por amor. Hace cuarenta años Mkhai llegó aquí con un cuerpo recién estrenado, listo para empezar una nueva vida, como siempre había hecho. ¿Cuánto tiempo solía quedarse en un cuerpo antes de cambiar?

—Un año como máximo. Cuando puedes ir a cualquier parte y ser cualquier persona, normalmente no hay motivo para quedarse más tiempo.

—Aquí encontró uno. Se llama Kay.

Forman soltó una risotada repentina y burlona.

—¿Kay Crowley? Mkhai es un ser de miles de años de antigüedad y a sus órdenes han estado reinas y emperatrices; ha tenido esclavos y fanáticos, sacerdotisas y adoradores. ¿Qué tenía Kay que no le hubiese ofrecido toda una historia llena de mujeres hermosas?

—Amor.

—¡Ya tuvo amor!

—No era amor verdadero —dije inclinándome hacia delante—. Tú ni siquiera sabes qué es. Si una mujer te amara, Forman, tú la corresponderías y cuando ella te dejase de querer, tú también dejarías de hacerlo. No hay ningún tipo de compromiso, así que en realidad no tiene importancia. No es real. Pero el amor de verdad implica dolor. El amor de verdad es sacrificio, y eso es lo que Mkhai sintió cuando se dio cuenta de que Kay jamás lo aceptaría tal y como era. Que solamente lo aceptaría si se convertía en algo mejor; así que dejó todo lo malo atrás y se mejoró a sí mismo.

Forman me observaba con atención.

—¿Cómo es posible que un sociópata sepa algo sobre el amor?

—Porque tengo una madre que renuncia a todo en la vida para ayudar a unos hijos que ni se dan cuenta de ello ni lo aprecian ni son capaces de devolvérselo. Eso es amor.

Nos miramos el uno al otro, nos estudiamos, pensamos. Aquél era el momento exacto en que necesitaba que él pasase de sentir confianza a sentir añoranza. Necesitaba que

sintiese que le faltaba algo porque sabía justamente qué era lo que iba a hacer: lo mismo que siempre. Iba a salir a buscar aquello que le faltaba, lo iba a traer y lo iba a someter a base de golpes. Era el único modo que tenía de relacionarse con el mundo. Y mientras estaba fuera, yo iba a poner en marcha la siguiente fase del plan.

Pensé en las personas a las que echaba de menos.

—Los humanos no se definen en relación con la muerte —dije— y tampoco se definen según lo que les falta, sino que lo hacen por sus conexiones.

Pensé en mi madre y en todo lo que ella hacía por mí. Pensé en cómo me había protegido seis meses antes, cuando maté al demonio y ninguno de los dos sabía qué hacer. Pensé en cómo le había dado la vuelta a su vida para hacerme espacio y ayudar a convertirme en la persona que ella creía que yo necesitaba ser. Me resultaba odioso, pero sabía que con eso intentaba ayudarme.

—Mkhai lo sabía —dije—. Se había dado cuenta de que la vida era más que ir de un cuerpo a otro, de una vida a otra, siempre escapando de todo sin llegar nunca a ninguna parte.

Pensé en mi hermana, que quería cuidar de mí cuando ni siquiera sabía hacerlo de sí misma. Pensé en sus moratones y en lo asustada que estaba, y pensé que por la noche, cuando se diese cuenta de que Curt había desaparecido, se asustaría aún más. Era idiota, pero se preocupaba por las personas.

—Mkhai abandonó vuestra pequeña comunidad de demonios porque ya no la necesitaba —continué—. Miles de años de existencia sin sentido, de existir sin vivir, y por fin era libre. Dejó todo eso atrás y el poder que consiguió lo convirtió en algo mucho más grande de lo que tú puedes llegar a ser. Dijiste que era un dios, pero al final era mucho más que eso: era humano.

Pensé en Kay Crowley, la ancianita del otro lado de la calle que sonreía y ofrecía ayuda y amaba de forma tan incondicional que acogió a un demonio e hizo de él un hombre. Y pensé en Crowley, el anciano vecino con el que yo había crecido, el demonio que me había servido más de ejemplo que mi propio padre. ¿Qué fue lo último que me dijo?

«Recuérdame cuando ya no esté». Me acordé de él y lo eché de menos.

Pérdida y añoranza.

—¡Basta ya! —gritó Forman; se levantó y cruzó la cocina. No se dirigió en mi dirección, sino hacia la nada; fue un tic nervioso.

Mi plan estaba funcionando.

—No estás aquí para eso —dijo agitando los brazos mientras caminaba—. No estás aquí para entristecerte; ésa es una emoción aburrida. —Salió al salón y su voz revoloteó hasta la cocina—. ¡No necesito echar nada de menos! —Irrumpió de nuevo en la cocina, agarró la mesa por los costados y se agachó para gritarme a la cara—. ¿Crees que nunca

he sentido esto? ¿Crees que puedes sorprenderme con una emoción nueva y que yo me doblegaré ante ti y...?

Se irguió y dio media vuelta; se rascó la frente, dio un paso hacia el fregadero y se volvió de nuevo hacia mí.

—No necesito esto —dijo—. Me marchó. —Se acercó a mí rodeando la mesa y yo me eché hacia atrás instintivamente—. No voy a... Siéntate. Voy a encadenarte para que no hagas ninguna estupidez. Volveré luego.

Debajo de la mesa había una gruesa cadena con una esposa soldada a uno de los extremos. Forman me la cerró alrededor del tobillo.

—Volveré luego —repitió— y será mejor que para entonces estés sintiendo algo más interesante.

Dio media vuelta, salió directamente al salón y después afuera y, con mucho cuidado, cerró con llave. El motor del coche volvió a la vida y Forman se alejó. Me había quedado solo.

Era hora de iniciar la segunda fase.

Forman había actuado como si saliese corriendo para escapar de mi tristeza, pero yo sabía que no era así: la última vez que lo forcé a sentirse triste bajó al sótano y nos atacó. Si todo lo que quería era una nueva emoción, podría haber hecho lo mismo otra vez; pero no, Forman había salido a secuestrar a alguien, tal y como yo esperaba: seguramente a Kay Crowley o puede que a mi madre. En cuanto entendí cómo pensaba, se me hizo fácil predecir sus acciones. Le había comunicado que echaba algo de menos y él había salido a buscar ese algo.

Disponía de una hora, quizá de algo menos; y eso suponiendo que fuese directamente a casa de Kay y la trajera sin dilación. Tenía que estar preparado para su regreso, pero no podía atacarlo sin más porque sentiría que algo estaba a punto de ocurrir; incluso cuando estaba totalmente abrumado por las circunstancias, como cuando estábamos en el sótano, era capaz de salir de ese estado en un instante. La única manera de hacerle daño era de forma indirecta, tendiéndole una trampa. Me levanté y tiré de la cadena: estaba bien sujeta, pero tenía unos seis metros de margen para moverme, que esperaba fuesen suficientes.

La cocina era un buen lugar para tenderle la trampa porque allí estaba la toma de corriente más potente de toda la casa: el horno. Todo lo que necesitaba era improvisar la manera de darle una descarga cuando volviese, pero ¿cómo? Arrastré la cadena hacia el extremo más alejado de los armarios; para llegar a ellos tenía que tensarla al máximo y estirar los brazos. La mayoría de ellos estaban vacíos: los pocos platos que tenía estaban casi todos en el fregadero esperando a que los lavase. En un armario había un montón de platos de papel y una caja de tenedores de plástico; en otro había una única taza llena de polvo, del tiempo que hacía que nadie la usaba. Los inferiores resultaron más fructíferos, pues allí encontré una serie de ollas y sartenes oxidadas, una cafetera y, por algún motivo, también había una caja llena de periódicos viejos.

En la encimera había varios artículos que me podrían servir: un bloque con varios cuchillos, una tostadora y un microondas. Abrí los cajones y revolví entre montones de cubertería de juegos diferentes, viejos paquetes de pilas y un surtido aleatorio de herramientas y lápices de madera. Había dos destornilladores, así que quizá pudiera desmontar algo...

Estaban manchados de sangre.

Me fijé con más atención y había sangre en todas las herramientas. No era un cajón donde se guardaran cosas prácticas, sino que era otra estación de tortura. Saqué un cuchillo del bloque y lo examiné con cuidado; lo habían lavado, pero mal: el borde dentado tenía manchas marrones de sangre seca.

Claro que sabía que iba a intentar torturar a quienquiera que trajese, pero en aquel momento se me ocurrió que quizá lo fuese a hacer allí mismo, en la cocina. Tenía el sótano lleno y la sala de torturas ocupada; si lo hacía allí podía obligarme a mirar o a ayudar sin ni siquiera tener que desencadenarme. Y además tenía un juego completo de herramientas: cuchillos y destornilladores, picahielos y alicates; tenía hasta un martillo. Entonces, lo único que debía hacer era electrificar una herramienta que sabía que iba a coger y sentarme bien quietecito y sin sentir ninguna emoción hasta que la tocase. No podía dejar que supiese a través de mis nervios o mi excitación que estaba esperando algo concreto. Tenía que estar totalmente muerto.

¿Qué herramienta podía electrificar y cómo?

Podía intentar atar un cable a una de las herramientas del cajón y sacarlo por la parte de atrás hasta el enchufe del horno, pero no había forma de saber con certeza cuál iba a coger primero. Busqué con la mirada un reloj, pero no había ninguno cerca; no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que se había marchado ni cuánto tardaría en volver. Tenía que actuar con rapidez y no se me ocurría nada más, así que me quedé con la idea del cajón de las herramientas.

Saqué la cafetera del armario y cogí un cuchillo. El cable de la cafetera tenía al menos un metro de largo, puede que un poco más, y pensé que quizá fuese suficiente para conectar el cajón abierto con el enchufe de detrás del horno. Usé el cuchillo para cortar el cable en la base de la cafetera y pelé el plástico que lo recubría. Mientras lo hacía me di cuenta de que la hoja metálica del cuchillo llegaba también al mango, pues todo el utensilio era una pieza metálica larga cuyo extremo estaba flanqueado por dos trozos de madera ribeteada. Una corriente en la punta del cuchillo iría directamente a la persona que tocase el mango. Me puse en pie de un salto y miré el bloque de los cuchillos: tenía un agujero en el fondo donde sobresalía la punta del filo más largo, el de un cuchillo de carnicero. Ese plan era mucho mejor que el del cajón: resultaba más sencillo de preparar y era más fácil que él llegase a tocar lo que debía. Saqué el enorme cuchillo, metí el resto dentro del fregadero con los platos sucios y me puse a trabajar.

Primero necesitaba encontrar la manera de conectar el cable al cuchillo. Coloqué la hoja en la esquina, donde cualquier daño que pudiese causar al suelo quedaría escondido

debajo de la cadena, y después de colocar el picahielos en la punta lo golpeé con el martillo. Nada. Le di una y otra vez, y, aunque cambié el picahielos por un destornillador de cruz tampoco conseguí nada: la hoja era demasiado robusta para hacerle un agujero. Cogí el cuchillo y le di un golpe contra el borde de acero de una sartén, una y otra vez, hasta que finalmente le hice una muesca. Cuando ésta pareció suficiente como para colgar el cable de ella, lo enganché en la punta.

Con un cuchillo más pequeño corté el enchufe del otro extremo y lo metí por el bloque. El cable salió por el fondo sin problema, así que pelé unos doce centímetros de su extremo, coloqué el bloque en la encimera, pasé el cable por detrás del horno y miré por la ventana.

Todavía no venía.

Aparté el horno de la pared, lo desenchufé y enrollé el cable desnudo en una de las clavijas del enchufe. Me aseguré de que todo estaba listo, enchufé el horno y así conecté el mango del cuchillo directamente a la corriente. Volví a pegar el horno a la pared y examiné la escena. Todo parecía normal a excepción del palmo de cable que iba de la parte inferior del bloque de cuchillos hasta el espacio junto al horno.

Busqué algo para cubrirlo y en el fregadero encontré un trapo húmedo. Lo puse sobre la encimera y tapé el cable con la esperanza de que no se diese cuenta de que no estaba en su sitio.

Volví a mirar por la ventana y vi el coche en la carretera, tomando la última curva. «No te dejes llevar por el pánico —me dije—. Estate tranquilo, pero no demasiado. Sentirá el miedo de las mujeres, como cada vez que llega. No desentones». Me permití sentir un toque de miedo, pero nada de nerviosismo ni desesperación. Me obligué a recorrer la cocina poco a poco y recoger todo lo que había utilizado para colocarlo en los cajones con precisión medida y tranquila. «El miedo suficiente para que parezca normal, pero no para destacar».

Cerré los cajones, fui a la nevera, cogí el zumo de pomelo y lo llevé a la mesa. Si intentaba parecer demasiado inocente, iba a sospechar. Abrí el zumo y bebí directamente de la botella; el fuerte sabor ácido me sorprendió e hice una mueca. Pude oír cómo aparcaba fuera y apagaba el motor; di otro trago y me limpié la boca con el reverso de la mano. Se abrió la puerta, aunque desde donde estaba sentado no la podía ver.

—Gracias otra vez por venir —dijo Forman al tiempo que abría la puerta—. Estoy seguro de que comprendes la necesidad de que esto permanezca en secreto. Normalmente no haría algo así, pero él pidió especialmente que vinieras tú.

—¿Y está seguro de que está bien?

«¡No! ¡No!».

Conocía aquella voz y no era ni Kay ni mi madre.

Forman entró en la cocina sonriendo como el propio diablo.

—Hola, John —dijo—. He traído un juguete nuevo.

La chica dobló la esquina. Era Brooke.

## 21

—¡John! —gritó Brooke sonriendo ligeramente y también un poco asustada. Debía de tener un aspecto horrible—. ¡Estás vivo!

—Brooke —dije y me levanté poco a poco—, no deberías haber venido.

—No tendrías que confiar en extraños —confirmó Forman—, aunque todo el mundo se fía de un policía.

Brooke frunció el ceño. Estaba confundida.

—¿Qué?

«No puedo hacerlo —pensé—. No puedo seguir adelante con el plan; no con Brooke».

—Brooke —dije dando un paso hacia Forman—, date media vuelta y márchate de aquí.

«Sentiré mis emociones y me atacará, pero al menos ella podrá escapar». Mientras me movía la cadena se arrastró por el suelo y ella agachó la cabeza para verla moverse lentamente detrás de la mesa.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—¡Corre! —grité y me abalancé sobre Forman, pero él estaba totalmente preparado para el ataque y me dio un puñetazo en la cara. Me tambaleé y Brooke chilló. Se dio media vuelta para salir corriendo pero Forman dio un salto, la agarró por el pelo y la detuvo repentinamente de un tirón que acabó con ella en el suelo. Corrí de nuevo hacia él, pero había sacado la pistola y me estaba apuntando al estómago.

«Atrás —me dije a mí mismo—. El plan aún puede funcionar, pero sólo si estoy vacío. No siento nada, estoy totalmente vacío».

Brooke lloraba y luchaba por soltarse, pero se quedó quieta de repente cuando Forman movió la pistola y la apretó debajo de la barbilla de ella.

—Traición —dijo—. Es la más dulce, de verdad; ya te lo dije.

Brooke me miró con los ojos cada vez más abiertos y Forman respiró hondo, con placer.

—Ahí está otra vez.

Cerró los ojos y rechinó los dientes. Brooke y Forman se echaron a llorar casi perfectamente, al unísono.

Brooke estaba aterrorizada, literalmente paralizada por el miedo; Forman la cogió con más fuerza y le tiró del pelo.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Forman y después de pronto echó la pistola a un lado y la estrelló con fuerza contra la sien de Brooke. La soltó del pelo y ella se tambaleó hacia la pared y se agarró a ella desesperadamente para no caerse.

«Nada —pensé intentando librarme de la ira—. Atacar ahora no servirá de nada. Espera y no sientas nada».

—Por favor —dijo Forman recuperando la compostura—, siéntate.

Estaba utilizando mi neutralidad para recuperarse de los intensos sentimientos de miedo y traición de Brooke. Señaló la mesa con la pistola. Brooke se agarraba a la pared con una mano y se frotaba la cara con la otra. No se movió.

—Pronto aprenderás que no me gusta tener que pedir las cosas dos veces.

Brooke lo miró con ojos llenos de miedo y después me miró a mí. Un momento después agarró el respaldo de la silla, la apartó de la mesa y se sentó cautelosamente.

—¿Qué es lo que está haciendo con nosotros?

—Lo que yo quiera —dijo Forman y me indicó que yo también me sentara.

Me senté frente a Brooke, de cara al salón. Por el rabillo del ojo veía la encimera y el cuchillo de carnicero electrificado.

—Ésa es la respuesta más corta —dijo Forman—. La larga es que le estoy enseñando a John una lección muy importante sobre el engaño. Verás, él quería que trajese a Kay Crowley, creo que para aprender alguna chorrada de mucho valor sobre el amor; y pensaba que estaba siendo muy astuto. Me estaba manipulando y eso no me gusta. Por eso tú, señorita Watson, vas a ayudarme a mostrarle cuáles son las consecuencias de sus acciones.

—No voy a ayudarle en nada —replicó Brooke.

Me sorprendió un poco que fuese tan luchadora y negué con la cabeza de forma casi imperceptible. Cuanto más pelease, más disfrutaría él, como sucedía con Radha.

—De hecho sí que vas a hacerlo —dijo Forman y abrió uno de los cajones—. Pero lo bueno de este tipo de ayuda es que no hace falta que muevas ni un dedo. —Sacó un alicate y lo hizo sonar abriendo y cerrándolo—. Yo haré todo el trabajo.

Brooke se quedó blanca y me di cuenta de que finalmente había entendido cuál era la situación. Se levantó de un salto, echó la silla hacia atrás y me miró con desesperación. Yo negué con la cabeza.

«No salgas de la cocina —pensé en silencio—, tienes que quedarte aquí».

—Siéntate —exigió Forman.

Aún tenía la pistola en la otra mano y la utilizó para convencerla de que se volviera a sentar. Brooke negó con la cabeza y se retiró hacia la pared.

Forman sonrió como una maligna rapaz.

—John, ¿puedes hacer que entre en razón?

No quería tener que hacerle aquello. Podría hacérselo a Kay, a mi madre o a cualquier otra persona de mi vida, pero no a Brooke.

—Forman es un psicópata —dije intentando hablar con un tono neutro. Si le daba cualquier tipo de esperanza o aunque sólo le dijera que confiase en mí, Forman se iba a dar cuenta de que tenía un plan—. Ayer mató a una mujer y tiene a cuatro más en el sótano. Yo llevo atrapado aquí dos días y sé lo suficiente para poder decirte que, cuanto más te resistes, es peor.

—No —dijo Brooke y negó con la cabeza. Estaba llorando—. No.

—Por favor, siéntate, por favor.

Se sentó y Forman me lanzó las llaves.

—Desátate y ponle las cadenas a ella.

Abrí la esposa y la llevé hasta Brooke. Me miró con los ojos ausentes, como si no comprendiese lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento mucho —dije.

—No sólo el tobillo —ordenó Forman. Se le estaba acelerando la respiración. Notaba el subidón de las emociones de Brooke, la traición que ella sentía cada vez que yo obedecía una orden, cada vez que yo accedía a alguna maldad—. Enróllala alrededor de ella y del respaldo, todas las veces que puedas.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero no me atrevía. Me obligué a permanecer tranquilo. «No dejes que se te note nada; ni siquiera ella debe saberlo».

—¿Por qué lo haces? —preguntó Brooke—. ¿Por qué le ayudas?

—Así es más fácil —dije.

No quería alargar la situación más de lo necesario, así que tensé bien las cadenas para asegurarme de que Brooke no podía escapar. Forman gemía detrás de mí y supe que Brooke se sentía aún más traicionada. Aunque sobreviviese, seguramente me iba a odiar.

—Excelente —dijo Forman con los ojos medio cerrados. Sonreía amplia y lascivamente, como si estuviera borracho. Volvió a coger el alicate—. Empecemos la fiesta.

Enfundó la pistola y dio un paso hacia Brooke, manejando el alicate con ansia.

No podía permitir que la hiriese. El plan era que recibiese la descarga antes de empezar a torturarla, pero ¿cuántas herramientas iba a utilizar antes de llegar al cuchillo?

Tenía que improvisar algo.

—Espera —dije.

Forman se detuvo, pero ¿qué podía decirle? Quería que tocase el cuchillo, aunque cualquier cosa que le dijera para engañarlo sería una falsedad y él iba a detectar la mentira al instante.

—¿Quieres impedírmelo? —dijo Forman.

Su voz sonaba más aguda; yo me sentía nervioso y preocupado, y eso quería decir que él también. No tenía mucho tiempo.

Sólo había una cosa que pudiese decir y que al mismo tiempo fuese verdad; únicamente una cosa que lo condujese al cuchillo sin ser una mentira. Miré a Brooke, pálida, aterrorizada y bonita.

—Quiero hacerlo yo —dije.

Su rostro languideció; el miedo y la confusión se combinaron para formar una mueca devastadora. Igual que Forman, aparté las emociones de Brooke; hice lo mismo con las mías. Ignoré todo lo que tenía que ver con el presente y recurrí al pasado. Recordé las veces que había soñado con ella, con cortarla, hierla, hacerla total y absolutamente mía. Acepté todo lo que había intentado evitar e ignorar, y me llené la cabeza de imágenes de la suave piel de Brooke, de sus gritos altos y claros, de su pálido cuerpo tendido inmóvil.

—Sí —dijo Forman.

Él también lo sentía: la expectación de lo prohibido, el impulso atezador de mis deseos, la dulce agonía que era su miedo. Esto era lo que él llevaba días esperando: sentir las emociones de un torturador, no sólo de la víctima.

—Sí —dijo y retrocedió—. Hazlo. Es toda tuya.

Me acerqué más y la miré a los ojos al tiempo que ella me miraba a mí y sentía el ruido estático en el aire mientras nuestras mentes conectaban. Una conexión más pura y cercana que cuando nos dimos la mano, más completa que con ninguna otra persona. La emoción del miedo era como una cuerda que nos unía, un conducto que iba de una mente a otra. No, era aún más profundo que la mente: no había palabras, sólo nosotros, Brooke y yo, juntos por fin.

Me incliné y la olí: la insinuación de un perfume; el toque frutal del champú; la fragancia limpia y fresca del jabón de la colada. Era mía. Toda mía.

—Dame el cuchillo.

—Sí —susurró.

Pasó por detrás de mí, un paso, dos y entonces las luces perdieron intensidad y él chilló; un gruñido grave con los dientes apretados. Al mismo tiempo Brooke gritó formando un agudo contrapunto y yo saboreé aquel sonido como un arroyo de agua

cristalina.

Olor a carne quemada. Brooke sacudió la cabeza.

—Ayúdame, John; por favor, ayúdame.

«¿Por qué necesita ayuda? ¿Qué estaba...? Había algo que yo debía hacer. Era Brooke. Se suponía que tenía que herirla; ella quería que yo le hiciera un cort... No. En absoluto». Me di media vuelta y vi a Forman con el cuerpo rígido y la mano todavía sobre el cuchillo de carnicero y entonces me acordé. «Mi trampa. No quería herir a Brooke, ¿verdad? Solamente era una trampa para Forman».

No podía tocarlo o yo también recibiría la descarga. En el armario de abajo había un cazo con el mango de plástico, que podía utilizar. Pasé junto a él con cuidado, saqué el cazo del armario y lo levanté como si fuera un garrote.

Brooke habló con desesperación.

—John, ¿qué haces?

—Quiero asegurarme —dije y le di con el cazo en la cara.

El golpe lo tumbó hacia atrás, le hizo soltar la mano del cuchillo y lo tiró al suelo. Brooke chilló y yo salté detrás del cuerpo de Forman. Me coloqué sobre él con el cazo en alto y él me miró con los ojos casi cerrados.

Lentamente y con mucho dolor, sonrió.

—Te he ganado —dije—. Has perdido.

—Y por primera... —Rompió en una tos áspera y dolorosa, con la voz calcinada y ennegrecida—. Por primera vez en... diez mil años... —tosió de nuevo— me siento vencedor.

Lo golpeé con el cazo y lo dejé inconsciente.

—¿Qué está pasando? —chilló Brooke, histérica—. ¿Qué está pasando?

—No sé cuánto tiempo estará así —dije y dejé caer el cazo—. Tenemos que darnos prisa.

—¿Qué?

Las llaves seguían sobre la mesa y me apresuré a abrir la esposa y desatar las cadenas. Brooke luchó por liberarse de ellas como si estuvieran vivas, tentáculos que la querían devorar viva.

—Sé que no entiendes nada, pero tienes que confiar en mí —dije—. ¿Confías en mí?

—Ibas a...

—No. Era una trampa para Forman. Escúchame bien.

Arrastré las cadenas hasta donde estaba Forman y me puse a envolverlo, a enrollarlas

alrededor de su cuerpo, por debajo de los brazos y alrededor de las piernas, haciéndolo lo mejor que podía para asegurarme de que, si se despertaba, estuviera totalmente inmovilizado. Tenía la mano hecha un pedazo ennegrecido de carne quemada.

—Todo lo que te he dicho sobre la casa es cierto —le dije a Brooke—. Abajo hay cuatro mujeres y el novio de Lauren está atado en la parte de atrás. Necesitamos un cuchillo.

Cerré la esposa alrededor del tobillo de Forman, me puse en pie y me dirigí a la encimera. Brooke miraba el cuchillo de carnicero con asombro y su mano estaba a medio camino de él. Tumbé el bloque y con cuidado señalé el cable del fondo.

—No lo toques.

Saqué un cuchillo de sierra del fregadero y llevé a Brooke a la parte de atrás, donde Curt colgaba del techo. Estaba despierto, pero de milagro; no sabía qué le había administrado Forman, pero era potente. Le pasé las llaves a Brooke y señalé las esposas que Curt tenía en los pies; ella se agachó y, aterrorizada, buscó la llave mientras yo serraba las cuerdas.

—Curt, despierta —dije mientras le sacudía por el hombro y seguía cortando las cuerdas—. Te estamos soltando y tienes que mantenerte en pie. ¿Puedes hacerlo?

No asintió, pero estiró los pies hacia abajo y, cuando de pronto perdió el apoyo de las cuerdas, se irguió. Corté la primera cuerda y él dejó caer el brazo como si pesase una tonelada, pero no se soltó. Corté la segunda justo al tiempo que Brooke terminaba de abrirle las esposas y Curt alcanzó la cinta americana que tenía sobre la boca. Estaba despertando.

—Primero salgamos fuera —dije y me pasé su brazo por encima del hombro.

Era un hombre muy grande y, aunque se apoyó completamente en mí, logré salir tambaleándome por la puerta y después recorrí el pasillo. En la cocina tropezó con el cuerpo encadenado de Forman; después de avanzar unos pasos retrocedió y le dio una patada directa al estómago. Yo tiré de él.

—Vamos fuera —dije—. No sé cuánto tiempo tenemos. —Allí había más espacio y Brooke cogió a Curt por el otro brazo para ayudarme a llevarlo hacia la entrada. Dejé que lo cogiera ella sola y me aparté—. Llévalo fuera. Voy a por las chicas.

Brooke asintió y yo le cogí las llaves de la mano y me dirigí a la puerta del sótano. Forman seguía inconsciente. Abrí el candado y cuando me disponía a lanzarlo me lo pensé dos veces y lo enganché a dos vueltas de las cadenas de Forman para asegurarlas aún más.

—¡Levantad! —grité al abrir la puerta de golpe y encender las luces—. Nos vamos; nos vamos ahora mismo. ¿Todas podéis andar?

Las cuatro mujeres me miraron sorprendidas y, con dificultad y dolor, se pusieron en pie. Ninguna llevaba zapatos y los harapos que llevaban puestos colgaban de sus cuerpos escuálidos. Stephanie estaba más sana que las demás, pero sus heridas eran más recientes

y fue la que más tardó en levantarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Carly. Primero la desencadené a ella.

—Forman está inconsciente —dije y fui hacia Jess—. Inconsciente y atado. Es posible que se quede así o quizá se recupere en cualquier instante; no sé cómo es él.

—¿Qué quieres decir?

—No importa —dije mientras abría el candado de Melinda—. Subid arriba y salid afuera. Podemos ir en su coche hasta el pueblo y llevaros a la policía y al hospital. ¡Venga!

Abrí el candado de Stephanie y la ayudé a subir las escaleras.

—¿Sabes por qué ha hecho esto? —susurró.

Negué con la cabeza.

—No.

Seguí a las mujeres escaleras arriba y me encontré con Brooke en la cocina.

—Llévalas afuera —dije—, tengo que rescatar a una más.

—Necesitamos un teléfono para llamar a la policía —replicó Brooke—. No llevo el mío y si hay alguno en la casa, no lo encuentro.

—Forman tiene un móvil —dije y me arrodillé junto a él. Me abrí paso entre las cadenas y con mucho esfuerzo conseguí meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, de donde finalmente pude sacar el teléfono. Se lo pasé a Brooke junto con las llaves—. Pon el coche en marcha. Aunque llamemos a la policía debemos salir de aquí tan rápido como podamos.

Me disponía a volver a la sala de torturas cuando un olor muy característico me llamó la atención. Ya lo había sentido varias veces y no lo iba a olvidar jamás: acre y denso, como una nube cáustica invisible. Me di media vuelta.

Forman se estaba derritiendo.

El cuerpo parecía ceder dentro de las cadenas, silbando, hundiéndose y retorciéndose sobre sí mismo como el papel dentro de una hoguera. En cuestión de segundos la carne había desaparecido y todo lo que quedó fue un traje ennegrecido, encadenado y sucio de ceniza grasienta.

—Exactamente igual que Crowley.

Vacilé y tendí la mano tímidamente para tocarlo, pero retrocedí y di media vuelta en dirección al pasillo. Tenía que rescatar a la mujer de la pared. Fui otra vez hacia la habitación de atrás y otro olor me obligó a parar en seco: humo de madera y gasolina. Algo se estaba quemando. Oí gritos que venían de fuera y de pronto la ventana de la cocina estalló en pedazos y cayó una lluvia de esquirlas de cristal. El olor a gas era abrumador y oí que Brooke estaba chillando.

—¡John está dentro! ¡Lo vas a matar!

Corrí hacia la entrada y tropecé en los escalones. Las mujeres estaban apiñadas, llorando y aullando como si tuvieran más miedo ahora que cuando estaban en la mazmorra. Corrí hacia ellas pero algo me alcanzó desde atrás y me derribó.

—¡John! —llamó Brooke.

—¡Él forma parte de esto! —gritó una voz grave. Curt—. ¡Trabaja con él, son socios!

Intenté ponerme en pie pero Curt me golpeó de nuevo con algo duro y metálico: una bombona de gas.

—¡Intenta ayudar! —gritó Brooke—. ¡Él nos ha salvado!

Detrás de Curt se veían llamas. La casa estaba ardiendo. Se acercó a mí y levantó la bombona por encima de la cabeza.

—Quería herirme —dijo Curt—. Iba a torturarme, lo iban a hacer juntos. Y lo mismo contigo; lo oí todo.

Brooke abrió la boca pero se quedó callada. Yo había estado a punto de atacarla y ella lo sabía. Se le oscureció la mirada y supe que estaba rememorando; aquel instante, aunque supiese que se trataba de un engaño, en aquel momento también sabía que no estaba segura de si yo era bueno o malo. Curt aprovechó ese momento de duda y me dejó caer la bombona de gas en la cabeza; el dolor era insostenible. Se me nubló la vista y caí al suelo.

—¿Quieres asegurarte de que ese cabrón está muerto? —dijo; su voz sonó a miles de kilómetros de distancia—. Quema la puta casa.

Se oyó un estrépito y una nueva llamada.

—Todavía no —dije; estaba tan débil que no podía moverme—. Hay una mujer dentro de la pared...

Y entonces el sonido se apagó y el mundo dio vueltas y todo desapareció.

## 22

No soñé nada. Simplemente flotaba solo, rodeado de una extensión infinita de... bueno, de nada. Si sirve de algo, creo que todo estaba negro; pero en el sueño ni siquiera eso me preocupaba: sabía que no era nada y lo extraño era que me parecía bien. No estaba asustado ni nervioso ni triste; estaba satisfecho. Y algo más: sentía una gran emoción.

Creo que en el fondo sabía que, a pesar de que en aquel momento no había nada, no quería decir que no fuese a haberlo nunca más. Simplemente significaba que tenía una elección.

Me desperté en una habitación de hospital en mitad de la noche. Todo estaba oscuro y tranquilo. Detrás de mí parpadeaban varias luces que se reflejaban en la pantalla apagada del televisor que había en la pared de enfrente. Del pasillo me llegaban voces tenues, calladas y distantes. Las cortinas estaban abiertas y en el cielo brillaba débilmente la luna. No se movía absolutamente nada.

Mi madre dormía en una silla, a mi lado, acurrucada bajo una fina manta de hospital que se movía suavemente al ritmo de su respiración. Tenía la mano extendida a modo de puente entre la silla y la cama, y sujetaba las barras con un gesto protector. Tenía el pelo peinado hacia atrás, pero algunos mechones sueltos le caían sobre la cara como volutas de nubes negras. A la luz de la luna su pelo parecía más canoso y su rostro más lleno de líneas y de tristeza; su cuerpo, pequeño y frágil.

Por un instante deseé ser como Forman, poder llegar a ella y sentir lo mismo que ella. ¿Era tristeza? ¿Felicidad? ¿Qué más daba? Estaba allí. No importaba lo que hiciese yo ni cualquier otro: ella me quería igualmente. Y nunca me iba a abandonar.

Me quedé dormido.

Cuando me volví a despertar por la mañana, mi madre seguía allí, picoteando de un plato de desayuno del hospital. En la habitación había más gente: un médico y un policía que hablaban en voz baja en una esquina.

—¡Se ha despertado!

Giré la cabeza y vi a Lauren, que se levantaba de otra silla y se acercaba a la cama. Mi madre prácticamente brincó desde su asiento y me cogió la mano.

—John —dijo—, ¿me oyes?

—Sí —respondí con voz ronca. Tenía la garganta seca e irritada, y me dolía al hablar.

—¡Mira quién ha vuelto! —dijo el doctor y se acercó rápidamente. Me enfocó los ojos con una pequeña linterna mientras me sujetaba los párpados con el pulgar. Cuando los soltó parpadeé y él asintió—. Muy bien. Ahora, dime tu nombre.

—John. —Tragué saliva y tosí—. Soy John Wayne Cleaver.

—Excelente —dijo el doctor y señaló a mi madre—. ¿Reconoces a esta mujer?

—Es mi madre.

—¿Le está comprobando la memoria? —preguntó mi madre.

—El habla, más que nada. Aunque parece que no tiene problemas de memoria.

—¿Qué ha pasado? —dije con una voz áspera.

El policía —el agente Jensen, el padre de Marci— miró a mi madre, después a Lauren y después a mí.

—Hemos detenido a Curt Halsey —dijo— por atacarte, entre otras cosas. En cuanto a Clark Forman, según lo que hemos podido ver, falleció.

—No, con ellos no. ¿Qué pasó con la chica?

—Brooke está bien —dijo mi madre y me acarició la mano.

—No. —Cerré los ojos. Me estaba poniendo demasiado nervioso y me sentía cada vez más débil—. Había otra mujer atrapada dentro de una pared. ¿Qué ha pasado con ella?

—Recuperamos algunos restos de las cenizas de la casa —dijo el agente Jensen—, pero no la hemos identificado todavía. Uno de los cadáveres parecía estar emparedado; era una chica que estaba rodeada de material médico, vías y cosas así. Seguramente era así cómo la mantenía con vida. —Hizo una pausa—. Lo siento.

No había conseguido salvarla. Abrí los ojos.

—¿El resto de ellas están bien?

—Las mujeres que rescataste están en el hospital —dijo el médico—, aunque a la mayoría de ellas las trasladaremos hoy mismo; por desgracia éste es un hospital pequeño y las cuidarán mucho mejor en la ciudad.

—Tú te quedarás aquí —dijo mi madre mientras me daba palmaditas en la mano—. No te preocupes.

—Técnicamente —dijo el agente Jensen—, estás aquí bajo custodia policial. No hemos confirmado que tu secuestrador esté muerto, así que en parte es por tu propia seguridad. Pero... —Miró a mi madre y ella frunció el ceño—. Me temo que se te acusa de una serie de crímenes, incluyendo... el asesinato de Radha Behar.

—No es posible que... —dijo mi madre, pero Jensen la interrumpió.

—Ya le he dicho varias veces a tu madre, y te lo digo a ti ahora, que no debes preocuparte. Las mujeres que rescataste han proporcionado un testimonio abrumador a tu favor. Hay un par de cosas que todavía estamos investigando, pero ahora mismo se trata principalmente de papeleo y nada más. John, eres un héroe. Deberías sentirte orgulloso. —Sonrió—. Ahora descansa.

Se llevó al médico a una esquina y salieron al pasillo, hablando en voz baja.

—Eres un héroe —repitió mi madre; me apretó la mano y me besó la frente—. ¡Salvaste seis vidas! ¡Seis! Vale que uno de ellos era un asqueroso —dijo mirando a Lauren—, pero eso es lo que lo convierte en un acto tan generoso. Amad a vuestros enemigos.

Lauren sacudió la cabeza y me sonrió.

—Y no te preocupes por Curt —dijo—. No te imaginas lo acabada que está la relación.

—Seis vidas —repitió mi madre.

Sin embargo, yo trataba de salvar siete.

• • • • •

Declaré varias veces y evité mencionar que Forman era un demonio. Les conté todo lo que sabía sobre su historial de tortura, centrándome específicamente en la casa: las cadenas del sótano, el agujero del suelo, la sala de torturas de la planta baja e incluso la pared reforzada del armario. El resto de las prisioneras corroboraron la información con sus declaraciones y, a medida que la policía comparaba los testimonios y descubrían la identidad de las otras mujeres que Forman había matado, empezaron a reconstruir la historia de dónde y cómo había trabajado. Al final lo relacionaron con varias decenas de casos de desapariciones de mujeres y postularon que los había mantenido ocultos gracias a su puesto en el FBI. De haber sabido lo que yo conocía —que Forman tenía miles de años, quizá decenas de miles—, habrían averiguado que las decenas de crímenes que le imputaban no eran más que una pequeña parte del trabajo de toda una vida. Llevaba infinidad de tiempo torturando y matando.

Pero ya no existía.

Al día siguiente me dieron el alta del hospital y también de la custodia policial. Curt me había acusado de ser cómplice de Forman pero la acusación se desestimó prácticamente al instante, debido a la falta de pruebas. Mucho más convincente fue el testimonio de las mujeres del sótano, que explicaron de manera incontestable no sólo que Forman mató a Radha, sino que yo mismo estuve a punto de morir al intentar impedirselo. En conjunto, todo formaba un retrato muy heroico de John *el Valiente*, el cazador de demonios que se había adentrado en la oscura mazmorra de aquella terrible bestia y había rescatado no a una princesa, sino a cinco. Normalmente una historia como aquélla saldría en las noticias, de hecho debería haber tenido repercusión nacional, pero tuve suerte. La

historia que Jess y Carly contaron de cuando estuvieron cautivas en una casa diferente y de la otra persona que acudía a darles de comer hizo que la policía se preocupara por si el verdadero cómplice de Forman, fuera quien fuese, aparecía buscando venganza. Borraron mi nombre de la historia casi por completo y, como sólo había estado desaparecido durante cuarenta y ocho horas, muy poca gente llegó a saber que me habían secuestrado.

Yo era un héroe, pero nadie lo sabía.

• • • • •

—¿Por qué nunca pasan cosas normales en este pueblo? —preguntó Max mirando hacia la autopista.

Estábamos en el puente sobre la Ruta 12, apoyados en la barandilla mientras los coches pasaban por debajo a toda velocidad. Max tiraba gravilla encima de los camiones articulados.

—Aquí siempre pasan montones de cosas normales —dije—. Nos levantamos, desayunamos, vamos a clase, vamos a trabajar. Vemos la televisión.

—No, no me refiero a ese tipo de cosas normales aburridas, sino a cosas normales guays.

—¿Cómo pueden ser normales y guays al mismo tiempo?

—Porque pasan cosas guays todo el rato —dijo—. Lo que mola es normal en todas partes menos aquí. Alguien podría venir a rodar una película o abrir una tienda de cómics o a lo mejor podrían poner un buen restaurante de una vez. No sé; nos podría visitar una estrella de cine o algo así.

—Seguramente están todo el tiempo en el museo del calzado —contesté—, lo que pasa es que tú nunca estás en los sitios donde van las estrellas de cine, a menos que esperes que Bruce Willis venga con nosotros a tirar piedras desde un puente.

—No seas imbécil —dijo Max—, creo que no me pillas. Lo único que digo es que aquí o todo es aburrido o muere alguien. O no pasa absolutamente nada o aparece un cadáver en el lago. Ninguna de las dos cosas mola. Quiero que, aunque sea sólo una vez, pase algo emocionante.

Se abrió un hueco en el tráfico y tiré una piedra al asfalto. Un momento después un camión pasó zumbando y la pisó con la rueda; la piedra salió disparada hacia la hierba seca del arcén. El camión, que ni se enteró, siguió carretera abajo.

—Brooke y yo nos dimos la mano.

—Calla ya.

—En serio.

Max me miró con una expresión ilegible en el rostro.

—Tío, ¿os habéis besado ya o no?

—Me parece que de haberlo hecho hubiera empezado por ahí.

—Pues bésala ya —dijo Max—. ¿Eres idiota o qué? Y mientras estás en el ajo, pégale un magreo, porque madre mía... Me encantaría echarle mano a ese culito.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo es posible que un tío íntegro como tú no tenga novia?

—Las damas están loquitas por Max —dijo volviéndose hacia la barandilla—. Sólo que... ya sabes.

—Sí, ya sé.

• • • • •

Dos días después de salir del hospital, Brooke vino a hablar conmigo mientras yo iba hacia mi coche. Eran casi las nueve de la noche y ya estaba oscuro. Era la primera vez que la veía desde que estuvimos en casa de Forman.

—Eh —dijo.

Tenía algo en las manos.

—Eh.

Entonces se quedó callada un buen rato y yo no sabía muy bien qué hacer. Me miraba con un gesto torcido en la boca y los ojos entrecerrados. Movía la mandíbula como si estuviese a punto de decir algo y, después de casi un minuto, habló.

—No sé qué pasó en aquella casa —dijo—, no sé por qué me llevó allí ni por qué te cogió a ti ni por qué el tío aquél la quemó ni nada. Sé que hay algún motivo, porque siempre los hay, pero creo que no quiero saber cuáles son. Creo que quizá tú...

Se quedó callada una vez más y apartó la vista.

Había muchas cosas que no era capaz de interpretar en cuestión de emociones, pero «te dejo» era una que conocía muy bien.

—Eres un chico muy valiente. Y muy agradable. —Hizo una pausa—. Pero no quiero acordarme de lo que pasó allí; no quiero que forme parte de mi vida.

Era igual que mi madre con el demonio: sabía que había ocurrido pero no quería enfrentarse a ello. Era la única persona del mundo con quien podía compartirlo y se negaba, se alejaba del asunto. Y de mí.

Quería hablar, pero... no podía. Algunas veces eres incapaz de hablar porque no tienes nada que decir y otras veces porque hay demasiadas cosas.

—Toma —dijo.

Me ofrecía algo pequeño, de color negro. Lo cogí con cuidado de no tocarle los dedos.

Era un teléfono móvil.

—Es del agente Forman —continuó—. Se me había olvidado que lo tenía, pero esta tarde lo he encontrado en el bolsillo de la chaqueta. Supongo que lo querrá la policía, pero yo ya no quiero tener nada que ver con este asunto. ¿Puedes dárselo tú?

—Sí.

—Gracias. Y gracias una vez más por sacarme de allí con vida. No sé qué habría hecho si no hubieses... —Pausa—. Bueno, nos vemos.

—Vale.

Y se marchó.

Yo era John *el Valiente*, el cazademonios que había salvado el reino sin recibir ningún honor, que se había atrevido a entrar en la mazmorra para salir sin ningún tesoro, que rescató a cinco princesas y acabó solo. Yo era John *el Valiente*.

Sabía quién era.

El teléfono que tenía en las manos era mejor que un tesoro: era un mapa de un mundo subterráneo. Lo abrí, miré la lista de contactos y leí un nombre tras otro: gente del FBI y de la red de investigación de Forman; doctores, psicólogos, criminólogos y demás. E intercalados entre todos ellos, enterrados en la lista tras nombres falsos que sólo podía adivinar, estaban los otros. Demonios. Crowley se había aislado de ese mundo, pero Forman los conocía a todos. Si encontraba los números, también podría hallarlos a ellos.

De pronto, mientras avanzaba por la lista, un nombre me llamó la atención. Entre las N de NMHA y de Norfolk (oficina) había una única palabra: «Nadie». En una de las llamadas que había escuchado, Forman se había referido a uno de los demonios como «nadie», pero no había entendido por qué. Al parecer era un nombre.

Marqué el número.

Respondió una voz femenina, débil y pequeña.

—Hola, Kanta. —Kanta debía de ser el otro nombre de Forman, igual que el de Crowley era Mkhai—. Están diciendo cosas muy interesantes sobre ti en las noticias; me preguntaba si habías sobrevivido.

—No sobrevivió —respondí—. Lo he matado.

Silencio.

—También acabé con Mkhai. Decenas de miles de años desaparecidos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó la voz.

—Porque tú eres la siguiente. Soy el cazademonios. Ven a por mí.



DAN WELLS (Utah, 1977) fue iniciado muy pronto en el mundo de la ciencia ficción: cuando tenía sólo cuatro meses le llevaron al cine a ver *La guerra de las galaxias* y, cuando tenía seis, su padre le leyó *El Hobbit*. A los nueve años comunicó a sus padres que iba a ser escritor. Pasó la infancia leyendo, yendo casi cada día a la biblioteca. Leyó ciencia ficción, novela histórica, divulgación histórica e investigación criminal. En el instituto descubrió a los clásicos de la literatura, primero en inglés (Dickens, Austen, Twain, Conrad) y más tarde siguió con los de la literatura universal (Hugo, Dostoievski). Por su pasión por la lectura, decidió estudiar Filología Inglesa. Ha trabajado en marketing y como publicista. Fundó una página web de reseñas de videojuegos, y su juego favorito es *Battlestar Gallactica*. Está casado y tiene cinco hijos. *No soy un Serial Killer* es su primera novela, el inicio de la *Trilogía de John Cleaver*, a la que siguen *Mr. Monster* y *No voy a matarte*.

# Notas

[1] Traducción de Carlos Obligado, Visor, 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, 2010. <<